

DAVID VIÑAS

Los dueños de la tierra



Lectulandia

Los dueños de la tierra es el modelo de novela vinculado a la mítica revista *Contorno* (1953-1960). Como lo fue *Don Segundo Sombra* respecto de la revista *Proa* y del movimiento martinfierrista de 1927.

Según Ángel Rama, «corresponde vincularla, por lo menos con *Los de abajo*, la novela mexicana que logra la síntesis entre la tradición realista del siglo XIX y los acontecimientos revolucionarios. No se trata de una novela rural, sino del vaivén simbólico y vertiginoso entre Buenos Aires y la Patagonia».

Nöel Salomon, a su vez, dijo: «*Los dueños de la tierra* es una novela política, cuyo lenguaje proviene de la narrativa norteamericana, pero cuyos procedimientos se vinculan a los relatos de Horacio Quiroga y a los del paraguayo Roa Bastos».

Lectulandia

David Viñas

Los dueños de la tierra

ePub r1.0

Ninguno 04.12.13

Título original: *Los dueños de la tierra*
David Viñas, 1958
Diseño de portada: Ninguno
Imagen de portada: Estancieros armados (1922-23)

Editor digital: Ninguno
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

La tierra es la verdad definitiva, es la primera y la última: es la muerte.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA,
Radiografía de la pampa

Matar era fácil. «Pero no así, no», reflexionó Brun con impaciencia y se pegó unos fustazos en los borceguíes: a él le correspondía esperar ahí, sentado en el fondo del cañadón mientras Gorbea y sus hombres cazaban del otro lado de esa loma. Pero ya estaba harto de esperar y se había atado el cabestro de su caballo en un pie. Por lo menos, quería estar cómodo, aunque con cada disparo que se escuchaba, el animal se estremecía, sacudía la cabeza y pegaba un tirón del cabestro. Podía ser por los disparos —calculó sin precisión— o por algún tábano que lo estuviera mortificando. «Pero no, no», volvió a reflexionar. Su irritación lo obligaba a ser preciso: no era por los tábanos que su caballo se sacudía así ni se mataba de esa manera.

Y a causa de eso había discutido con Gorbea antes de que saliera a cazar:

«—No, no...» —había dicho como si lo fatigara discutir sobre la mejor manera de cazar indios—. «No estoy de acuerdo con usted».

«—¿No?» —Gorbea se había sonreído blandamente—. «¿Por qué?».

«—Porque es mucho mejor hacer un rodeo».

«—¿Como si fueran guanacos?».

«—Como si fueran guanacos o cualquier cosa» —había asegurado Brun—. «Lo importante es amontonarlos».

«—Comprendo... comprendo...» —Gorbea se sobaba los brazos, él no se irritaba—. «Es que usted está acostumbrado a organizar palizas con los lobos» —dijo—. «Por eso prefiere un rodeo...».

Pero lobos marinos o guanacos o lo que fuera, pensaba Brun con un malestar inseguro, era mucho mejor rodearlos y hacer un montón para ir animándolos hacia la costa.

«—Y no andar cazando al ojeo, de a uno...» —había dicho.

«—Un tirito aquí y otro tirito allá ¿eso es lo que le molesta?».

«—No, Gorbea. Entiéndame: es el tiempo que se pierde».

«—No es para tanto...».

«—¡Sí que es para tanto! Porque como usted quiere hacer, lleva demasiado tiempo y es peligroso».

«—¿Peligroso?» —Gorbea no se dejaba convencer con esas cosas, era terco con lo que alguna vez le había salido bien—. «Pero si a la gente le gusta, se divierte».

«—Pero ¿nosotros venimos aquí a divertirnos o a qué?» —por un instante, Brun había creído que Gorbea le iba a decir que lo entendía y que no se irritara porque tenía razón, pero Gorbea apenas si le había repetido:

«—A la gente le gusta, Brun» —después había montado en su yegua y había trotado hacia la loma cubierta por los pequeños cráteres de esos nidos. Allí lo esperaban Bianchi y el manco Bond adormilados arriba de sus caballos. Ésos eran

nidos de patos shacks, cientos de nidos de barro y paja que cubrían la loma amarilla, y los caballos de Bianchi y del manco Bond habían tenido que avanzar a los saltos; la yegua de Gorbea, no, porque ese animal ancho los sorteó haciendo esos.

«—A la gente le gusta, Brun». Gorbea había aludido de esa manera a Bianchi y a Bond. Ésa era su gente. Y los tres habían desaparecido detrás de la loma. Y cada vez que sonaban los disparos allá al fondo, se oía un aleteo y una nube de patos shacks ascendía, temblaba un momento a unos metros del suelo y se volvía a asentar suavemente. «—A la gente le gusta, Brun», había repetido Gorbea antes de salir a cazar.

Brun estiró las piernas, bostezó y volvió a sacudirse los borceguíes con la fusta: hacía más de una hora que esperaba allí sentado, y no sólo se había sacudido los borceguíes hasta que le dolieron las pantorrillas sino que también se había arrancado las costras de barro de las suelas. Hasta había tenido tiempo para castigar reflexivamente dos toscas que había elegido: una que parecía un cigarro «Avanti», con el mismo color y la misma forma, y otra que no era nada más que una bolita y que rodaba entre sus pies.

De vez en cuando se marcaba un largo silencio después de esos «¡craann!» que retumbaban del otro lado de la loma donde se extendían los nidales de los patos shacks. Cada silencio no era un descanso donde él se pudiera tumbar sobre la espalda dejando que el sol le calentara la ropa. Él sabía que cada silencio era una pausa. Nada más. Más largo el silencio, mejor puntería, más certero el tiro. Apretar los dientes, no respirar y que el índice de las carabinas quedara sobre algún pecho. O, no: Mejor sobre algún vientre. Porque matar era como violar a alguien. Algo bueno. Y hasta gustaba: había que correr, se podía gritar, se sudaba y después se sentía hambre. Y esa especie de polvareda temblorosa que con cada estampido se levantaba unos metros del suelo y se volvía a achatar sobre la loma, podía ser una manga de langostas. Es decir: una nube que se estremece por dentro y se desplaza oscureciéndose por partes, como una gigantesca madrépora.

Los disparos continuaban, cada vez más espaciados, seguramente más certeros. ¡Craann! Sobre los nidos de patos shacks ¡Craann! Brun seguía repasando su diálogo con Gorbea mientras esperaba: tenía que repetírselo mentalmente hasta que lo ganara. «—¿Pero venimos a divertirnos o a qué?»: había preguntado él. «A la gente le gusta», era lo último que le había respondido Garbea. ¡Craann! Y la nube de patos, que chillaban como miles de langostas que se estuvieran devorando entre sí se inflaba y después se sosegaba blandamente sobre el campo y sobre los diminutos cráteres de sus nidos. ¡Craann! El tiempo pasaba. Más de una hora. Casi dos y todo porque Gorbea no le había hecho caso. El viento soplaba del lado del mar, pero no levantaba polvo en esa loma negra y muerta, rayada por miles de grietas. ¡Craann! Era allá, al fondo del campo donde estaban cazando. Brun no había dicho que no

quería participar. Ni eso ni otra cosa. Solamente se había sentado en el suelo mientras la yegua de Gorbea trotaba en dirección a los dos hombres que lo estaban esperando. Que Gorbea hiciera lo que le pareciese mejor, al fin de cuentas era él quien se ocupaba de cazar. Brun lo había mirado alejarse calculando vagamente que el balanceo de las ancas de la yegua bien podía ser del trasero de Gorbea. «A la gente le gusta, Brun». Y en ese momento estarían galopando por encima de esos nidos diseminados uno al lado del otro, iguales a las raíces de un monte que acabaran de talar. ¡Crann! Talar un monte a la altura de las raíces y dejar todo ese espacio despejado. ¡Craann! Lo que molestara tenía que ser eliminado. Que toda esa tierra quedara limpia, bien lisa para empezar a trabajar. De eso se trataba. Los disparos se habían espaciado. También se alejaban. Ya estarían por Punta Loyola, pensó Brun.

Un grupo de patos se había desprendido del resto y revoloteaba por encima de su cabeza. Cuando planeaban bajo se les veía la panza violeta. Ya estarían por Punta Loyola, volvió a calcular Brun. Esta vez con mayor nitidez. Y faltaría poco. Había depositado la fusta entre las piernas y amasaba sus dos piedras, la alargada y la redonda, y fugazmente estableció que la redonda le gustaba más, hasta se la podía meter en el bolsillo y llevársela para ponerla en algún lado. Arriba de una repisa o bien para apretar papeles. Para algo serviría. ¡Craann! Seguramente Gorbea, Bianchi y el manco Bond estarían correteando por la playa de Punta Loyola. Ya ni bajarían de sus caballos para esperar, porque los disparos se escuchaban uno después del otro. Tirarían desde arriba de los caballos nomás. Una cabalgata, a todo lo que dieran, Gorbea, Bianchi y el manco Bond. ¡Craann... craann!... Y no era el eco. Qué iba a ser.

La nube de patos daba vueltas y vueltas por encima de sus nidos. Ya no se asentaban, parecían atolondrados y soltaban unos graznidos metálicos y seguramente —presintió Brun— empezarían a roerse entre ellos como insectos. Entonces sacó su Malinchester y apuntó hacia arriba. ¡Aaanc! El estampido fue al lado de su oreja y el caballo pegó un tirón del cabestro. Nada. La nube de patos seguía cerniéndose sobre su cabeza. Había errado y eso era una idiotez. Tan idiota, como que Gorbea hubiera dicho: «—Un tirito aquí y otro tirito allá», se precisó Brun y volvió a disparar la Malinchester: ¡Aaanc! Esta vez los ojos de su caballo se agrandaron como si lo hubieran injuriado. Y cuando Brun descubrió el cuerpo de ese pato que se había desplomado sobre la tierra, a unos metros de sus pies, se sintió decepcionado: su buena puntería no lo entusiasmaba y Gorbea ni ninguno de sus acompañantes le importaban un bledo. Ya terminarían esos de cualquier manera, estarían correteando por la playa como si persiguieran a guanacos o a lobos marinos en una veloz y despiadada cacería. O a animales que vivían y corrían y se largaban a gemir cuando los golpeaban, y que no se escondían, sino que

atropellaban con todo su terror, aullando con las bocas abiertas, húmedas. No como si tuvieran miedo a morir, sino a morir delante del manco Bond, por ejemplo. Miedo para gritar por lo que les iban a hacer después de morir. Era eso. «El manco Bond», pensó Brun. Era famoso en toda esa parte de la Patagonia. Bond. Y cuando esos animales —o lo que fuera— caían, él los golpeaba hasta que agachaban la cabeza, no miraban más y quedaban completamente oscurecidos como su propia piel.

Brun tenía que seguir esperando. Allí, sentado al pie de su caballo, en el fondo de ese cañadón completamente desierto y liso, como el cañón empavonado de su Malinchester. Pero la pistola además estaba caliente. Claro que sí, como los cuerpos de los animales o de los indios después de una cacería: cuando estaban por morir se roncaban como si solamente les doliera alguna parte del cuerpo. Los lobos marinos tenían una piel lisa y suave, los guanacos una piel peluda y suave, y una concesión de tierra se conseguía tranquilamente con que la solicitara uno cualquiera: algún cuñado o, mejor, un peón al que alguna vez se le había vendido algo. Primero había que pedirla: todo era cuestión de presentar uno de esos formularios del Gobierno. Después había que limpiarla. ¡Craann! Allá abajo seguían cazando. Ya estarían por terminar, pensó Brun sin ninguna certeza. Era un cálculo, simplemente, porque lo lógico era que tardaran mucho más. La nube de patos shacks se había desinflado sobre sus nidos como una enorme víscera. Nada. Ni un latido a lo largo de ese cañadón. Y del otro lado de la loma estaba el mar, y el viento soplab a ras de tierra, como si se arrastrara. Las nubes permanecían inmóviles y a él le ardían los ojos. ¡Craann! Los disparos se habían ido espaciando. Seguramente habría quedado algún cuerpo enhorquetado en uno de esos nidos. Un cuerpo de indio echado hacia atrás, con una mancha negrusca entre los muslos, pensó con malestar.

Hubo un largo silencio y después no se oyeron más disparos. Entonces guardó cuidadosamente su Malinchester toqueteándola varias veces para comprobar si estaba bien, si colgaba bien. Buen cinto, buena cartuchera.

Por fin, sobre la loma de los nidos apareció Gorbea con su gente, pero al llegar al filo del cañadón, el grupo de hombres se separó. El único que siguió avanzando fue Gorbea. «Demasiado rápido», pensó Brun. Estaba harto de esperar, pero una mayor espera lo hubiera ratificado y Gorbea traía una bolsa que se sacudía contra el flanco de su yegua. Entonces Brun se fue desatando del pie el cabestro de su caballo.

—¡Ya está! —anunció Gorbea desde lejos iniciando un trote cachaciento que concluyó en seguida—. ¡Ya está! —repitió más fuerte y dio unas palmadas sobre su cabalgadura. Por un momento, Brun creyó que era para apurar su marcha, pero no—. ¡Ya está! —Gorbea señalaba la bolsa que se bamboleaba pesadamente contra su estribo.

—¿Ya?

—¡Sí!

—¿Mucho trabajo? —Brun hablaba desde el suelo, con un aire de incredulidad, haciendo y deshaciendo un nudo con la punta del cabestro.

—No —jadeó Gorbea—. Fue fácil. Muy fácil.

—¿Cazaron al ojeo?

—Y, un tirito aquí y otro tirito allá.

—Pero... por la playa corrieron ¿no?

—Un poco. Pero no perdimos nada de tiempo.

—¿Ah, sí?

—Sí —Gorbea estaba orgulloso de su éxito, pero se reía cubriéndose la boca, como si incomprensiblemente temiera que lo escucharan los que se habían quedado en la loma— y eso que es un maturrango este Bianchi —le secreteó a Brun.

—¿Qué? ¿Pegó una rodada?

—¡Y cuándo no! Siempre se cae: la vez pasada... Cuando fuimos hasta la frontera y cuando lo del río... Siempre.

—¿Se hizo algo? —Brun no estaba preocupado, sino que quería saber todo lo que no había visto, lo que le hubiera podido resultar un contratiempo a Gorbea.

—No... ¡Qué se va a hacer! —la risa de Gorbea ahora era incontenible, jadeaba y se reía y se secaba la frente—. ¡Si cayó de cabeza!...

—Menos mal —murmuró Brun sin entusiasmo.

—Sí —Gorbea todavía hablaba entre jadeos doblado sobre el borrén de su montura—. Menos mal... —admitió pasándose la mano por la frente. Parecía satisfecho con su sudor, con su cara enrojecida y con el calor de su cuerpo—. ¿A usted no le gusta ver, eh? —preguntó bruscamente.

—No —vaciló Brun—. Yo prefiero... —presintió que Gorbea esperaba que le dijera: «—Yo no sirvo para eso» o «—Usted es el que hace lo más bravo del trabajo». Y que eso lo tendría que decir humildemente, sin titubear, justicieramente. También sospechó que le correspondía excusarse por haberse quedado allí, sentado en el suelo, esperando, mientras los demás faenaban. Pero, no. El viento había empezado a soplar duramente, había que entonar los párpados para hablar y él tenía el sol de frente. El viento le raspaba las mejillas y ese sol morado en los bordes lo enceguecía. Había que apurarse.

—¿Y la gente? —preguntó; allá al fondo esperaban Bianchi y el manco Bond y parecían contener a sus caballos.

—Conforme —comunicó Gorbea.

—¿En serio?

—¿No le digo que sí?

—Pero... ¿Bond no protestó? —Brun se había puesto de pie, había recogido su fusta, y se sacudía los fundillos—. Como siempre pide más...

—¿Bond? ¡Qué va a protestar!

—Y, como está acostumbrado a entregar orejas...

—Ése es un tramposo. Por eso.

—Pero sirve —Brun lo miró a Gorbea en la cara—. ¿O no?

—Sí, que sirve... ¡Vaya si sirve! Pero a mí no me arregla así nomás —aseguró Gorbea—. A mí, Bond o la mona, me demuestran lo que han hecho, pero bien demostrado. Nada de mojigangas. Conmigo, si quieren cobrar, me traen de esto... —Gorbea se había incorporado sobre su montura y se ponía la mano sobre el sexo—. ¡De esto! —repitió; después, con cierta ternura tomó el borde de la bolsa que colgaba sobre el flanco de su yegua y la abrió—. ¿Ve? —mostró—, ¡todos pagados! Y uno por uno... Y nadie protestó. Ni Bond ni nadie.

—¿Pagó mucho? —preguntó Brun manteniéndose apartado de esa bolsa.

—¡No, qué voy a pagar! —Gorbea estaba entusiasmado, ya no se secaba el sudor, pero su cara seguía igualmente enrojecida—. Pagué lo que correspondía, ni medio chelín de más... —sacudió la bolsa y por la boca de arpillera fueron rodando esos muñones sanguinolentos.

«Parecidos a cebollas», calculó Brun.

—¿Vio que no era necesario hacer un rodeo? —seguía Gorbea.

—Sí —reconoció Brun—. No era necesario.

Pero el tono triunfal de Gorbea no se aplacaba:

—Yo tenía razón, ¿eh?

—Sí...

—¿Vio? Y eso que usted nunca me lo quiere reconocer.

—Sí, sí... —dijo Brun.

—Pero es que si a la gente le gusta, hay que dejarla que se dé el gusto.

Las ovejas iban avanzando pesadamente a lo largo de los bretes. Algunas se caían y pataleaban en el suelo, y las que venían detrás les pasaban por encima. «—¡Hop, hop!», gritaba un ovejero en el cuadro de las preñadas. El avance de los animales proseguía: con las cabezas gachas, resignadas a morir o asomándose por encima de las otras, como si se ahogaran, desesperadas por respirar. Y así se adelantaban torpemente, topándose contra los tablones de los bretes o pugnando por encajarse en esa masa que avanzaba. «—¡Hop, hop!» seguía el ovejero en el cuadro de las preñadas, y el remolino de animales le hacía girar el caballo.

—... siete ...ocho ...nueve y cuarenta —iba contando Gorbea y anotaba en su pizarra.

—¿Cuántas van? —Brun se apoyaba sobre los tablones del brete.

—... dos ...tres ...cuatro ...cinco ...siete —seguía Gorbea.

—¡¿Cuántas van?!

—... nueve ...cincuenta... —Gorbea escribió algo, después anunció—: ¡Dos mil ochocientas cincuenta! —apoyaba la mano sobre los lomos lanudos que seguían pasando y contaba entreabriendo los labios—. ¿Le parece que ya está bien? —volvió a borrar la pizarra con el brazo y con la misma manga se limpió el polvo de la cara—. ¿Cerramos, Brun...? ¿A usted qué le parece?

—En tres mil nos paramos.

—¿No es demasiado poco?

—No. Está bien.

El corral de las preñadas estaba atestado y el caballo de ese ovejero seguía dando vueltas cada vez más cerradas. En realidad, ya giraba sobre sí mismo. «¡Hop, hop!». Más allá estaban los otros corrales, anegados con ese movimiento gris y circular. «¡Hop, hop!». Las ovejas seguían avanzando por el brete, debajo de las manos de Gorbea que murmuraba: ...trescuatro ...cincoseis... Ahora contaba de a dos. Contar y poder seguir contando y tener cosas debajo de los dedos a medida que contaba. Contar era tocar. Poseer era contar: tres ovejas, cien ovejas, doscientas cuarenta y nueve ovejas, tres mil... Poseer era limitar: de ese brete al corral de las preñadas y de allí al fondo del campo. Gorbea seguía contando como si rezara en voz baja, Brun lo miraba desde un costado: su nuca abombada, con dos rollos sobre el cuello de la camisa y el pelo en flecos, rojizo, con algunos manchones descoloridos.

—¿Cómo se llama el que está con las preñadas? —preguntó.

—Soto —contestó Gorbea por el costado de la boca, sin dejar de contar—. Tipo trabajador. —Hubo un silencio. Las ovejas seguían avanzando. Brun terminó de escrutarle la nuca a Gorbea y de verificar que estaba mucho más gastado que él. A

Gorbea le seguían gustando los trabajos más pesados, por eso. Cada cual con sus gustos; él, en cambio, prefería vivir en Gallegos o en Punta Arenas: mucho más cómodo, ya se había trabajado demasiado y no era cuestión de dejar la osamenta para que aprovecharan otros.

—¿Falta mucho? —preguntó satisfecho con su parte.

—No. Ya terminamos.

A la izquierda se levantaba el galpón de los esquiladores. Desde allí llegaba el ruido de las tijeras. Ese trabajo estaba a cargo de Bond que ya no servía nada más que para eso, para vigilar lo que hacían los demás. Tres mil ovejas era lo que había que apartar, pensaba Brun, y el arreo lo haría Bianchi con el chileno Muñoz y con ese ovejero, con Soto. «Tipo trabajador», le había dicho Gorbea. «Tipo trabajador». Y esas ovejas seguían desfilando por el brete. Bianchi estaría allá al fondo, al final del cañadón y toda esa tierra hacía rato que estaba despejada, bien limpia y se podía ver desde un extremo al otro. Brun quiso mirar hacia adelante para ver si lo descubría a Bianchi, pero el polvo que levantaban las ovejas le impedía ver tan lejos. Una nube de polvo. ¿Cuánto mediría? Mil metros. Mil metros de nube de polvo.

—Siete y ocho... nueve... —ya estaban las tres mil, y Gorbea pegó un salto, se trepó a la tranquera del brete y la cerró—. ¡Traca... traca! —les gritó a los animales que seguían su marcha—. ¡Traca! —volvió a gritar. Ya no tenían que pasar más, ya estaban las tres mil que había que apartar, pero algunas ovejas, al seguir avanzando, se encimaron, amontonándose junto a los tablones—. ¡Vamos, querida! —el mismo Gorbea fue deshaciendo ese amontonamiento, tomando a alguna por la panza y bajándola hasta depositarla en el suelo—. ¡Vamos, queridas! —repetía mientras marchaba dificultosamente entre esos animales palmeándoles los lomos como si quisiera calmarlos o hundiendo las manos en la lana con un toqueteo lento, sabio, muy tierno. Después se apoyó en la tranquera, y se frotó la cara con la misma energía con que había borrado la pizarra:

—Ya están las tres mil —le informó a Brun.

—¿Bianchi va a venir?

—¿Para el arreo?

—Sí.

Gorbea soltó un salivazo:

—Ahora nomás viene, cuando termine con lo que está haciendo —dijo; después preguntó con un tono confidencial—: ¿Y, qué le parecen las malvineras?

—Buena lana —reconoció Brun.

—Sí. Buena lana pero pésima carne.

—Y, las merino no dan, aunque vengan de donde vengan... de las Malvinas o de cualquier lado —Brun miraba hacia el corral de las preñadas que ahora permanecía inmóvil, como si una capa de nieve sucia hubiera caído sobre todos esos animales—.

No dan —repitió sin resignación—. No hay nada que hacerle.

—¿Y las Lincoln?

Brun sacudió los hombros:

—Qué sé yo... —se quedó un rato en silencio y cuando habló parecía quejarse de algo que no le habían dado de chico—. No se pueden traer de Buenos Aires.

—¿Qué? ¿Cuestan mucho?

—No. No cuestan gran cosa, sino que no aguantan el clima.

Gorbea levantó la cabeza; el cielo estaba bajo, tan sucio como el lomo de las ovejas.

—Clima de miércoles —rezongó.

Los dos contemplaron un rato el cielo; calcularon que podía llover, que no podía llover. Qué iba a llover. El primero en bajar la vista fue Gorbea. Miró el corral de las preñadas: ya no se oía más el «¡Hop, hop!» del ovejero, solamente las tijeras de los esquiladores seguían con su ruido filosófico.

—Dentro de una semana llenamos el puerto de Gallegos —reflexionó.

—¿Cuántos fardos? —Brun usaba un tono exacto, comercial.

—Van más de cien con los primeros carros. Llenamos el puerto —repitió Gorbea con satisfacción—. Seguro —y siguió aprobando con la cabeza por si alguien dudaba.

Brun aceptó:

—Es una lana que tendría que correr sola.

—¡Todos los ingleses se van a vestir!

—¿Todos?

—¡Hasta el rey! —se rió Gorbea.

—Eso, si llega... —Brun tenía una expresión soñadora, de presagio—. Si llega...

—¿Y por qué no va a llegar? —a Gorbea se le había oscurecido la cara—. ¿Eh? ¿Por qué?

—Por los submarinos...

—¿Qué submarinos?

—Los de su amigo el Káiser.

Gorbea parpadeó de felicidad:

—¿Mi amigo? —no podía disimular su gozo. Brun le otorgaba un partido, una posición, algunas opiniones, enemigos—. Es un tipo bravo el Káiser —Gorbea hizo un ademán como si se retorciera unos bigotes puntiagudos—. Y no le gustan los ingleses...

—¿Y a quiénes le gustan?

—¿Y usted me lo pregunta?

—A nadie le gustan —Brun hablaba sentenciosamente: él pensaba sobre esas cosas, él tenía opiniones formadas, escrupulosamente formadas, él sabía qué quería

—. Pero pagan —agregó.

Gorbea se alarmó:

—¿Y usted cree que si gana el Káiser no van a pagar?

Brun se tomó su tiempo para hablar, para enseñarle a Gorbea:

—Va a haber lío —dijo borroneando el tres del «3000» que había dibujado Gorbea en la pizarra: los tres ceros estaban bien, demasiado redondos, pero pasaban. Eran fáciles de hacer, por supuesto. Pero el «3» era una porquería. Ya hay lío en Buenos Aires... Hay gente que quiere la guerra...

—¿A favor del Káiser? —preguntó Gorbea con recelo.

—No ¡qué Káiser ni Káiser! Quieren que nos metamos del lado de los ingleses... y de los franceses. Yo no tengo nada en contra: seamos clientes, amigos. Pero no vamos a hacernos romper la cabeza por ellos —Brun golpeaba enérgicamente con el índice sobre la tranquera—. Que el asunto dure todo lo que quiera —aceptó—. Más dura, mejor para nosotros. Pero yo no tiro un tiro. De ninguna manera. Porque los que gritan son unos señores que no tienen nada que perder y que lo único que saben es eso: gritar y gritar —Brun parecía aturdido por los gritos de esa gente—. ¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó de pronto.

—¿Quién? —Gorbea se sobresaltó.

—Aquél —señaló Brun con la cabeza.

—¿El del cuadro de las preñadas?

—Sí.

—Soto. Tipo trabajador —ratificó Gorbea—. Me gusta.

De nuevo se quedaron en silencio contemplando las ovejas que esperaban mansamente la llegada de Bianchi. Gorbea acarició a una:

—¿Y el Presidente? —preguntó con un tono distraído.

—¿Yrigoyen?

—Ahá.

Brun se tironeó el labio antes de hablar. Después se secó en la ropa la saliva que le había quedado en el dedo:

—Es un hombre... —empezó a decir, quería ser muy preciso, imponerle a Gorbea todo lo que había pasado y lo que había escuchado en la Sociedad Rural. Quería ser más que Gorbea, sobre todo hablando—: Un hombre —repitió— que no sabe muy bien de estas cosas. Es nuevo en el gobierno y nunca anduvo en asuntos así. Y tira para aquí y tira para allá... Y lo más grave es que nunca se puede hablar con él —afirmó con énfasis como si participara de un secreto que muy pocos conocían y que explicaba mecánicamente todo lo que él quería decir—. Eso es lo más grave.

—Ah... ah... —cabeceaba Gorbea.

—No sabe hablar —concluyó Brun.

—¿No?

—*Se lo digo yo.*

—*Ah... ah... —y Gorbea movía los labios como si continuara contando ovejas.*

Pero el asunto no duró. Es decir, la guerra no duró más y la lana no corría más o, por lo menos, se vendía muy poco. Y los fardos formaban unos enormes cubos mohosos amontonados en el puerto de Gallegos, en San Julián, en Deseado. Encima de algunos habían crecido unas matas de trigo y cuando subía la marea, los de los costados se balanceaban suavemente.

—¿Entienden? —Soto miró a los tres hombres que lo escuchaban sentados en los bordes de sus «camarotes»: al chileno Muñoz que de vez en cuando se adormecía sobre su guitarra, agitando la cabeza como para espantarse una mosca, y a Stocker, ese recién venido, que aprobaba fervorosamente, sacudiendo el mechón que le cubría la frente y murmurando: «Está bien... muy bien... Eso es...». Y al indio Caliqueo que no abría los labios ni se movía—. ¿Se dan cuenta de lo que les digo? —preguntó Soto alzando la voz para sacudir la modorra de los otros.

—Sí, por supuesto —dijo Stocker—. Y lo grave es que con lo que se gana no alcanza para nada.

—¿Para nada? —Soto tenía un gesto de desprecio—. ¡Si el paquete de velas lo están cobrando ochenta centavos!

—Y en Buenos Aires vale cinco —aseguró Stocker con toda la mano abierta—. ¡Cinco! —y la sombra de sus dedos se agrandó sobre la pared y se agitó cubriéndola hasta el techo, todos menos Muñoz miraron el cabo de vela que iluminaba desde un rincón de la pieza; parecían temerosos de que se apagara y se fuera acabando.

—¿Y a usted, cuánto le quedó?

—¿Desde que vine?

—Sí —Soto se dirigía con una lenta solemnidad a ese peón nuevo.

Desde que vine me quedaron veinticinco pesos —confesó Stocker con amargura, sonriéndose—. Mejor dicho: veinticinco con ochenta.

—¿Tan poco andan pagando en el frigorífico?

—Tan poco, no —Stocker se había echado hacia adelante y hablaba muy cerca de la cara de Soto—. A uno le pagan sesenta y cinco centavos la hora...

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pero hasta el año pasado pagaban más —recordó Soto.

—Eso era el año pasado, pero ahora le empezaron a meter cortes; un poco menos por esto, otro poco por lo otro... Y ellos le dicen a uno que si le gusta, bien, y si no, que se vaya...

—¿A dónde, digo yo?

—A la mismísima...

—¡Qué guachos! —Soto tenía una mirada extraviada—. ¡Qué guachos!

—No, si es de generosos que lo hacen —Stocker se reía desagradablemente, como un chico jorobado o algo así y se frotó las manos; los huesos le ardían. Él había trabajado en las cámaras del frigorífico y ya no se sentía más la carne, sino una aguda comezón muy difícil de ubicar, que se le corría de la clavícula a los codos y de allí a los dedos. Es que se había convertido en un esqueleto dolorido encerrado en una de esas enormes celdas blancas, cargado de huesos como piedras, con unas coyunturas torpes y crujientes—. Y uno trabaja unas nueve... ocho —calculó después de hacer sonar los dedos— o diez horas como media.

—Como medio... ¿y como máxima?

—Unas quince.

—¿Y los domingos? —la frente de Soto se había dorado con la luz de la vela.

—Los domingos, menos; cuatro, cinco... Según.

—Lindo, muy lindo... —Soto se volvió hacia Caliqueo y le palmeó la rodilla—. ¿Eh, indio, qué decís?

—Lindo —masculló Caliqueo en su «camarote».

—De cualquier manera yo me había hecho unos doscientos pesos —continuó Stocker—. Pero tuve que poner cien para el pasaje, cincuenta por la comida y otros treinta como garantía —y de nuevo las sombras de sus dedos bailotearon sobre el techo—. Y cinco por un cuero... ¿ve? —señaló en la penumbra levantándose un poco—. Y es un cuero pelado que ni calienta ni sirve para nada. Y ¡ríase! —chilló—. ¡Otros cinco por un delantal! Si parece cuento...

—¡Juar! —gimió el chileno Muñoz de pronto fingiendo un quejido interminable—. ¡Arriba la oposición! —y se quedó con su ancha boca abierta apuntando hacia el techo, sin abrir los ojos y sacudiendo los dedos sobre su guitarra—:

¡Que muera Balmaceda,
que viva Jorge Montt!—

cantó con una voz espesa, cálida, como la sangre de los corderos sobre el playón, cuando carneaban de madrugada.

—¡Calláte, Muñoz! —le ordenó Soto.

El chileno tocaba suavemente las cuerdas de su guitarra, no con las uñas sino con las yemas de los dedos, y mantenía los ojos entornados como si estuviera gozando mucho, acordándose de algo muy bueno que no se podía compartir y que no valía la pena contar porque no lo iban a valorar. De nuevo entonó: ¡Juar! —el placer era muy bueno, doloroso—. ¡Arriba la...

—¡Calláte, te digo! —lo cortó Soto.

Todos se quedaron en silencio. Afuera soplaba el viento y de vez en cuando se oía el ruido de los cascotes que golpeaban contra las chapas de zinc. Stocker tuvo un

estremecimiento y la cucheta de su «camarote» crujió.

—¿Así que le vinieron a quedar nada más que veinticinco pesos? —Soto parecía reflexionar: escuchaba el viento, contaba cien pesos más cincuenta más treinta más dos de cinco, y le espiaba los labios a Muñoz para ver si era capaz de largarse a cantar de nuevo, porque ese chileno se había quedado murmurando algo como si protestara o como si ensayara su canción alargando las oes hasta no poder más.

—Nada más que veinticinco —corroboró Stocker.

—¡La pucha!

—Buenos para morir de hambre —Stocker quería resultar sarcástico.

—¿Para morir de hambre? —Soto lo miró a los ojos Stocker no parpadeó—. ¡Para reventar como un animal! —Soto hizo una pausa y después meneó la cabeza como si fuera a embestir a alguien—. Y todo eso para nada —resopló.

—Al divino cuete...

—Sí... —volvió a resoplar Soto—. Al divino cuete.

Por un instante, cuando los dos se descubrieron de acuerdo en algo que los humillaba al mismo tiempo, se sintieron cálidamente cómplices: tenían los mismos enemigos, las desgracias contadas no resultaban tan tremendas y al fin de cuentas era la vida de ellos, y si se las dominaba un poco, enaltecían bastante, por lo menos ante los propios ojos. Hasta se podrían intercambiar sus artimañas o alguna cosa que los avergonzara. Algo tembló en Stocker y estuvo a punto de confiarle, así, de pronto, que una tarde allá en Bahía Blanca, había visto a su mujer entrar a una casa de citas. Y no que la vio y se fue, sino que se había quedado espiando hasta que ella salió. Era una tarde en que había llegado la escuadra y los marineros andaban por la calle, varios se habían detenido a mirarlo, y él, primero había hecho como que se sentía mal y se apoyó en un árbol, hasta que por fin, se arrodilló fingiendo que se le había perdido algo. Después, al anochecer, se resolvió a trompearlo al que le había dicho que fuera a vigilar en ese lugar: «—¡Te debés haber confundido con tu hermana!» —le gritó mientras lo arrinconaba en un zaguán—. «¡Era tu hermana y no mi mujer la que entraba, porquería!».

—Pero a nosotros parece que nos gusta... —dijo Stocker solamente.

—¿Qué?

—Que parece que nos gusta que nos estén robando.

Soto se puso tieso:

—¿Lo dice por mí?

—No... Por usted no.

—¿Y por quién, entonces?

—Qué sé yo —Stocker señaló vagamente en rededor, pero los que estaban en ese cuarto le parecieron pocos: Muñoz, el indio, Soto y él. Cuatro. No; eran muy pocos y ninguno se aguantaba nada. Por eso estaban hablando de lo que hablaban—. Los de

«Cañadón Fabre»... o la gente del Coyle —insinuó—. Los que están peor que nosotros...

Queridó, queridó —volvió a gemir el chileno—
vente a mis brazos,
¡la vida y hasta cuándo
me querís tener penando...!

Soto se volvió con furia:

—¡Te dije que te callaras!

Muñoz se había arrinconado en su camarote, los ojos le brillaban en la oscuridad:

—¿Y por qué? —preguntó siguiendo el ritmo de la canción.

—¿Y por qué qué?

—Por qué razón me voy a callar...

—¡Porque yo te lo mando!

—¿Y de ahí?

Soto se puso de pie. Muñoz arañó su guitarra. Por un momento, la monumental sombra de Soto cubrió la pared. Stocker se recogió el mechón que le cubría la frente.

—¿No ves que estamos hablando? —intervino Caliqueo pausadamente.

Muñoz giró hacia el indio:

—¿De qué?

—¿No oís, acaso?

—Sí que oigo —Muñoz se desprecizó en su cucheta—. Pero están charlando mucho... de la guerra... de que si el puerto esto o lo de más allá... que si bajan los conchavos, pero no de lo que hay que hacer —la cara de Muñoz continuaba en la sombra—. Es que ustedes los argentinos hablan mucho... demasiado...

—No tanto —lo tranquilizó el indio—. Te aseguro que no tanto.

Muñoz estiró los labios como si fuera a contestar, pero no dijo nada y cabeceó en silencio como si se diera razones: ya se vería lo que había que hacer, en fin, esperar, total, no costaba gran cosa.

—¿Usted cree que los de las otras estancias...? —Stocker tenía una voz insegura.

—Yo no creo nada —Soto se había vuelto a sentar y se frotaba las manos. Se las sobaba reciamente y después las dejaba caer muertas entre las piernas.

—¿Y los de Paso Ibáñez? —Stocker lo urgía.

Soto abrió los brazos con un ademán de prescindencia:

—Por ahora no se ha pasado de las conversaciones... se tantea a la gente...

¿Y los de «La Anita»? —insistía Stocker.

Soto lo miró nuevamente a los ojos: esos ojos casi blancos, el pelo amarillo.

Stocker. Se llamaba Stocker y había trabajado en el frigorífico. Un sujeto blanco. La Patagonia era blanca, el mundo era blanco. Afuera seguía soplando el viento y las piedras golpeaban contra las paredes de zinc. Ellos eran cuatro y estaban ahí metidos y el resto de los hombres iguales a ellos estaban en «La Anita» o en Paso Ibáñez o cerca del Coyle. Todos estarían acurrucados alrededor de una vela, sintiendo el olor agrio de los cueros de oveja y de sus propios cuerpos. Todo era una porquería: pagaban mal, no alcanzaba para nada, a los chiquilines se les hinchaba la panza y las mujeres tenían que bajar a Gallegos a hacer cualquier cosa. Una porquería. La Patagonia era una porquería. Ellos eran cuatro ahí metidos, estirando sus caras bronceadas por la luz de esa vela y se sentían solos. Miedo era estar solos. Por eso se amontonaban para hablar sobre lo mismo: lo que no pagaban, lo que no alcanzaba, las ganas que tenían de poseer algunas cosas. Era como amasar una bola caliente. Porque el calor quitaba un poco el miedo. Como la comida o como echarse al lado de una mujer.

—¿Hace mucho que no baja a Gallegos? —preguntó Stocker.

—Uh... uh... —dijo Soto vagamente.

—¿Un año?

—Más o menos.

—¿Allí habló con alguien?

—No.

—¿Ni con los del puerto? —Stocker parecía asombrado.

—No, no.

—¿Ni con la gente del frigorífico?

—Tampoco —Soto agachó la cabeza—. Solamente tenemos un intermediario en Deseado —dijo para decir algo que lo justificara.

—Pero... ¿No se da cuenta de que ahora estamos solos...? ¿Que hubiera sido mucho mejor estar en contacto permanente con ellos? —la voz de Stocker se ponía chirriante cuando gritaba—. ¿Qué hizo la última vez que bajó?

—Fui a la casa ...

—¿Al quilombo?

Soto asintió con la cabeza.

—¿Pero no tuvo tiempo de hacer otra cosa?

—No —murmuró Soto como avergonzado—. Me quedé tres días ahí metido.

En su rincón. Muñoz soltó una risita y cantó ronroneando y quebrando el cuello.

Queridó, queridó,
vente a mis brazos
¡la vida y hasta cuándo
me querís tener penando...!

Esta vez Soto no se puso de pie, fue Stocker quien ordenó:

—¡Acabelá, Muñoz, por favor! —después hizo una pausa, estaba incómodo. Soto los hacía perder tiempo avergonzándose de esa manera—. ¿Qué habría que hacer? —le preguntó con avidez—. ¿Eh? —era lo mismo que alzarle duramente la cabeza a ese hombre grandote para demostrarle que creía en él, que era para desesperarse si no encontraba alguna solución, que lo quería, que lo entendía y que había otros hombres en el Territorio pendientes de él que serían miedosos o sucios pero no porquerías—. ¿Paramos ahora?

—¿En medio de la esquila? —Soto hacía unos dibujos en el suelo, parecía calcular.

—¡Claro, hombre!

—¿Aprovechando que Brun y el otro...?

—Por supuesto... por supuesto ¿o va a esperar a que vuelvan?

—No. No es por eso —hacer una huelga era como pelear con un hombre y no se pelea por cualquier cosa, a cada rato; Soto solamente se resolvía a pelear para terminar con algo, cuando ya no se aguantaba más. Para matar, por supuesto. Y él era capaz de matar, pero no a cada rato, él no era un asesino. Y hacer una huelga todos los días era un chiste. Como hacerla entre dos o tres. Soto sacudió los dedos; lamentaba no ser lo bastante elocuente—. ¿Pero antes conversamos con la otra gente? —consultó—. ¿Qué le parece?

—¡No! —Stocker era terminante—. Ya es tarde, si no, por supuesto. Ahora, que nos sigan. Va a ser lo mejor... —Stocker hablaba muy cerca de la cara de Soto, confidencialmente, con el apuro de alguien que siente que va a perder su última oportunidad o se orina encima, pero por un momento se volvió hacia el indio y hacia Muñoz, consultándolos brevemente como si acabara de acordarse que esos dos estaban ahí—: ¿No es cierto que conviene largamos ya mismo?

—¡Vos no te vas a largar ya mismo ni...!

—¡¿Qué?! —Soto se volvió rápidamente hacia la puerta del cuarto: parado en el umbral estaba Bianchi, el capataz—. ¿Ahora se dedica a las alcahueterías? —le preguntó sobándose la nuca y enrulándose los pelos del cuello.

—¡A usted no se le importa! —Bianchi se había apoyado contra la pared.

—¿Cómo que no me importa? —la mano de Soto se apoyó sobre su nuca y se la oprimió—. Éste es mi cuarto.

—¡Qué va a ser su cuarto! No joda.

—¿Cómo, cómo...? —tartamudeó Soto avanzando sobre Bianchi que trató de manotear su cartuchera—. ¡Éste es mi cuarto y usted se va con alcahueterías a otra parte...! —pero al querer agarrarlo de la campera, Bianchi se esquivó y lo rozó en la cara rajándole la piel. Soto se quedó rígido, después se palpó la frente, la sangre, la miró como si dudara entre olerla o volverla a su lugar—. ¡Salí de acá! —empezó a

gritar—. ¡Salí de acá, te digo! —repetía mientras lo empujaba a Bianchi que medio retrocedía, con los ojos agrandados de pronto, como de guanaco, y medio parecía disculparse o amenazar—. ¡Salí de acá! —los otros hombres los fueron rodeando, a la expectativa, hasta que en una de esas, al salir al campo, Bianchi rodó y empezó a chillar desde el suelo. Entonces todos se le fueron encima y lo empezaron a golpear—. ¡Déle, déle! —repetía Stocker enardecido cuando era Soto el que golpeaba—. ¡Déle! —y Soto lo golpeó en el pecho sintiendo que resonaba, que era algo hueco y que ahí se podía dar sin que doliera—. ¡Déle! —cuando golpeó en el cuello, comprendió que Bianchi se ahogaba con un ronquido—. ¡Déle, Soto, déle! —pero después, el muy hijo de su madre alzó la cabeza y Soto lo golpeó en la frente sintiendo que los nudillos se le resentían: esa caja de huesos no soltaba ronquidos ni se hundía bajo su puño—. ¡Déle! —Y de nuevo golpeó y una puntada se le clavó en la muñeca—. ¡Déle! —seguía Stocker, pero Bianchi se había hecho un rollo y se quejaba exagerando su dolor y tratando de prolongar las pausas entre cada golpe o de que advirtieran que le dolía, que no daba más y que ya era suficiente.

Pero el chileno Muñoz, propuso algo divertido:

—¡Al bañadero! —y aplaudió con entusiasmo.

Los tres obedecieron. No porque ésa fuera una orden ni porque Muñoz mandase a nadie, sino porque, la verdad, que era una buena idea. Lo levantaron a Bianchi en vilo y correataron torpemente hasta la canaleta de cemento.

—¡Al bañadero! —seguía el chileno.

En la carrera, Stocker había perdido una alpargata. Muñoz la recogió y empezó a hacer fintas como con un cuchillo:

—¡Al bañadero! —los jaleaba en medio de la noche—. ¡Al bañadero con ése! —y se sacudía la mano con la alpargata con unos alegres ademanes de foca—. ¡Al bañadero!

Cuando Bianchi cayó al agua cubierta de costras y de abrojos, empezó a llamar a los borbotones hacia el galpón de esquila; pero Soto había tomado una horquilla y le hundía la cabeza como si fuera una oveja:

—¡Meta la cabeza... que no le puede hacer mal el Cooper! —gritaba mientras Bianchi braceaba aterrorizado, con la cara fruncida, pugnando por aferrarse al borde o sumergirse y salir por la otra punta del bañadero—. ¡Meta, le digo! —seguía Soto con un tono burlón, despectivo.

Y eso duró hasta que sonó un disparo. ¡Cran! Nítido, inquietante. Era una vieja Rémington, algo inconfundible.

El indio Caliqueo se volvió como si le hubieran pegado un fustazo en los ojos:

—¡El manco Bond! —murmuró.

—Sí —Stocker se acurrucó junto a la empalizada de los bretes.

—Nos está metiendo bala...

Otro estampido volvió a sonar allá al fondo y los dos se encogieron tratando de ver en la oscuridad. Sentían la piel tirante, como si fueran globos de goma demasiado hinchados. Solamente en las tetillas la piel era gruesa y ahí picaba.

—¡Está en el galpón! —avisó Soto desde un costado.

Los disparos seguían. Apenas si se iluminaba el ángulo de una de las ventanas del galpón. Eran unos fogonazos rojizos, atronadores. Muñoz murmuró: «—Nos tira a voltear el bruto ése», mientras advertía que Bianchi había salido del agua y se estaba escurriendo boca abajo en la otra punta del bañadero.

El único que avanzó fue Caliqueo: se ajustó la faja y de pronto pegó una carrera hasta el bebedero agazapándose entre unas matas. Allí se quedó un momento. Tomaba aliento. Tenía que sorprenderlo al manco. Otro disparo iluminó el rectángulo de esa ventana. Bond seguía con su Rémington. Pasó un momento y el cuerpo de Caliqueo se vio recortado corriendo sobre el filo del cañadón.

—¿Llega? —susurró Stocker.

—Sí que llega —aseguró Soto.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. De esto sí que estoy seguro...

—Va por atrás —señaló el chileno.

Los tres se habían echado al suelo y respiraban con un jadeo como si fueran ellos los que corrían.

¡Craann! —desde la ventana seguían los disparos. Todo el cañadón resonaba: parecían contestar desde el bebedero, desde el tanque australiano ¡Craann... craann...!

—Lo va a hacer tiras —vaticinó Soto—. Hace tiempo que le tiene ganas...

—¿Sí? —Stocker miraba como fascinado hacia el galpón.

Al rato cesaron los disparos. Después, alguien gritó en el galpón. Parecía que llamaban. No se oyó bien. Entonces Soto se puso de pie:

—Vamos —ordenó.

Pero antes de llegar, una gran llamarada se levantó desde el galpón iluminando los corrales, el agua del bañadero y el chato cilindro del tanque australiano.

La misión

Entonces el Viejo lo llamó a Vicente. Tenía que verlo a las dos. «*A las dos en punto p. m. recibirá a usted*», se leía en la tarjeta que había recibido de la Presidencia, y mientras esperaba en el «Sportman», se había entretenido en achatar con la uña ese escudito en relieve: dos minúsculos bracitos y el sol se asomaba con una cabellera de rayos crispados como una medusa furiosa. «Escupió mi pestífera hiel», decía uno de los versos del Himno Nacional, pero los ojos de ese solcito eran inexpresivos y, además, no tenía boca.

Vicente miraba con sopor, acababa de almorzar; a la izquierda los espejos, las columnas, la entrada a la cocina, la escalinata, la otra fila de columnas, el *maître* que se desplazaba entre las mesas con unos movimientos insinuantes, certeros, hacía reverencias, jugueteaba con esa servilleta doblada e inútil, daba una orden a un mozo sin alzar la voz pero modulando exageradamente las vocales, con un ritmo gimnástico, de superioridad, después tosía o se apoyaba las manos en la cintura o se tironeaba el smoking parpadeando velozmente. Las dos menos veinticinco. Ese hombre estaba incómodo, era evidente: el olor de las comidas, vaya uno a saber, los clientes de ese día, tanta gente que conversaba como si salmodiara, tantos espejos que lo reflejaban, la cocina que no marchaba a punto, el mundo que giraba para el mismo lado. Era un contratiempo. Por eso el *maître* parecía abrumado. Los caireles de las lámparas, las cortinas vaporosas y solemnes, pasar un mensaje escrito en una servilletita de papel de una mesa a otra, la juventud, ah, *la jeuneusse*, los manteles tan blancos, las pecheras enharinadas de los mozos. Buenos Aires cómo crecía al comienzo de la tercera década del siglo xx —el *maître* recogía la respuesta a la servilletita haciendo una reverencia familiar y distante— la Atenas del Plata, con tantos poetas famosos y continentales. Las dos menos veinte. Lugones. Lugones era algo serio y sobrellevaba un prestigio mundial. Panamá, Cuba siempre acogedora y Santos Chocano. Sobre todo Santos Chocano. Los rebeldes corceles, la selva virgen y dura, timbales, un cóndor en las alturas y alguna princesa muy del siglo xviii y muy francesa. «—Lugones me distingue», había asegurado Vicente en el baño turco. El *maître* seguía controlando las idas y venidas de los mozos mientras los coches trotaban por esa calle maravillosa que era Florida. Vicente bebió un sorbo de agua y lo paladeó; se sentía muy pesado. El mundo giraba para el mismo lado. Las dos menos cuarto marcaba el reloj del «Sportman» y Vicente se resolvió a confrontar el suyo; en otro momento no lo hubiera hecho, porque era cosa de maricas llevar reloj pulsera. Como fumar cigarrillos rubios. Pero el Viejo lo esperaba, el Viejo lo había mandado llamar, él era el elegido entre ocho millones de tipos. Una mujer lo saludó. ¿Quién era? No veía bien; un mozo la tapaba con una fuente. En la Atenas del Plata se comía bien, nadie se moría de hambre, sí señor, y la juventud leía poetas de

Europa, de París, del Viejo Mundo deseado, visitado y decrepito, por supuesto, y algunas revistas pornográficas. «Verdolagas». Ésa era la palabra. Vicente se secó los labios escrupulosamente. Varios años sin guerra y el hombre blanco dominaba el mundo, lo civilizaba trabajosa pero dignamente a pesar de la resistencia de ciertos indígenas, y en ese restaurante la gente comía satisfecha con lo que había elegido, con la salsa, con su ropa, con su propia cara, con las olas del Río de la Plata y con la mejor carne del mundo, sepa usted. Ese día el sol iluminaba el río más ancho del mundo. La mejor y el más ancho, así era nomás. Vicente saludó con su tarjeta que era nada menos que una citación de la Casa Rosada. Él era el elegido, distinto, como invulnerable, «*A Las dos en punto p. m. recibirá a usted*», se leía en ese rectángulo de papel. Y el escudo nacional. Las dos menos cuarto. Ese reloj no avanzaba y Vicente se sentía con el cuerpo sano. Se podía palpar cualquier parte y nada lo molestaría. Ni el cuello tan tieso ni los botines tan puntiagudos. Era una comodidad visceral la que sentía: corazón, tripas, los propios juicios, el vientre. Bien, bien. Se podía palmear su propia carne. Y a las dos en punto lo recibiría el Presidente de la República. En ese momento, todo lo entusiasmaba, desde las reverencias del *maître* hasta esa mujer que lo había saludado desde la otra punta del salón. Todo estaba en su lugar en el «Sportman» y si uno le pasaba la mano por encima no encontraría asperezas: el balde de los vinos, la cigarrera que ese médico que alguna vez le habían presentado en el Gimnasia y Esgrima había depositado sobre la mesa, las copas, los cientos de copas que brillaban esparcidas sobre las mesas, las columnas de los costados, la grupa de esa mujer que desganadamente andaba buscando mesa, las columnas de los costados que no eran de mármol sino que estaban pintadas con un color veteado. Las dos menos diez.

Faltaban diez minutos para que el Presidente de la República lo recibiera y todavía tenía que pagar, ponerse de pie, cruzar ese salón diciendo a media voz y sonriendo: «—Permiso, permisito...» a toda la gente conocida, dejarse llevar por la puerta giratoria, salir a la calle, cruzar la plaza bajo el sol, entrar en ese enorme edificio rosado, subir escaleras mostrándose juvenil, recién desembarcado de Europa, abogado, muy Vicente Vera, audaz pero contenido, limpio, sereno, dueño de su futuro, condescendiente con su pasado, con sus pecados, alerta y confiado en su presente. Transparente y sólido a la vez. Era demasiado. Y Vicente calculó en medio de esa pesadez que lo embargaba que se sentía mal y que todo lo que estaba contemplando se arrugaría. Hasta su cuerpo se pondría desdichadamente fofo. El cuello tan inobjetablemente almidonado y sus propias vísceras. Pero *tenía-que-hablar-con-el-Viejo*. El Viejo lo quería ver y le diría: «haga esto y lo otro». El Viejo. Las dos menos cinco.

Vicente llamó al mozo haciendo un esfuerzo:

—Los números —pidió.

—Bien.

Pagó y se puso de pie con cierta torpeza y saludó desde lejos al *maître* que se sonrió sacudiendo la cabeza.

En la calle, la plaza y esas palmeras descascaradas brillaban bajo el sol. La citación estaba en su bolsillo y el Viejo lo iba a colocar en un sitio; «aquí, esto». Pero Vicente quería pedir el consulado en Hamburgo. De París, ni se animaba, ya estaría solicitado y resultaría demasiado evidente si pedía que lo enviaran a París, que proyectaba irse de nuevo como si se escapara porque olía algo fétido. Pero Buenos Aires no tenía un olor fétido, a lo sumo era insípida. «—*Buenos Aires es formidable*», le habían dicho en el club. «—*Sí, claro*» —admitió Vicente mientras se frotaba energicamente los hombros con una toalla—. «*A mí también me gustan las cuadreras. Nadie lo niega. Pero entre un clásico y una cuadrera, prefiero un clásico*». Buenos Aires era una gran ciudad sobre el río más ancho del mundo. Cosa sabida. ¿Que Buenos Aires tenía el futuro por delante? También. Pero todo eso era lo que iba a ser, lo que llegaría con el tiempo, pero ¿y mientras tanto? No —se justificaba Vicente mientras iba cruzando la plaza—, no era que él se fuera a quedar definitivamente allá, no. Lo que él quería era ir y volver, una segunda vez, porque la primera lo había dejado con las ganas. Y, sobre todo, no ir con las monedas contadas. «Ir y volver», se dijo Vicente con exaltación, con inseguridad. No era por esto, no, en serio, él no traicionaba a nada, sino por aquello. Una escapadita, nada más, pensó como si tuviera que pedir permiso para una cosa que lo avergonzaba, pero no por innoble, sino por ser un poco ridícula, algo así como un antojo. Permiso para poder asomarse, como si espiara y se excusara a la vez. «Me calienta París», se dijo, miró la estatua de la plaza, vagamente pensó «Belgrano», pensó «Río Paraná» y «batalla de Suipacha» y cruzó la calle.

Le asombró ver a tanta gente en la Casa de Gobierno. Él esperaba mayor solemnidad, como si fuera algo sagrado. Y lo sagrado debía ser silencioso, lo más parecido a algo muerto. Pero los hombres y mujeres que iban y venían o esperaban en esos pasillos, estaban inquietos y sostenían una mirada escrutadora; allí todos se sentían competidores. Solamente un viejo parecía no tener apuro: se había sentado en una silla y reposadamente iba descascarando maníes y comiéndoselos; alrededor de sus pies se amontonaban unas cascaritas grises, que crujieron cuando Vicente pasó.

—¿Presidencia?

—Arriba —le indicó un ordenanza.

Subió por una escalera y en la primera antesala, un hombre que jugueteaba con sus anillos cambiándoselos de mano, se le acercó:

—¿Lo citó el Presidente?

—Sí.

Ese hombre se sonrió con un aire devoto:

—Un momento —rogó— por favor...

Mientras esperaba en un rincón, Vicente se encajó las manos debajo de los sobacos y se oprimió el cuerpo: él lo había servido al Viejo. Desde el año cinco, cuando todavía era un chiquitín. Había galopado desde Cañuelas hasta Lobos, solamente llevaba la orden de repetir una consigna: «Conforme». Había galopado por el medio de ese pueblo muerto, de calles polvorientas; todas las ventanas estaban cerradas, era a la hora de la siesta y la tierra de las calles resultaba blanda, enceguecedora. «Conforme». Nada más que eso tenía que decir. Había sido en 1905. El sudor de su caballo formaba una baba blanca, jabonosa en el borde del cojinillo. «Conforme». Y uno de los Villamayor lo recibió en la puerta. Calle general Lavalle al setecientos; en el cordón de la vereda había unas argollas como en un amarradero. «Conforme». Eso era lo único que tenía que decir. Villamayor era panadero y le había contestado «—Gracias», con el mismo tono con que le hubiera agradecido un vaso de agua bien fresca mientras se ajustaba el cinturón. Y desde entonces lo había servido al Viejo, recordaba Vicente.

El hombre que lo había recibido mientras jugueteaba con sus anillos, le hacía una seña con la mano.

—¿Qué? —preguntó Vicente avanzando a medias.

El otro susurró:

—Que espere... y que tenga un poquito de paciencia —parecía justificarse porque ya habían pasado bastante las dos.

Vicente se quedó cruzado de brazos frente a uno de los ventanales, la nerviosidad de esa espera le había despejado el sopor de la comida: él sabía que no tenía derecho a nada. Derecho, por supuesto, a pedir precisamente lo que él quería. «Me calienta París», se repetía. Buenos Aires era como una mujer, también París. Todas las ciudades eran mujeres y uno se calentaba un poco y las quería ver, tocar de nuevo. Aunque fuera un poco y nada más que un poquito. No, no. Había que ser sincero en ese asunto: agotarlas, eso era lo que se quería. Entonces Vicente imaginó qué podía decir cuando estuviesen sentados frente a frente con el Viejo:

«—Señor» —esa sería una fórmula adecuada, sobria, varonil, inesperada—. «Yo creo que puedo ser muy útil en algún consulado». «—¿Nada más?», le preguntaría el Viejo. «—Nada más, señor». ¿Habría de esa manera el Viejo cuando estaba a solas con una persona? Porque Vicente sólo lo había oído de cerca cuando fueron a visitarlo a su casa con un grupo de estudiantes de derecho. El Viejo les había hecho servir café, un café aguachento que todos bebieron escrupulosamente mientras él monologaba sobre «la reparación del país». Tapar los agujeros del país, había pensado entonces Vicente. Con yeso o con papeles o con cualquier cosa. «Reparación», ésa era una palabra que el Viejo había usado a cada momento mientras la tarde se iba oscureciendo sobre ese grupo de estudiantes que lo escuchaba. Cuando

salieron, alguno había dicho: «—*Parece un apóstol*». Otro se rió. Después lo había visto varias veces en el Hotel España y el Viejo lo había saludado mientras tomaba la sopa con una lentitud de ídolo, casi deliberada, excesiva.

—Un momento más y lo recibe —el hombre de los anillos acababa de consultar un fichero y le secreteaban lánguidamente—. Nada más que un momentito, doctor —mientras se ajustaba una ancha alianza en el meñique.

Vicente agradeció con un cabezazo.

París no era nada más que eso: una mujer. Y él sentía avidez: pronto y de todo. Todo. Encamarse, abrir mucho los agujeros de la nariz, viajar, discutir y ganar, galopar en un caballo sudado, comer queso y beber, dar puñetazos, desgañifarse. Y todo lo demás, también. El Louvre y Versailles y cualquier plaza o una calle al borde del Sena no eran más que partes de todo eso. «—*Huele a hembra*», afirmaba Vicente en las duchas del Gimnasia y Esgrima, y sus compañeros lo escuchaban con una mirada codiciosa.

Vicente consultó su reloj: dos y cuarto. Quince minutos de más. No importaba, era el Viejo quien lo iba a recibir. Él se había agarrado a trompadas y le habían abierto una ceja frente a los Tribunales por gritar «¡*Viva Yrigoyen!*!». Vicente se sonrió: él era tolerante con todo lo que hacía, hasta con sus arbitrariedades. Y ahí estaba de brazos cruzados mirando a través de uno de esos ventanales que daban al río. El sol iluminaba el río más ancho del mundo, las olas de ese río lamían la Atenas del Plata y la Atenas del Plata era una ciudad enorme y desabrida. París, en cambio, tenía olor a mujer y le llenaba la boca de saliva como cuando olía unas chuletas asadas. También, una noche, poco antes de las elecciones del 16, había escrito en la pared de un prostíbulo «—¡*Viva Yrigoyen!*!». Aquella pieza estaba casi a oscuras y la mujer, una a la que le decían La Polaca, aunque renegada de ese origen, le había preguntado: «—¿*Qué escribís, Vicente?*». Él había suspirado: «*Tu nombre*». Y en el barco, en viaje a Barcelona, habían conocido la noticia del triunfo en las elecciones, y se habían quedado hasta la noche, junto al bar, mientras un mozo repasaba las copas y se sonreía. Hasta la madrugada se la pasaron gritando «¡*Viva Yrigoyen!*!», abrazándose y encarando provocativamente a los que permanecían en silencio. Un alemán solitario se les había acercado para preguntar: «¿*Qué ganagon... qué ganagon?*».

—Puede pasar, doctor —el hombre de los anillos le hablaba con su tono clandestino—. El Presidente lo espera.

Vicente traspuso el umbral. Allí estaba el Viejo. Parecía de madera. Era mucho más alto de lo que Vicente creía recordar y se inclinaba un poco para tomarlo del brazo y sentarlo a su lado en uno de esos sillones rojos.

—¿Cómo está? —fue lo primero que preguntó, tenía un tono fatigado.

—Bien —dijo Vicente.

—Me alegro... me alegro mucho —aprobó el Viejo—. Pero ¿sabe para qué lo he llamado?

—No...

—Necesito su ayuda —murmuró el Viejo recostándose hacia un costado.

—Le agradezco, señor.

—No, no... —el Viejo alzó la mano lentamente como para detenerlo o como para bendecirlo, después se quedó un rato mirándolo con los ojos entornados mientras se tironeaba las puntas del bigote, parecía estudiar una placa radiográfica al trasluz tratando de recordar exactamente para qué lo había citado a Vicente—. Es algo especial, Vera —dijo por fin y sonó a «Ah, ya recuerdo»—. Es algo muy especial. Y es por eso que he pensado en usted.

—Estoy a sus órdenes, señor.

Entonces el Viejo tomó aliento, se sobó las muñecas, se las miró, se las frotó un poco como si de pronto hubiera descubierto en ese lugar alguna mancha. Olía a sándalo y en la penumbra tenía un color de hígado.

—Es algo en el Sur... —dijo.

—En la Patagonia, sí —el Viejo le palmeó el muslo y Vicente no supo muy bien si para felicitarlo por algo, para tranquilizarlo a pesar de su insolencia o para subrayar que él conocía muy bien que el Sur del país se llamaba Patagonia—. Y me he tomado la franquicia —continuó pausadamente— de pensar en su nombre y en invitarlo, porque nosotros deseábamos que usted fuese al Sur, Vera. Allí hay graves instancias, muy graves —recalcó entornando aún más sus ojos encapotados; usaba unas palabras rebuscadas pero no se demoraba en encontrarlas—. Nosotros —agregó sin señalarse— entendemos que usted es la persona más indicada. Por su radicalismo, por su juventud y por su educación —el Viejo hizo una pausa, se pasó las yemas de los dedos por los labios con el mismo ademán que se usa para mojar el borde de un sobre y miró hacia la puerta: seguramente, del otro lado, alguien estaba hablando en voz alta porque se oían algunas palabras confusas en medio del silencio que flotaba sobre esa habitación, encima de las rodillas rígidas de Vicente, a lo largo de esas cortinas moradas. Vicente presintió que ésa era la única habitación silenciosa en el centro de una cantidad de piezas donde se murmuraba aceleradamente—. Deseábamos que usted se pusiese en viaje... —rogaba el Viejo.

—¿Ya mismo, señor?

—Sí. Por cierto.

—Pero... —balbuceó Vicente.

—¿Me va a decir que lo tiene que pensar?

—No. No se trata de eso, señor.

—¿Entonces?

—Es que yo...

Se abrió un pozo de silencio: Vicente estaba en un borde, fascinado y agradecido al mismo tiempo que irritado consigo mismo. «Me calienta París». Aunque fuera Hamburgo. Las mansardas de pizarra, las mujeres abiertas, un mundo fresco, muy blando. Ir y volver, nada más. Aunque sólo fuera de vez en cuando. Allá las mujeres tenían saliva y uno sentía el cuerpo siempre sano. Se sabía: el Sena era un río que daba risa. Allí nadie lo saludaría en los restaurantes, pero había misterio, hasta en cualquier puerta entornada. En el otro borde de ese agujero de silencio, estaba el Viejo que esperaba con las manos sobre el vientre, con una calma indestructible, religiosa. Vicente le miró las manos: muchas veces le habían hablado de su piel lampiña, de ese chaleco cerrado tan arriba, de su ropa oscura y de todos sus proyectos enunciados con esa voz casi susurrada, mansamente autoritaria. Era un gran cuerpo liso, seco, con dos únicas ranuras líquidas en los ojos. Y de nuevo se estaba tironeando de su bigote ralo:

—En el Sur hay graves instancias —recordó el Viejo inalterablemente.

—Si usted me permite, yo... —tartamudeó Vicente.

—En el Sur hay graves instancias —repitió el Viejo poniéndose de pie—. ¿Conoce el asunto?

—Sí, sí. Naturalmente.

«—Yo no sirvo para eso», tendría que haberle dicho al Viejo cuando caminaban hacia la puerta de esa habitación. Pero no se había resuelto. También debía haberle confesado que no estaba enterado del asunto, que lo conocía en forma deficiente. «No sé una palabra». Eso era lo que tendría que haberle dicho. Pero el Viejo le había oprimido el brazo mientras tocaba el timbre y llamaba a ese tipo de los anillos. Fue en ese momento que Vicente deseó que el Viejo lo mirase a la cara. No. No deseó exactamente que lo mirase a la cara, sino que lo mirase de frente, con esa cabeza en forma de pera demasiado madura apuntando hacia la suya. Pero sin clavarle los ojos. Que a lo sumo depositara esos ojos en su cuello almidonado y lo escuchara benévola. Que no lo mirase pero que lo atendiera, hasta que se permitiera —lo creía conveniente— alzar el brazo para enderezarle la corbata o para apoyarle paternalmente la mano sobre el hombro. Pero nada de eso hizo el Viejo. Llamó al de los anillos, le ordenó algo al oído, el otro dijo varias veces que sí sacudiendo la cabeza con un aire marcial y servil al mismo tiempo y después lo acompañó hasta esa oficina: allí había un enorme planisferio que cubría una de las paredes y donde todavía se leía *Imperio de las Rusias*. Un funcionario le informó sobre la lana, sobre la esquila que se había detenido y sobre los obreros que estaban sublevados. También le mostraron el recorte de un diario con un titular: *Los bandoleros de la Patagonia*.

—Uno les da la mano y se toman hasta el codo —gangoseó desde su escritorio una señora vestida con un guardapolvo blanco.

Vicente la examinó imparcialmente mientras el funcionario depositaba una

carpeta abierta sobre la mesa y le iba indicando con el dedo:

—Éste es un cálculo de los perjuicios provocados por los incendios... Ésta es una nota girada por la sociedad rural... y esto un informe de la Gobernación... la nómina de los piquetes organizados por los estancieros... y ésta es la lista de los detenidos...

—¿Cuántos? —Vicente se empeñó en parecer interesado.

—Hasta ahora... —la uña del funcionario se deslizó a lo largo de esos nombres: serían unos cuarenta y tantos—. Ciento dos —informó el funcionario.

—¿Hace mucho que están detenidos?

—Veinte días... un mes.

—¿En Gallegos? —Vicente lo interrogaba a ese funcionario sin quitar la vista de los papeles: presentía que su voz no iba a resultar convincente, como en un pésame o ante el éxito de algún amigo.

—Sí. La mayoría, sí.

Vicente no podía superar su contrariedad, sentía la ropa pegada al cuerpo, sobre todo en los hombros, pero por lo menos quería mostrar algún interés: acababa de dejar al Viejo, el Viejo había pensado en él, le había rogado que fuera al Sur, a la Patagonia o al demonio, y ahora estaría en esa habitación atestada de sillones rojos que quedaba al fondo de ese pasillo.

—¿Y el resto? —preguntó.

—El resto está en Deseado —murmuró el funcionario—. ¿Un cigarrillo, doctor? —ofreció de pronto.

Vicente miró ese atado brillante:

—¿Son rubios?

—Sí.

—No, gracias. No fumo rubios.

Y la explicación del funcionario se prolongó entre las idas y venidas de esa señora vestida con un guardapolvo blanco que tomaba café con los labios fruncidos y de un cadete que se levantaba, sacaba punta a un lápiz con una minuciosidad de orfebre, la probaba sobre el pulgar, se sonreía secretamente y se volvía a sentar a la izquierda de una ventana.

Esa noche, en el Tortoni, le tiraron unos maníes desde la mesa de Ingenieros:

—¿Así que te vas a la Patagonia, Vicentito? —le gritaron cuando se dio vuelta para ver quién había sido.

—El Viejo me lo pidió —contestó Vicente.

—¿Y París? ¿En qué quedó?

—No era París, era Hamburgo.

—¿Hamburgo? —Ingenieros estaba de espalda, pero Vicente, advertía que era él quien apuntaba las preguntas.

—Sí. Hamburgo...

—Pero ¿no vas a tener mucho frío allá, tan solito?

—Ya me conseguiré una polaca.

—Polacas puede ser —las espaldas de Ingenieros se sacudían—. ¡Porque otra cosa!...

Vicente ansiaba terminar, desde las mesas vecinas y desde el bar seguían el diálogo como un partido de tenis.

—¡Es la disciplina del partido! —explicó.

—¿De tu partido, Vicente? ¿En serio?

Vicente seguía la broma, pero cuando el otro dijo: «—Con un jefe como el que tienen...», se puso rígido y le gritó:

—¿Qué tiene el jefe de mi partido?

El otro se quedó en silencio y lo consultó con la mirada a Ingenieros, que se había vuelto para contemplarlo a Vicente con curiosidad, gravemente.

Y también en el Casino, la noche siguiente, mientras bailaba, la Safo le gritó desde su palco:

—¿Te nos vas, querido?

Vicente dijo que sí con la cabeza, fingiendo una pena insoportable. La Safo seguía:

—¿Y qué te llevás de recuerdo?

El tango concluía, algunas de las parejas aplaudieron como fatigadas sin abandonar la pista. Vicente gimoteaba sobre el hombro de su compañera que parecía orgullosa.

—¿Y, Vicente? —la Safo les hacía señas para que se acercaran a su palco—. ¿No me vas a decir qué te llevás de recuerdo?

—¡Espiroquetas! —bramó Vicente entre la risa de todos.

Después, llegó a pensar que en realidad no tenía muchas ganas de volver a París.

«—Era de vicio», explicaba. Se dejaría para más adelante, siempre habría tiempo.

«—El camino de Tipperary es largo», se decía repitiendo algo que había oído por ahí.

Y todos esos días anteriores al viaje corrieron entre encuentros y chistidos de gente: «—¿Así que a la Patagonia?... ¡Muy bien, Vicentito!... Los que van allá, vuelven podridos en plata... ¡Es cuestión de no ponerse nervioso!» —casi todos lo palmoteaban y él recordaba la época en que se había recibido de abogado o cuando había salido primero en ese campeonato de florete. Algunos le guiñaban los ojos: «—¡La hija de un estanciero... por lo menos!» —y bajando un poco la voz—: «Se te van a abrir de piernas, hermano». Vicente sólo repetía: «—Yo no sirvo para eso».

«—¡¿Para qué?!» —le preguntaban socarronamente—. «Ni se te ocurra renunciar. ¿O es que no podés con la hija de un...?».

«—No, no se trata de que no pueda —explicaba Vicente sin lograr que lo tomaran en serio—. Sino de que yo no sirvo para ese asunto de los obreros». Y se lo había

repetido a todos con los que se encontraba en la calle o en el Tortoni o en el club. Aunque no se hubiera resuelto a decírselo al Viejo. Claro que, también, era una manera de agradecer las felicitaciones, de reírse un poco de sí mismo y de mostrarse austero adelantándose a cualquier fracaso. «*El fracaso*». Era eso lo que teñía al resto: toda la carne se le aflojaba sobre los huesos como si empezara a tiritar y sentía vértigo. *El fracaso, no servir*. Y eso significaba que iba a tener que plantearse lo que había de un lado y del otro, porque él iba al Sur a arreglar las cosas, ver lo que pensaban los de un costado y, después, atender las razones de los de enfrente. Porque allá, en la Patagonia, había dos grupos de hombres enfrentados. Tal cual. Y cuando uno escucha a alguien, se decía, a cualquiera, ése siempre tiene razón. Cualquiera es veraz con sus propias razones: si a uno lo han golpeado, lo han golpeado, es un hecho y todo hecho es cierto. Golpear, robar; si yo tengo esto y me lo quitan, evidentemente me despojan. Y la gente que tiene muchas cosas, generalmente es muy seria. Pero después había que escuchar a los de enfrente. Y éstos no podían mentir cuando se defendían. Nadie miente cuando se defiende. Exigían que les pagaran más. Eso era todo. Para vivir había que comer y para comer había que trabajar. Si se escucha en orden, se escucha a solas y a solas todo el mundo dice la verdad.

Y Vicente ordenó las valijas, pagó las cuotas atrasadas del club y después recorrió los prostíbulos donde sus amigos olvidaban los libros que les había prestado. Porque él era bibliotecario del club, y en el discurso con que lo despidieron, alguien dijo: «—Vicente es una paradoja: es el hombre que da trompadas en la facultad y el que presta libros en el club».

Eso era cierto: si se escucha por orden se escucha a solas y a solas todo el mundo dice la verdad. Pero después de eso, él debía enfrentarse de una sola vez con todo lo que hubiera escuchado alternativamente. Y ése era el instante en que todo se le confundía: una niebla densa le oprimía las sienes y terminaba por taponarle los oídos. Los de este lado, esto; los del otro lado, aquello. Esto, aquello. Y había que ser imparcial. Él representaba a un gobierno imparcial, qué duda había. Pero ¿el Viejo era imparcial? —se preguntaba Vicente desconcertado—. Siempre había hablado del Régimen y de la Causa. Pero eso era antes, cuando estaba en el llano y todavía conspiraba. Ahora gobernaba para todos y a él no le había dicho ni una palabra sobre cómo tenía que actuar, parecía darlo por sobreentendido. El Viejo siempre actuaba así, él era así. Había una sola forma de actuar. Estaba claro. Por eso el Viejo era imparcial. Un ángel leñoso que sobrevolaba el país. Un ángel con los ojos vendados que distribuía equitativamente a un lado y al otro. La justicia era imparcial... ¿O no? Y a los hechos que habían ocurrido en el Sur los habían presenciado testigos tan válidos de un lado como del otro. Esto, aquello.

«—Yo no sirvo para eso», repetía Vicente cuando lo detenían en la calle para felicitarlo. Y «—Yo no sirvo para eso» quería decir, «Yo no sirvo para ver qué pasó

antes de esto y qué ocurrió al mismo tiempo, y por qué y para qué». Y la niebla que le flotaba en las sienes lo aturdí. «Y yo no sirvo para ordenar las cosas», se confesaba. Porque si él movía una pieza, un hecho, cualquiera de las muchas verdades que iba a oír, automáticamente se desplazaban otras lejanas y medio ocultas, pero que estaban entrelazadas por una especie de algas escurridizas.

Pero el Viejo no le había dado la oportunidad de explicarle todo eso ni lo había mirado en la forma que él esperaba. «—¡Viva Yrigoyen!» —le gritaban algunos compañeros en el club, aunque no fueran de su partido, aunque, precisamente, fueran otra cosa y lo desdeñaran al Viejo o se rieran de él—. «¡Viva Yrigoyen!» —así lo saludaban y lo despedían para siempre y a Vicente le corría un estremecimiento por la espalda. Hacía poco tiempo que había terminado la facultad cuando marchaba en aquella manifestación. «—¡Y-ri-go-yen... Y-ri-go-yen...!», repetía esa columna de hombres; iban a un paso lento, al compás de sus propios gritos. La gente se asomaba a los balcones. Era por la calle Brasil. La tarde caía y la ciudad oscurecida crecía como un bosque. «¡Y-ri-go-yen!» —era muy lento ese compás, una marcha dificultosa que se alargaba indefinidamente y donde nadie tenía apuro—: «¡Y-ri-go-yen!». Eran cientos de hombres que roncamente salmodiaban ese nombre. La columna avanzaba. Alguien avisó: «¡Está en el balcón!». Vicente había levantado la vista: apenas si se entreabría la persiana, pero cuando el Viejo asomó la cabeza, todos se descubrieron. Allí estaba el Viejo. Era el Viejo. Y sus interminables charlas siempre sobre lo mismo, pronunciadas con un idéntico tono adormecido, bastante confuso, imponiendo su autoridad con eso que todos le acordaban porque se lo acordaban. Y su mirada, sus manos tan suaves, sus órdenes indiscutidas y pausadas, a medias presagios y a medias conjuros. Y lo que se haría, lo que se debía hacer, lo que era necesario hacer y lo que sería el país.

Vicente había oído comentar en la mesa de Ingenieros:

—Toda una generación de hombres se acaba: Mitre... Pellegrini... el mismo Roca... Todos, todos. Quintana, Sáenz Peña. Se necesita gente nueva. Eso es lo que se necesita.

Y, precisamente, a esas reuniones de la calle Brasil iba mucha gente joven. Otro olor, otra manera de hablar y muchas ganas por asir cosas, por estar en primera fila y que los vieran. «—¿Cree que va a pasar algo?», le habían preguntado a Vicente cuando el Viejo se hizo cargo del gobierno. «—*Van a pasar grandes cosas en este país*», había respondido Vicente. Nunca se lo había planteado con mucha claridad a todo eso: quería decir algo así como que todo el mundo lo iba a mirar, que todas las mujeres lo iban a mirar, a él o al país. Eso no estaba muy claro ni valía la pena precisarlo, y hasta era mejor que se mantuviera como envuelto en una niebla.

Las madrugadas siempre eran formidables y sin embargo estaban envueltas en niebla. «—*Van a pasar grandes cosas en este país*», tener muchos soldados o muchas

vacas, que en Les Champs Elyseés pusieran un gran mapa de la Argentina y que todos los turistas del mundo se detuvieran a contemplarlo o que durante mucho tiempo él sintiera el sexo erguido, exigente y satisfecho. O que todos iban a estar dando vueltas por las calles como en los 9 de Julio, con ropa nueva o recién planchada y mirándose como vecinos. O señalando los próceres, con los obreros bien abrigados, bien comidos, con los hijos de la mano, con sol, escuchando el Te Deum aunque no se fuera religioso, porque al fin de cuentas era un espectáculo edificante, bastante lindo y bastante aburrido. «*Van a pasar grandes cosas en este país*», había asegurado Vicente.

Todos los recuerdos se le mezclaban, especialmente en ese momento, antes de embarcarse para el Sur. Porque él había oído decir con desprecio que el Viejo no era nada más que un compadrito. «—¿*Un compadrito?*» —había sido en el patio de la facultad y el otro llevaba un yaqué inusitado—. «¿*Qué quiere decir compadrito?*». El otro le había explicado con ese tono que siempre lo había enfurecido, ese tono fatigado pero insolente que él jamás había podido imitar: «—*Un compadrito es algo que se parece mucho a vos*». Y eso significaba, entre otras cosas, el mediopelo, el equívoco mediopelo. La ambigüedad: eso era el mediopelo. Sí y no. Sí y no al mismo tiempo, eso era lo grave. Y, además, ser compadrito significaba pasarse las horas muertas en los prostíbulos, aprobar los exámenes de atropellada, ser capaz de encajar un puñetazo o tres o los que fueran necesarios sin preocuparse de la carne ni de la dignidad del otro. Un compadrito era el que hacía alarde de no saber francés en París y hablaba mucho de París en Buenos Aires. Era, en fin, querer montarse a todos. Y del Viejo algunos decían que era un compadrito y que tenía los libros metidos en la bañadera.

«—¡Viva Yrigoyen!» había gritado Vicente a cada rato en la época de las elecciones del 16; y todas las mañanas a primera hora, escribía en los pizarrones de la facultad: «Soy radical por mar y por tierra, y al que no le guste que se vaya a la mierda». Hasta que una vez, entre cuatro o cinco, lo habían agarrado por la espalda arrastrándolo hasta el fondo del aula, mientras él les pegaba manotazos, los enchastraba de tiza y chillaba aunque los tuviera que morder. «—¡Viva Hipólito Yrigoyen!».

Pero era inútil. Él no servía para escuchar durante tanto tiempo y mucho menos cuando los que no estaban de acuerdo y se acusaban recíprocamente, tuvieran que juntarse. «—*En el Sur hay graves instancias*»..., le había repetido el Viejo. Vicente se había sentido torpe, débil, y no había encontrado las razones que necesitaba para excusarse mientras caminaban hacia la puerta. «*Ciento dos*», le había informado ese funcionario. «Hombres presos», se decía Vicente. Serían buena gente. Los presos siempre eran buena gente. Suspiró: era algo grave, muy grave lo que le había encargado el Viejo. Demasiado para él. Y eso de viajar a la Patagonia en lugar de ir a

París o a Hamburgo, lo hacía estrujarse las manos y pensar que todo eso no le interesaba. No, no era que no le interesara, se apresuraba a justificarse. «Sino que yo no sirvo para eso».

El viaje duró cuatro días. «Mater» se llamaba el barco. Vicente era el único pasajero de primera y comía a solas con el comisario de a bordo. Los dos se sentaban al mediodía y a la noche en los extremos de una larga mesa y no se hablaban. A veces Vicente alzaba la vista y espiaba a ese hombre que sólo le ofrecía su calva rodeada por una pelusa sedosa y amarillenta. «Cabeza de canario», se repetía Vicente y con eso se conformaba a lo largo de los interminables silencios de las comidas. Un ronroneo ceremonioso era lo único que se intercambiaban. Y durante la sopa y a través de esos dos platos previsibles y de una pera o una manzana muy frías y desabridas, Vicente se tomaba una especie de represalia de su soledad calculando todos los parecidos que ese hombre tenía con algunos de sus amigos. Jugaba a disminuirlo. Era la altiva independencia de ese tipo lo que lo mortificaba. Que prescindiera de él. «Me carga», se decía Vicente. Ese tipo estaba embutido dentro de su uniforme azul, se agazapaba ahí dentro, y seguramente era un indefenso molusco arrebuñado en su caparazón. Vicente se repetía: «Me carga» y así se daba razones, cultivaba su irritación, incluso la que acarreaba desde Buenos Aires, y descifraba a ese tipo al mismo tiempo que se divertía. Era una modesta diversión, él era consciente de eso, pero no había mayores posibilidades. Su punto de referencia era la cabeza del comisario, porque el resto del cuerpo le era desconocido: Vicente había establecido que se parecía a uno de sus amigos que sobrellevaba un rostro de senador romano de la decadencia, una noble y devastada cabeza republicana. Alguien que añoraba la república y no se animaba a gritar, apenas si ronroneaba algo. Pecho no tenía, y tronco tampoco. Y detrás de la cabeza descolorida del comisario aparecía y desaparecía el mar. Allá adelante, la proa se hundía o se alzaba como la trompa de un gigantesco cetáceo. Y el mar por momentos era una gran plancha de mercurio o se tornaba vinoso cuando las nubes lo oscurecían. Y menos mal cuando llegaban esas horas de comer o el barco se movía, porque si no, sólo le quedaba acostarse en su camarote y estarse las horas echado dejándose hipnotizar por la oscilación de un ventilador que no funcionaba, pero que seguía el suave rolar del barco con un cabeceo de animal degollado. Y era necesario moverse, llegar pronto, agitar las manos y no tenerlas apoyadas sobre el pecho o estiradas a lo largo del cuerpo sobre esa manta áspera. «Llegar de una vez... llegar de una vez», rogaba Vicente contemplando el techo. Ya, el juego era inevitable, porque estaba aceptado, así es que era mucho mejor llegar de una vez y enfrentarlo. Después se vería. Y Vicente se secaba las manos traspiradas en esa manta áspera que le causaba placer. Después se ponía de pie, encendía un cigarrillo, abría el ojo de buey y se entretenía en tirar

fósforos encendidos al agua con la sensación de que hacía algo sucio, una cosa vedada. Hasta tenía el presentimiento de que lo podían chistar desde la cubierta que daba sobre su camarote. «¡Eh! ¿Qué es eso? —le gritarían—. ¡Eso está prohibido!» y seguramente sería el comisario. Pero el comisario leía Anatole France y una vez, al entrar al comedor, Vicente le descubrió un ejemplar de *Thaïs* sobre una silla. Eso lo enterneció: era una posibilidad de coincidir en algo, de hablar, de entenderse, de pasar el tiempo de alguna manera; hasta le podría comentar todo eso que le pasaba, y se avergonzó de haber jugado a disminuirlo con sus comparaciones.

—¿Le gusta? —preguntó débilmente desde su punta de la mesa.

El comisario lo miró sin asombro, alzando levemente su cabeza de mármol:

—¿Cómo decía?

—Nada —Vicente carraspeó—. Le preguntaba si le gusta Anatole.

—¿Lo dice por eso? —la mano del comisario señalaba vagamente el volumen que brillaba sobre la silla.

—Sí.

El comisario tomó la botella de soda, la hizo lanzar un «shhh» breve y después hizo girar su vaso como si estuviera disolviendo una aspirina:

—¿Usted es de los que creen que uno lee algo porque le gusta?

—Y... Anatole France se impone.

—¿Aunque a uno le repugne?

—Supongo que sí.

La pastilla de aspirina o lo que estuviera en el vaso del comisario tardaba en disolverse:

—A mí me repugna —dijo—. Y le aseguro que no se me impone —por primera vez Vicente le veía la pechera del uniforme—. Además que no sé qué significa eso de que un escritor se le imponga a uno —agregó el comisario.

—Y... —Vicente volvió a vacilar—. Cuando un libro lo agarra.

—¿Como si fuera un fantasma?

—No, no. No de un manotazo —Vicente asió bruscamente algo invisible en el aire—. Sino poco a poco.

—¿En una forma insinuante? ¿Como si fuera una mujer?

Vicente admitió que no estaba mal la imagen:

—Como si fuera una mujer diestra —dijo.

—Me molestan las mujeres diestras —confesó el comisario como si sintiera un gusto ácido en los labios—. Y las mujeres de France hacen el amor como si estuvieran frente a un público que tuviera que aprender cosas. Con sistema...

—Es que Anatole es un escritor sabio —murmuró Vicente con un tono respetuoso.

—¿Sabio? —el comisario dudaba y desvió la mirada hacia los ventanales del

costado del comedor; el mar era una planicie que se confundía con el cielo. El cielo era lo mismo que el mar. Todo era igual, nada importaba gran cosa y él se resolvió a beber su soda—. Es viejo. Eso es lo único que es. Es senil, quiero decir, y cuando alguno de sus personajes hace el amor guiña los ojos a ese público, que parece que tuviera que estar mirándolo para aprender. Aprender recursos ¿entiende? Recursos —subrayó—. Y uno tiene la sensación de que estuviera susurrando «—¿Ven? No lo hago tan mal. Ustedes creían que yo no podía. Miren. Los he embromado. Ustedes esperaban que yo fracasara y ¿qué tal?» —el comisario no quitaba los ojos del vaso que giraba velozmente entre sus dedos—. ¿Se da cuenta lo que quiero decir? —por un momento pareció que lamentaba haberse entusiasmado con algo de lo que prefería no hablar, pero siguió—: Es un sujeto que sabe que su... —vaciló— que su hombría no le responde, pero está seguro de la destreza de sus dedos —concluyó susurrando apenas las palabras como si le provocaran un malestar.

Vicente no se daba por vencido; además, por lo menos estaba hablando de algo y el tiempo pasaba y no tendría necesidad de levantarse de la mesa cuando concluyera con el almuerzo para ir a tumbarse en su camarote a releer los informes que lo hartaban o a hacer cálculos difusos sobre lo que no conocía más que a medias o sobre qué le denunciarían unos cuando llegase o qué cosa exigirían «los de la vereda de enfrente». Unos y otros. Mientras su cama se balancearía con una rotación inacabable, siempre igual y solitaria.

Por eso insinuó:

—¿No le resulta volteriano?

—¿Volteriano? ¿Qué quiere decir eso?

Vicente usó su tono epigramático:

—Que se sabe sonreír.

—¡Me indigna la gente que sabe sonreír... le aseguro que sí! —la cabeza de mármol del comisario se había coloreado bruscamente—. Son los que se ponen la mano delante de la boca cuando se burlan como si se cubrieran un bostezo, ¿entiende? Son los que se ríen sin ganas. O los que tienen vergüenza de su risa o de sus dientes o de su aliento o vaya a saber Dios de qué... ¿Eso es ser volteriano?

—Yo no quería decir... —intentó explicar Vicente.

—¿Y qué entonces?

—Que tiene ingenio.

El comisario puso su vaso a un costado y se cruzó de brazos sobre la mesa:

—¡Ah! —dijo—. Ya entiendo; a usted se le imponen los escritores que se lucen de sobremesa —después se tironeó de la cara oprimiéndosela desde la frente y bajando lentamente la mano—. Mejor dicho —agregó— los que escriben para que los lectores que acostumbran a hablar y lucirse de sobremesa, marquen sus frases con un lápiz rojo, se las aprenden de memoria y después las repitan delante de señoras...

¿Eso es el ingenio para usted?

El único camarero del comedor se había acercado a Vicente y le depositaba una pera en el plato. Vicente la palpó con disimulo y comprobó que estaba helada. También estaría insípida: un helado en forma de pera y sin azúcar. También recordó que una vez había subrayado una frase de un libro: «Me gustan los hombres que tienen un futuro y las mujeres que tienen un pasado». ¿Era de Anatole? No, no era de Anatole. Era de Oscar Wilde, pero lo mismo daba. Quiso ser sincero; ahí en ese comedor, en medio del mar, no costaba gran cosa, y tuvo que reconocer que el comisario había estado certero. Pero se sintió descubierto y eso lo irritó.

—¿Y no lo encuentra lujoso?

—¿Cómo? —el comisario parecía escuchar algo increíble.

—Si no admira la forma como describe las cosas, como hablan sus...

—¿Usted lo lee en francés?

Vicente cortó la pera de un tajo:

—¿Y usted? —preguntó con agresividad.

El comisario se sonrió como si quisiera hacerse perdonar: el busto de mármol tenía unas mejillas flojas, bailarinas:

—Yo sí, yo sí... —aseguró, y siguió hablando con un tono frívolo—. Mi intención era preguntarle en qué había advertido ese estilo lujoso... —seguía divirtiéndose pero ahora agachaba la cabeza— de que usted hablaba.

—En la forma de poner las palabras, en la manera de elegirlas.

—¿De hacerlas brillar como... como gemas?

—De lograr un estilo coruscante —dijo Vicente con convicción.

El comisario se agarró la cabeza: Vicente comprendió que ya ni se tomaba el trabajo de ocultar que se le estaba riendo en la cara. Por fin pudo preguntar:

—Dígame, doctor, ¿usted es yrigoyenista?

Vicente de nuevo cortó su pera y los cuatro husos se abrieron sobre su plato en una forma simétrica que no alcanzó a enorgullecerlo:

—Sí, estoy en el partido radical —declaró—. ¿Por qué?

—Por nada... por nada... —el comisario tosió con fuerza, sin necesidad, y retomó su aspecto de senador de la decadencia—. ¿Supongo que también le gusta la forma en que France describe la piedad cristiana? —preguntó con aire prescindente.

—¿A cuál de sus libros se refiere?

—A ése, a ése —señaló el comisario—; al de la silla.

—¿*Thaïs*?

—Sí. Claro que *Thaïs*.

—¿En qué parte...? —Vicente trataba de recordar angustiosamente.

—Cuando Pafnucio...

—¿El monje?

—Sí.

El comisario continuó con su tono profesoral, deliberado:

—Cuando Pafnucio pronuncia su primera plegaria.

—A mí no me interesa ese aspecto —dijo Vicente con dureza.

—¿No le interesa la caridad cristiana, doctor?

—No, comisario.

—Sin embargo, es importante: pese a las sonrisas del señor France, hay una seriedad en eso que está tratando, que lo obliga a dejar de lado su estilo volteriano —cloqueó—. Y me animaría a decir más —aseguró con seriedad—. Eso de que intenta sonreírse France, en realidad lo fascina, le está imponiendo respeto... Haría una apuesta: France pertenece a una generación de «bons vivants» que han aplaudido como ideal de vida la panza lustrosa, lo lujoso, lo ingenioso —el comisario ya no tenía ganas de reírse, eso le resultaba claro a Vicente—, pero que por asco de todo eso irían de rodillas a una cosa ascética.

—¿Al cristianismo?

—¡Claro!

—Pero si el cristianismo que los rodeaba no tenía un pito de ascético.

—Perdón, perdón... —lo corrigió el comisario—. Quiero decir que iría de rodillas a fundar un nuevo cristianismo.

Vicente presintió que lo iban a dejar desairado:

—A mí no me interesa la teología de France —dijo poniéndose de pie—. Me interesa su literatura.

—Ah... comprendo.

Vicente pensó en la tertulia del café Tortoni:

—Y eso es lo que más admiran nuestros escritores.

—¿Los argentinos, dice usted?

Vicente ya estaba en la puerta del comedor y la cabeza del comisario le resultó muy lejana, como si estuviera al final del pasillo de un museo: una cabeza de mármol amarillento, surcado de vetas verdes y sinuosas. Una cabeza esculpida en un gran pedazo de queso roquefort con un mar ceniciento de telón de fondo. Pero antes de salir, se detuvo un momento:

—Sí —dijo—. Los argentinos.

Entonces esa republicana cabeza de queso murmuró en su hornacina:

—Eso es lo grave... eso es lo más grave...

Y a la noche, cuando Vicente estaba a solas, sentado en el salón de fumar que daba hacia la popa, sintió que alguien le apoyaba la mano en el cuello. Cuando se dio vuelta, vio que el comisario se estaba agachando sobre él.

—¡Maricón! —gritó y lo golpeó en la cara. El otro retrocedió cubriéndose la boca, con los labios cubiertos de sangre, de vergüenza. Después balbuceó algo, dio

media vuelta y salió por el pasillo. Vicente se sintió vengado. Pero cuando fue a su camarote y se echó en la cama, pensó que estaba muy nervioso, que no se controlaba. «Todo debe ser por este viaje de miércoles», se explicó.

Olió y frunció varias veces la nariz. ¿Qué era eso? Tortilla. Y seguramente tortilla a la española. Cebollas y papa. Volvió a oler, movió los labios como si paladeara y la boca se le inundó de saliva. Recién entonces abrió los ojos: el olor entraba por el ojo de buey. Miró el reloj: casi mediodía; después se arrodilló en su cucheta y espió por el ojo de buey. Habían llegado. Y allá al fondo se veía la costa, la tierra era blanca, arenosa y desalentadora, y toda la población se reducía a una calle que desembocaba sobre el puerto. Y otra vez ese olor a tortilla le hizo sentir un vacío urgente en el estómago: un agujero en las tripas que había que llenar. Algo gritaban junto a la línea de navegación, pero desde su ojo de buey no podía ver nada. Él era un negro de feria y ese olor, esos gritos y ese pueblo chato lo golpeaban en la cara y lo aturdían. Entonces se lavó apresuradamente, salpicando el espejo del lavatorio, se estudió un instante las encías y se las acarició, se vistió y salió al pasillo. Al subir por la escotilla, se cruzó con el comisario que le escurrió la mirada. Por un momento, Vicente había pensado que lo debía denunciar. Era lo que correspondía. Él era un funcionario, un alto funcionario, y lo había golpeado a ese hombre sintiendo su boca blanda debajo de su puño. También tenía una mirada blanda. ¿Denunciarlo? No valía la pena, nadie lo había visto, sería provocar un escándalo y escándalo era agrandar las cosas. Y un funcionario tenía que ser eficaz, resolver cosas, pero pasando inadvertido. Aunque el comisario también era un funcionario, se dijo Vicente. «Pero de menor cuantía», se tranquilizó. «Un pobre tipo», concluyó. Pero al salir a cubierta sintió frío, más frío que hambre, y tuvo que volver a buscar su poncho. Cuando estuvo de nuevo sobre cubierta, descubrió lo que pasaba junto a la línea de flotación.

—¡La marea está muy baja, doctor! —le informó el contramaestre desde el puente y señalaba hacia el agua.

Allá abajo, dos marineros estaban apuntalando el barco; le iban colocando una serie de troncos como si estuvieran en un astillero. Junto a la proa estaban haciendo lo mismo y se oían los martillazos y los gritos: «—¡Más ajuste... le digo que más ajuste!». Había uno que daba las órdenes, desaparecía bajo la estructura del barco y reaparecía agitando las manos en el aire: «—¡Más ajuste le digo..., necesita más ajuste!» —chillaba con las manos de bocina—. «¡De acá un rato va a quedar en seco!». «—Pero, ¿con cuántos aguanta?» —le preguntaba el compañero desde el otro extremo, apoyándose con familiaridad en las hélices. «—¡Con unas más y listo!» —respondía el otro. «—¿Dos más de cada costado?». «—¡Sí!» —y el que impartía las órdenes caminaba hacia atrás calculando con las manos a los costados de la cara—. «¡Con dos, suficiente!».

Vicente se había apoyado sobre la borda y contemplaba esa operación con una mirada distraída; el olor a tortilla, su hambre y sus tripas ruidosas, el comisario, todo eso había quedado muy atrás. Era esa raya de tierra lo que lo preocupaba, las casas achaparradas y esa única calle que desembocaba sobre el puerto. Y allá al fondo, comenzaba el desierto. Eso era la Patagonia. «El Sur». A la derecha de la calle, sobre la playa, se levantaban unos enormes cubos. «Mercadería», calculó Vicente. Del otro lado, había un grupo de gente que se movía y parecía saludar a alguien con el brazo. No lo podían ver, estaban muy lejos y era idiota que alzaran los brazos para hacerse notar.

—¡Muy baja la marea! —le volvió a comunicar el contramaestre y parecía lamentarlo—. ¡Demasiado baja...!

Vicente alzó la cabeza y los ojos se le llenaron de claridad:

—¿Falta mucho?

—¿Para desembarcar? —el contramaestre echaba todo el cuerpo sobre la bordilla del puente.

—¡Sí!

El contramaestre apuntó varias veces hacia el agua antes de contestar:

—¡Cuando éstos terminen!

—¿Pero no va a venir una lancha del puerto?

—¿La balsa?

—Bueno... ¡lo que sea!

—¡No, doctor...! ¡La marea está demasiado baja! —el contramaestre se excusaba por no oír bien, por la marea, por esos marineros que no terminaban nunca y por el viento que soplaba desde la costa.

—¿Y cómo vamos a desembarcar? —volvió a preguntar Vicente, pero el contramaestre ya se había metido en la cabina del puente.

No quedaba otra alternativa que esperar. Los baúles estaban listos, el camarero ya los había depositado en la cubierta, pero Vicente ya no quería esperar más; ahora era necesario urgir las cosas, todo ese asunto dichoso; había que hablar con esa gente, preguntarles qué querían, escuchar a todos los que fuera necesario sin impacientarse, sin interrumpirlos, a todos aquellos a quienes se les diera la gana de hablar. Aunque no fuera muy importante lo que le contasen o se distrajeran mientras le decían cualquier tontera espiándole la cadena del reloj y los dijes, o la manera de plegar los labios. Pero esa era su obligación: verlos bien a todos, poniéndolos en fila para mirarlos a la cara y saber de una buena vez qué querían. Sí o no. Los de un lado y los del otro. Había que solucionar ese asunto, ser rápidamente justo. Y para solucionarlo, había que verlo muy de cerca y asirlo entre los dedos: «esto, aquí, qué era, así o asá». Y resolverlo, sobre todo eso. Es decir, terminar.

Y Vicente no se podía estar quieto, porque cuando estaba inmóvil, el tiempo no

transcurría, pegándosele a la ropa como una niebla húmeda y sofocante. Había que caminar.

En la esquina de la cubierta, sobre el lado de popa, esperaba un hombre que se apretaba la gorra con las manos, como si temiera que se le fuera a volar con el viento. Cuando Vicente se fue acercando, ese hombre se descubrió:

—Buenos días, doctor —la gorra le había dejado como un costurón en su frente alta—. Parece que no hay caso con la balsa.

—No, no... —Vicente le respondió con imprecisión—. Hay para rato.

—Es que nunca terminan con la escollera.

—¿Así?

—Hace años que está el proyecto...

—¿Sí? —Vicente no lograba interesarse con lo que le contaba—. ¿Desde hace mucho?

—Y, desde la época de los conservadores, por lo menos... Tendría que salir a la prolongación de esa calle —señaló—. Algo así como doscientos metros.

—Ah...

En ese momento ese hombre estornudó ruidosamente. Vicente lo miró: tenía una cara asimétrica y una magnífica frente de pensador.

—¿Por qué no se cubre?

El otro hizo un ademán inconcluso:

—No —se excusó, él entendía de jerarquías—. No está bien, doctor.

—Cúbrase, hombre.

—Pero...

—Cúbrase, hágame el favor.

—Gracias, doctor —ese hombre se encasquetó la gorra hasta las orejas—. El viento... —se creyó en la obligación de explicar— en Buenos Aires no... Mi apellido es Lynch...

Los dos se apoyaron sobre la borda y miraron a los que estaban en el segundo puente; eran unas cinco personas: había una pareja de campesinos, la mujer sostenía al chico en brazos y movía los labios como si tarareara algo o como si rezara, él se había sentado sobre un canasto hurgándose las uñas con un palillo; junto a unas valijas una mujer joven escondía las manos en un manguito de piel, de vez en cuando se ponía de pie, caminaba hasta la borda, escupía algo y se volvía a sentar golpeándose la falda con impaciencia, el otro, un gigantón vestido con un overol de mecánico, era el único que tenía frío, e infructuosamente se tironeaba la tricota hacia abajo. Todos observaban largamente hacia donde estaban Vicente y el de la gorra, y a Vicente le pareció que esperaban que les tirara algo para correr a buscarlo, recogerlo y mirarlo, y hacer un gesto de decepción. Nada; en realidad no esperaban nada. Y si Vicente o el de la gorra les tiraban algo, ni se moverían de sus sitios. A lo sumo

mirarían a los costados para ver quién era el angurrieto que se largaba primero. Los miraban con hostilidad, no porque les resultaran interesantes. «Nos odian», se confesó Vicente con incomodidad.

—¿Vio a ése? —preguntó Lynch inesperadamente.

Vicente se volvió:

—¿Cuál? —y creía que ese hombre le iba a señalar a uno de los de la cubierta de abajo, pero Lynch apuntó hacia su espalda murmurando.

—El que está sobre las sogas...

Vicente miró hacia donde le señalaban y descubrió a un muchachón que se había adormilado sobre una pila de cuerdas.

—¿Quién es ése?

—¿Cómo? —Lynch estaba radiante—. No me diga que no lo conoce, doctor... Es Pons. Salió mucho en los diarios, se habló mucho de su asunto.

—No... No lo recuerdo.

—Perpetua —le informó Lynch—. ¿Lo quiere ver? —Y sin darle tiempo a Vicente para que contestara, se dio vuelta y ordenó—: ¡Ché, ponéte de pie que el doctor te quiere ver!

Ese muchacho todavía estaba adormilado porque se demoró en levantarse.

—¡Levantate, te estoy diciendo!... —volvió a gritar; ahora hablaba con una voz cómoda, profesional; y se había erguido para lanzar su orden. Vicente advirtió que los de la segunda cubierta estaban pendientes de lo que hacían allí arriba. El muchacho se había puesto de pie con pesadez, tenía la cabeza doblada sobre el pecho y cruzaba las manos sobre el vientre.

—¡Levantá la cabeza! —ordenó Lynch.

El muchacho obedeció lentamente; tenía unos pómulos secos y unos anchos ojos inseguros. «Un animalito», pensó Vicente, «igual a un animalito».

—¿Qué le parece, doctor?

—Francamente... Es muy joven...

—Avanzá un poco —le indicó Lynch, y ese muchacho obedeció parpadeando velozmente; cuando estuvo a unos pasos, Lynch se volvió hacia Vicente:

—Perpetua —dijo y movía muchas veces la cabeza de arriba hacia abajo aprobando con unción.

—¿Por? —Vicente miraba fascinado a ese muchacho que se exhibía ahí, de pie, con las manos esposadas sobre el vientre.

—Parricidio.

—Pero... ¿y por qué al Sur?

—Sin atenuantes.

—¿Y no se pudo...?

—No, doctor —Lynch había juntado los tacos—. Hubo premeditación y alevosía.

—¿Y el fiscal? —preguntó Vicente—. ¿Quién fue el fiscal?

—El finado doctor Bunge.

Vicente no hizo más que aprobar en silencio: a su lado estaba ese hombre que parecía orgulloso de su eficacia profesional y que lo hacía sentirse delante de una jaula o en una exposición de algo, manteniéndose pendiente de sus preguntas, con prudencia, marcial, inobjetable; a unos pasos, ahí delante, seguía de pie ese muchacho inmóvil, y en el puente de abajo estaban todos éstos que lo miraban con sincero interés, despiadadamente.

Lynch presintió que esa exhibición había concluido, porque ordenó en voz alta:

—¡Te podés sentar nomás!

El muchacho marchó hacia su rincón.

—Es obediente —comentó Lynch.

—Sí... —admitió Vicente.

—Todo es cuestión de saberlos tratar —prosiguió Lynch—. Hasta a los que son como éste. —Vicente volvió a mirar hacia el rincón donde se había sentado ese muchacho: de nuevo había volcado la barbilla sobre el pecho y parecía dormir. También esa posición podría servirle para ocultar la cara—. Al principio, mañerean un poco, doctor, y les da por gritonear, pero al final se amansan, porque éstos entienden lo que les conviene, sobre todo cuando se dan cuenta que no hay nada que hacerle —Lynch soltaba sus principios con una voz que a Vicente le resultaba estentórea, y deseó que eso concluyera, hasta tuvo la impresión que los del segundo puente parecían complacidos en no ser como ese muchacho: ellos no tenían nada que ver con el que estaba allí arrinconado y caminaban sin quitarle los ojos de encima. Viajarían allí hacinados, pero no los podían confundir con ése. La única que permanecía en su lugar era la del manguito, que se golpeaba cada vez más rápido sobre la falda.

—¡Prepárese para desembarcar, doctor! —avisó en ese momento el contramaestre. Vicente miró hacia el puente y vio que le hacían señas para que se dirigiera hacia estribor—. ¡Por la escalera nomás! —volvió a gritar el contramaestre.

—Por fin arrancamos —comentó Lynch.

—Mejor vamos yendo para allá.

—Yo no bajo, doctor. Nosotros seguimos.

—Bien... —Vicente dudó antes de tenderle la mano.

—Que le vaya muy bien, doctor —de nuevo Lynch se había quitado la gorra y exhibía su magnífica frente.

—Gracias —suspiró Vicente y lo saludó con precipitación dejándolo solo, pero cuando había dado unos pasos por la cubierta, oyó que a sus espaldas ordenaba:

—¡Ponete de pie! —ese muchacho se estaría levantando lentamente, irremediabilmente—. ¡Vamos, vamos!...

En el puente se oyó la voz del contraamaestre:

—¡Vaya bajando, doctor!... ¡Usted primero!

Vicente comenzó a descender por la escalera; a su derecha palpitaba el enorme costado del «Mater», blanco y descascarado, a la izquierda corría el tembloroso pasamanos de sogas.

—¡Los pasajeros haciendo fila! —seguía ordenando en el alto puente el contraamaestre—. ¡Las damas primero!...

Un pato de panza violeta volaba marcando unos círculos muy amplios, alzando vuelo y dejándose caer lentamente sobre los dos marineros que esperaban al pie de la escalera con el agua a la rodilla. Al llegar al último escalón, Vicente miró hacia el puente:

—¿Y?! —preguntó con fastidio.

La voz del contraamaestre cayó como un chorro:

—¿Sí, doctor?

—¿Cómo hacemos?

—¡Con los marineros... con los marineros! —repitió el contraamaestre con un tono servicial, y hacía un confuso ademán con los brazos.

Vicente miró a los dos marineros que lo esperaban sonriendo: uno estaba rapado, el otro tenía unas grandes manchas sobre la camiseta. Un poco más atrás, había otros que parecían esperar.

—Tiene que venir con nosotros —dijo el rapado.

—Sí, sí —aseveró el otro.

Los dos hablaban un idioma duro y se habían tomado de las manos y las movían para atraer la atención de Vicente.

Vicente se sonrió:

—¿Qué? ¿Como en sillita de oro?

Los marineros se rieron, aprobando, sin entender.

Entonces Vicente los tomó por los hombros y se sentó. «—Listo», avisó con desabrimiento. Sudor. Eran de sudor las grandes manchas de la camiseta del que iba a su izquierda.

—¡Adelante! —gritó desde su puesto el contraamaestre.

Y los dos marineros empezaron a caminar echando los cuerpos hacia adelante; el oleaje era suave pero les frenaba la marcha. El rapado jadeaba. Vicente lo miró: tenía una cara cuadrada y una frente cubierta por miles de pecas. Las hubiera podido contar. Pero eso de estar allí sentado, era ridículo; se esforzó por encontrarlo divertido y se dijo «Estamos lejos», pero imaginó si lo veían sus amigos del club: «—¡Te dejás tocar, Vicente!», le gritarían. Hubiera sido insoportable. «—¡Y por marinos, Vicente!»... Sus piernas se balanceaban con esa marcha fatigosa, a sus pies estaba el agua y sobre la cresta de una ola más estirada se hamacaba uno de esos patos de

panza violeta.

—¡Las damas, primero! —seguía allá atrás el contraмаestre.

Vicente miró hacia el «Mater» por encima de la cabeza del marinero rapado: la campesina del segundo puente había bajado en primer lugar, pero se resistía a sentarse en las manos de los dos marineros que la esperaban, entonces la mujer del manguito la hizo a un lado y se sentó entre las bromas de todos.

—¡Muy bien... muy bien, señorita Singer! —aplaudió en el puente el contraмаestre.

A su izquierda flotaba ese olor. Y menos mal que estaba el viento, pensó Vicente y respiró hondo, con un suave ardor en la nariz, sintiendo los pulmones llenos de aire limpio. Todo su cuerpo estaba lleno de aire limpio. Lleno, sí, pero ese hueco del estómago había vuelto a brotar. Era hambre y recordó débilmente el olor que lo había despertado: tortilla a la española. La nariz llena de ese olor, de papas y cebollas fritas. «—¡Te dejás tocar, Vicente!». La ola que avanzaba con ese pato asentado en la cresta se había roto contra el cuerpo de los marineros y ahora el pato daba vueltas por encima de su cabeza, y en cualquier momento se podía dejar caer para picotear algo que hubiera descubierto.

—Is heavy the mister, isn't? —preguntó de pronto el marinero rapado.

Vicente le escrutó la frente, el ángulo del ojo: el marinero seguía su marcha, jadeando cada vez más, con el ceño fruncido.

El de la izquierda contestó:

—No.

—Are you crazy?

Vicente advirtió que lo hamacaban levemente, como si lo estuvieran sopesando, y las puntas de sus botines se hundieron en el agua.

—Well... —dudaba el de la izquierda, el del olor—. More or less...

Ahora el pato volaba hacia la costa. No más de cincuenta metros. Planeó hasta las primeras casas del pueblo, volvió, sobrevoló por encima de esa gente que levantaba los brazos esperando a alguien, y por fin se posó sobre los enormes cubos amontonados junto a la costa. Eran fardos de mercadería. Algunos estaban rejados y mostraban como una pulpa blanca. «Lana», se dijo Vicente. Y el paro de panza violeta estaba picoteando entre unas matas que crecían en la parte de arriba.

—¿Qué pasa?

El marinero rapado había dado un traspié.

—¡¿Eh?! —le volvió a preguntar Vicente—. ¿Qué le pasa?

El marinero señaló el agua con la barbilla.

Vicente miró entre sus piernas: el agua era trasparente pero el fondo se había enturbiado.

—¿Piedras?

—Yes —dijo el rapado frunciendo aún más su cara pecosa.

Y en ese momento la gente que esperaba en la orilla, empezó a correr en dirección a Vicente. La mayoría eran mujeres y correteaban por el agua, cayéndose y sosteniéndose entre ellas. Un perro las precedía ladrando furiosamente y pegando tarascones al aire.

—¡Doctor! —gemían esas mujeres—. ¡Doctor!

Los dos marineros se habían detenido. Vicente seguía sentado en sus manos en esa posición; bajar no podía porque se hubiera mojado por lo menos hasta las rodillas, y ahí sentado quedaba grotesco. «Idiota», se confesó con desagrado.

—¡Doctor, doctor! —seguían plañiendo esas mujeres, pero no rogaban humildemente, no, sino con furia. En un momento, Vicente se vio rodeado y las miró: casi todas se peinaban con rodete. Su madre también se peinaba con rodete, una raya al medio y dos bandos rubios sobre las sienes. Y esas mujeres se empujaban entre ellas y se tironeaban de la ropa para ver quién se ponía más adelante o quién se hacía escuchar primero.

El perro ladraba, aturdiendo, y un viejo lo palmeó suavemente. «—Chito, Cabral —murmuraba—, chito...».

—¡Tiene que hacerlos poner en libertad! —exigió una mujer.

—¡Libertad a Soto! —gritaron unos hombres desde la última fila.

—¡Usted que puede, doctor! —ahora era una vieja aindiada la que pedía—. ¡Usted que puede!

—¡Diga algo, doctor! —rogó el viejo del perro, mientras el animal volvió a ladrar desoladamente.

—¡Sí, que diga! —corearon los otros—. ¡Que diga!

—¡Por favor, doctor!

Vicente carraspeó. El viento, estar ahí sentado. Esa gente esperaba de él, quería oírlo y le pedían, y a él lo habían mandado para arreglar todo eso. Tenía que hablar, decir algo, calmarlos, prometerles que los iba a escuchar. Pensó decir «Correligionarios». Pero, no; eso no correspondía. Y allí, unos pasos más atrás, estaba esa mujer del manguito que lo miraba y se sonreía.

Ella también estaba en la sillita de oro. Era una posición «idiotista», volvió a pensar Vicente —tan idiota como lo de él—. Y eso lo resolvió: tomó una punta del poncho y se la cruzó sobre el hombro. «Conciudadanos». Tampoco. Entonces dijo:

—Señores...

Todas esas mujeres que lo rodeaban se quedaron en silencio, apeñuscándose a su alrededor. Ni el perro ladraba. Apenas se oía el murmullo del viejo: «—Cabral, quieto... Cabral... quietito...». El viejo no miraba a su perro, sino que se agachaba un poco, pero sin quitarle los ojos de encima a Vicente: «—Te digo que te quedes quieto. Cabral, quieto, Cabralito...».

Vicente sintió contra su pecho el aliento del marinero rapado:

—Señores... —repitió—, he sido enviado...

Pero desde el fondo de la calle que desembocaba sobre el puerto, apareció un auto a toda velocidad. La bocina atronaba. Era un gigantesco Isotta que avanzaba levantando una columna de tierra. Más atrás, venían unos hombres de a caballo, a todo galope.

—¡La guardia blanca! —avisó un chico y corrió hacia los fardos de lana cubriéndose la cabeza como si le fueran a dar un coscorrón. Los demás lo imitaron. Unos pocos se internaron en el agua. El perro se soltó de su dueño y enderezó hacia el Isotta: lo toreaba arqueando el lomo, a las ruedas, al motor, a la bocina.

—¡La guardia blanca! —gimió una vieja antes de rodar sobre las toscas de la playa.

—¿Qué es esto?! —preguntó Vicente. Los dos marineros lo miraron perplejos, nadie le contestó. Se habían quedado solos en la playa, únicamente, a unos pasos, estaba esa otra pareja de marineros, con los pantalones arremangados, sosteniendo a la señorita Singer. Vicente le contempló las botinas que pendían entre los muslos de los marineros, después la miró a la cara. Pero ella ya no se reía.

El Isotta cruzó la playa, hundió pesadamente las medas en el agua y se detuvo junto a Vicente.

—¿El doctor Vera? —preguntó el sargento de policía que estaba sentado al volante. En el asiento de atrás iban dos oficiales; los que venían de a caballo se habían quedado entre los fardos de lana: éstos eran civiles y contestaban a los insultos de las mujeres haciendo caracolear sus caballos por la playa o las atropellaban agitando los brazos en el aire. «—¡A dormir la siesta!» decía uno que iba cubierto con su impermeable—. «—¡A dormir la siesta, señoras!» —repetía con un tono juguetón.

—Sí —dijo Vicente después de mirar todo eso—. Yo soy el doctor Vera.

El sargento se cuadró:

—A sus órdenes, doctor —estaba rígido detrás del volante—. Hemos recibido los telegramas de Buenos Aires...

—Gracias —dijo Vicente con sequedad—. Pero ¿qué es esto? —y señaló a los de a caballo—. ¡Acabo de bajar del barco y esto parece un atropello!

—Es que... como se suponía que lo iban a molestar, nos han mandado para que los escoltemos a su casa —el sargento miró hacia el asiento de atrás consultando a sus superiores. Uno de los oficiales se incorporó en su asiento.

—Principal Monner —dijo presentándose, abrió la portezuela del auto y se paró en el estribo—: Tenemos orden de protegerlo hasta su domicilio.

—¿Protegerme? —Vicente tenía un tono despectivo—. ¡Pero si la mayoría son mujeres...!

El otro oficial se había arrinconado en un costado del auto y escuchaba con atención, esperando una oportunidad para hacerse notar:

—Son órdenes, doctor —pudo decir por fin.

Vicente lo encaró:

—¿Órdenes...? ¿Y esos civiles, qué tienen que hacer con las órdenes de ustedes?

—Son gente organizada para colaborar, doctor... No tenemos suficiente personal.

—Pero no era necesario hacer este escándalo.

—Sí, doctor... Naturalmente, doctor —ese oficial parecía avergonzado—, lo lamentamos profundamente, doctor.

—Bien... sí —aceptó Vicente con desabrimiento y oprimió los brazos sobre las nuca de los marineros que comprendieron la orden y lo acercaron al estribo del auto. Cuando estuvo sentado, le tendió la mano al oficial que había hablado último.

—Ayudante Larguía —dijo el oficial estrechándole reciamente los dedos.

—¡En marcha! —ordenó Monner.

Y el Isotta, después de lanzar un ronquido que estremeció el agua de la playa, arrancó majestuosamente pasando entre los fardos de lana, los civiles que sofrenaban sus caballos y el silencio de algunas mujeres que se retorcían las polleras escurriéndolas sobre las toscas.

—¡No se olvide de lo que le pedimos, doctor! —le recordó el viejo desde lejos, y su perro ladró con furia, al aire.

Vicente se volvió apoyándose sobre la capota del auto: allá al fondo, el «Mater» era una gran ballena que reposaba sobre el mar, más cerca se veían las cabezas de los que se habían internado en el agua cuando aparecieron los de la guardia blanca y que ahora se iban acercando cautelosamente a la playa. En medio de un grupo de mujeres silenciosas estaba la señorita Singer y parecía reclamar sus valijas con indignación.

Entraron al pueblo por la calle principal, el solemne Isotta levantaba una espesa columna de tierra y en las veredas algunos se detenían a mirarlo. Frente a una farmacia, una mujer los apuntó con su sombrilla.

—Nuestro mejor café —señaló Larguía inesperadamente mientras el auto seguía su marcha. Vicente lo miró: ese oficial tenía algo de ama de casa que se apresura a salvar una situación incómoda entre sus invitados—. El König —aclaró Larguía con mayor precisión; usaba un tono de cicerone mientras indicaba el gran cartel que pendía al frente de ese café; delante de un local donde se amontonaban algunos caballos y tres o cuatro autos, murmuró—: El Hotel Argentino —el Isotta seguía corriendo hacia el final de la calle, una sola vez más Larguía levantó la mano para señalar como al descuido—: La Sociedad Rural.

Fue Monner el que anunció: «—Éste es su domicilio, doctor», cuando el Isotta se detuvo delante de una casa de paredes de zinc, muy parecida a las otras que bordeaban esa calle, pero que ostentaba sobre la vereda un ancho ventanal.

Larguía insistió en mostrarse amable, mundano:

—Doctor... —dijo con una voz que pugnaba por hacer olvidar su uniforme provinciano—. Lamentamos muchísimo que el incidente del puerto no haya sido de su agrado.

—No ha sido nada. —Vicente se inclinó apenas.

—Sobre todo por haber ocurrido precisamente a su llegada, doctor.

—Le aseguro que no ha sido nada.

—Ahora solamente esperamos que su estadía entre nosotros le resulte agradable.

—Espero que sí —dijo Vicente con otra inclinación.

—Aparte de nuestra obligación como funcionarios —insistió Larguía con un tono desdichado que sonaba a fiesta de fin de curso—, estamos incondicionalmente a sus órdenes como caballeros.

—Muy amable, Larguía —le agradeció Vicente palmeándole el brazo.

Pero Larguía era inexorable:

—Sabemos perfectamente que nuestra ciudad es pequeña y que los problemas que a usted lo traen aquí son muy graves, pero de cualquier manera, hacemos votos por su franco éxito.

—Bien, Larguía, bien...

—Nuestro jefe tendrá el gusto de venir a saludarlo personalmente a la brevedad... ¿No es así, Monner?

—Sí, por cierto —se apresuró a contestar el otro oficial.

—Para ponerse a sus órdenes —agregó Larguía.

—Sí, sí... —corroboró el otro.

—Ahora, si ustedes me permiten —los interrumpió Vicente con una sonrisa—, quisiera pasar a mi nuevo domicilio.

Larguía comentó mientras abría la portezuela del auto y descendía:

—Vendrá con ganas de ponerse a trabajar en seguida...

—¡No! —Vicente bajó de un salto—. ¡Qué trabajar! —y se rió con muchas ganas; todo se le soltaba: el viaje, los cuatro días metido en el «Mater», el «Mater» y las comidas con el comisario, la tensión de la espera, los gritos del contramaestre, lo que había ocurrido en el puerto y el esfuerzo que había tenido que hacer para escuchar a ese oficial tan respetuoso y con tanta vergüenza por vestir un uniforme mal cortado—. ¡Ganas de comer es lo único que tengo! —aseguró.

Los dos oficiales lo imitaron riéndose sin convicción; después se miraron con cierta cortedad.

—Supongo que habrá gente adentro —preguntó Vicente.

—Sí, por supuesto, doctor —reaccionó Larguía vivamente y, sin transición, llamó —: ¡Míguez! —y se quedó escuchando para ver si lo habían oído—. ¡Míguez!

La puerta de la casa se abrió y apareció un chico de unos catorce años.

—¿Sí? —daba la impresión de que había dejado algo inconcluso, como hurgarse los granos de la cara o levantar una torre con fichas de dominó.

—¿Está tu mamá? —le preguntó Larguía.

—Sí, está...

—Andá, avísale que llegó el doctor Vera.

—¡Ah! —dijo el chico con las mejillas brillantes—. ¡Qué bien!

—¿Es mi secretario? —terció Vicente divertido.

—¡No, doctor! —Larguía se apresuraba a disipar cualquier malentendido—. No es nada más que...

—Entendido, entendido... —Vicente saludó con dos cabezazos a los oficiales—: Hasta cada rato, caballeros —dijo exagerando su solemnidad.

Después entró a la casa seguido por Míguez y desde atrás del ventanal que daba sobre la vereda, miró al monumental Isotta que arrancaba entre una nube de polvo.

Y bien, ya estaba. Eso era la Patagonia, Río Gallegos, en el Territorio de Santa Cruz, a tres mil kilómetros al sud de Buenos Aires. Había ocurrido algo unas semanas atrás, el Viejo se había enterado, pensó en Vicente, lo mandó llamar y ahí estaba. Ahora había que ver las cosas de cerca y de cerca era la única forma en que las cosas eran verdaderas. Vicente descubrió que esa proximidad lo aliviaba: por fin vería a los obreros, a los estancieros, la cara de la gente y lo que quería. Ya no tendría que imaginarlo. Reflexionó: «A mí, la espera es lo que me liquida. Sí. La acción me calienta». Era como un duelo: antes de que llegara la madrugada se imaginaban cosas macabras, pero cuando el frío de la mañana golpeaba el pecho desnudo y se lo veía al adversario con medio cuerpo en cueros, uno se encontraba formidable, las piernas firmes, el pulso firme y la mano llena. Era el cuerpo de uno lo que tenía que actuar; con sólo pensar no ocurría nada. Y a Vicente su cuerpo le gustaba, lo tranquilizaba. Estaba seguro de él. Y por primera vez desde su entrevista con el Viejo, Vicente se sintió satisfecho de sí mismo.

A la tarde llegaron las valijas y en seguida comenzó el arreglo de su casa: ese narguile en una esquina del escritorio, los papeles en el medio, dos pares de espuelas junto al ventanal, esa reproducción de una sanguina de Boucher que representaba a una mujercita tumbada hacia atrás, entre almohadones, quebrando el cuello como si escuchara algo, con el vientre redondeado por una serie de blancos círculos inconclusos y concéntricos, y con la mano apoyada en la cadera, acariciándosela, una caricatura de Pelele que no era gran cosa, sus floretes, los libros de Anatole, los de Rubén, un *Lunario sentimental* dedicado y la *Justine* con ilustraciones.

La madre de Míguez se había ofrecido para ayudarlo.

—No —la detuvo Vicente—; a mí me gusta arreglar mi casa.

—Pero, las mujeres...

—Ése es un mito, señora, como con los cocineros.

Esa mujer entendería de buenas paellas. Ya lo había demostrado. Pero no tendría idea de dónde colocar su Boucher (los senos eran muy abiertos y pequeños, del tamaño «de la mano de un abate honrado», como decía Bradomín), y mucho menos para ordenarle las corbatas en la gama decreciente que él se sabía.

Claro que estaban éstos de la guardia blanca. Vicente ya los conocía; en Buenos Aires, desde su departamento de la calle Ayacucho los había visto golpear a la gente del barrio en la semana de enero del 19. Y rompían vidrieras y ensuciaban los frentes de las sinagogas. Había sido un lunes y por las calles de la ciudad deambulaban algunos hombres solitarios y sudorosos, con las corbatas flojas y el saco en la mano. Los que acababa de ver en el puerto y los que tiraban bombas de alquitrán contra las sinagogas de Buenos Aires se parecían, desde la manera de golpear y reírse al mismo tiempo, hasta la insolencia que se confeccionaban para insultar y pararse en medio de la calle con las piernas muy abiertas. Eran tipos que gritaban «—¡Judío sucio!» con la misma calma con que se instalaban a la salida de un jardín de infantes israelita para obligarles a cantar el Himno. «¡Oíd, mortales, el grito sagrado...!». Sí, pensaba. Y desde su balcón de la calle Ayacucho había visto a esos chiquilines que cantaban destempladamente, espionando a sus maestras y esperando que les ordenasen que se callaran de una vez porque el Himno no se cantaba así, o que se largaran a correr hacia sus casas. Pero en 1910, cuando el Centenario, él, él mismo, Vicente, había hecho algo parecido. Era más joven, claro. Pero las balas de su revólver corrían por debajo del paño verde de los billares en esos cafés oscuros y bajos de la calle Libertad. Dos, tres, seis tiros sobre esas mesas mientras los parroquianos se apoyaban en sus tacos con inquietud, hieráticos, extranjeros, pero con esa silenciosa y acusadora dignidad de las víctimas. Había olor a pólvora en aquella sala de billar. Un judío de rancho, insignificante, había seguido frotando la tiza sobre su taco. Vicente vació su revólver sobre una de las mesas de billar. Las balas se deslizaban por debajo del paño como unos extraños gusanos veloces y aturcidos. Eso había sido para divertirse, por cierto. Como él iba a pasar sus horas muertas en uno de los prostíbulos de frente a los Tribunales, le quedaba cerca. Era una diversión cercana. «—*El trabajo a un paso de la farra*», comentaban en el Gimnasia y Esgrima. Los Tribunales de un lado y a la vuelta, el prostíbulo y los billares judíos de la calle Libertad. Todo ahí nomás. «*Un verdadero centro de diversiones*», proclamaba entonces. Pero es que todos los prostíbulos estaban atestados de judíos, y muchos judíos andaban en ese negocio. «*Las polacas*», les decían sus amigos en el club. «*Y una polaca le da vuelta y media a cuatro francesas*». Y todos se divertían con las polacas o con las judías que, al fin de cuentas, eran lo mismo. Él, sus compañeros de la Facultad en el año del Centenario y la guardia blanca en la semana de enero del 19. Pero con la diferencia de que él lo había hecho para pasar el rato, total, no eran nada más que los paños de

los billares. Además, unos días después había ido a pagarlos. Pasar el rato, de eso se trataba, porque él no tenía nada contra los judíos; eran gente trabajadora y no se metían ton nadie. Aunque un poco... un poco, ¿cómo diría?, calculaba Vicente. Poco elegantes. Ahí estaba. No eran lindos los judíos y qué se le iba a hacer. Se nacía fiero o se nacía con pinta de macho. Una vez le habían comentado en la mesa de Ingenieros: «—*Usted es un precursor de las guardias blancas, Vera*» —y Vicente no había sabido si se lo decían en serio o en broma. Pero realmente él había hecho lo de las mesas de billar nada más que por divertirse. Él no tenía prejuicios. Y no pensaba eso para darse una explicación que lo tranquilizara. Aparte, que no tenía tanta gravedad lo que había ocurrido esa mañana en el puerto. «—*¡No se olvide de lo que le pedimos, doctor!*», le habían gritado. Y por cierto, él no lo olvidaba. Él iba a ser ecuánime.

Cuando anocheecía se resolvió a salir:

—¡Míguez! —llamó; no era cuestión de quedarse ahí metido todo el día.

El hijo de la cocinera asomó la cabeza por la puerta del estudio.

—¿Llamaba, doctor?

—Sí. Voy a salir...

—¿Solo, doctor?

—No, vos me acompañás. Quiero dar una vuelta.

Míguez se entusiasmó:

—¿Tiene ganas de conocer el pueblo?

—Más o menos... —en verdad quería espiar a solas lo que esa mañana Larguía le había señalado ceremoniosamente desde el auto—. Vamos... —lo invitó abriendo la puerta de calle.

Pero el chico se había quedado tieso, sin moverse de su lugar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vicente—. ¿No querés que te vean conmigo por la calle?

—No, no, doctor...

—Entonces ¿qué?

Míguez le señaló la cintura:

—¿No lleva nada?

—¿Revólver? —Vicente se palmeó el costado—. No. Hace algunos años que no uso esas cosas —dijo para que ese chico se tranquilizara y también para justificarse por lo que había recordado—. Desde el 10, por lo menos —explicó mientras caminaban por la calle principal en dirección al puerto. Vicente tiritó y se alzó las solapas del sobretodo. A su lado, Míguez marchaba con las manos hundidas en los bolsillos. El fondo de la calle era un cuadrado oscuro, un negro escenario: allí estaba el mar; de vez en cuando, desde algunas ventanas entreabiertas, caían sobre la vereda unas manchas de luz. Ésos eran los palcos y adentro se oían cuchicheos.

—Yo prefería dar puñetazos —confesó Vicente en voz baja.

—¿En vez de andar con revólver?

—Sí.

—¿Usted sabe box, doctor? —las mejillas del chico se redondearon de admiración.

—Sí; a veces tiraba en el club.

—¿Le gusta Firpo?

—Es grande...

—¿No es cierto que es el futuro campeón del mundo? —la voz de Míguez sonaba fervorosa y cálida en medio de la oscuridad de la calle.

—¡Quién lo duda!

—¿Usted cree, doctor?

—Estoy seguro.

—¿Y Dempsey?

—¡Bah!...

Pasaron por delante del edificio de la Sociedad Rural, que estaba a oscuras.

—¿Y la gente? —quiso saber Vicente.

—Allá —señaló Míguez—, en el Hotel Argentino.

Cuando llegaron al Hotel, Vicente se asomó un momento, pero había demasiada gente, demasiado humo de cigarrillos.

Míguez gruñó a sus espaldas:

—Aquí vienen todos éstos...

Vicente se volvió y lo miró a los ojos, pero el chico se había dado vuelta hacia el medio de la calle, hacia la oscuridad.

Siguieron caminando en silencio.

—Aquí no le serviría para nada el box —dijo como si reflexionara consigo mismo.

—No... —admitió Vicente—. Por eso en Buenos Aires usaba cuchillo.

—¿Usted?

—Yo. Sí.

El cuchillo iba pegado al cuerpo —sentía Vicente—, era uno mismo, daba calor contra el costado y entre los dedos parecía prolongar la mano. El cuchillo era para de cerca, para volcarse sobre el cuerpo del otro. «De cerca era la única forma en que las cosas resultaban verdaderas», había pensado. Exigía una sinceridad el cuchillo cuando obligaba a juntarse al otro y a rozarlo buscándole los ojos, sintiéndole el aliento, hasta el peso.

Vicente dijo en voz alta, eligiendo cuidadosamente las palabras:

—Con el cuchillo uno va donde quiere: a la cara, ¡a la cara! —Y tajeó algo en el aire—, y no a las verijas; con el revólver, en cambio, a uno lo pueden golpear la mano

y el tiro termina en las tripas de cualquiera que está con uno... ¿Te das cuenta?

El chico lo escuchaba y aprobaba en silencio, absorbiendo todo eso que le decía. De pronto, lanzó una risita:

—¿Ve, doctor? —señaló—. Ahí es el König: hay orquesta de señoritas...

Los dos se asomaron a una de las vidrieras: adentro había muy poca gente y junto a la estufa apagada, unas cuantas mujeres tocaban «*Danubio Azul*».

—¿Nada más que eso tocan?

—Y... viene mucho gringo, doctor.

—¿Y otras cosas?

—¿Tango?

—Sí... —dijo Vicente y en ese momento, delante de esa vidriera empañada por dentro y debajo de ese cielo aterciopelado, Buenos Aires se le agrandó. París, ni existía, solamente valía Buenos Aires: allí las mujeres tenían de todo, las calles tenían lo que uno pidiera. Buenos Aires, el mundo.

—No —reconoció Míguez—. Aquí no tocan tango, no les gusta, prefieren dar vueltas y vueltas, meta a sacudirse. No les interesan las cosas lentas...

El viento soplaba del lado del mar, Vicente se pasó la mano por los lagrimales, se los oprimió y después se frotó los hombros.

—¿Vamos hasta el puerto, doctor?

—No, no. Mejor volvemos para arriba.

El chico lo observaba con incredulidad.

—¿Hasta el final de la principal?

Cuando iniciaban el camino de regreso, sintieron el motor de un auto que avanzaba por el centro de la calle. Iba con los faros encendidos y el escape abierto.

—¿Y eso?

El auto pasó a toda velocidad junto a Vicente.

—Guardia blanca —informó Míguez lacónicamente—. Están patrullando.

Vicente se quedó pensativo; después caminaron un rato en silencio escuchando sus propios pasos sobre el pedregullo. Pasaron por delante de una ventana entornada y escucharon que una mujer suspiraba. «—No está bien que me lo digas...», pasaron de nuevo frente al König y Vicente preguntó: «—¿Siempre tocan lo mismo?». «—Es que además del “*Danubio Azul*” no saben muchas otras cosas» —contestó Míguez con un tono afligido, avergonzado por su pueblo. «—¿Y en Carnaval?». «—Según... A veces vienen chilenos y la cosa se arma». En el Hotel Argentino un germanófilo defendía encarnizadamente los méritos de Ludendorff y en la Sociedad Rural había luz. «—¿Quién estará?», preguntó Vicente. Míguez levantó los hombros: «—No sé, doctor, no me imagino quién puede ser a esta hora». «—¿Tienen reuniones semanales?». «—No. Ahora todos los días están ahí metidos...». «—¿Realmente no sabés quién puede estar?». «—No, doctor. Le juro que no» —dijo Míguez con

énfasis, después se resolvió a preguntar por algo que lo tenía intrigado: «—¿No entramos a su casa?». Vicente lo tomó de un codo y lo empujó blandamente: «—No —murmuró—. Sigamos».

Habían llegado al final de la calle, allí se levantaba una casa aislada que tenía los postigos entornados.

—¿Qué es? —quiso saber Vicente.

—La casa pública, doctor. —Míguez se esforzaba por resultar adulto.

Se fueron acercando: junto a una de las puertas rondaba una mujer que parecía esperar.

—¿Y ésa, qué hace ahí?

—Es la mujer de uno, de un tal Stocker, doctor.

—¿Qué hace?, te pregunto.

—Trabaja por menos —cuchicheó Míguez con un aire severo, de hombre en quien se puede confiar—. Como no la dejan entrar porque está así...

Vicente le miró las manos:

—¿Embarazada?

—Sí, doctor... Preñada.

Cuando regresaron, frente a la casa de Vicente, se encontraron con Larguía:

—Buenas noches, doctor —dijo el oficial cuadrándose; con la luz que llegaba a través del ventanal, Vicente le descubrió la cara amoratada:

—Parece que está con frío —comentó a modo de saludo.

—Más o menos, doctor —Larguía se frotaba las manos vigorosamente—. Y usted parece que no lo siente...

—Yo estoy muy acostumbrado a salir de noche —bromeó Vicente—. Por eso.

—¡Ah!... —Larguía parecía enternecido—. ¡Cómo se le nota que es joven y porteño!

Vicente se rió, halagado.

—Y viniendo del alto... —Larguía hablaba con familiaridad.

—No, amigo —lo cortó Vicente—. Yo a esos lugares no voy acompañado.

Larguía se esforzaba por sonreírse y Vicente se apresuró a ayudarlo:

—¿Supongo que me estaría esperando? —preguntó.

—Sí, doctor. —Larguía había retomado su tono oficial—. Me han ordenado comunicarle que mañana vendrá saludarlo mi jefe con unos amigos.

—¿Amigos?

—Sí. Unos estancieros, doctor.

—Bien. Dígale que los espero.

Brun habló en representación de todos:

—El señor jefe de policía —dijo señalando a Corral que era quien se había

sentado más cerca del escritorio de Vicente y ya se había encargado de poner el narguile sobre una repisa— ha tenido la amabilidad de invitarnos a esta entrevista.

—Me tomé la libertad —intervino Corral— porque supuse que iba a ser la mejor forma de que usted oyera la verdad sobre este conflicto, doctor.

Vicente hizo un ademán de imparcialidad:

—Recuerde que yo soy juez en este asunto.

—Sí, doctor, entiendo —Corral vaciló—, pero estimé que le convenía oír la palabra de la gente más responsable...

—De una de las partes —lo volvió a interrumpir Vicente con una sonrisa.

—Eso que acaba de decir el doctor nos tranquiliza Brun hablaba con lentitud.

—Pero lo que yo quería era... —intentó aclarar Corral.

—Eso que acaba de decir el doctor nos tranquiliza —repitió Brun siguiendo un compás y a Vicente le pareció un bailarín torpe y solemne que marcaba escrupulosamente los pasos de la única pieza que sabía—, en la medida en que implica de su parte, doctor —agregó Brun—, una equidistancia que lo honra.

Vicente agradeció con la cabeza, él también entraba en esa especie de danza; desde atrás de Brun se levantó un moscardoneo de aprobación. Después se marcó un silencio y Vicente recorrió con la mirada a esos hombres que llenaban su estudio: allí estaba Corral, el jefe de policía, incómodo por aparecer en primera fila sin poder hablar y que se había encargado de hacer las presentaciones; Rintel torciendo ligeramente su cabeza de oficial austríaco; Gorbea jugueteando con el lóbulo de su oreja y que a Vicente le hizo pensar en un cura vestido de civil; Atucha sosteniendo su cara infantil con las dos manos; Blecher que se acariciaba las polainas, y Pocich y los hermanos Cattáneo y el irlandés O’Gorman y Anselmi que bostezaba y Zucker y todos los demás. Eran unos veinte y exhibían un aspecto de bienestar visceral. Ahí los tenía: esos eran los estancieros y estaban planteando el problema. Una parte del problema. Y Vicente se sintió muy joven entre todos esos hombres corpulentos y muy afeitados. Después dijo:

—Quiero escucharlos, señores. Tengo mucho interés en conocer sus puntos de vista.

Varios «Gracias, muy amable, doctor» se mezclaron pesadamente con el humo de los primeros cigarrillos.

—Para eso he venido —dijo Vicente cruzando las manos sobre su escritorio—. Así es que no hay nada que agradecer.

—¡Que hable Brun! —propuso uno de los Cattáneo con entusiasmo.

—¡Sí, sí...! —aprobaron los otros—. ¡Que siga hablando!

Brun se dio vuelta en su silla:

—¿A ustedes les parece? —miró a todos recogiendo aprobaciones silenciosas, entonces se volvió hacia Vicente:

—Sabemos —dijo después de una pausa ceremoniosa— que usted ha venido con la mayor buena voluntad, doctor, y sabemos que usted conoce a fondo los antecedentes de este problema. Ahora bien: nosotros quisiéramos preguntarle, si usted nos permite, cuál es la posición del señor Presidente frente a todo esto.

—¿Si el Presidente tiene resuelta su opinión, quiere decir?

—Sí...

Vicente no titubeó:

—El doctor Yrigoyen es el Presidente de todos los argentinos —dijo con tiesura.

—Bien —admitió Brun—. Eso no hace sino ratificar su posición personal, doctor.

—No se olvide que yo soy su representante.

—Sí, sí... No lo olvidamos —dijo Brun rápidamente—. Y esa equidistancia es la que nos ha traído aquí.

—¡Es que estamos convencidos de esa equidistancia! —apuntó Blecher desde un costado y soltó dos hilos de humo por la nariz.

—Y es en virtud de esa equidistancia —prosiguió Brun acompasando su tono neutro— que deseamos que nos diga, doctor, qué representación nos asigna usted en este asunto y qué valor tenemos nosotros...

—Yo prefiero que lo diga usted —Vicente no abandonaba su sonrisa tolerante.

—Bien —aceptó Brun—. Yo creo interpretar cuál es el valor que tenemos nosotros, doctor, pero no quisiera pecar de fatuo, y por eso le ruego que sólo me responda brevemente a mis planteos.

—Usted dirá —dijo Vicente recostándose en su asiento; alguien le ofreció un cigarrillo y él lo rechazó.

—¡Ahora lo vamos a someter a un interrogatorio, doctor! —intentó bromear Corral con un aire obstinado.

—Nosotros —empezó Brun y de nuevo se convirtió en un danzarín pesado y escrupuloso— en tanto pobladores de la zona, ¿somos útiles o no?

—Nadie lo duda...

—Nuestro trabajo, doctor, tiene valor, ¿sí o no?

—Lo tiene, Brun, y ninguno lo desconoce.

—Es un trabajo de muchos años... Y que ha costado. Nos ha costado —recalcó Brun alzando las cejas—. No había nada cuando nosotros empezamos y hubo que hacer de todo.

—Lo sé, Brun, lo sé...

—Uno se arriesga, se ha arriesgado siempre, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y nuestro riesgo supone una fuente de trabajo, ¿hum?

—Así es —contestó Vicente calculando a dónde iría ese hombre con su interrogatorio y hasta qué momento convenía permitirselo.

—¿Que favorece al país? —seguía Brun.

—De acuerdo.

—¿Y que seguirá favoreciéndolo?

—Sí, sí.

—Pues bien —recapituló Brun—. Lo único que nosotros pedimos, teniendo en cuenta lo que usted me acaba de reconocer, doctor, es que si se quiere favorecer a los obreros, no se nos perjudique a nosotros. En una palabra: que se nos proteja... Mejor dicho —se corrigió bruscamente—. Que se nos tenga en cuenta.

—En paridad de condiciones...

—Pero ¡por supuesto! —la cara de Brun se animó por primera vez y su ritmo acompasado desapareció—. Si ése es nuestro punto de partida.

—Es que el doctor Yrigoyen es demasiado popular —terció Gorbea sin dejar de amasar la oreja—. Por eso nosotros tenemos mie...

Brun lo miró duramente:

—Mi amigo Gorbea... —empezó a justificarlo, pero Vicente lo atajó con un ademán.

—No es necesario que me explique, Brun... Si yo entiendo perfectamente. La preocupación del señor Gorbea es la de mucha gente. Pero le repito: el doctor Yrigoyen quiere gobernar para todos los argentinos. Para todos los argentinos —repitió subrayando las palabras—. ¿Entendido? —El silencio y el humo de los cigarrillos flotaban sobre esos hombres de mejillas rojizas—. Quiere mantener una armonía... un equilibrio, ¿estamos?

—¿Eso significa que las cosas deben ser como son? —preguntó Zucker apoyando la espalda contra el ventanal y jugueteando con los flecos de la cortina.

—Sí... —Vicente se contempló un momento en el vidrio del escritorio, después levantó la cabeza y lo buscó a Zucker con la mirada—. Como deben ser —dijo.

—¿Y tienen que cambiar para eso?

—No. Tienen que ser justas. Nada más.

—Justas... justas... —Zucker seguía jugueteando con los flecos de la cortina—. Eso parece fácil, ¿no, doctor?

—A nadie le parece fácil.

—Bien... —dijo Brun como para recordar que era él quien estaba hablando—. Nosotros creemos en esa cordura y en esa armonía. Más —dijo con énfasis—, pretendemos ser sus más decididos defensores. Y estamos dispuestos a conversar y a discutir con quienes se mantengan en ese plano. Pero queremos cordura —y miró las cuidadas manos de Vicente que hizo un esfuerzo para no ocultarlas—, a los efectos de discutir lo que haya que discutir y para poder trabajar. Ésa es nuestra posición. Pero entre los obreros...

—¡Está lleno de maximalistas! —gritó Rintel y su inalterable frente de oficial

austríaco se cubrió de unas venas como várices.

—¡Y de ladrones! —chilló Gorbea agitando su corpachón.

Por un momento la habitación se llenó de airadas voces de hombres que discutían, varios se estiraban hacia el escritorio de Vicente y hablaban agitando las manos: «— ¡Es así... es cierto eso... sí, doctor... y usted lo puede comprobar cuando se le dé la gana... han destrozado cosas importantes...!» —aseguraban desordenadamente, golpeándose las palmas de las manos con los puños o sacudiendo los dedos sobre el vidrio del escritorio—. «... ¡Les han metido unas ideas en la cabeza... y extranjeros la mayoría... y están ensoberbecidos!».

Eso se prolongó un buen rato. Vicente permaneció impasible frente a su escritorio. Fue Brun quien se encargó de calmarlos. Cuando el silencio se hizo total, los controló con un gesto de director de orquesta, se quedó conforme y prosiguió:

—Pese a todo eso que dicen los señores —aseguró en dirección a Vicente—, nosotros estamos dispuestos a tratar...

—¡Que digan lo que quieran! —gritó de nuevo Rintel que todavía no se había calmado.

—Ahora bien —siguió Brun luego de indicarle a Rintel que se sentara—, estamos dispuestos a tratar con sus verdaderos representantes, y verdaderos representantes significa para nosotros, doctor...

—¡Uno solo! —gritó Rintel como si se tomara un desquite y se cruzó de brazos—. ¡Y no veinte!

—¡Estoy hablando yo, Rintel, por favor! —lo increpó Brun y se quedó un largo rato esperando a ver si lo obedecía, después se volvió hacia Vicente y habló con impaciencia—: Efectivamente; quisiéramos tratar con el verdadero representante de los obreros, porque no es posible arreglar una cosa con uno y que después aparezca otro diciendo que él es el verdadero representante.

—Lo más adecuado es tratar con el delegado de la federación —propuso Vicente.

—Pero hay muchos que no están afiliados, doctor. Y nosotros queremos tratar con todos los grupos.

—¡Y hay otros que niegan a la federación! —Rintel hablaba con rencor.

—Mi criterio —dijo Vicente con firmeza— es tratar con las personas que designe la federación.

—¿Su criterio? —Brun no perdía la calma.

—Y el del señor Presidente.

—¿Y los no afiliados?

—Que hagan llegar sugerencias a la federación o que se atengan a lo que la federación resuelva.

Un murmullo recorrió el grupo de estancieros, algunos se daban vuelta en sus asientos y cuchicheaban entre sí, por último, O’Gorman se acercó a Brun y le dijo

algo al oído.

—Perfectamente, doctor —anunció Brun después de una pausa—. Nos atendremos a lo que la federación resuelva y así demostraremos nuestra buena voluntad. Nadie podrá decir que nos cerramos a un posible entendimiento. Ahora bien —aclaró—, deseamos que la federación se expida a la brevedad.

—No nos podría decir, doctor —solicitó Corral apoyándose sobre el escritorio—, ¿cuáles son las exigencias de los obreros?

—Las exigencias *concretas* —puntualizó Brun.

—Tengo algunos datos parciales —dijo Vicente poniéndose de pie—, pero a partir de la comprensiva actitud de ustedes, caballeros, reuniré todos los elementos de juicio.

—¿Personalmente? —quiso saber Brun que también se había puesto de pie.

—Personalmente —Vicente se sonrió—. Yo siempre personalizo.

—Pero...

—Yo estoy dispuesto a hablar con todo el mundo. Se lo aseguro. —Los estancieros lo fueron rodeando como si quisieran verlo más de cerca, para medirlo, para medirse con él juntando las espaldas como los chicos o para palparlo un poco, comprobando su solidez. Muchos tenían olor a perfume. Venían de la peluquería, advirtió Vicente, y ese melancólico olor a violetas era algo que desentonaba con sus mejillas curtidas.

—Usted ha visto nuestra buena voluntad... —Atucha, que había permanecido en silencio durante toda la reunión, usaba un tono edificante.

—La he visto —aceptó Vicente—. Y me alegro de que sea así.

Los estancieros se miraron entre sí y aprobaron con severidad. Después se fueron despidiendo con cierta tiesura, ceremoniosos y sofocados, deseando respirar de una buena vez el aire de la calle. El último en retirarse fue Corral, que se llevó la mano a la sien y se cuadró:

—Estoy a sus órdenes, doctor. Para lo que necesite.

—Gracias, Corral, muchas gracias. —Vicente se sentía en una reunión de fin de año o en uno de esos penosos casamientos a los que alguna vez había tenido que asistir en Buenos Aires, por La Paternal o más allá de Villa Devoto, saltando entre zanjones y baldíos rellenos de zapatos viejos, ante la abrumadora insistencia de algún correligionario. «*Algún modesto correligionario*». Allí había que comer de todo, hablar de lo mismo, saludar a todos, brindar con todos.

—Creo que la reunión ha sido positiva —dijo Corral como si se tratara de un mérito propio.

—Sí. Sin duda alguna —aceptó Vicente con un tono de fatiga—. Y ahora voy a aprovechar para pedirle algo.

El rostro de Corral se iluminó:

—¿Qué? ¿Me va a retar porque le saqué esa pipa de su escritorio?... —dijo señalando el narguile—. No se hubiera podido hablar con usted, le hubiera tapado la cara...

—No, Corral. Eso no tiene mayor importancia.

—Entonces... —Corral dio a entender que estaba indefenso y que francamente no podía imaginar de qué se lo acusaba—. Usted dirá, doctor.

—Esa gente que anda con la policía... —Vicente usaba un tono impreciso.

—¿Los de la guardia?

—Sí. Ésos. —Vicente se le acercó y lo tomó del correa con suavidad—. Quisiera no verlos más.

—¡Pero, doctor...! Son muchachos vinculados a la Sociedad Rural, gente que nos ayuda y que está a sus órdenes.

—Quisiera no verlos más.

—Y de noche, su ayuda resulta imprescindible.

—De noche... Por lo mismo. Quisiera no...

—¡Pero, doctor!

—Se lo ordeno, Corral.

Cuando se quedó a solas, Vicente sintió que se aflojaba. Era algo muscular. Tanto tiempo ahí, delante de esos hombres, atento, en tensión, frente a una mesa sin cosas para agarrar, obligado a controlar cada uno de sus gestos. Era demasiado, pero al fin de cuentas, no le había hecho mal. «Algo positivo», se dijo. Como ganar una partida, sí, pero disfrazado de funcionario. Como hacerles trampa. Entonces se sentó y escribió:

«Primeras tratativas, excelente resultado. Vera» —después llamó—: ¡Míguez!

El chico se asomó por la puerta:

—¿Doctor?

—Quiero que me mandes esto. —Vicente le tendió el papel.

—¿Un telegrama?

—Sí. Urgente.

El chico leyó:

—Pero ¿y la dirección?

—¡Ah...! Ponele ahí. —Vicente dictó—: Doctor Ramón Gómez, Ministerio del Interior, Buenos Aires.

Vicente terminaba de bailar con una de las hijas de O’Gorman, cuando le tocaron la espalda y se volvió.

—¿Así que se está dejando mimar por los estancieros? —era la señorita Singer y lo contemplaba con una sonrisa burlona. Vicente se desconcertó: el tono inusitado de esa mujercita, encontrarla allí, y que se le acercara como para reclamarle algo que

alguna vez le hubiera prestado. Pero ella se sonreía con calma, sin ninguna urgencia, ni por reclamarle nada ni porque los que los rodeaban se fueran alejando. Tenía la misma seguridad que hubiera exhibido después de un partido de tenis, luciendo descaradamente sus dientes de muchachito y su pecho chato. Era eso, comprendió Vicente: ella no exigía nada, sino que tenía esa antigua e inexplicable confianza de las mujeres en que les deben cosas y se las tienen que otorgar.

—A mí me gusta que me mimen —confesó Vicente con un susurro, como si se tratara de algo vergonzoso, mientras sentía que sus acompañantes los dejaban solos.

—Se nota —aceptó ella— y ahora me explico su aspecto infantil.

—¿Mi qué?

—Su aspecto infantil —repitió la señorita Singer con sencillez.

Vicente se irguió abrochándose el saco, jugaba a tener un aspecto imponente:

—¿Le parece? —pero sintió que el pliegue del ceño no se le terminaba de endurecer y bailoteaba inseguro, y temió que esa mujercita le apoyara la mano sobre un hombro y lo palmeara deportivamente.

—Sí que me parece. Y también me explico esto —dijo ella pasándole la mano por las mejillas barbudas—. ¿Se deja la barba para parecer más viejo?

A Vicente le inquietó esa familiaridad, pero se encogió de hombros:

—Soy un funcionario —se disculpó.

—¿Y qué hay con eso? ¿Necesita enmascararse?

—Un buen funcionario —Vicente recitó algo que alguna vez había pensado—, debe actuar con eficacia pero pasando inadvertido.

—¿Como un ladrón que conoce su oficio?

—¡No precisamente! —Vicente se rió—. Pero la verdad es que a uno todo el mundo lo está mirando.

—¿En serio? —Ella miró en derredor—: Buenos señores... estancieros... sus mujeres... —iba describiendo cómicamente a los que estaban en ese largo salón— ... sus hijas... comerciantes de la plaza... las hijas de O’Gorman que hacen como que no les interesamos... oficiales de la policía... mi directora que parece... ¿cómo le diré?... incómoda porque no sé darme mi lugar... más estancieros... Sí —reconoció cuando concluyó con su revista—; todo el mundo lo está mirando... ¿Y eso le molesta?

—Un poco.

—Y otro poco, no. —Ella se sonreía y el labio superior le temblaba—. Porque confiese que le gusta... Vamos... —lo animó con su descaro de muchachito—, por ejemplo, cuando entra a un lugar: lo miran, usted se deja reconocer, se deja analizar, admirar, y así sí que le resulta tolerable ¿o me equivoco? —Ella misma se contestó negativamente y siguió—: Esa sensación de provocar todo un movimiento de miradas, no está nada mal ¿eh? Y usted se pasaría la vida entrando a lugares, ¿eh? —

repitió con un aire malicioso.

En ese momento, la orquesta de señoritas de König inició un vals. A Vicente le resultaba algo dulzón, pero a veces lo enternecía que la gente se fuera dejando caer en esa suave ronda que daba vueltas; no había nada más que hamacarse dejándose adormecer: era fácil y uno terminaba con ganas de marearse. Uno se desvanecía y se iba convirtiendo en una gasa. Era delicioso marearse y vivir constantemente mareado en un mundo trasparente y leve. Todos ésos giraban. También el mundo. El mundo era una bola. Y la Patagonia era un lagarto retorcido que se aferraba a una de las puntas de esa bola que giraba.

Vicente se inclinó apenas.

—¿Baila?

—No —la señorita Singer se señaló la cabeza y después marcó unos círculos en el aire.

—¿Qué? ¿Se marea?

—Sí... Y me dan ganas de tirarme en el suelo.

—Pero, señorita...

—¿Lo lamenta? ¿O está fingiendo?

—Lo lamento —ella lo miraba con desconfianza y Vicente insistió—. Se lo aseguro. Me hubiera gustado bailar con usted.

—No sé bailar vals... pero no me siento intimidada por eso. Así es que no se ría de mí.

—Yo no me río de usted, señorita Singer.

Ella hizo un gesto de fastidio:

—Y no me llame «señorita Singer». Me siento una máquina de coser.

—Perdón —Vicente se sentía con toda la piel fresca, liviano, como si acabara de frotarse con una toalla: se había tirado a una pileta de agua helada, había abierto los ojos bajo la superficie y la cabeza se le había llenado de burbujas de un verde claro que giraban y se estrellaban contra sus oídos—. A mí me enternecen las máquinas de coser —aseguró divertido—. Y no buscaba intimidarla...

—Yuda —dijo ella adelantándose a la pregunta de Vicente—. Yuda —repitió por si no la había oído bien.

—Bien, Yuda —Vicente hizo un ademán ceremonioso—. ¿Puedo preguntarle a qué se debe su presencia en este lugar?

Yuda soltó una carcajada ruidosa:

—¿Así habla cuando está en funcionario y quiere pasar inadvertido?

—Nos están mirando —la reconvino Vicente.

Ella se rió de nuevo:

—No sea provinciano —siseó con desprecio.

—Ahora es usted quien me intimida —dijo Vicente dominando unas violentas

ganas de tironearle de las patillas y desbaratar su seguridad de gallo.

—¿No le gusta que la gente se ría fuerte? —De nuevo el labio de Yuda temblaba mostrando sus dientes cubiertos de saliva—. Pero ¿y no era que le encantaba que lo mirara la gente?

—Pero habíamos quedado que nada más que en mis entradas.

—Ah... Eso tiene que ser nada más que un fogonazo, porque después prefiere que lo dejen en paz para pasar a comentarlo respetuosamente... —Yuda daba fervientes muestras de haber comprendido y seguía aprobando su propio descubrimiento: «Había entendido... —parecía decir— ya advenía quién era ese señor y qué cosas le gustaban... cuáles eran sus preferencias... ah, ah... las preferencias del señor funcionario». Y todo eso le causaba un júbilo incontenible porque el alegre brillo de sus ojos no tenía nada que ver con la impasibilidad de opa del resto de la cara—. Y la niña O’Gorman ¿lo comentaba?

Vicente siguió con el juego haciendo un ademán de desdicha:

—Un horror...

—¿No le encontró nada para comentarle?

—Ni de mi ropa.

—¿Y de la de ella, doctor?

—Es muy buena, se lo dije, pero no pareció entenderme. No sé... siempre me he sentido muy idiota con ese tipo de mujer —se quejó Vicente como para sí—. Muy cuidadas, inobjetables, distantes. No sé, no sé...

—¿Y en Buenos Aires?

—Lo mismo.

—Eso es interesante. Lo más interesante que me ha dicho hasta ahora —Yuda jugueteaba con su collar y Vicente tembló imaginando que en cualquier momento el hilo podía estallar y los dos se verían obligados a arrodillarse y andar a gatas buscando las perlas entre los pies de la gente, de la que bailaba y de la que estaba a los costados, pidiendo permiso y rogando para que alguna de esas mujeres se corriera un poco hasta alcanzar a una perla que seguramente ya estaría quebrada por un pisotón o humedecida por algo pringoso—. ¿Y de su barba incipiente —Yuda parecía vivamente preocupada—, no opinó algo?

—Ni una palabra.

—No ha sabido apreciar, por eso...

Los dos se rieron como camaradas y los que estaban sentados alrededor de la pista de baile, los miraron severamente.

—Ahora sí que nos miran, doctor.

—Sí... Pero somos dos para aguantar todo ese peso.

—¿Grito? —La mirada de Yuda se había extraviado.

—¿Usted está loca?

—Pero es que tengo ganas de gritar: me aburre la Patagonia.

Vicente le tomó un brazo y se lo oprimió:

—A mí también —le dijo en voz baja y rápida—. Pero déjese de pavadas.

Yuda lo miró bien a la cara y él sintió que la frente, las mejillas, toda esa boca ancha se le descubrían.

—¿Le gusta mi brazo? —preguntó Yuda adoptando un aire científico, de persona que asiste a un experimento.

Vicente bajó la vista y contempló su mano que oprimía esa carne firme y demasiado blanca:

—No está mal —opinó.

—Pero me duele...

Vicente aflojó la presión de sus dedos.

—¿Tiene sed? —preguntó con ganas de sentirse serio, hablando de algo concreto, coherente.

—Yo, no —dijo Yuda como si rechazara esa coherencia que a ella le resultaba convencional y con la que no se quería complicar—. Pero si usted quiere, váyase a buscar algo, yo lo espero. Me encanta mirar cuando los demás beben con ganas.

Vicente cruzó por un costado del salón, el vals languidecía y el fervor de las señoras de la orquesta del König se iba aplacando sobre el escenario. Ésas hacían lo que podían, tocaban sus vals y sudaban empeñosamente. Un aire celeste flotaba en el salón; debía ser por la ropa de las mujeres. O por el polvo. Vicente se acercó a una larga mesa atestada de cubiertos, platos y copas. Un mozo le hizo una reverencia:

—¿Desea algo, doctor?

—Sí. Bien fresco —dijo Vicente cerrando el puño como si le pidiera un último esfuerzo, algo especial y formidable.

—¿Un mosela?

—¿Helado? —esa pregunta era una exigencia.

—Sí, doctor.

—Bien... bien... —cuando el mozo le sirvió el vaso, Vicente se lo bebió de un trago. Después reclamó—: Otro —y le tendía el vaso.

El mozo se sonrió mientras le servía:

—Tenía sed el doctor...

Vicente volvió con su vaso lleno. El aire celeste se había asentado sobre la pista vacía y muchos miraban hacia allí con los ojos perdidos, soñadores, llenos de ese aire celeste. Otro vals, los pesados brazos de las de la orquesta se sacudirían con encarnizamiento, suntuosamente, y los cuerpos de todos los que estaban en el salón se llenarían con esa especie de gas, con esa languidez. Vicente avanzaba zigzagueando entre la gente que le hacía paso y cuchicheaba; él alzaba su vaso como un trofeo. En un rincón lo esperaba Yuda, miraba con algo de pájaro a todos los que estaban allí

dentro; eran cabezazos veloces, agresivos, a un lado y al otro, como si estuviera pescando a los que la espiaban. Y Vicente presintió que ella era capaz de hacer cualquier cosa inesperada: señalarlo y reírse o sentarse en el suelo delante de esa hilera de sillas ocupadas por unas mujeres anchas y aburridas. «—Con permiso, estancieras», les diría. Eso, o algo por el estilo. Era lo inesperado lo que le fascinaba: esa mujercita resultaba intranquilizadora —hasta por su misma fragilidad— lo enervaba y secretamente deseaba asirla. Era un pájaro, claro.

—Tiene aspecto de pájaro —le confesó cuando estuvo a su lado.

Ella lo miró con rabia:

—Y usted... usted... —por primera vez no sabía qué decir; tardaba en insultarlo—. No acierto en este momento a qué se parece usted —admitió por fin francamente, con rencor.

—Es que se quiere vengar, por eso.

—¡Claro que me quiero vengar! Y yo soy muy lenta para vengarme... Me cuesta trabajo recordar lo que me ha humillado —se miraron como dos competidores que se estudian recíprocamente—. A ver, beba —le exigió.

Vicente se bebió el vaso de un trago sintiendo que estaba haciendo una prueba en una fiesta infantil.

—¿Y, qué tal? —lo acosó Yuda—. ¿Es bueno eso?

—Bastante... —dijo Vicente tratando de respirar.

—¿Siente la garganta helada?

—No... no...

—¿No siente nada?... ¿Ni siquiera le duele algún diente? —Yuda parecía decepcionada—. ¿Para qué bebe, entonces?

Vicente advirtió que ella lo estaba acosando, que sería capaz de pedirle las cosas más inverosímiles, tuvo miedo de que eso se prolongara y se calló.

Pero Yuda lo urgió:

—¿Usted bebe por sed o para tener algo entre las manos?

—Para tener algo entre las manos —confesó Vicente exagerando su humildad.

—¿Y mi brazo? ¿No tenía mi brazo?

—Sí, pero yo se lo había tomado para hacerla callar.

—¿Qué? —Yuda tenía un ademán provocativo y echaba su pequeño busto hacia adelante—. ¿Le gusta mandar?

—Para eso estoy aquí.

—¿En la Patagonia?

—Sí. Exactamente.

—Pero usted no vino para mandar, que yo sepa.

—Bueno... digamos que vine para apagar una especie de incendio.

—No, no, mi buen doctor —Yuda negaba con el dedo—. Lo que aquí pasó... o

está por pasar, no es una especie de incendio.

—¿Acaso es algo más grave todavía?

—No se trata de gravedad o no, sino que lo que pasó en el puerto, no tenía nada de incendio —Yuda hablaba con desprecio y Vicente se sintió culpable—. Porque en un incendio no hay dos cosas que se enfrentan, que se embisten —dijo entrechocándose los puños.

Vicente se puso serio, le desconcertaba que le hablaran de ese asunto. «Y en ese lugar», pensó con incomodidad:

—¿Usted no cree que todo eso se pueda arreglar, manteniendo una armonía? —preguntó a tientas, para saber qué pensaba esa mujercita de todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Una armonía? —ella lo miraba torciendo la cabeza.

—Sí... Un equilibrio entre las dos cosas que se enfrentan —Vicente imitó el ademán de ella con los puños—, que se embisten.

—¿Ésas son ideas de su Presidente, no?

—Sí... —tartamudeó Vicente—. Pero no vaya a creer que yo no hago nada más que repetirlo; él fue neutral durante la guerra —dijo Vicente con orgullo—. Yo, aliadófilo.

—¿Y andaba gritando por las calles?

—Sí. Y repartía trompadas...

—Ya me doy cuenta —Yuda tenía una voz opaca, parecía haber recordado una imagen desvaída y desagradable.

—Pero, ¿entonces no cree en esa posibilidad de armonía? —ahora era él quien la acosaba, sentía necesidad de saber qué pensaba—. ¿No va a haber caso de que todo se arregle?

—No. En absoluto. Y no porque sean ideas de su Presidente —Yuda negaba mecánicamente, sin apuro, como si todavía hubiera que seguir discutiendo y negando durante un largo rato y no conviniera fatigarse—. Sino porque me parece que ese incendio de que usted hablaba va a ser permanente...

—¿Siempre y siempre embistiéndose, quiere decir?

—Sí —el tono de Yuda había cambiado completamente—. Siempre y siempre.

—Eso es pesimismo, señorita —la acusó Vicente.

—¿Qué va a ser pesimismo!

Vicente soltó una bocanada de aire como si se desinflara:

—De cualquier manera, sería terrible —reflexionó—. Nadie aguantaría.

En ese momento se les acercó un hombre que miraba con unos ojos de alucinado:

—Bien, doctor, muy bien —murmuró—. Muy buena su gestión. Ya nos hemos enterado.

—¿Quiénes se han enterado?

—Sus amigos de aquí —dijo rápida y misteriosamente—. Usted tiene amigos en todas partes. Y estamos con usted. Trabajamos para su éxito... que va a ser pronto.

Vicente lo tomó de un brazo:

—Gracias —dijo—. Pero, ¿cómo es su nombre?

El otro se excusó:

—No tiene importancia, doctor. Lo puedo perjudicar en su gestión.

—Pero quiero saber su nombre...

—Carrero, doctor —dijo ese hombre velozmente y se escurrió entre los que estaban en la pista.

Vicente hizo un gesto de perplejidad.

Cuando Yuda habló de nuevo, tenía un tono maligno:

—Ya me doy cuenta —dijo refiriéndose a lo que habían estado hablando—. Usted no aguantaría tener que embestirse y embestirse, porque se sentiría fatigado... Es que usted no es de los que quieren ganar, sino de los que únicamente les interesa terminar. Y terminar pronto.

—¿Cómo? —Vicente parpadeó como aturdido—. ¿Qué quiere decir con eso?

Yuda hizo un ademán desdeñoso:

—Una se entera... —señaló con imprecisión a todos los que estaban en ese salón o comiendo o sosteniendo una copa entre los dedos o conversando con satisfacción—. Como acaba de ver —dijo—, todo se sabe aquí.

—¿Hasta en su colegio? —Vicente dudó un instante—. ¿Porque usted enseña en un colegio, no?

—Sí. Yo no vine a la Patagonia para mandar.

Vicente imploró como si se sintiera desolado:

—Perdón. Le aseguro que no me quise hacer el prepotente. Aquí no puedo sentirme un compadrito.

—¿Aquí? —Yuda parecía desinteresada—. ¿Y en otro lado? —fruncía la cara y señalaba hacia Vicente como si le hubiera descubierto algo sucio sobre la pechera de la camisa.

Vicente confesó con tono de buen muchacho:

—Antes de venir aquí, en Buenos Aires, yo era un compadrito.

—¿Me quiere deslumbrar? —Yuda lo miraba inquisitivamente—. ¿O para qué me cuenta todo eso?

—No, Yuda. Me describía, nada más —Vicente insistía en su tono humilde, juguetón—. ¡Qué la iba a querer deslumbrar!... Hablaba de mí, y hablando de mí, no se puede deslumbrar a nadie.

—¿Tenía ganas de hablar de usted?...

Vicente se sonrió tratando de obligarla a imitarlo:

—Es lo que conozco mejor... me tengo a mano y estamos de acuerdo en que la

Patagonia es muy aburrida.

—¿Seguro que era eso? —Yuda no parecía convencida—. ¿O porque es enaltecedor acusarse de algo innoble?

—No es innoble ser compadrito —quiso aclarar Vicente—. En Buenos Aires todos somos un poco com...

Pero Yuda no le prestó atención:

—¿O porque es lo mismo que hablar de la propia muerte con naturalidad? —ella se tironeaba del collar y de nuevo Vicente presintió que iba a estallar—. Algo irremediable, digamos, pero que usted sobrelleva con entereza, ¿hum?

—Pero, Yuda, un compadrito no es para tanto...

—Entiendo, no es necesario que se esfuerce más: señorito y chulo. Una buena mezcla.

—No me rete. Considere: era joven...

—Entiendo, le aseguro que entiendo —repitió ella distraída.

—En Buenos Aires, imagínese... —Vicente hacía como que no la tomaba en serio.

—Buenos Aires es una gran ciudad —dijo Yuda de golpe—. ¿No es cierto?

—¡La más grande del mundo! —brindó Vicente alzando su copa vacía.

Yuda se sonrió, no tenía mucho sentido indignarse con ese hombre, en ese lugar.

—¿Y París?... —preguntó—. ¿O usted es de los que no les interesa París?

—Me interesaba —se lamentó Vicente—. Pero lo he tenido que postergar.

—¿Le duele?

—¿Haberlo tenido que postergar? —Vicente alzó los hombros con estoicismo—. Ya, no —dijo.

—Me imagino —ella había retomado su tono rencoroso—. Ahora tiene un pretexto...

—¿Para qué?

—Para justificarse por no saber hablar francés...

Vicente enrojeció:

—¿Y usted qué sabe si lo hablo o no?

—Yo sé.

Vicente se sintió descubierto por esa mujercita insignificante.

—Pero lo leo —se defendió.

—Sí, sí. Todo el mundo lee francés y usted no iba a ser la excepción —Yuda lo miró con indulgencia—. ¿Así que ha tenido que postergar su viaje a París?

—El segundo —aclaró Vicente—. El que me tenía que sacar todas las ganas.

—¿Y ahora se conforma con Buenos Aires?

—¡Con la Patagonia me tengo que conformar!

Los dos se rieron, ella le recordó codeándolo:

—Ahora tendría que suspirar.

Vicente, que iba a suspirar, largó la carcajada y se atragantó:

—¿Ve, ve? —decía entre hipidos—. Esto me pasa por hablarme de París... de Buenos Aires... —cuando se recompuso, le pasó su vaso a Yuda—: Espere —le dijo—. Ya va a ver —y cruzó hasta el estrado donde descansaban como adormecidas las de la orquesta del König. Yuda miró el vaso, lo olió con precaución y no supo qué hacer con él, entonces lo depositó subrepticamente sobre una silla. Vicente regresaba por el medio del salón saludando levemente a derecha y a izquierda.

—Un momento —le pidió a Yuda—. Ahora va a ver...

La orquesta del König empezó débilmente con una música arrastrona. Una de las mujeres dejó su violín a un costado y se adelantó hasta el proscenio:

A mí me llaman caburé porque soy...

cantó con una voz insegura mientras se alisaba la pollera de tul.

Vicente se paró delante de Yuda:

—¿Baila esto?

Ella le ofreció la mano y se dejó rodear la cintura.

En uno de los palcos, apareció Carrero con un fotógrafo.

—Ahí lo tiene a su correligionario... —señaló Yuda.

—¿Carrero?

—Sí.

Vicente se volvió: Carrero le hacía señas para que miraran hacia la cámara y él obedeció.

—¿Así que es periodista? —dijo.

—No sea obvio —farfulló Yuda.

Y dieron unos pasos bailando en esa pista desierta.

—¿Nos miran? —le cuchicheó Vicente sobre la oreja.

—Todos —dijo Yuda.

La señora de la orquesta del König seguía cantando más animada:

*... A mí me llaman caburé porque soy
un tipo que se hace querer...*

El lunes, Vicente fue a ver a los obreros. Tenía que cruzar a lo largo de la calle principal y cuando iba en dirección a la jefatura de policía, sintió calor y la mirada de los que se daban vuelta para observarlo: era el doctor Vera el que pasaba, sobretudoo

marrón y barba, hacía poco que había llegado, lo habían mandado por lo de la huelga, era muy radical y joven. El doctor Vera. Iría... ¿a dónde iría el doctor Vera? En esa dirección quedaba el juzgado, el Banco de Londres. Pero ¿con esa ropa? Al pasar frente al König, advirtió que lo señalaban desde una mesa y dejó que lo miraran largamente, sin volverse. Desde su entrada al pueblo, el primer día, eso iba siendo lo cotidiano, lo de todos los momentos, y había que tolerarlo. Era una mezcla de vigilancia y de cargosa admiración, y él no sabía si sentirse agradecido o acosado. Varias veces había dominado las ganas de acercarse a cualquiera para preguntarle: «—¿Qué mira?» —eso era de compadre—, «—¿Le gusta mi barba o cree que es postiza?», —y ante el seguro desconcierto del otro—: «Toque, toque —le ofrecería—. Dése el gusto en vida». Pero eso era de compadre y él era un funcionario y allí estaban en la Patagonia y no en Buenos Aires. «En el Sur», se recordó y pateó una piedra al subir a la vereda, pero no con energía, sino con la escrupulosa indignación de un vecino que quita las hojas que le ensucian la vereda. No aguantaba más el sobretodo, entonces, se lo sacó, lo dobló sobre el brazo y se impuso caminar como lo hacía por la Rambla en el verano del 17. El sol era una mancha amarilla muy suave y se desparramaba sobre ese inmenso cielo trasparente sin vetas ni arrugas. Era un gran vidrio ese cielo, muy distinto al de Buenos Aires. «Limpio», se dijo Vicente y dejó que la piel de la cara se le entibiase.

En la puerta de la Jefatura estaba Larguía:

—¿Va a entrar, doctor? —preguntó acomodándose el correa.

—Sí; a eso vengo —Vicente lo apartaba con suavidad.

—¿Solo?

—Tengo que hablar con los obreros.

—Pero ¿con todos, doctor...? Puede ser una imprudencia.

«Imprudencia» era una palabra que hacía tiempo no escuchaba, alguien se la había repetido cuando era chico con un tono de alarma y de misterio, desproporcionado con lo que podía ocurrir. Probablemente había sido su madre que era una mujer de piel muy blanca, y a la que seguramente le hubiera encantado caminar por esa calle polvorienta, bajo ese cielo pulido, estirando el cuello para sentir el sol sobre la garganta y saludando a los que la miraran. Deseando que la miraran.

—No se alarme, Larguía —lo tranquilizó—. ¿Está Corral?

—No, doctor. Salió para el Lago.

—Bien. Tengo que hablar con uno solo —anunció Vicente entrando a la sala de guardia—. ¿Dónde...? —empezó a preguntar.

—Allá, al fondo —se adelantó a indicarle Larguía.

Vicente avanzó a lo largo de un pasillo iluminado por una claraboya que se abría en el techo. Allí dentro había un olor agrio «—Como de mingitorio», pensó—. ¿De club? No ¿De estación? Podría ser. ¿De comité? Sí —y se tuvo que apretar la nariz,

pero nada más que un momento y muy fuerte. Hasta sentir dolor, como si intentara tapársela definitivamente. Pero eso era demasiado penetrante, y Vicente sopló varias veces hacia afuera para expulsar lo que se le había incrustado adentro. Amoníaco, gente amontonada, encajó el sobretodo entre dos barrotes y habló hacia la penumbra:

—¿Soto? —interrogó—. ¿Soto?

Desde un rincón de esa enorme celda, alguien contestó «Presente», como si bostezara.

—¿Se puede acercar? —ofreció Vicente.

Algunos murmullos se escucharon en el fondo de la celda; podían ser de hombres que se consultaban apresuradamente, o de cuerpos que se levantaban con pesadez. Al cabo de un momento, desde la penumbra de la celda, se adelantó una figura corpulenta. Lo primero que entró dentro de la zona iluminada, fueron sus pies; llevaba la botamanga de la bombacha desabrochada y avanzaba cachazudamente, con indiferencia: «—¿Qué ocurre, qué desea el señor?», podía venir pensando ese tipo. Cuando la luz le llegó al pecho, se detuvo y apoyó las manos en la faja:

—Presente...

—¿Por qué no se acerca más? —lo invitó Vicente.

—La luz... —explicó Soto sin entusiasmo señalando apenas con la mano.

—¿Le molesta?

—Así es...

Vicente calculó la distancia que había entre la reja y el pecho de ese hombre: dos metros, y con dos metros de distancia era posible hablar. Habría que alzar la voz, pero cuando dos gritan, los demás creen que se están peleando. O esperan que se peleen. Y hacen fuerza para no quedar defraudados. Y ese tipo no iba a avanzar ni un paso más; allí estaban sus pies, sus alpargatas, las bocas desabrochadas de sus bombachas y, más atrás, en el fondo de la celda, ya se distinguía la otra reja y unas sombras que se iban incorporando con curiosidad, con ansiedad.

—¡Larguía! —llamó Vicente.

—¡Ordene, doctor! —el tacazo de Larguía retumbó en el pasillo.

—La llave...

—¿Abro?

—Sí.

—Pero ...

Vicente hizo chasquear los dedos:

—Vamos, Larguía...

Cuando el cerrojo chirrió en la penumbra, alguien tosió en la oscuridad. Vicente miró: todo el largo de la reja del fondo de la celda de Soto estaba cubierta de bultos, de hombres... Uno sostenía una mancha blanca a la altura de la boca; era el que tosía.

Vicente entró a la celda y se sentó en el borde del catre:

—He venido a verlo, Soto —dijo para empezar de alguna manera.

Soto permanecía de pie:

—¿A mí, doctor?

—Sí. A usted.

—Muchas gracias...

—No he venido a que me dé las gracias —dijo Vicente forzando su seguridad y echando el cuerpo hacia adelante—. He venido para tratar de arreglar este asunto que nos preocupa a todos.

—¿A todos?

Vicente alzó la cabeza pero no pudo descubrir ninguna ironía en esa cara que permanecía en la penumbra.

—¿Por qué no se sienta? —ofreció.

—No, gracias, doctor —tampoco era reticencia lo que manejaba Soto—. Estoy bien.

Vicente se sonrió amigablemente.

—¿No quiere que sospechen de usted?

—No, no se trata de eso...

—¿Qué? —Vicente le tendía un tono conciliador—. ¿Acaso no pueden sospechar de usted?

—Tampoco se trata de eso...

—¿Y de qué se trata?

Soto se aferró a su mutismo, a su cautela.

—Pero es que si yo lo invito a sentarse —prosiguió Vicente— es porque me gusta verle la cara a la gente con quien hablo... —los pies de Soto no se movieron—. Como cuando juego a los naipes... —insistió Vicente dejando que el olor a amoníaco le invadiera el cerebro y la boca—. Me gusta verle las manos al otro, pero también la cara... Para eso estamos en lo mismo y nos sentamos alrededor de una mesa, si no, se me ocurre que me están haciendo trampa —hubo un silencio, nadie se movía, esa mancha blanca seguía sobre la boca de alguien que retenía el aliento o una tos desgarrada—. Y yo muestro la cara, Soto. Siempre muestro la cara... —recién entonces los pies de Soto se adelantaron y apareció el cuello abierto de su camisa, sus mandíbulas contraídas y cubiertas por una barba rala, de adolescente.

—Quiero hablar con usted —aseguró Vicente con un tono cálido, buscándole rápidamente los ojos, pero ese hombre tenía unas cejas enruladas, en punta, que le ensombrecían la cara como algunas caricaturas del Tío Sam que aparecían en *Caras y Caretas*.

—¿Por qué conmigo, doctor?

—Porque usted es un hombre de prestigio, hasta lo han puesto en una celda individual.

—De prestigio... de prestigio —Soto no se alegró con esa palabra ni con su celda individual—. Lo que yo pueda decir tiene muy poco valor, doctor.

—Pero lo escuchan.

—A veces...

—Y esas veces hay que aprovecharlas, Soto. Y usted puede ser el intermediario.

—A mí no me han nombrado para eso...

—¡Pero es la única forma que tenemos de salir adelante! —dijo Vicente con irritación—. ¿O es que no quiere que todo esto se arregle?

—Sí que quiero.

—¿Y entonces?

—Entonces ¿qué? —Soto no quería abandonar su tono adormilado, ni su empecinada dignidad.

—Sírvame de intermediario...

—¡Pero es que yo no puedo, doctor! —los dedos de Soto se habían unido en las puntas y se agitaban vehementemente en el aire—. A mí la federación...

—¡Qué federación ni federación! —lo cortó Vicente—. Aquí se trata de que yo vengo a hablar con un hombre de verdadero prestigio entre los obreros y al que le pido que me sirva de intermediario... —Vicente ya no lo miraba a Soto, sino que hablaba en dirección a la reja del fondo donde se apoyaban todos esos hombres silenciosos—, un señor al que prácticamente le ruego que colabore conmigo y que me ayude en este asunto que nos preocupa a todos...

—Pero es que la mesa directiva de la federación... —se justificó Soto; estaba fastidiado porque tardaban en comprender lo que él veía tan claro y porque, además, parecía el culpable.

—¿La mesa directiva? —Vicente lo miró con dureza—. ¿Quiénes son los miembros de la mesa directiva?

—Aguirre, Solana y Micho —confesó Soto con incomodidad.

—Aguirre, Solana y Michó —repitió Vicente—. Bien. ¿Dónde está Aguirre?

—No sé.

—¿Solana?

—No sé.

—¿Y Michó?

—Tampoco sé.

—¡Y a mí me ocurre lo mismo! —dijo Vicente dándose una palmada en el muslo. Sintió una intolerable picazón en la nariz se paró y buscó un pañuelo en su sobretodo. Después estuvo un rato frotándosela con energía—: Por eso lo he venido a buscar a usted... —explicó entre frotada y frotada—. Porque quiero arreglar este asunto de una buena vez, y porque usted es la única persona con quien puedo hablar... ¿Soy claro o no soy claro?

Soto aprobó vagamente.

—¿O es que usted no tiene prestigio? —lo encaró Vicente. Ese ceremonioso Tío Sam lo contempló desde su altura con una mezcla de indulgencia, de incompreensión y de asombro. «—¿Cómo decía el doctor, hum?». Hacía años que no le hablaban así. Era un recién llegado, así se entendía. A Soto le faltaba la perilla, eso era todo, pero las cejas en punta, las mejillas hundidas y la inexpresiva cara de caballo, las tenía. Después se volvió recorriendo las caras de esos hombres que se apoyaban contra la reja del fondo de su celda. No les podía ver los ojos, así es que no había manera de consultarlos o de calcular sus opiniones sobre si tenía prestigio o no. O sobre qué era el prestigio. Por eso tuvo que repasarlos con la vista como si los recontara: trece, quince, veintitantos, cuarenta, los de Calafate, los del otro extremo del Lago, la peonada de Güer-Aike. Y todos permanecieron quietos cuando él los sobó con su lenta mirada. Eso era suficiente: estaban con él.

—En concreto —prosiguió Vicente como si no hubiera advertido esa lenta mirada—. Tengo todas las posibilidades de poder arreglar este conflicto de acuerdo a lo que ustedes pidan.

—¿Me permite, doctor? —Soto trataba de alisarse la barba. Se la había comparado con la de Vicente y súbitamente se sintió humillado por sus mejillas hirsutas.

—Todo lo que quiera —concedió Vicente.

—¿Cómo fue que dijo?

—¿Yo?

—Sí. Usted, doctor —Soto había cambiado de expresión, ahora podía hacer preguntas que le causaban mucha gracia—. Cuando hablaba de «todas las posibilidades» para arreglar la huelga...

—¿A qué me refería?

—Sí, doctor.

—A los poderes que me ha otorgado el señor Presidente de la República.

—El señor Presidente de la República... Se lo acepto. Pero, y los estancieros, ¿qué dicen?

—Que están dispuestos a tratar —Vicente usó un tono como para que nadie se atreviera a dudar de su equidistancia—. Y, sobre todo, que quieren saber cuáles son las exigencias.

—¿Las nuestras?

—Naturalmente.

Soto se tapaba los manchones de las mejillas con las puntas más largas de su barba, y eso parecía entretenerlo:

—Las nuestras... —reflexionó como si sometiera a algo inevitable—. ¿Quieren demostrar su buena voluntad, no, doctor?

—Algunos tenían que ser los primeros —dijo Vicente con inseguridad, sospechando que Soto le reprochaba su visita a los estancieros—. Ellos solicitaron una entrevista no bien llegué —le puntualizó—. En cambio...

—Nosotros... —intercaló Soto maliciosamente.

—No estoy haciendo cargos. Explico una situación que usted conoce tan bien como yo. Mejor que yo —Vicente hablaba sin calor, desanimadamente—. Por lo tanto, ¿no le parece natural que los recibiera si me demostraban buena voluntad?

—Sí... —admitió Soto—. Pero justamente ahora...

—¿Qué tiene ahora?

—Nada, doctor, nada. Solamente me parece una buena voluntad demasiado oportuna, demasiado apurada...

—¿Usted no cree que mi presencia los puede haber decidido? —Vicente le buscó la mirada a Soto con demasiada ansiedad; ese hombre tenía unos ojos reposados. Cuando había consultado a los que estaban apoyados a lo largo de la reja del fondo, los había mirado en la misma forma, como si se les desplomara encima echándoles los brazos sobre los hombros hasta escrutarlos muy de cerca, mezclando los alientos y el calor de los cuerpos. Soto miraba sin apuro. Recordaba cuando miraba.

Y parecía pensar en todo lo que le había ocurrido al que tenía delante, hasta en el gesto que pondría si él tuviese que encajarle una cuchillada abajo mientras continuase mirándolo y susurrándole: «—¿Te duele...?» —con un tono de amante inseguro que al mismo tiempo se quiere hacer perdonar y necesita alguna certeza—. «¿Me ves cuando te duele...? ¿Te acordás cuando...?». Y Vicente se sintió incómodo delante de ese tipo. «Casi como una mujer», se confesó. Entonces, le volvió a preguntar:

—¿No cree que mi llegada los pueda haber decidido?

—Quiero creer que sí —dijo Soto.

—¿Me va a servir de intermediario, entonces?

—Haré lo posible, doctor... Todo lo posible... —Soto se enruló la barba, parecía convencido, hasta podría haber dicho que «ese hombre —por Vicente— le gustaba»—. ¿Y con qué garantía? —preguntó.

—La mía.

—Buen...

—¿No es suficiente? —preguntó Vicente, pero Soto no le contestó ni que no ni que sí, simplemente continuó jugueteando con los pelos de su barba. Entonces Vicente agregó: Y la del señor Presidente... ¿es suficiente?

—Sí. Por supuesto, doctor —Soto estaría pensando en qué era el Presidente: si una especie de monolito o alguien sentado en una silla muy lejana, más al norte de Deseado y de Comodoro, mucho más allá, más o menos por Bahía Blanca—. Ahora que... —Soto quería agregar algo.

—¿Sí?

—Tengo que verme con alguna gente para arreglar el convenio.

—No hay inconveniente. —Vicente se puso de pie y se acercó a la puerta de la celda—. ¡Larguía! —llamó.

En el extremo del pasillo sonó un tacazo y apareció Larguía trotando.

—¡Ordene, doctor!

Vicente se volvió hacia Soto:

—Este hombre sale conmigo.

Larguía se demoró en pegar otro tacazo:

—Bien, doctor —dijo por fin respetuosamente.

Vicente recogió su sobretodo y esperó en el pasillo, al rato reapareció Soto con un par de botas bajo el brazo envueltas en un diario:

—¿Para cuándo quiere todas las cláusulas, doctor? —Soto caminaba mirando al suelo.

—Cuanto antes, mejor.

—Tengo que ir a algunos lugares del campo...

Ésa era una pregunta y Vicente la quiso dejar aclarada en seguida:

—No va a haber problema —aseguró con cansancio—. Nadie lo va a molestar. Ya le he dicho cuáles son las garantías que usted tiene y quiero que lo entienda de una vez. Cuando tenga todo listo, me manda avisar y del resto me encargo yo.

—Bien, doctor —Soto usaba el tono del comienzo de la entrevista; le daban instrucciones, él estaba acostumbrado a obedecer. «Se da su lugar», pensaba Vicente, y ese hombre debía ser rápido, atenerse, limitarse a las palabras de las órdenes y no mirar a la cara del que las daba. Escuchar, no mirar, ésa era su obligación y, si se quiere, su destino. O lo que era lo mismo: obedecer y no espiar. Pero al llegar a la puerta de la sala de guardia, Soto se detuvo:

—¿La gente...?

—Diga...

—¿Tiene que empezar a trabajar ya? —y Soto miraba.

—No.

—¿Recién cuando sea firmado el convenio?

—Sí. Recién.

Soto cabeceó en dirección a esa celda atestada de hombres que continuaban en silencio como si debieran respetar una consigna:

—¿Y ellos?

—¿Qué tienen?

—¿Van a salir?

—Por supuesto.

—¿Todos, doctor?

—Todos. Sí —Vicente se echó el sobretodo sobre los hombros—. Menos los que

hayan cometido delitos contra la propiedad.

La reunión fue en el teatro de la Sociedad Española. Cuando Vicente subió al escenario, se detuvo detrás del telón recogido: eso era una especie de reconocimiento, siempre lo había hecho, hasta cuando la proclamación del Viejo en el teatro Victoria. Era una forma de verificar dónde se sentaban los que querían tal cosa, los que podían gritar y a los que convenía individualizar, y los grupos de los palcos capaces de atropellar el escenario. Era algo animal, como oler antes de agazaparse y saltar. O como palparse los músculos: yo vivo, yo soy esto, estoy en forma, mis enemigos son ése y aquél, voy a ganar. Tengo que ganar. Y tenía que ganar porque ya faltaba poco y la organización de todo eso lo había agotado. Que ver a los obreros, que convencer a fulano, que asegurarle a perengano que no iba a ocurrir tal cosa, que escuchar las mismas razones repetidas por cinco o quince tipos distintos. Ya estaba hartó. Y quería sentirse liberado de ese coágulo que le pesaba para regresar de una vez. Ganar era volverse. Ya lo sabía. Y en ese escenario había tres sillas y una mesa, y del otro lado de las luces ya se sentía el ir y venir de los que se sentaban en las plateas. Bajaban ruidosamente los asientos y se llamaban de una fila a la otra. Había mujeres. «Demasiadas mujeres», se lamentó Vicente. Si había corridas, si algunos atacaban el escenario... En el Victoria, cuando la proclamación del Viejo, habían tirado las sillas al escenario. Lo de siempre. Y no faltaría alguno que sacase el revólver. Y las mujeres estorbaban en esos casos. Las mujeres pedían ayuda, siempre necesitaban de otro, aunque fuera para agarrársele de la ropa. Hasta para esconderse necesitaban de otro. Es que ellas confundían: lo de esa tarde no iba a ser un espectáculo, allí no había que aplaudir a nadie. Era un arreglo entre hombres que querían ponerse de acuerdo para trabajar. Los hombres trabajaban, los hombres eran serios. El trabajo era serio. Y eran mujeres las que se chistaban entre sí señalándose los mejores lugares de la platea. Una dijo en voz alta: «—No me quiero perder nada». Y se cambiaban de lugar haciendo estremecer las maderas de ese enorme escenario desierto. También temblaba el agua de la jarra; tenía un color dorado por las luces de la sala y en cualquier momento se podía rebasar. Allí arriba, se amontonaban unos hombres que sostenían pacientemente su sombrero sobre la balaustrada de los palcos. Algunos saludaban hacia la platea con rigidez, incómodos. Todos esperaban. Entonces Vicente se resolvió a entrar al escenario. Por un momento estuvo solo ahí arriba mientras un moscardoneo recorría la sala. Toqueteó la jarra, comprobó que no había vaso y se apoyó en el respaldo de la silla del medio. Sobre la platea se había abierto un vacío: allí ahora no había nadie, nadie respiraba. Se dijo que debía pedir un vaso, se acercó al telón y se apoyó en esa tela pintarrajeada. Iba a dar una orden, pero en ese momento apareció Brun seguido de dos estancieros, y prefirió oprimir el telón y secotearse las manos. Brun les hacía unas señas a sus acompañantes para que lo esperaran a un costado del escenario. Después se adelantó:

—¿Está todo listo, doctor?

Vicente miró en derredor:

—No sé... Falta el representante de los obreros.

—Se hacen esperar —comentó Brun con desabrimiento, después tomó despreocupadamente una de las sillas y se sentó en un rincón cruzando las piernas y encendiendo un cigarrillo—. Cómo se ve que les sobra tiempo —rezongó.

Vicente se apoyó en la mesita y golpeó con los nudillos escrutando hacia la platea, pero no podía ver muy bien a causa de ese arco de luces encendidas sobre el borde del escenario, entonces volvió a mirar hacia los palcos que ya estaban atestados de hombres que cuchicheaban entre sí y lo señalaban. Los palcos llenos, la platea llena, de nuevo golpeó la mesa con los nudillos.

—¿Y? —preguntó Brun desde su rincón.

—Habrá que hacerse de paciencia.

—Paciencia, sí... —Brun se sonreía bonachonamente—. ¿No habrán sentido miedo a último momento?

—¿Qué? —Vicente creyó que no había oído bien—. ¿Miedo?

—Sí, sí —la sonrisa de Brun era inalterable—. Miedo.

Vicente también se sonrió sospechando que con su sonrisa Brun se otorgaba una superioridad.

—Aquí venimos a hablar —dijo—, no a pelear.

—Pero hay gente que siente miedo de hablar, doctor.

Vicente no supo qué contestar. Además, ese no era un lugar para hacerse el ingenioso y mucho menos contra la blanda hostilidad que empleaba Brun. Él no estaba dispuesto a responder a lo que no le interesaba. Hacerse el ingenioso era pensar en las mujeres, actuar para las mujeres, y él no tenía ganas de pensar que allí delante, en la platea, estaba lleno de mujeres. Hubiera sido mucho mejor que no fueran, que no existieran las mujeres, porque en ese momento representaban una trampa, como sentirse aliviado antes de tiempo, antes de que todo ese trabajo concluyera de una vez. El trabajo no tenía nada que hacer con las mujeres. El trabajo era un deber. Y el ingenio... Algo le habían dicho sobre el ingenio, pero estaba depositado debajo de una serie de planchas espesas. «Tengo la cabeza llena de cosas», se excusó Vicente consigo mismo. El Ingenio era una palabra que yacía aplastada como el guisante de la Princesa que no podía dormir ni sobre veinte colchones superpuestos. Eso había sido por incomodidad y él estaba incómodo. Una cama monumental con veinte colchones y un guisante en el fondo, y un teatro enorme, atestado de mujeres doradas y a la expectativa, y él parado en medio del escenario.

—¿Y? —volvió a preguntar Brun desde su rincón.

Vicente ni contestó. Que se aguantara, él también aguantaba. No quería fumar y

prefería seguir mirando hacia la platea porque dar vueltas por el escenario no tenía sentido: iba a llegar hasta la silla de Brun y se vería obligado a hablar con él, a comentar cualquier cosa insignificante con unción. Y prefería no hacerlo. Él tenía que estar en el medio: su mesa y su silla, y en los dos extremos, Brun y Soto. Pero Soto no llegaba. Entonces se sentó, cruzó la pierna y se abrazó la rodilla. En la proclamación del año 16 le había pasado lo mismo, pero en el teatro Victoria la gente gritaba, otros cantaban apoyándose sobre el proscenio o dialogaban con los que estaban en el escenario. Y todos tenían un aire de fervor y hablaban familiarmente, traspiraban y mostraban sus dentaduras brillantes. En aquel teatro, Vicente sabía qué iba a pasar y lo que tenía que decir: todo era cuestión de largar una frase y esperar a que la platea respondiera con un alarido. Era un peloteo, un grito frente a una gran pared con eco, temblorosa y obediente. Vicente estaba seguro de sus recursos y a medida que avanzaba en su discurso, las frases tenían que ser más breves y más violentas, más duras, para que los aplausos se fueran fundiendo unos con otros y todo terminase en un solo aplauso y un solo grito. Una sola boca negra abierta. Había que calentar a la gente: si ansiaba una cosa, había que hacérsela desear más. Hablar únicamente de eso. Y mucho. Con eso bastaba. Era una sola cosa la que convenía odiar, y sobre eso había que toquetear y oprimir la mano descubriendo lo más urgente, y allí, hurgar hasta que no toleraran más esa irritación. Entonces, esa gran boca húmeda se abriría convirtiéndose en una boca blanda, formidable y dócil. Pero en esos casos, Vicente sabía de antemano que estaba de parte de alguien y de acuerdo con todo lo que querían los que llenaban el teatro. Él estaba de acuerdo con lo que gritaban, no era nada más que uno de ellos. Los enemigos estaban en otra parte, lejos, y no se los veía, y por eso resultaba fácil odiarlos. No se sabía cómo eran, podían ser de cualquier forma. Y un discurso político consistía, al fin de cuentas, en darles la razón a los que estaban en la platea. «*Decirles lo que piensan*» —había asegurado Vicente una noche—. «*Hacerles entender lo que ellos mismos piensan*». Y los de la platea esperaban solamente eso: que alguien los ratificara desde un poco más arriba, desde la altura del escenario: querían tener razón, querían ser los más fuertes, tener derecho a odiar en paz, tranquilamente, y con todas sus ganas querían valer más que los que no estaban allí, y ser más que los otros. Y eso le había ocurrido a Vicente en la proclamación del Victoria y en el Onrubia y mucho antes en el Mayo. Pero en ese viejo teatro de la Sociedad Española de S. M. Católica, no. Allí no podía acumular las culpas de todo sobre unos cuantos, ni afirmar que los ausentes eran los enemigos. No era uno más de los de la platea que se hubiera trepado al escenario para dejarlos satisfechos y enardecerlos vociferándoles lo mismo que habían pensado toda la vida. O las cosas que no se animaban a pensar pero que les daban vueltas entre las tripas. Ahora tenía que permanecer impassible. Allí no había culpables de antemano ni los iba a haber, pero tampoco acusadores. No podía tener amigos ni enemigos. Era el

juez. Estaba solo.

—¿Y? —resopló Brun en su rincón.

Vicente lo sintió como un boxeador que hubiera subido solo al ring y esperase inútilmente a su adversario. Brun entornaba los ojos y miraba como adormecido a la platea, a los palcos, y con la uña afilaba la brasa de su cigarrillo. Su adversario no llegaba y él lo podía desdeñar.

—¿Y? —insistía con una calma insolente—. ¿Y?

De pronto se produjo un revuelo en la puerta del teatro. En las últimas filas varios peones, con la gorra calada, se volvieron. Las pesadas cortinas de la entrada se hincharon bruscamente y por el medio del pasillo avanzó Soto. Había tal silencio que se oía el crujido de sus botas. Soto se había afeitado. Era un Tío Sam intimidado y pulcro y llevaba un saco de corderoy.

—¡Menos mal! —sintió Vicente que murmuraba Brun.

Soto titubeó al llegar al pie del escenario, desde allí hizo una tiesa reverencia en dirección a Vicente, después miró a los costados como si buscara a alguien que lo guiase o bien que lo reemplazara en subir al escenario. Una mujer le apuntó con su abanico: «—Por el costado, no sea zonzo...». Soto volvió a hacer una reverencia que pareció de agradecimiento a la vez que de fugaz burla de su propia torpeza.

—¿Va a saltar? —le preguntó Vicente desde el escenario.

Soto no contestó, solamente hizo un mudo ademán hacia el costado y al cabo de un momento reapareció por el foro del escenario.

Vicente se puso de pie y se le acercó:

—¿Estamos listos? —eso sí que realmente parecía las preliminares de una pelea.

—Sí, doctor —murmuró Soto.

—¿Trajo eso? —le preguntó Vicente, adoptando un cuchicheo como si los dos estuvieran en la pieza de un enfermo.

—Sí —Soto desplegó un papel y se lo pasó a Vicente: eran cuatro carillas cubiertas por una letra muy fina, de calígrafo—. Son ocho cláusulas —explicó.

—¿Toda la gente está de acuerdo?

—Sí, doctor.

—¿Tuvo alguna dificultad?

—Al principio algunos mañereaban, después no.

Vicente hojeaba los papeles:

—¿Alguien lo molestó? —dijo alzando los ojos.

—No, doctor. Nadie.

—Bien... bien... —Vicente se volvió hacia Brun que mantenía su impassibilidad—: ¿Empezamos?

—Cuando usted quiera, doctor —dijo Brun haciendo un saludo de esgrimista.

Vicente se sentó desplegando el papel sobre la mesa. Leyó el encabezamiento

para sí, se quedó conforme con el estilo suponiendo que el resto estaría redactado de la misma manera y alisó un poco más las cuatro carillas:

—¡Señores...! —anunció alzando la voz y lanzándola hacia la platea—. En mi calidad de árbitro, voy a dar lectura al convenio que se celebrará y firmará entre un representante de los estancieros y otro de la federación obrera para concluir con la actual situación de huelga que ensombrece al Territorio... —las luces formaban un arco brillante en el borde del escenario y más allá iban brotando esas caras doradas, expectantes. El silencio era total. Vicente continuó—: La primera cláusula, de acuerdo a lo planteado por el sector obrero, establece... —Vicente iba siguiendo con el índice cada uno de los renglones, él no estaba acostumbrado a leer en un escenario, siempre improvisaba: a lo que saliera. «*Un tiro al aire*», explicaba, después todo el discurso se iría enderezando de acuerdo a las primeras palabras; ahora, en cambio, se atenía aplicadamente a ese orden marcado por las mayúsculas de los incisos, subrayadas con tinta verde, mientras a sus costados Brun soltaba agresivamente el humo de su cigarrillo apuntando hacia la platea y Soto se acariciaba esas botas tan altas, sabiamente arrugadas, sentado en la otra silla—. «A» —siguió Vicente—. «En cada pieza de cuatro metros por cuatro, no dormirán más hombres que tres, debiendo hacerlo en camas o catres con colchón, aboliendo los “camarotes”. Las piezas serán ventiladas y desinfectadas cada ocho días» —Vicente marcaba enfáticamente cada pausa—. «En todas las piezas habrá un lavatorio y agua abundante, donde se puedan higienizar los trabajadores después de la tarea» —Vicente se volvió hacia Brun—: ¿De acuerdo? —interrogó con gravedad.

—De acuerdo —dijo Brun y volvió a saludar alzando el brazo como un esgrimista.

Sobre la platea pesaba el silencio como una bruma. Todas esas caras sudorosas parecían hipnotizadas por la solemne voz de Vicente, por el brazo de Brun que se alzaba y caía airoosamente con una rigidez de espada al final de cada párrafo, por el agua dorada y oscilante de la jarra, hasta por las estupendas botas de Soto.

«—Be» —continuó leyendo Vicente—. «La luz será por cuenta del patrón, debiendo entregarse a cada trabajador un paquete de velas mensualmente. En cada sala de reunión deberá haber una estufa»... —Vicente sintió los bigotes humedecidos por el calor que flotaba en ese teatro y se secó con un pañuelo pero la sensación de humedad le continuaba sobre los labios, entonces se los apretó varias veces con los dedos—. «Una lámpara y bancos por cuenta del patrón»... ¿De acuerdo? —preguntó en dirección a Brun.

—De acuerdo.

Allá arriba, en esos palcos que parecían jaulas, crujieron las sillas: varios se arrellenaban y estiraban el cuello como para ver mejor o para comer pasando algo por el gaznate.

Vicente prosiguió:

«—Ce. El sábado a la tarde será única y exclusivamente para lavarse la ropa los peones, y en caso de excepción será otro día de la semana»... ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Vicente se volcó contrariado sobre sus papeles para no ver ese enérgico movimiento del brazo de Brun, que le resultaba excesivo, grotesco, insultante y, sobre todo, innecesario.

«—De. La comida se compondrá de tres platos cada una»... —y era innecesario ese ademán de Brun, porque lo hacía aparecer como si fuera el verdadero árbitro del asunto, como el que decía la última palabra, se explicó Vicente, y de nuevo se frotó los bigotes traspirados—. «Contando» —siguió— «la sopa, carne, postre y además, té, café o mate...».

—O mate cocido —acotó Soto desde su costado.

—De acuerdo —dijo Brun rápidamente—. Es lo mismo.

Soto lo miró y se sonrió. Entonces sonaron los primeros aplausos. Vicente los contuvo alzando la mano.

«—E» —leyó cuando el silencio se volvió a depositar sobre esas cabezas brillantes, fascinadas, un poco sonrientes—. «El colchón y cama serán por cuenta del patrón y la ropa por cuenta del obrero»... ¿De acuerdo? —preguntó sin volverse.

—De acuerdo —la voz de Brun retumbó en el escenario.

«—Efe» —Vicente carraspeó—. «En caso de fuerte ventarrón o lluvia, no se trabajará a la intemperie, exceptuando casos de urgencia reconocida por ambas partes»... ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

«—Ge» —el aliento de Vicente se perdió sobre la platea, a lo largo de ese hueco que se abría hasta llegar al piso de los palcos—. «Cada puesto o estancia debe tener un botiquín de auxilio con instrucciones en castellano»... ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Brun—. En castellano.

Entonces todo ese silencio que se había mantenido en equilibrio sobre las cabezas de los de la platea se desmoronó. Los primeros en gritar fueron los de los palcos echando los cuerpos sobre la balaustrada y aplaudiendo:

—¡Viva el doctor Vera! —chillaban. Era demasiado lo que habían tenido que esperar. Era demasiado bueno lo que estaba ocurriendo y lo que acababan de oír—. ¡Viva el doctor Vera! —y los de la platea se pusieron de pie, agitando los brazos en alto. Algunos se esforzaban porque sus palmadas fueran las más sonoras, las más evidentes, y le seguían dando cuando se hacía un breve silencio—. ¡Viva el doctor Vera! —y Vicente continuó leyendo las otras cláusulas: la segunda, donde los estancieros se obligaban a pagar cien pesos mensuales como sueldo mínimo y a poner un ayudante al cocinero y un panadero que sería un hombre gordo cubierto por un

delantal muy blanco y que iría espolvoreando harina encima de toda la peonada, la de Güer-Aike y la de la «Anita», y sobre los que estaban amontonados en esos palcos y sobre las cabezas de los que seguían aplaudiendo después de cada inciso, dejando que ese polvo blanco y enternecedor flotase y blanquease todo ese sucio local. Y la tercera cláusula, donde los estancieros se obligaban a poner un ovejero más en cada puesto— «según la importancia de aquél» —leyó con entusiasmo Vicente mientras Brun seguía repitiendo sus «De acuerdo» metálicos, bien recortados, y que provocaban una gritería en todo el teatro. Y después vino la cláusula cuarta, y después la quinta.

—... ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

«—Sexta» —seguía Vicente—. «La federación se obliga a su vez a levantar el paro actual del campo, volviendo los trabajadores a sus respectivas faenas inmediatamente después de firmarse este convenio»... ¿De acuerdo?

Le correspondía contestar a Soto, pero se demoraba en hablar. Entonces Vicente se volvió hacia su derecha:

—¿De acuerdo, Soto?

Soto cabeceó:

—Sí, sí... De acuerdo.

Y desde los palcos aplaudieron agitando los sombreros en el aire. «¡Viva Soto!», y una gorra fue girando por el aire hasta caer en el escenario. Pareció un pájaro aturdido por los gritos y por la luz. Era una gorra negra. Brun la recogió sonriendo y suspirando por tener que agacharse. «¡Viva Soto!» chillaban en la platea. Eran las mujeres las que más gritaban.

Vicente continuó leyendo las cláusulas que faltaban, sintiendo que todos se levantaban y se paraban sobre las butacas, allí, a sus pies, y en aquellas jaulas cargadas de hombres. «¡Viva el doctor Vera!» y todos se entenderían y ese asunto del demonio terminaría para siempre y él se podría volver a Buenos Aires. O a París. Pero ante todo a Buenos Aires: llegaría, pediría audiencia, el Viejo lo citaría una mañana y bajo uno de esos suaves, únicos soles de abril cruzaría por Florida hasta las descascaradas palmeras de Plaza Mayo y se haría anunciar, y sombríamente, inobjetablemente, diría: «—Señor, las graves instancias del Sur han sido resueltas». Eso era algo infantil, él lo sabía, pero en ese momento, prolongar esa imagen le parecía lícito, hasta descansado. Porque todo era cuestión de gritar, de largar el sombrero al aire y de abrazarse. Si todo eso era fácil, no había sido nada, si en la Argentina no podían pasar cosas graves porque era un país joven. En Europa ocurrían esas cosas, por la guerra, pero no aquí. Aquí no podía haber violencia, la gente era sana, limpia. Si hasta cuando se insultaban, todo terminaba en una broma. Allí delante estaba la prueba: ya se veía cómo se podía arreglar cualquier cosa. Todos eran

hombres, ¿por qué no se iban a entender? Ahí estaba, para los que no querían creer; con los hechos había que refregarles en la cara a los pesimistas. Y realmente era fácil arreglar un asunto de esa índole, todo era cuestión de tener un poco de paciencia. «*Mantener una armonía*», en eso consistía la clave. Todos los argentinos abrazándose y dejándose de cosas. «¡Viva el doctor Vera!».

«—Octava» —leyó Vicente con rapidez, sintiendo todo el cuerpo sudado, feliz—. «Este convenio regirá desde el primero de diciembre, reintegrándose al trabajo todo el personal, abonando los haberes de los días de paro y sin que haya represalias por ninguna de ambas partes»... —Vicente hizo una pausa para contemplar a la gente de la platea, a los que se habían subido a sus butacas y aplaudían y a las mujeres y a las peonadas de los palcos que bramaban de entusiasmo—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Brun.

—De acuerdo —Soto ya se había puesto de pie y hacía ademanes hacia la sala para que se calmaran.

—¡No se oye... no se oye! —reclamaban desde el fondo de la platea.

«—En fe de lo pactado» —concluyó Vicente con lentitud pugnando por hacerse oír—, «se firman cuatro ejemplares del mismo tenor» —y se levantó de su silla. Entonces el silencio volvió a suspenderse sobre las cabezas de esa gente, delante de los palcos, envolviendo la lámpara con un halo amarillento.

—Señores... —invitó Vicente volviéndose hacia Brun y hacia Soto; los dos se acercaron a su mesa. Brun se sonreía, la larga cara de Soto estaba pálida.

—¿Y los otros ejemplares? —preguntó Vicente.

Brun se excusó:

—No sé —dijo—, a mí me habían pasado un borrador.

Por un costado del escenario apareció Carrero:

—¡Aquí están, doctor... aquí están! —dijo avanzando con unos papeles en la mano.

—¿Los cuatro?

—Sí.

—¿Y con qué escribimos? —Vicente se sentía aliviado.

—Yo también me ocupé de eso, doctor —Carrero estaba radiante.

—Usted está en todo... —aprobó Vicente y los miró a Brun y a Soto que asintieron con condescendencia.

Carrero le tendía una lapicera y Vicente la tomó:

—¿Suya? —preguntó señalando el papel antes de firmar.

—¿Qué, la lapicera?

—No, hombre. La letra.

—Sí —dijo Carrero con una mueca de placer.

—Estos gallegos están llenos de firuletes —bromeó Brun.

—¿Gallego? —Carrero seguía emocionado—. ¡Aragonés, señor mío!

—Es lo mismo... es lo mismo...

—¡Qué va a ser lo mismo!

Todos se rieron flojamente: los cuatro estaban de acuerdo; era necesario estar de acuerdo y para eso convenía pasar inadvertidos, sin resistirse a los demás. Ninguno podía sospechar del otro. Estaban entre amigos, todos se empeñaban en tener un aire edificante. El teatro, el tiempo, la Patagonia, el siglo xx, la firma del otro, todo era ejemplar. Hasta Soto imitaba el aire de Brun. Todos parecían empeñados en descubrir algo positivo en los demás. O algo en común: eran hombres y podían hablar de las mujeres con una voz ronca, voluptuosamente; estaban en el escenario y podían comentar a los de la platea. Hasta vivían en la Patagonia y se podían reír de los de Buenos Aires. Vicente también era de la Patagonia. Podían hablar de las ovejas. En todo eso eran iguales. O se podían comparar las manos y descubrírseles ásperas e idénticas.

Mientras firmaban Soto y Brun, Carrero se le acercó a Vicente.

—¿Qué me cuenta de esto? —y le tendía el recorte de un diario.

Vicente leyó los titulares: «*Excelente gestión en el Sur*». Hablaban de él. «*El doctor Vera*», empezaba el artículo. Eran letras grandes y la noticia ocupaba un cuarto de página.

—Un cuarto de página, doctor —Carrero hablaba con exaltación—. ¡Y a cuatro columnas!

—No está mal —admitió Vicente—. Nada mal...

Carrero agregó algo pero sus palabras se perdieron entre los gritos de los del teatro. Brun saludaba a los de un palco, Soto agradecía con rigidez, tenía los ojos brillantes. Cuando los cuatro intentaron bajar del escenario, las mujeres de la platea les impidieron el paso. Vicente reconoció a algunas que había visto en el puerto, el día de su llegada. Ahora tenían las mejillas congestionadas, como de apopléticas. «¡Viva el doctor Vera!», gemían y trataban de acercársele para tocarle la ropa, la cara. Una que llevaba un pañuelo gris sobre la cabeza, le tomó la mano y se la quiso besar. «¡No, no... eso no!», le rogó Vicente tironeando para desasirse. Y esa mujer se cubrió la boca y dijo muchas veces que sí con la cabeza, mudamente: que obedecía, que no lo iba a hacer más, que el doctor siempre tenía razón. Los aplausos y los gritos atronaban el local. «¿Qué le parece... qué me cuenta?», murmuraba Carrero al oído de Vicente. Todas las luces se habían encendido, la araña del techo era un árbol brillante.

—¡Viva el chivo!

—¡Meeee!... —balaron en uno de los palcos—. ¡Meee!...

Brun lo miró a Vicente:

—¡Qué insolencia! —rezongó.

Vicente sacudió los hombros:

—Están contentos —dijo, y se acarició la barba.

En los palcos empezaron a gritar siguiendo un compás que se iba acelerando paulatinamente:

—¡Ve-rá... Ve-rá... Ve-rá!...

Alguien se le acercó a Vicente por detrás:

—¿Cómo se siente? —y lo tironeaba de la manga. Vicente se dio vuelta: allí estaba Yuda apretujada y hacía un esfuerzo por permanecer seria.

—¿Yo? —Yuda dijo que sí estirando los labios—. Yo me siento muy bien —aseguró Vicente—. ¿Y usted?

—Yo aplaudo... —estaba realmente emocionada pero fingió que se secaba unas lágrimas—. Estas cosas me conmueven. Soy un alma sensible —se rió—. Creo en el pueblo...

Vicente la tomó efusivamente de un brazo y la llevó a un rincón del escenario:

—Eso no es lo que me interesa saber —dijo.

—¿Qué, entonces?

—Si sigue siendo pesimista...

—Ya le dije que no soy pesimista. No sea tontito —Yuda hablaba con un tono maternal, tolerante—. Hoy —recalcó— soy optimista.

—¿Hoy? —Vicente frunció la nariz—. ¿Qué me quiere decir con eso?... ¿Y mañana?

—¡Ah! —Yuda emitió una risita enigmática—. Veré qué pasa...

En la platea, la gente seguía aplaudiendo.

Intermedio

Para salir a caballo, Vicente prefirió que Míguez se los tuviese ensillados detrás del hospital, en uno de los rincones del pueblo, donde las veredas se iban perdiendo entre yuyales y latas vacías.

—Es muy puntual —lo saludó Yuda, mientras sacudía los pies en el suelo como si los tuviera entumecidos—. ¿Lo hace por respeto a los demás?

Vicente montó en su alazán:

—No —dijo—. Tenía ganas de salir con usted... usted me estaba esperando.

—Me parece muy bien —aprobó Yuda—. Yo creí que lo hacía porque estaba en papel de funcionario.

—Yo no soy funcionario en todas partes.

—¿Y los domingos?

—Los domingos menos que nunca.

—¿Así...? Comprendo: los días de guardar... —Yuda lo miró a Míguez risueñamente tendiéndole su complicidad y tratando de que se pusiera de su parte; después se agachó para arreglarse las botas—: No hay como ser un funcionario en funciones y un señor en su casa —dijo con su tono de juego, pero sus palabras sonaban a cosa preparada—. Un sujeto rígido y barbudo delante de la gente, y un buen padre de familia cuando se toma la sopa... los lunes reservado y lejano, y los feriados un alegre pegote... Un juez severo y un fanguero entre los amigos...

—¿No sube? —la interrumpió Vicente señalando el caballo que sostenía Míguez.

—¡Ya va! —Yuda seguía arreglándose los cordones de sus botas—. No hay nada como tener dos maneras de ser, bien al alcance de la mano: una para la cara que se coloca el funcionario y otra para hacerse el loquito cuando se sale por ahí... —Yuda alzó la cabeza—: ¿Me equivoco mucho?

—Muchas veces se equivoca... —Vicente lo observó a Míguez y sintió necesidad de tenerlo de su parte en ese juego—. Ya ve que he tratado de que nadie nos viese... —dijo.

—¿Qué? —Yuda se había parado con las piernas abiertas y lo apuntaba con el mentón—. ¿Me va a echar en cara la vez que lo acusé de eso... de que le enloquece que la gente lo mire?... ¿Y ahora me va a decir que no le gusta?

—No me gusta, créame. Por eso prefiero andar por los rincones.

Yuda sacudió la cabeza cómicamente:

—Eso de que no le gusta que lo miren... que me lo venga a decir a mí... —fruncía los labios y estaba convencida, pero parecía temer que Vicente creyese que la enternecía—. ¿No será que no le gusta pero se sobrepone?

—Créame —repitió Vicente—. Todavía me gustan los rinconcitos.

—¿Los rinconcitos? —Yuda se sonrió—. Ése es un juego de chicos, de huérfanos.

—Ya ve... Y le aseguro que no trato de conmoverla.

—¡Uh... eso sería chantaje! —suspiró Yuda y nuevamente se ocupó de sus botas.

Vicente lo miró a Míguez y en ese momento deseó que no estuviese, hasta se avergonzó de haber tratado de que se pusiera de su parte y de haberle encargado que se ocupara de los caballos. Se sintió como si alguna vez le hubiese confiado a ese chico algo innoble y ahora eso lo dejara en descubierto:

—Me cuesta mucho hacer el papel de funcionario —dijo Vicente con calor—. Tengo que hacer fuerza, y le aseguro que eso me cansa —lo volvió a mirar a Míguez que había bajado la cabeza y jugueteaba con el cabestro: ese chico se esforzaba por no oír y sentía pudor y hasta se excusaba por estar ahí. Así es que no importaba que siguiera escuchando, pensó Vicente y agregó acariciando el cogote de su caballo—: Me ha dejado cansado todo este asunto de la huelga... Hablar con unos, al día siguiente con los otros y tratar de convencerlos de una cosa que yo veía muy clara. O creía ver... Créame —insistió—. Por eso la invité a salir y por eso preferí que nos encontráramos así.

—¿De ocultis? —el labio superior de Yuda temblaba, y ella parecía divertirse con sus propias palabras—. ¿O no será que lo hace para sentir más gustito?

—¿Gustito? —Vicente estaba desconcertado—. ¿Gustito a qué?

—A salir a caballo por el medio del campo... a hacerse un rinconcito en medio del campo, a tener algo para contar cuando vuelva. A llevarse un recuerdito, digamos —Yuda enumeraba con indolencia, como si todo eso fuera excesivo para ella—. Hasta haberse sometido a que no lo vieran de a caballo por la calle principal... ¿No habrá sido una prueba? ¿La Gran Prueba del Funcionario Joven que quiere demostrar que sabe ser austero?

Vicente la miró con extrañeza:

—Está bien que se ría de mí y que se ría todo lo que quiera. Eso me divierte —dijo palmeando el cogote de su caballo—, le aseguro que sí. Pero ¿no está exagerando...? Ya resulta imbécil lo que está haciendo.

—¿Qué? —Yuda había abandonado sus botas bruscamente.

—Que ya resulta imbécil lo que está haciendo.

—¿Imbécil?

—Sí, Yuda, sí.

—Lo que yo estoy haciendo será imbécil, pero... —tartamudeó Yuda y se golpeó las caderas con los puños, después pateó una de esas latas vacías que rodó soltando un chorrito negro. Era evidente que la sacaba de quicio que la desdeñaran o que la pusieran en desventaja. Vicente lamentó verla así, resultaba desamparada cuando perdía:

—Me harta la gente que siempre quiere demostrar que es inteligente y que está de vuelta de todo —dijo; quería justificarse y amasaba el borrén de su montura—. Me

harta. Me resulta sospechoso.

—¿Acaso suena a falso? —Yuda permanecía tiesa.

—Casi siempre, sí, como los que hablan mucho de su virilidad.

—¿Y usted qué sabe de inteligencia?

—Muy poco... o nada —se resolvió a admitir Vicente sonriendo.

—¿Y de virilidad?

—Por lo menos, tanto como usted —concluyó Vicente con un tono apaciguador y se balanceó en su montura—. ¿Sube de una vez o no sube?

Yuda tenía una mirada desolada:

—Necesito que me ayuden —confesó débilmente.

Vicente se rió:

—¿No sabe subir?

—No...

—¿No sabe subir o jamás anduvo a caballo?

Yuda había hundido hoscamente las manos en los bolsillos y movía los dedos allí dentro como si jugueteara con un montón de monedas.

—¿No me va a contestar? —la acosó Vicente—. Si no sabe andar a caballo, ¿por qué me aceptó la invitación?

—Usted no entendería —dijo Yuda de mala gana—. Supuse que lo iba a intimidar al caballo... que me iba a salir perfectamente de entrada, porque tenía que ser así...

—¿O no me quería dar la oportunidad de hacer algo que usted no sabía hacer?

—No... Sí —se corrigió Yuda—. En realidad no soporto que siga haciendo fácilmente cosas que le salen bien... Que haga cosas que hace bien... Que usted me invite y que yo venga, por ejemplo.

—¿Quiere que fracase?

—No. Que fracase, no; pero que no crea que le salen bien por sus méritos.

Vicente se acarició la barba oprimiéndosela hasta dejarla puntiaguda:

—¿Así que no me salen bien por mis méritos...? ¿Y por qué si no?

—Yo también me lo pregunto. Y hasta ahora no sé. Pero no es por sus méritos. De eso estoy segura. Absolutamente segura —dijo Yuda—. Lo único que sé es que no quiero que se sienta invencible. Nadie es invencible. Y es falso creer que a uno no lo pueden destruir.

Vicente se volvió a reír, esta vez con grosería:

—Ayúdala a subir a la señorita —le ordenó a Míguez: quería concluir con todo eso, no se iban a pasar la mañana discutiendo entre esas latas. El chico se acercó a Yuda:

—Señorita... —ofreció:

Ella ni levantó la cabeza:

—¿Qué hay?

—El doctor me ordena...

—Ya oí, ya me di cuenta —sacó las manos de los bolsillos, se las frotó como si se quitara algo que le hubiera quedado pegado y después las golpeó contra los muslos con un ademán hombruno—. ¿Tengo que saltar como un mono? —preguntó.

—No, no... —Míguez parecía acobardado.

—¿Qué tengo que hacer entonces?

—Acérquese al caballo...

—Me repugnan los caballos.

—Éste es bueno, señorita —aseguró Míguez y lo palmeó en el cogote—. Manso, muy manso —y la mano de Míguez dejaba su huella sobre los pelos del animal.

—¿Cómo se llama? —preguntó Yuda de pronto.

—¿El caballo?

—Sí.

—No tiene nombre... Qué sé yo... Zaino... Así le dicen —y la mano de Míguez subrayaba cada palabra con una palmada suave, familiarmente apaciguadora.

—¿Sube o no sube? —intervino Vicente.

Yuda se volvió vivamente.

—¡Ya va! —gritó y se puso rígida dejando que Míguez le colocara el pie en el estribo y la alzara hasta volcarla sobre la montura.

—¡Muy bien! —aplaudió Vicente—. El gallito se ha convertido en mono... se ha ablandado el gallito...

Se pusieron en marcha. Yuda preguntó secamente, aferrándose a la montura: «¿A dónde vamos?», y Vicente murmuró con suavidad, «A Punta Loyola», como si temiera espantarle el caballo. Después siguieron a un paso muy lento, Vicente mirando a ese cuerpo que se balanceaba sobre la montura y que trataba de conservar su dignidad, su insolencia, y allá atrás a la figura de Míguez que se había quedado junto a esas latas en una esquina formada por dos casas de chapas grises y de techo rojizo que se iban empequeñeciendo. Y a todo el pueblo que se hundía detrás de una loma y también se achicaba achatándose hasta desaparecer entre unas matas de espinillo. Yuda volvió a preguntar: «—¿Dónde queda?». «—¿Punta Loyola?» —Vicente quiso obligarla a que le aclarara. «—Sí. Estamos hablando de eso». «—Pero hace rato que me preguntó...». «—Ya sé» —Yuda seguía rígida, prefiriendo resultar ridícula a que su torpeza conmoviera a nadie—. «Claro que ya sé, pero quiero saber dónde queda». «—Allá al fondo —señaló Vicente—. Junto al mar». El cuero de las monturas crujía y Vicente se quedaba un poco más atrás murmurando: «—Usted sí que es un chico... un chico... igual a un chico», hasta que esas palabras perdieron su sentido de suave burla para convertirse en un chistido que animaba a los caballos y los tranquilizaba. «Un chico Yuda, un chico...» —y Vicente iba ocultando su alegría y esperando que ella dijera algo o lo insultara, porque a veces la risa se le escapaba y

Yuda no podía menos de oírla.

—Ya me doy cuenta qué clase de tipo es usted —reflexionó Yuda en voz alta—. No me equivoqué cuando lo conocí.

Vicente adelantó su caballo:

—¿Está hablando de mí?

—Sí... Y lo voy a insultar —anunció Yuda agarrándose con fuerza del borren.

—¿Se quiere vengar?

—¡Claro que me quiero vengar!

—De alguna manera tiene que demostrarse que me puede destruir, ¿no?

—*Demostrarle* —Yuda lo apuntó con la cabeza.

Vicente prefirió seguir con el juego: daba lo mismo una cosa que la otra y, al final, se devolverían las fichas. Aunque presintió que Yuda iba a ser muy certera.

—Porque usted es de los que necesitan que las mujeres se muestren blanditas, sumisas —Yuda hablaba con tiesura, sin mirar a los costados—. No quieren gallos, prefieren monos. Monos blandos que no opongan resistencia... Y prefieren tener a su lado a una que se las aguante todas y se trague que son invulnerables —la voz de Yuda se iba tornando cada vez más grave—. Son los que dicen que las intelectuales los secan cuando en realidad, les tienen miedo. Miedo de que les ganen en todo y miedo de que los engañen. Mejor dicho —se rectificó—, cuando la mujer les gana una discusión, sienten que los engaña. O cuando habla con otro, que también los engaña. Y si se entusiasman con una que tiene dos o tres ideas en la cabeza, prefieren guardarla de recuerdo para hablar de ella —Yuda se sonrió rencorosamente—. No se le animan —dijo—, porque tienen miedo de fracasar o de que se le rían. Y aunque no puedan más de ganas, optan por cualquier muchacha buena. —Yuda se animó a soltar el borren—. Así las llaman los que son como usted —aclaró—, «buenas», «una madre para sus hijos»... y eso quiere decir inofensivas, aburridas, bien aburridas y que nadie se las puede disputar. Y los que son como usted se conforman. Creen que las pazguatas son buenas y se sienten reconfortados porque suponen que les enseñan cosas, que las deslumbran o que las inician. Ustedes se casan para tener público. ¡Público! —repitió con rabia—. ¿O me equivoco? —Vicente no contestó y ella continuó impetuosamente mientras los caballos marchaban haciendo crujir el pedregullo y algunas matas secas—: Ésas son las únicas que les ofrecen garantías, y ustedes, los que se creen señoritos como usted, quieren garantías. Y en todo: en lo que estudian, en lo que trabajan... Hasta en las mujeres. Hasta cuando se mueren. Por eso se compran las bóvedas familiares —por primera vez, desde que había salido del pueblo, Yuda se rió—. Ustedes dicen que alguien «tiene donde caerse muerto», ¿no es así? ¿Y esa no es una forma de garantía?

—Sí, sí... —dijo Vicente con benevolencia.

Yuda lo miró a la cara:

—¿Me está concediendo?

Vicente permaneció en silencio.

—¿Cree que me estoy desfogando? —volvió a preguntar Yuda.

—Supongo que sí —dijo Vicente—. Pero está en su derecho... Al fin de cuentas me había anunciado que se iba a vengar de mí.

—¿Y me lo tolera? —Vicente no tuvo tiempo de responder, porque Yuda, sin transición, chilló—: ¡Me repugnan los caballos, no me interesan los caballos, no me interesan los caballos! —y golpeaba la montura rabiosamente, con cierta cautela—. ¡Todos ustedes se sienten muy de a caballo, muy jinetes! Y el que no sabe montar es un pobre hombre...

Vicente puso su caballo a la par y la tomó de la mano:

—No se ponga así —rogó—. No tiene sentido que se ponga así.

—¿Y cómo quiere que me ponga? —Yuda se resistía a abandonar su tono terco.

—Yo no la invité para humillarla.

—Pero se reía de mí.

—¿Lo dice por lo de «gallo»?

—Por lo de «gallo»... y por lo de «mono».

—Era una broma, Yuda, se lo aseguro. Me hacía gracia.

—¿Y para qué me invitó, entonces?

—Tenía ganas de salir con usted, ya se lo dije —explicó Vicente, y agregó, sin ninguna incomodidad—: Para descansar...

Yuda aflojó su tensión.

—Usted es bueno —reflexionó con pesadumbre—. Y yo le parezco una niñita caprichosa y bastante imbécil, ¿no es cierto?

—No sé, no sé eso que usted dice —Vicente prefirió ser impreciso y escabullirse—, no me interesa, pero quiero que me entienda.

Yuda le pasaba la mano sobre el saco de cuero como si se lo limpiara distraídamente o como si no se resolviera a acriciárselo.

—¿Está aburrido de la Patagonia? —preguntó.

—Sí —reconoció Vicente sin pensarlo mucho—. Desde que vine.

—¿Y se siente solo?

—Ahá.

Yuda dejó que su labio temblara dándole una expresión encantadora:

—No se preocupe —susurró—. Yo soy un alma sensible, pese a todo... —después se tocó las nalgas con preocupación.

—¿Qué le pasa?

—Mmmm... Me duele.

Habían llegado a un largo cañadón —al fondo se iba elevando suavemente una loma negra, cubierta de pequeños cráteres.

—¿Y eso? —señaló Yuda.

—No sé...

—Parecen hormigueros.

—Sí. Cierto.

Vicente bajó de su caballo y la sostuvo a Yuda, que bajó lanzando gemiditos y frunciendo la cara. Cuando se sentó en el suelo, llamó:

—Venga, venga, póngase a mi lado. Quiero hacer las paces, quiero ser noble con un hombre que está harto de la Patagonia.

—En seguida... —Vicente se demoró arando los cabestros de los dos caballos. Después se fue acercando hasta donde estaba Yuda.

—¿Está preocupado por lo de los obreros? —preguntó Yuda con aire comfortable estirando los pies en el suelo.

—No, en absoluto. Ni me hable de eso. Ya me preocupé bastante.

—¿Prefiere escamotearse?

—¿Porque le tengo miedo al asunto?... No. Me parece que usted me atribuye más miedos de los que tengo en realidad. Tengo los que tiene todo el mundo, supongo.

Yuda escuchaba frunciendo los ojos y dejando que el sol le dorara la garganta:

—¿A usted le gusta ser un Hombre Normal? —preguntó.

—Supongo que sí... ¿Está mal acaso?

Yuda se acariciaba la garganta:

—¿A usted no le parece mal?

—Pero si los Hombres Normales lo único que buscan es emboscarse entre los demás. Buscar calorcito en medio del montón.

Vicente se dejó caer en el suelo con pesadez:

—¿A usted no le gusta verse ratificado por los otros? —resopló.

—¿Cómo... cómo?

—Si usted dice algo —explicó Vicente con calma—, por ejemplo, que un triángulo tiene tres lados o, mejor algo que se le ocurrió por su cuenta, ¿no la tranquiliza comprobar que otro lo pensó igual antes o después que usted?

—Síiii —silbó Yuda—. Pero eso no vale gran cosa, porque toda la gente está dispuesta a ponerse de acuerdo sobre las imbecilidades. Les encanta, y en seguida le dicen que sí, que lo que usted ha pensado es el Gran Descubrimiento.

Vicente la miraba con desconfianza:

—¿Usted juega cuando dice eso?

—¿Cuando digo qué?

—Cuando se burla de «la gente».

—Para mí, «la gente» son los señoritos. Y los parientes de los señoritos —Yuda había retomado su tono agresivo y Vicente prefirió echarse de espaldas: ella necesitaba vengarse de alguna manera, por lo que le había dicho o por cualquier

motivo, aunque fuese haciéndole muecas cuando se diera vuelta—. Los que se rascan la cabeza alzando el meñique... esos son «la gente» que no tolero —seguía Yuda con encarnizamiento—, los que no rebañan la salsa aunque les guste, los que saben que eme va antes de pe y be, y todos los que tienen muy presente que los ingleses fueron vencidos en el Río de la Plata en 1803.

—En 1806.

—Lo mismo da... Y los que se ponen la mano delante de la boca cuando bostezan.

—Pero eso es estética, Yuda.

—Yo no creo en la estética. Me importa un comino y no la aguanto.

—Ni a los caballos.

—¡Tampoco!

Vicente se rió, inquieto:

—¿Y qué propone, entonces?...

—No sé. Pero los gustos de «la gente»... de los señoritos, me asquean —Yuda buscó una pajita a tuestas, la encontró, y se la puso entre los labios. Después intentó silbar una melodía pero no le salió y resolvió mascar ruidosamente su pajita.

—Yuda... —la llamó Vicente recordando que en el barco le habían dicho algo parecido...

—¿Qué?

Él se había inclinado sobre ella, pero le hablaba con precaución:

—¿No será... por resentimiento? —estaba seguro que ella iba a dar un respingo.

—¿Qué cosa?

—Todo eso que dice: lo de los señoritos y lo de «la gente» y lo...

—Pero ¡claro que es por resentimiento! —Yuda escupió las hilachas de su pajita—. Si yo cultivo mi resentimiento, si es lo mejor que tengo. Sobre todo que es mi reacción contra todas las cosas que aborrezco —por un momento se quedó en silencio, volvió a mirar con sus cabezazos de pájaro a los caballos que se frotaban los cogotes, distraídamente apuntó con su pico a esos hormigueros por donde podían aparecer unos enormes insectos de fauces de vidrio—. Le aseguro —agregó—. Muchas veces no sé cómo tengo que hacer las cosas ni qué tengo que hacer, pero me basta con pensar en lo que hace toda esa gente que provoca mi resentimiento y en seguida me doy cuenta. Es mi prueba del nueve. Y le aseguro que nunca me equivoco. Por lo menos hasta ahora... Porque si un señorito diestro, seguro de sí mismo y de toda su Verdad, dice que esto o lo otro es formidable, me pongo a dudar y hasta aseguro que no, que es un bodrio. Todas las afirmaciones de esa gente me aseguran en mis «no»... «No» a lo que piensan «no» a lo que les gusta, «no» a lo que comen, «no» a lo que leen, «no» a lo que tienen metido en la cabeza... ¿Es claro lo que digo?

—Sí —concluyó Vicente—, clarísimo. Pero todo eso es resentimiento, resentimiento de primera agua.

—A mí no me molesta, me lo aguanto —aseguró Yuda sacudiendo muchas veces los hombros para evidenciar que la pasaba muy bien y se sentía cómoda—. A mí no me escandaliza el resentimiento... Es como el odio... ¿A usted le molestaría saber que yo siento odio? ¿O que tengo ganas de meterme los dedos en las comisuras de los labios y estirarme la boca? —Yuda negó agitando su melena—. Son cosas que no se pueden sancionar. Y el resentimiento no puede ser bueno ni malo. Es. Como el dolor de muelas o... de trasero.

—¿Mucho le duele? —preguntó Vicente divertido.

—Me arde. Pero aquí estoy bien.

—Podríamos haber traído algo para comer.

—¿Comer? —Yuda tenía cara de asco.

—¿También la irrita comer?

—No. Me gusta comer. Pero aquí todos comen demasiado. No respetan la comida. La tragan. Debe ser por el viento —dijo Yuda y lo tomó a Vicente por la mano—. ¿A usted también se le ha paspado la piel?

—Es el viento, sí —admitió Vicente—. Y uno se seca mal cuando se lava. Por eso.

—Pero yo me siento con todo el cuerpo escamado y hago así, ¿ve? —dijo frotándose la piel de las manos—. Y se me cae la piel como si fuera caspa... —siguió frotándose atentamente hasta que se quejó—: ¡Mi cuerpo es una porquería!

—La piel... la cola... —enumeró Vicente como si se sintiera abatido por todos los males que ella padecía.

—Menos mal que como bien —dijo Yuda aprobando su conducta, su buena salud—. Con ganas...

—Todos comen con ganas aquí.

—Y beben —recordó Yuda cómicamente pasándose la lengua por los labios—. Todos tienen narices de borrachos.

—Es el frío.

—Sí, el frío... —Yuda seguía frotándose las manos y contemplando con ecuanimidad cómo caían las escamas de su piel—. Aunque ése es un pretexto, porque en realidad no hace tanto frío. Pero el frío sirve hasta para engordar como un cerdo... Como usted —dijo después de dudar un instante.

Vicente se palpó el vientre:

—¿Le parece que estoy engrosando?

—Está inmundo de gordo —dijo Yuda hundiéndole el dedo en la barriga—. Y eso le preocupa, ¿no?

—¡Cómo no me va a preocupar!

—Váyase pronto, entonces.

—En eso estoy... Dentro de pocos días tomo el barco y... ¡adiós! —Vicente saludó desde una borda y miles de pañuelos se agitaron en el aire, él agradeció, sereno, superior, sin quitar la vista del horizonte.

Yuda lo escrutaba con seriedad, después de un silencio preguntó:

—¿Usted cree que todo se arregló de una vez?

—¿*Todo*?

—Lo de los obreros, lo de la huelga...

—Ya le dije que sí —Vicente se había olvidado de su pañuelo y de los que lo despedían—. Y no me vuelva a hablar del asunto.

—Pero es que me interesa...

—A mí, también, pero ya está acabado. Asunto concluido —dijo Vicente como si archivara un expediente y se dejó caer de espaldas: había quedado encima de unas toscas o de algo duro, entonces se revolvió hasta que sintió liso debajo de su cuerpo y respiró hondo: allí, arriba de su cabeza, se extendía ese cielo terso; más allá, al fondo, estaba el mar—. ¿Sabe dónde queda el mar ahora? —preguntó.

—No tengo idea —confesó Yuda—. Para allá... o para allá —su brazo se balanceaba por encima de su pecho—. ¿Dónde queda? —preguntó con inseguridad.

—Detrás de esa loma.

—Ah...

—¿Le gusta el mar?

—A veces...

—¿Mucho o poco?

—Casi nada.

—¿En serio? —Vicente se incorporó a medias—. ¿Y las montañas?

—Nada. Las montañas, nada. Me aburren.

Vicente parecía contrariado, no sabía si se trataba de uno de esos súbitos malhumores que estallaban en Yuda como burbujas o si se estaba divirtiendo con alguna de sus arbitrariedades:

—¿Está jugando? —se quiso cerciorar.

—No. Yo no juego con mis opiniones —aseguró Yuda con seriedad—. A mí, el paisaje y los panoramas, no me dan ni frío ni calor.

—¿Y ese cielo? —apuntó Vicente.

—Es celeste.

—¿Nada más?

—Celeste. Nada más.

—¿Ahora está jugando a escandalizarme?

—No. Usted no es una señora —bostezó Yuda—. Lo que le quiero decir es que la naturaleza en paz me aburre. Eso es todo. No pasa nada en la naturaleza. Las piedras

no me conmueven... ¿Los árboles...? —se interrogó—. Más o menos, pero muy poco. En cuanto a los animales, me hacen reír o me sacan de quicio como los caballos porque no los puedo dominar... Son como las máquinas y no me sirven. Les daría una patada... Ya sé que usted se emociona con todo eso. Es parte de sus gustos, de lo que respeta. De lo que le dijeron que había que respetar o que convenía respetar. A mí, en cambio, me interesan las cosas que se mueven, que se chocan y que piensan distinto. Los hombres es lo único que me interesa.

—Pero... —Vicente no parecía convencido—. ¿Ese cielo? —preguntó descubriéndose con un tono de tendero que quiere convencer a alguien de la calidad de una mercadería—. ¿Y ese campo para correr a todo galope?

—Ya se lo dije, Vicente. No se ponga pesado —Yuda hablaba con hartazgo, como si hubiera terminado de comer todo lo que tenía ganas—; no se olvide que también se puede ser pesado a solas.

—Es que usted no comprende... —Vicente intentó recapitular todo lo que habían hablado esa tarde: la moral de un funcionario, si él tenía o no tenía ganas de que lo vieran, sobre los caballos, el desamparo de Yuda cuando alguien la desairaba, y sus violentas y pueriles ganas de vengarse y de demostrarle que era vulnerable. Todo eso. Y su desprecio por los señoritos y por lo que a los señoritos les gustaba y por la demasiada comida y por el mar. Y la defensa de sus resentimientos. Eran muchas cosas. Un torbellino. Lo que Yuda decía y sus idas y vueltas. Sus reacciones y sus pozos de calma. Él se había descubierto muy cansado después de la reunión en el teatro, pero ella lo aturdí todavía más. «Me fatiga», se confesó. Y él pretendía descansar, aflojarse. Pero ya otra vez había sentido unas violentas y súbitas ganas de asirla y apaciguarla. Ganas de golpearla o de dominarla oprimiéndole los brazos hasta que no aguantara más.

No sabía bien. Y ella pretendía demostrarle que lo podían destruir o jugaba a ser noble con un hombre que se aburría en la Patagonia y terminaba hablando de sí misma. Lo aturdí, sí. «Y me calienta», se dijo Vicente. Él entendía, creía entender: Yuda habría calculado que la quería exhibir como un trofeo por las calles del pueblo, anunciando que «ahí iba él y después de tres días regresaba a Buenos Aires y se la comía en una tarde». Pero, lo cierto era que ella no toleraba que la humillaran con algo que no sabía hacer. También podría ocurrir que tuviera envidia de lo que él realizaba con destreza. Nunca lo había pensado: ¿que una mujer tenga envidia de un hombre? «—A vos todo te sale bien de puro macho que sos», le había dicho La Safo en Buenos Aires: viajar a Europa sin plata y por su cuenta, sin avisar a nadie, recibirse de abogado sin estudiar: «*Encaramarse con las mejores cocottes de Buenos Aires, viviendo como un pato y darse el lujo de ser hermano de pierna de Alvear*», había seguido La Safo para elogiarlo, pero como si en el fondo lamentara que todo eso no le hubiese ocurrido a ella. ¿Las mujeres siempre envidiaban a los hombres?

¡Qué sabía él! *Hermano de pierna* significaba compartir una querida. Y nada menos que con don Marcelo. Era divertido y lo halagaba. Por fin Vicente creyó entender: Yuda había salido con él para hacerlo fracasar en algo. No era que tuviese envidia de él, de un hombre, sino de que él fuese hombre. Le molestaba ser mujer. Todo era por eso. Y ella no podía ser como el resto que se lo aguantaba. Ella era *diferente*. Las que había conocido alguna vez también se sentían así, pero porque habían estudiado con las Adoratrices o porque se llamaban así o asá. Yuda, en cambio, no tenía nada que ver con una muchachita del Sacré Coeur: ella gritaba, se roía las uñas y hablaba de su trasero y las cosas azules no le causaban ni fu ni fa. Ahí estaba: ella era diferente, pero a su manera. Y él no tenía derecho a confundirla. Pero todo eso no era suficiente para entenderla. Entonces repitió:

—Usted no comprende... ¿No será porque es judía?

Algo se rasgó en ese momento: era una cosa que se había mantenido en tensión desde la salida del pueblo. Pero una tensión en equilibrio. Ni uno ni otro había podido más a pesar de que los dos tironeaban para su lado. Pero lo que los unía así, tirante, se había desgarrado bruscamente. Como si los dos se hubieran comprometido a aguantar sin respirar y, de pronto, no hubieran podido más. Ahora se tenían que golpear o algo así. A Yuda, una mueca le contraía la cara; había intentado reírse pero no le había salido. Y resultaba desagradable, vieja:

—¿Usted sabe qué es ser judío? —preguntó lentamente, y como advirtió que Vicente se acobardaba con su tono, que la había insultado como insultan los chicos y que no tenía ni noción de todo eso y que para él los judíos eran unos viejos lamentables que usaban una barba sucia, dejó que la voz se le hinchara a medida que hablaba—: ¿Usted alguna vez vio un progrom?

—No... —tartamudeó Vicente avergonzado por lo que hasta a él le había sonado como una injuria. Yuda se parecía a un pájaro. Y él la había espantado—. Aunque una vez vi cómo golpeaban a los chicos...

—¿Dónde? ¿Aquí?... ¿En Buenos Aires? —Vicente no contestó y ella dijo—: ¡Eso no es nada! Son tres o cuatro señoritos que tiran tiros porque la policía los deja, porque están aburridos de contemplar las montañas y el mar y el cielo o la pampa que tanto les encanta, o porque son hijos del jefe de policía... o porque la que tienen de amante los engaña o no les concede más de cinco minutos... Ésos son unos pobrecitos, Vicente. Pero un progrom se parece a eso que usted vio en el puerto: muchos hombres que pueden golpear a otro grupo formado por muchos hombres. Y porque sí. Y donde los golpeados no pueden defenderse y tienen la obligación de dejarse golpear porque para eso están. Que creen, porque se lo hicieron creer, que su destino es ser golpeado por los otros. ¿Me comprende? Y los que golpean no lo hacen deportivamente —siguió con un tono sofocado—, sino por tradición, por reglamento, porque viven para golpear. Y unos golpean por sistema y los otros se las aguantan

porque ese parece ser su destino. Es lo que siempre les han dicho y ellos han admitido. No pueden rebelarse, ¿me comprende?

Vicente apenas se animó a murmurar un «sí» opaco.

—Eso es ser judío. Y lo único que queda es irse. Irse —repitió Yuda con los ojos brillantes—. Y yo ni mi familia salimos de donde salimos nada más que para buscar con qué llenarnos la barriga. Ésa es la diferencia con los otros que de alguna manera se van de donde nacieron. No era hambre lo único que teníamos. Eso era lo que menos contaba. Los demás tienen proyectos cuando abandonan su país, nosotros queremos olvidarnos de cosas, de muchas cosas... Sobre todo, dejar de estar metidos en una costumbre que nos obligaba a agachar el lomo cuando nos pateaban. Yo y mi familia queríamos dejar de sentirnos culpables ¿está claro? Culpables de lo que habíamos hecho y de lo que jamás habíamos hecho. Y nos resolvimos a ponernos en esa fila que se juntaba delante de una casa con una bandera roja como de un remate, y a anotarnos para ir a los Estados Unidos. Nos fuimos porque no queríamos aguantar más. Es muy simple: mis viejos no querían aguantar más y yo no quería aguantar más. Pero también en la fila nos golpearon y todos nos quedamos en silencio. Nunca nos defendíamos nosotros, sólo esperábamos que la cosa pasara. Estábamos seguros de que hasta de golpear a otros hombres los hombres se cansan. Todo tiene un límite. Eso sí —recordó Yuda con un gesto de malestar—, el odio se acaba. Las ganas de comer se acaban. Hasta las ganas de pegar a otro. Eso, sí. Por supuesto... —Yuda se había quitado las botas y se acariciaba los pies, después continuó con un tono más pausado—: En casa teníamos una fotografía de unos paisanos a quienes habían golpeado en un progrom. Fue en Odesa. Por el 900. Allí había un tío mío. Entonces era un chiquilín, y en esa foto aparece entre dos que están vendados sosteniendo un banderín. Parece uno de esos chicos de los equipos de fútbol. Era cómico. No tenía nada que hacer en ese lugar... Después nos fuimos en barco a los Estados Unidos. A los Estados Unidos, no a la Argentina. Nos hablaban de la libertad. Allí tienen una estatua dedicada a eso. Allí había muchos de los nuestros: de Odessa, de Kiev... A papá no lo dejaron entrar. Dijeron que tenía conjuntivitis. Por eso vinimos aquí. Por la conjuntivitis de papá, ¿se da cuenta?

—Sí, sí... —pudo intercalar Vicente.

—En Odessa nos habían recomendado a un pariente. Papá tenía la dirección escrita en su pasaporte. Siempre la releía para aprender a pronunciarla bien. Era uno que vivía en la calle Paraná. —Yuda se rió con tristeza—. Pero cuando llegamos a verlo con todos los bultos, nos dijo que no podíamos entrar a su casa. Papá le repetía que ésa era una casa grande y que nosotros nos íbamos a arreglar en cualquier rincón. Papá repetía: «—En cualquier rinconcito». Entonces ese tipo le cuchicheó algo. Le dijo que tenía la casa llena de mujeres...

—¿A usted, alguna vez la lastimaron? —se animó a preguntar Vicente cuando

Yuda se quedó en silencio y ese silencio se prolongaba demasiado.

—¿Dónde?

—En un progrom.

Entonces Yuda lo miró como si se hubiera olvidado que él estaba allí sentado, a su izquierda, en medio de ese desierto cañadón; ella ya había dicho todo lo que necesitaba decir, había largado todo y estaba pálida, libre:

—Cuando me vea desnuda, le voy a mostrar una marca —dijo simplemente, después extendió la mano y lo atrajo de la barba, y con una lentitud que a Vicente le pareció interminable, como si fuera por torpeza o por indecisión o como si tratara de recordar otra cosa para contar y no pudiese, le abrió la camisa—: Ahora, no me vaya a preguntar si alguien nos mira —le previno.

Y Vicente no tomó el barco para Buenos Aires ni a los pocos días ni al cabo de un mes. Una mañana vio partir el «Mater» en uno de sus regresos y sacudió los hombros. Durante un tiempo volvió al puerto a ver los barcos que regresaban y se quedaba esperando hasta que desaparecían mar adentro. Iba solo, se quitaba el sobretodo, hacía un bollo y se sentaba encima. Siempre había un perro solitario que se le acercaba y lo olía; él empezaba a gritarle para que se fuera y terminaba por dejarlo. A veces, si se resolvía, le acariciaba la cabeza. Una mañana, se puso de pie y alzó el brazo para saludar a un carguero que largaba una densa humareda azul. Nadie le contestó, nadie lo veía. Después, no fue más. Ahora, Yuda lo tranquilizaba, ella misma estaba tranquila —algo había estallado en esa mujercita y manaba con la acariciadora densidad de un aceite— y Vicente reposaba como hacía mucho tiempo deseaba: sin dolor en la nuca, sin ninguna tirantez en las sienes ni en las muñecas, con todos los músculos flojos, como si constantemente esa corriente lo remojara. Había concluido lo de los obreros, Yuda ya no lo aturdí porque le había dicho todo lo que necesitaba largar y la Patagonia era un desierto extenso, llano, sin anfractuosidades, y se podía ver hasta muy lejos aunque los dos estuvieran tumbados en el suelo. Y tuvo y mucho tiempo para hacerle esas preguntas sin ningún apuro, sobre todo lo que había hecho, sobre lo que pensaba hacer o sobre su religión. Yuda respondía: «—Es muy complicada... demasiado vieja para mí, demasiado suntuosa», dejando que fluyeran unos anchos espacios de tiempo entre las preguntas y las respuestas. Pero Vicente quería ser ordenado y ser ordenado era ser lento y sus preguntas tenían que ser serenas, como si pasara y repasara la mano por encima de la piel de Yuda.

Muchas veces volvieron al cañadón de Punta Loyola.

—Los rinconcitos... —recordaba Vicente enunciando nada más que el comienzo de lo que estaba pensando; dejaba asomar esa palabra para que Yuda la tomara y fuera extrayéndole todo lo que se le ocurría.

—¿Qué tienen los rinconcitos?

—Ya ves que realmente me gustan...

—Es para esconderte.

—Ahora nos escondemos los dos... —y Vicente estiraba plácidamente las piernas en el suelo, se abría la campera y se dejaba hundir en el fondo de ese cañadón: era una cosa de arena o de agua tibia y sentía que la espalda se le redondeaba hasta ablandarse.

—No es un juego —afirmaba—. No.

—¿No? —Yuda se quedaba con el labio caído después de cada respuesta: ésa era su cara de opa, de animal. Le hubiera gustado ser un cascote.

—No es un juego de huérfanos —insistía Vicente—. De ninguna manera.

—¿Ni de chicos?

—Tampoco.

—¿No? —de nuevo la boca de Yuda quedaba abierta y ella se complacía en hablar pesadamente.

—Es un juego de gente que quiere estar sola —aseguraba Vicente.

Yuda hacía un esfuerzo:

—Los chicos siempre quieren estar solos —gangoseaba—. Les molesta la falta de imaginación de los grandes.

Los dos estaban echados y sobre sus cabezas comenzaba el repecho de esa loma negra. Alguna vez se habría quemado todo el pastizal, ahora sólo quedaban unas manchas irregulares, muy extensas. «Como de sarna», pensaba Vicente. Eran unas gigantescas amebas aplastadas, de bordes sinuosos y oscuros que habrían ido reptando desde el mar; en algunos lados habían dejado una huella como de saliva y el centro era pelado, casi blanco, y a unos pasos ramoneaban los caballos. Era un pasto corto, los dos animales aplastaban el belfo contra la tierra y Vicente los veía entre la puntas de sus botas. «Zaino, zaino...», murmuraba. O creía murmurar. Nada se movía. Allá al fondo, sobre una planta de espinillo, se sacudía un trapo. Era un pedazo de trapo o de papel. También habría venido rodando desde la costa; porque el viento venía de la costa, desde el mar.

—¿Te aburrís?

—No —Yuda no se volvía para contestar.

—¿Te gusta?

—Sí... Es formidable estar tumbada.

Vicente oía cómo frotaba el cuerpo para arrellenarse, para hundirse más. Yuda también se escondía: la ropa le quedaría sucia de tierra, él tendría que sacudírsela y ella se iba a quejar aflojando el cuerpo. Quizá se reiría.

—¿Vamos?

—Todavía no.

—Es tarde —Vicente tenía un tono juicioso.

—No importa.

Vicente sentía sopor, entrecerraba los ojos y los párpados se le iban tornando amarillos:

—¿Cuando volvemos?

—¿Aquí? —la boca de Yuda quedaba abierta.

—Sí —y Vicente calculaba que a ella le costaba respirar por la nariz.

—No sé... Cuando pueda.

—¿Pronto?

Y al día siguiente se encontraban de nuevo. Vicente la esperaba sentado entre esas pilas de latas de querosén, descifrando los «*made in*» y los «*patent*» y tratando de no ser reconocido por ese viejo que pasaba caminando hacia el centro del pueblo rodeado de diez o quince perros silenciosos, ni por Larguía que andaba de recorrida haciendo equilibrio sobre esas veredas altísimas, ni por esos dos salesianos que se detuvieron junto al poste del telégrafo y mientras el más joven se abanicaba con su tejo, el otro, el más viejo, se encajaba el breviario bajo el brazo y se alzaba la sotana para orinar.

—Todos parecen chicos cuando orinan —le comentó a Yuda mientras montaban a caballo.

—Sí... —admitió ella.

—¿Por qué será?

—No sé... Por la calma que tienen.

—¿O porque están solos? —propuso Vicente.

—También por eso —y los dos se miraron sintiendo que no necesitaban nombrar ciertas cosas. Y no sólo eso, sino que ya podían aludir a una serie de objetos que se iban disponiendo a su alrededor como una cálida y viviente madrepora, como una creciente madrepora que cada vez se iba extendiendo más hacia atrás, por la derecha y por la izquierda. Ellos quedaban en el centro y apenas tocaban el borde de esa víscera, temblaba una célula y esa hacía estremecerse a la de al lado y así sucesivamente. Decían «la gente», por ejemplo, y de inmediato se iluminaba una serie de palabras muy precisas: «idiotez», «ropa», «cejas», «Tortoni». O sentían un olor que los hacía fruncir la cara, o una música, un tango. Hablaban como si se tocaran.

Yuda ya se animaba a galopar y ese dominio que sentía la entusiasmaba: «—¡A ver si me alcanzás ahora!» —gritaba y soltaba a su animal para que trepara y bajara por los cañadones o hiciese crujir las piedras de la playa. «—¡Por aquí, por aquí, a ver si podés!» —y se internaba hasta que el agua del mar le mojaba las botas y Vicente se quedaba en la orilla parándose sobre los estribos para verla desaparecer detrás de unos médanos que cerraban la playa, allá al fondo, junto a los acantilados.

—¿Viste que no eran tan inmundos los caballos?

Los dos se habían tendido sobre la arena húmeda. Yuda jadeaba y escribió: «No».

—¿Ahora los tolerás?

Ella escribió: «Sí».

—Es formidable apretarles las piernas... y que las sientan —ahora hablaba como si mordiera las palabras, con un gesto idéntico al que hubiera usado para animar a un boxeador acosado sobre las cuerdas.

—¿Te gusta?

—¡Mucho me gusta... muchísimo! —dijo Yuda con el mismo fervor.

Después se quedaron hasta que la marea fue subiendo poco a poco, con algo de reptil que se va insinuando y palpando por donde avanza: un poco de baba primero, un manotazo suave después, y lo que al principio era silencioso se convertía en una serie de golpetazos huecos, alarmantes. Los dos miraban esa espuma e iban recogiendo las piernas.

—¿Vamos? —propuso Vicente.

Yuda no contestó, siguió con los ojos clavados en el borde de espuma que dejaba el agua cuando retrocedía. Maquinalmente volvió a escribir y Vicente estiró el cuerpo tratando de leer:

—¿Qué es eso?

Yuda lo miró con los ojos perdidos:

—¿Hum?

—Te estoy preguntando qué escribías.

—No sé... —después miró lo que había escrito y leyó: «—Fondo».

Vicente le buscó la cara:

—¿Qué quiere decir?

—No sé, no tengo la menor idea.

Esa tarde regresaron al tranco, dejando que el paso de los caballos los balanceara flojamente, al compás del hanhan de las monturas.

Otra tarde, Vicente se había quedado con la boca sobre la frente de Yuda y se dedicó a espiarla, descubriéndole una cicatriz descolorida en el nacimiento del pelo: era un pedazo de piel mucho más blando que el que lo rodeaba, correoso, insensible, como ajeno: le hundió una uña y Yuda no se quejó. Dormía o hacía como que dormía. Le entregaba toda su piel para que la fuera descubriendo, prefería no sentirla de ella y se le dejaba. Eso era algo que la cubría, nada más. Y sobre los párpados tenía unas minúsculas bolitas de carne que se podían tomar entre las yemas de los dedos, y un lunar junto a los lagrimales, y el borde de su filosa nariz estaba cubierto de pecas, pero de unas pecas muy cómicas que le hubieran correspondido a un muchachito pelirrojo o algo así. Y esa minuciosa inspección de Vicente se prolongó a lo largo del cuello, por las orejas. Tenía los poros muy abiertos y el vello se le aclaraba en manchones. «—Yuda...» —susurró—. «Yuda...». Pero ella se hacía la dormida y

estaba totalmente desinteresada de su cuerpo. Entonces Vicente continuó: los hombros, el pecho, hasta que ella se despertó sobresaltada:

—¡Eh! —se había incorporado abriendo mucho los ojos—. ¿Qué pasa?

El zaino estaba mordisqueando una mata de pasto que quedaba a la altura de sus botas. Yuda lo miró y se tranquilizó, el caballo acercó su cabeza y ella le acarició el cogote. «—Zaino, zaino...», murmuró. Ese animal era suyo y le iba a responder en todo lo que se le ocurriera.

Y cuando Vicente le pidió que esa noche fuera a su casa, Yuda lo encaró con un gesto que hacía tiempo no usaba:

—¿De noche? —le preguntó.

—Sí... —Vicente empezó a explicar—. No tiene sentido que siempre estemos echados en medio del...

—¿Y la naturaleza? —Yuda apuntaba hacia arriba—. ¿Y el cielito azul? ¿Qué se hizo todo eso? ¿No te gustaba tanto?

—Pero es que tengo ganas...

—¿De qué? ¿De verme desnuda? —Yuda seguía con sus ademanes bruscos—. Tengo un cuerpo ridículo. No me gusta mi cuerpo —de pronto hizo cesar el molinete de sus brazos—. ¿No será que tenés ganas de verme en un sofá... comiendo bombones?

—No, Yuda, no es eso.

—¿Y entonces, qué?

—Lo que no tengo es ganas de que cualquier tarde nos descubra alguien y después vengan del pueblo a divertirse en manifestación...

—¿Qué? ¿A espiarnos?

—¡Claro que a espiarnos! —Vicente adelantó la cabeza como si algo lo atrajera y quisiera verlo detenidamente con los ojos muy abiertos—. ¡A espiarnos, así, eh, así!

—¿Entonces preferís la noche... tu casa...?

—Sí —dijo Vicente con energía.

—¡Ah, sucio funcionario, sucio funcionario!... —Yuda lo tomó de la barba y lo zarandeó un largo rato guiñando un ojo maliciosamente.

Y esa noche se apareció con el delantal del colegio doblado sobre el brazo. Vicente le abrió la puerta y no pudo menos de mirar hacia la calle para comprobar si alguien la había visto entrar.

Yuda se rió:

—¡Qué gustito! —dijo con su tono misterioso—. No hay nada como el gustito: la noche, una pizca de cosa rocamboliana, la pieza con almohadones —señaló el sofá y dijo sentenciosamente—: Ya comprendo. Por eso el ideal de los señoritos es casarse con alguien que tenga algo de ramera... Una diestra esposa-ramera —enunció enfáticamente y siguió riéndose a pesar de que Vicente le pidió por favor y le dijo que

eso no tenía sentido ni era cierto, y que si alguna vez lo había pensado, ya no contaba para nada porque había madurado.

—¿Madurado? —Yuda lo miró de arriba a abajo—. ¿De la misma manera que te crece esa barba? —y se acercó a Vicente y empezó a trenzársela murmurando—: Ahora pasás a ser un funcionario del Sanedrín... un respetable funcionario del Sanedrín...

Y cuando Vicente le pidió que le mostrara la herida que le habían hecho en Odessa, ella le señaló:

—Aquí, sobre la cola... Ya sé que es muy ridículo tener ahí una marca que tendría que ser heroica o poco más o menos —dijo; después se quedó pensativa y apoyó la cabeza sobre la pared hundiéndola en la penumbra—. Tenemos que quejarnos los judíos —murmuró—, si no, perdemos carácter... —y en seguida se volvió inesperadamente hacia Vicente—: Sé bueno conmigo —rogó—. ¿Eh? Sé bueno.

Vicente le pasó la mano por los hombros desnudos:

—No tengas miedo —dijo.

Todas las noches volvió. Y le fue averiguando si la había invitado a su casa para espiarle la herida o para qué. O qué había hecho en Europa. «¿Además de andar con reítas?», preguntaba.

—Fui a museos.

—¿Sí? —Yuda parecía entusiasmada—. ¿A cuáles?

—A Versailles, al Louvre... —fue enumerando Vicente.

—¿A cuáles más?

—Al Carnavalet...

—Bien —aprobó Yuda—. Muy bien... ¿Y para qué?

—Para...

—¿Para contarle al regreso?

—No. Me interesaban —aseguró Vicente.

—Pero si a nadie le interesan los museos, Vicente. Ni a los europeos. Los museos de allá son como los gauchos de ustedes. Son mentiras, pura escenografía, y en el fondo, a ellos les causan mucha gracia. Los tienen para tranquilizar a los turistas... o para vendérselos a los yanquis. Por eso hacen creer que los respetan. Necesitan demostrar que son sentimentales —Yuda hablaba con demasiada seriedad—. Como ustedes con sus gauchos ...

—O como los judíos con sus persecuciones... —bromeó Vicente con voz insegura.

Pero Yuda no se inmutó:

—Exacto —aprobó—. Exacto.

Y todo eso mientras le revolvía los libros a Vicente haciendo un gesto de

indiferencia, o contándole cómo se habían arreglado para aprender castellano con un diccionario o por qué había estudiado de maestra y cambiándole el Boucher de lugar, para terminar preguntándole si lo había conocido a Ingenieros.

—Sí, en el Tortoni —recordó Vicente—. ¿Y vos?

—También. Varias veces estuve con él. Me gustaba oírlo, estaba al día en muchas cosas —Yuda ordenaba las esquirlas de una granada que servían de pisapapeles—. ¿Y vos?

—¿Qué?

—¿Cómo te trataba?

—Me distinguía —dijo Vicente.

—¿No se reía de vos?

Y una madrugada, después de muchas horas de estar echados sintiendo que sus cuerpos desnudos se iban transformando en dos insensibles pescados tirados sobre una playa, y la boquilla del narguile en la arboladura de un velero solitario, diminuto y muy lejano y borroso, Yuda dijo sin quitar los ojos del techo:

—Me gusta tu cuerpo. Mucho me gusta. Y el mío me da vergüenza —se estremeció ligeramente en las caderas—. Resulta lamentable al lado del tuyo. Te lo aseguro —su brazo se convirtió en un pescado vivo, lento, se alzó dificultosamente de la playa en que yacía y se apoyó sobre el pecho de Vicente—: Buen pecho —aprobó con tono de entendida—: Buen vientre... —y su mano de yeso se deslizó hacia abajo—. ¿Eh, cristiano?

—¿Volverías a Europa? —le preguntó Vicente otra vez.

—Es triste Europa —recapacitó ella—. Te aseguro que sí. A ustedes les encanta porque es una vieja que les hace cosquilleos en la pituitaria. Una vieja ramera, sabia, maternal respetable y tranquilizadora. Y ustedes van a Europa a envilecerse, ya sea por la forma en que viajan o por lo que compran. Es un prostíbulo Europa —Yuda marcaba unas pausas que le permitían contemplar el techo y lanzar sus opiniones sin nada de rigidez como si dijera todo eso nada más que para provocar objeciones—. Y ustedes... los de aquí creen que viven la Gran Aventura cuando en realidad los están utilizando. Y se sienten donjuanes o descubridores, cuando no son nada más que clientes —Yuda se rió y dejó apoyados los dientes sobre el labio. Después volvió a reírse secretamente: a ella le hacía mucha gracia lo que estaba diciendo—. Clientes —repitió—. Y los clientes siempre tienen razón —afirmó seriamente; ella se había convertido en la jefa de la sección bonetería de una tienda importante—. Ustedes son clientes de Europa. Nada más —siseó—. Señor cliente... señora clienta —y saludó ceremoniosamente a los costados.

Entonces Vicente propuso salir de viaje. Yuda había terminado con sus clases, y cuando llegó esa noche, Vicente había desplegado un mapa sobre la mesa:

—Salimos hacia la frontera —anunció—, cruzamos a la altura del monte Aymond

y en Punta Delgada pasamos el estrecho en «La Fructuosa»...

—¿La Fructuosa?

—Sí. Una goleta... —explicó él fugazmente y los dos se volcaron sobre el mapa con entusiasmo; el dedo de Vicente iba marcando—: Pasamos a Punta Espora... conocemos la isla y de ahí...

Yuda aplaudió:

—¡Y de ahí, al Pacífico... y del Pacífico al Japón, y del Japón a la China, y de la China... al otro lado del mundo!

—Y de ahí a Rusia ¿no? —Vicente tenía una expresión risueña.

—¡Me parece muy bien! —aceptó Yuda—. ¡Muy bien! Salieron de madrugada. Carrero los esperaba en su Packard verde:

—Usted me perdonará, señora —cuchicheó cuando Yuda subió al automóvil—. Mi profesión es periodista. Usted lo sabe. Nunca me gustó hacer de alcahuete, pero siendo por el doctor... —y se sonreía con sus ojos de alucinado: toda la explicación podía significar que eso realmente lo avergonzaba y él se sentía en una situación ambigua que ansiaba concluir cuanto antes, o que Yuda y Vicente eran jóvenes y él los envidiaba y los servía.

Yuda lo consultó a Vicente, pero él estaba muy preocupado con lo que pasaba o no pasaba en las baterías, entonces se encogió de hombros, se enroscó la bufanda al cuello y se hundió en el asiento de atrás.

El Packard arrancó y cruzó atronando por el centro del pueblo: la calle de tierra, las casas de chapas, los altos veredones ondulantes y, de pronto, la llanura interminable; un matorral que aparecía al fondo del campo, que se acercaba y que iba quedando atrás entre los breves comentarios de Carrero:

—Vamos bien... —iba diciendo espaciadamente con algo de vigía o de sereno—, falta poco para lo de Farrel... buen tiempo... para el atardecer estamos en la frontera... —el volante trepidaba bajo sus manos, él echaba el cuerpo hacia adelante y sus hombros y su nuca cimbraban. No había que quitar los ojos del camino ni de la punta del motor—. El camino está seco... —seguía Carrero—, demasiado seco... no hay nubes... las llantas se resienten... ni liebres... —Todo sonaba a definitivo en su boca: cien años para la presencia de Farrell o mil para las matas que marcaban una vuelta en el camino. Farrell era una piedra, la trompa de su Packard también era de piedra. No había ninguna novedad para Carrero en medio de esa llanura, él no describía nada, simplemente recordaba lo que había visto desde siempre. Todo el desierto era inamovible. A lo sumo llovería, se mojaría un poco y se volvería a secar. O se tornaría un poco blanco en invierno. Pero la nieve era superficial, una cremosa capa crujiente y nada más. Debajo estaba la tierra, el desierto, y siempre igual. De pronto, señaló—: Éstos son campos de Brun... —El Packard seguía su carrera. Al rato volvió a anunciar—: También éstos son de Brun...

El desierto se extendía inacabable, tres, cuatro, seis horas. Vicente preguntó:

—¿Y esto?

Carrero se volvió fugazmente:

—¿De quién es?

—Sí...

—De un primo de Brun.

Y el Packard continuaba corriendo. Al llegar a una curva, Carrero alzó la mano:

—Dos horas para la frontera —anunció mientras su cuerpo doblado seguía trepidando. Otro matorral brotaba en el horizonte, iba creciendo, mostraba algunas manchas verdes, quedaba delante del motor del Packard y después desaparecía cubierto por una nube de polvo—. Vamos bien, vamos bien —se felicitaba Carrero. En un recodo aparecieron unos carros cargados de lardos—. Va bien la esquila —murmuró y alzó una mano como para espantarse un insecto. Los carros pasaban a la derecha del Packard, también los peones de los carros alzaron las manos, eran tres, cuatro, y las levantaron sucesivamente con cautela, tratando de reconocer a los del auto—. Va bien la cosa —aprobó Carrero—. Y todo por usted, doctor... —Vicente sintió que todo el cuerpo se le hinchaba de satisfacción, enrojeciendo como si hubiera sido un sexo: los hombres trabajaban, él había cumplido con el Viejo, el mundo seguía girando, el sol salía por el Este, la lana era blanca. Vicente hubiera deseado bajar y hacer crujir las articulaciones. Sentado en el asiento de atrás, debajo de una manta, junto a Yuda, sentía el vientre duro, pero apretó los muslos y permaneció en silencio. Ahora decidía Carrero. Y las vueltas del camino terminaban por ser todas iguales y ya se sabía el ruido que iba a hacer el Packard cuando hubiera que repechar una cuesta y cómo iba a suspirar Carrero cuando la descendieran. Era su auto, era su camino. Y el silencio se convertía en una modorra: se sentía sobre los párpados, los párpados se cerraban, allí estaba el desierto, se volvían a abrir no se sabía cuándo y allí seguía el desierto. De pronto, Carrero señaló hacia adelante—: Chile —anunció con una voz infantil.

Yuda y Vicente escrutaron el horizonte y sólo vieron la llanura que se extendía interminablemente idéntica.

Y por fin llegaron a la frontera y un carabinero se cuadró y después se oyeron unas risas sofocadas y esa marcha siguió hasta que el cielo se fue oscureciendo y las nubes rodaban sobre la tierra formando una gigantesca humareda.

En el estrecho, «La Fructuosa» se sacudía como si el motor hipara, y Carrero se quedó en la costa repitiendo: «—Que les vaya bien...». Era una goleta de diez metros de largo atestada de jamones, de latas de querosén y de peones chilenos que bajaban a Río Grande. Cuando empezaron a navegar uno se largó a tocar su armónica después de sacudirla un buen rato contra la palma de la mano. Yuda lo miró, quería observarlo. Pero ese hombre dejó de tocar, frunció la frente y se pasó varias veces la

armónica por la mano abierta, pero ahora sin golpearla, como si asentara una navaja. Por fin, la escondió entre la ropa. Y del otro lado de ese insoportable olor a querosén, en la otra orilla, aparecieron los bosques quemados, negros, y los dos cabalaron hasta que los caballos quedaron chorreados de sudor. «—¡Te gusta ahora, eh!», la azuzaba Vicente, y sobre el río Olivia, la empujó. Yuda cayó al agua completamente vestida, con un gran asombro en la cara y Vicente dejó que se hundiera y saliera un par de veces mientras le gritaba: «—¡Se acabó el gallito, se acabó para siempre!» —y aunque ella le pedía por favor que la ayudase, él seguía—: «¿Dónde está el machito que se burla de todo? ¿Dónde está?» —hasta que, por fin, se tiró al agua, la sacó y la depositó en la orilla para que se escurriera y llorara un poco.

Bajaron hasta los lagos y en la cabecera del Fagnano se sacaron unas fotografías en compañía de los onas del cacique Policarpo. Yuda exigió que se las revelaran pronto y después las estuvo mirando y manoseando durante días: allí estaba el cacique con su aire de mujik, insolente e inseguro, sorbiéndose las puntas de los bigotes, con las manos hundidas en la gorra que sostenía sobre las rodillas. «—Parece un tártaro... es un tártaro», repetía Yuda familiarmente. Había una que la entusiasmaba. «—Ésta es formidable», decía mostrándola: allí estaba ella junto al cacique, le había pasado el brazo sobre el hombro y los ojos del indio parecían sonreír; a sus pies un chico miraba la cámara con la boca abierta y sus ojos estriados se tornaban una línea filosa. Y las mujeres con sus crenchas lacias sobre el pecho y un perro que andaba agitando el rabo entre unas mantas rojas. Eran tártaros, eran rusos. «—¿Están bien?», les había preguntado Yuda. «—Sí; estamos bien» le contestó Policarpo y no quiso hablar más. Yuda los hubiera besado. Suavemente y muchas veces, sin urgencia, oprimiendo los labios entreabiertos y dejándoselos apoyados sobre las mejillas o sobre la frente. O sobre la espalda, como había hecho con Vicente cuando él terminó de remar en esa canoa por la cabecera del Lago. «—Me encanta tu cuerpo» —le dijo—. «Es formidable tu cuerpo», y ella lo admiraba y apoyaba largamente sus labios sobre esa espalda, reflexivamente, como si recordara muchas cosas o como si le sintiera algún olor y calculase dónde lo había sentido antes.

Vicente había señalado hacia las montañas:

—Ya ves —dijo mientras se secaba el sudor que se le iba enfriando sobre los hombros—. Se puede mantener una armonía... —y allá lejos se alzaban esos cerros musgosos y esas nubes inmóviles.

—¿Te gusta? —preguntó Yuda con reticencia.

—Sí.

—Eso es lo que preferís, ¿no es cierto? —ella seguía pensando en la solidez de los indios: eran macizos, allí estaban, no cabe duda. Pero los presentía demasiado agradecidos, desamparados, como desconcertados por vivir, como si esperaran su propia muerte o, mejor, como si la desearan—. En todo ¿no es cierto? —repitió.

—No es que lo prefiera. Lo que pasa es que eso está *ahí* —volvió a señalar Vicente.

Yuda miro el lago y las montañas con desinterés, después bajó la cabeza y se contempló los pies, escrutándose a sí misma:

—Indestructibles, ¿hum? —reflexionó.

—Duros —dijo Vicente.

—Duros, sí —admitió Yuda—. Pero yo no tolero las cosas que nunca se mueren, no sirven nada más que para engañar a los chicos que van al catecismo.

—¿Para engañar?... ¿Acaso no es cierto que estás viviendo en calma?

Yuda se apuntó con el pulgar:

—Demasiada calma.

—¿Querés decir que no es *para vos*?

—No es para mí. Eso quiero decir.

—¿En serio que no te interesa vivir así? —Vicente parecía alarmado, defraudado.

—¡Es que no se puede vivir así! —dijo ella con malestar—. Es falso vivir así.

—¿Es un presagio?

—No, Vicente, yo no hago presagios, no creo en los presagios. Son idioteces, la vida es así.

Después, de regreso, subieron hasta Río Grande. Allí comieron en la estancia del inglés Tomkinson. Se sentaron alrededor de una mesa muy larga, el dueño ocupaba la cabecera y a sus costados los sentó a Yuda y Vicente. En el otro extremo, bastante separados, tanto que tenían que alzar la voz para pedirse la panera o el vino, estaba la mujer con sus dos hijas. Tomkinson habló mucho de sí mismo con entusiasmo, como si se tratara de un campeón o de su equipo favorito: «—Yo llegué aquí como pastor —contó—. Era evangelista y me mandaron en una misión. ¡Una gran misión era ésa! —aseguró haciendo bailotear sus mejillas rosadas—. La formábamos Little, Angus y yo. ¡Qué banda formábamos! —recordó con un fervor de colegial—. Ellos no aguantaban el clima, siempre estaban muy tristes... Little murió en el Beagle, al Sur, ¿conoce? —Vicente dijo que no con la cabeza—. No quería comer, se negaba a comer. Solamente leía. ¿Ve esa Biblia?» —continuó Tomkinson señalando hacia un trinchera, su mujer se levantó mecánicamente y se la trajo. «Con devoción», pensó Yuda. Y no porque fuera la Biblia, hubiera sido lo mismo una caja de música o una fotografía de Tomkinson con uniforme de colonial. Eran las cosas de ese hombre a las que se sometía esa mujer. Y nada más. Yuda le miró los pies: los tenía desnudos. «—¿Ve? —continuó Tomkinson dirigiéndose hacia Vicente—: Little no tenía con qué prender su lámpara y usaba las hojas de la Biblia; estaba frenético por leer, pero de noche se quedaba sin luz... ¿Ve? —mostró—. En Isaías falta un pedazo: después de *¿Quién dio a Jacob en presa y entregó a saqueadores?* no se puede seguir leyendo...» —y ese corpulento hombre lleno de entusiasmo continuó hablando de las

hojas que faltaban en las Lamentaciones y del trozo del Eclesiastés que Little había rasgado y de los Salmos y del Libro de los Jueces; después agregó algo sobre la muerte de su otro compañero, de Angus, y empezó a narrar escrupulosamente las razones de su muerte y el lugar y el día, pero después se acordó de la vida que llevaban en Liverpool. «¡Qué banda formábamos!» —repitió y optó por seguir con eso. Mientras tanto, su mujer, descalza, había bajado a la planta baja, había salido al patio, subiéndose a un banco que estaba apoyado contra una empalizada, y hablaba hacia el otro lado, hacia afuera. Yuda no podía oír lo que decía por el moscardoneo de la historia de Tomkinson. Estaba intimidada por ese inglés voluminoso y no se animó a ponerse de pie. Pero el cuento de Tomkinson no concluía. Entonces miró a sus dos hijas, indias como su madre, y les sonrió fugazmente, se puso de pie y pasó junto a los zapatos de la madre comprendiendo que le resultaban chicos porque no estaba acostumbrada a usarlos. Ella siempre andaba descalza. «En patas». Eso era lo que hacía todos los días, cuando su marido no, tenía visitas. El comedor quedaba en el primer piso y a través de la ventana se veía la empalizada: allí estaba esa mujer hablando con unos indios que vivían del otro lado, en cuatro o cinco toldos mugrientos levantados por ahí. Esos indios chillaban y hacían grandes aspavientos para hablar, como si fueran sordos. Eran los parientes. Las únicas palabras que se entendían eran: «Sí, tía... sí, tía... gracias, sobrina». Y esos indios harapientos y vociferantes hacían unas torpes reverencias a esa mujer descalza que les hablaba apoyando los codos en el borde de la empalizada.

Esa noche, los dos estaban acostados cuando recibieron un telegrama: era de Brun, para Vicente, invitándolo a su casa de Punta Arenas. «Tengo urgencia» —se leía en ese papel—. «Lo espero». Y en el renglón de abajo, antes de la firma: «Los obreros se han sublevado».

La expiación

Llegaron a Punta Arenas de noche y anduvieron dando vueltas por las calles buscando hotel; era una ciudad oscura, cubierta por un velo neblinoso que se rasgaba en jirones cuando soplaban viento del Estrecho. La niebla resultaba sofocante, casi líquida, y los dos sentían necesidad de quitársela de encima como si se hubiera tratado de una silenciosa y húmeda nube de mosquitos. Yuda tosía. Marcharon casi a tientas durante dos horas; en el Hotel «Londres» les dijeron que no había habitaciones; ése era el mejor, el que les había recomendado Tomkinson insistiendo en que era «para familias, para señoras» con un tono entusiasta y tranquilizador. En el «Asturiano» un mozo los había conducido hasta la puerta de una habitación y ya la iba a abrir, cuando apareció corriendo el sereno: allí dentro había un grupo de corredores de comercio, habían llegado a última hora y no había habido tiempo de anotarlos. Discutieron un rato en voz baja, con energía. Yuda presintió que no los encontraban suficientemente respetables para ese lugar, no sabía por qué resultaban sospechosos: la barba de Vicente, esa valija demasiado pequeña o excesivamente arrugada. Por un momento sintió la necesidad de llamarlo a Vicente y decirle «Doctor» a los gritos, para que oyeran bien y se dieran cuenta con quién estaban tratando. «La clase de gente que eran». Pero iba a resultar cómico, indigno. Por fin, entre el mozo y el sereno se cambiaron una mirada de cautelosos jugadores de naipes. «—Ustedes perdonen», dijo uno, y los acompañaron hasta la puerta. Y de nuevo salieron a la calle llevándose por delante dos o tres tachos de basura que rodaron con un estrépito desproporcionado en medio de esas silenciosas calles de color pizarra. «—Parecemos borrachos», murmuró Yuda y se rió. A Vicente eso le pareció imbécil y se lo dijo, pero ella se rió más fuerte, esta vez señalándolo desde unos pasos porque lo encontraba grotesco con esa valija. «—¿A dónde vas, mascarita?», preguntaba con una voz de carnaval. «—Hay que ser oportuno, Yuda» —rezongó Vicente cambiando la valija de mano. «—¿Oportuno?» —Yuda marchaba mucho más adelante, sola, inspeccionando la calle con intrepidez—. «Pero si los dos somos inoportunos». Y Vicente hizo un esfuerzo para no tirar esa valija al suelo y patearla o sentarse encima desconsoladamente. Después trataron de descifrar algunos letreros que pendían en los frentes de las casas: ninguno correspondía a un hotel y vagaron desde la zinguería de Ruano hasta la casa de ramos generales de Alisón y Portela. La niebla era cada vez más densa, ya se había convertido en un gas compuesto por millones de puntitos brillantes en suspensión. Yuda primero se quejó de sueño y al rato confesó que no daba más de hambre. «—Ahora sí que somos dos huérfanos...» —dijo esforzándose por resultar joven, despreocupada. Estuvieron un rato sentados encima de la valija, sin hablar, enconados, dieron una vuelta por la plaza y Yuda descifró lo que decía al pie de esa estatua: «A *Hernando de Magallanes*. José Menéndez. MCMXX», hizo ¡puf!

arrugando los labios y todo eso mientras Vicente se empeñaba en despertar a un hombre que dormía en un banco. Por fin, lo despertó, el otro se quejó de que lo hubiera zamarreado asegurando que él no se metía con nadie, que tenía derecho a estar donde estaba, y terminó dándole la dirección de un lugar donde seguramente iban a encontrar alojamiento. «—Allí no puede fallar», dijo. Era un edificio bajo, en una esquina. Los dos entraron por un largo pasillo, Vicente parecía vacilar; por fin desembocaron en una sala donde brillaban dos gigantescas peceras. «—Son babilónicas» —comentó Yuda, pugnando por no reírse del único pez que parpadeaba como idiotizado contra el vidrio ni del mozo que solemnemente, con una sigilosa discreción, los acompañó hasta una pieza asegurándoles que era «la mejor del establecimiento».

—¿Los documentos? —ofreció Vicente.

—No es necesario.

Vicente entró en la habitación:

—¿Y la luz? —preguntó volviéndose a medias.

—Usted perdonará —el mozo pareció encogerse—. La hora... Es demasiado tarde. Usted me entiende... —explicó y se fue.

Los dos se quedaron a solas en esa pieza negra.

—¿Qué olor es ése? —preguntó Yuda apuntando hacia la oscuridad.

—No sé. Parece desinfectante.

—No. Es olor a peluquería.

Y cuando se acostaron en esa cama monumental, Yuda se apelotonó al lado de Vicente:

—Yo tenía razón —dijo—. Es olor a peluquería —y le tendía la sábana para que oliera—: Olé... olé...

—Sí —admitió Vicente frotándose vigorosamente los brazos—. Pero ¿no tenés frío?

—Me muero de frío. Pero igual podemos seguir jugando a los huérfanos perdidos en una ciudad desconocida... —Los ojos de Yuda brillaban humildemente en la penumbra del cuarto.

—No, no —dijo Vicente saltando de la cama—. Perdoname, pero no estoy de humor —y revisó un ropero para ver si encontraba otra frazada, y la mesa de noche que cerró de golpe haciendo un gesto de asco y, por fin, se encajó el sobretodo y de nuevo se metió en la cama.

—¿Y yo? —preguntó Yuda con un acento desvalido.

—¿Qué hay? —dijo Vicente con impaciencia.

—Yo también tengo frío... Yo también soy un ser humano.

Y de nuevo se levantó Vicente, saltando por esa habitación en puntas de pie y rezongando y generalizando sobre si las mujeres esto o lo otro, porque no veía la

razón para que fuera él quien se tuviera que levantar, y que quería dormir, que estaba deshecho y preocupadísimo, y por fin le trajo un pulóver que Yuda se encajó en los pies y se quedó conforme. Se marcó un largo y suave silencio; los dos se fueron acercando hasta sentirse la carne demasiado cálida, febril y molesta.

—No te pegues a mí...

—Es que ruedo, Vicente. Hay un pozo en el medio de la cama... —Yuda suspiró ruidosamente, con agresividad; se sentía ofendida y abrió bien los ojos.

En la pared de la izquierda había brotado ese rectángulo blanco.

—¿Es una ventana? —preguntó.

Vicente se revolvió entre las sábanas:

—¿Qué?

—Eso —Yuda apuntaba con la mano.

—No. Un espejo.

—Pero, tan bajo...

—Es para que refleje la cama.

—¡Ah! —Yuda ahogó unas risitas debajo de la colcha.

—Basta, Yuda, por favor —rogó Vicente.

—¿Estás furioso?

Vicente no contestó y hundió la cabeza en la almohada.

—¿No me contestás?

—¡Mañana tengo que hacer cosas muy bravas!

—Ah... ah... —murmuró Yuda entendiendo, sometiéndose, pero al rato volvió a preguntar—: ¿Estás preocupado por lo que tenés que hablar con ese tipo?

—Ahá —Vicente tenía un tono seco.

—¿No será que te molesta reconocer que todo tu equilibrio se te fue al demonio?

—Ahá.

—¿O solamente te irrita no haber encontrado habitación?

—Ahá —resopló Vicente como si estuviera dispuesto a repetir solamente eso durante toda la noche, conectándolo con su respiración para que no le costara ningún trabajo.

—Si no es tan feo este lugar... —aseguró Yuda soñadoramente; pocas veces se la iba a presentar un juego así—: Una buena cama, ancha... —fue enumerando con una voz solitaria—, un buen espejo para mirarnos, nadie se puede meter con nosotros... Casi un verdadero ideal: lo placentero mezclado con lo solitario... Una linda mesa de noche... —Yuda siguió escrutando en la penumbra, tratando de encontrar otras cosas que pudiese describir: allí estaba el bulto de la valija, y más allá el blanco brillo de su ropa. Pero eso no pertenecía a la habitación. Entonces se apelotonó aún más y se conformó pensando que era mejor estar ahí metida a andar dando vueltas por las calles cubiertas de niebla hasta vaya a saber qué hora. El viaje de regreso en «La

Fructuosa» había sido muy sacudido y ella se había visto obligada a tenderse en un rincón de la cubierta, había cerrado los ojos tratando de dormir, pero los había tenido que abrir de nuevo porque no toleraba ese balanceo y el yuyú del motor teniendo los ojos cerrados; ese ruido se le incrustaba en la cabeza o, peor aún, ella se iba deslizando dentro de ese motor y chapoteaba en medio de ese olor a querosén. Pero en ese momento, golpearon la puerta de la habitación.

—¡Vicente! —llamó Yuda y lo sacudió.

—¿Eh... eh? —Vicente tardaba en despertarse.

—Golpean la puerta.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó Vicente.

En la puerta se recortaba una sombra:

—La hora, señor...

Vicente no entendía:

—¿Qué hora...? ¿Qué hora de qué?

—Ya se le pasó el tiempo, sentir, las dos horas... —el mozo hablaba a los gritos, pero como si cuchicheara, como si le secretara algo.

—Es imbécil todo esto... —gimió Vicente; después gritó—: ¡Nosotros nos quedamos hasta mañana...! ¡No joda!

La sombra del mozo permaneció inmóvil del otro lado de esa persiana; quizás esperaba algo más o que se rectificara o, bien, pensaría si no se habría equivocado de puerta. Pero en seguida esa serie de rayas horizontales volvió a brillar. Vicente se había quedado sentado en la cama. Se sostenía la cara con las manos como si pensara. Después se largó a llorar, la espalda se le sacudía convulsivamente. Yuda no se animó a tocarlo.

Se detuvieron frente a la casa de Brun.

—¿Subís? —preguntó Yuda.

Vicente vacilaba:

—Sí... —dijo.

—Yo te espero en la plaza —lo despidió Yuda—. Andá.

—Pero... —Vicente golpeaba con los nudillos en la pared de ese petit hotel y miraba con malestar hacia esa plaza que brillaba bajo el sol indeciso de la mañana.

—¿Qué? —Yuda lo tomó dulcemente del brazo—. ¿Qué te pasa?

—No sé muy bien. Estoy confundido —dijo él esquivándole la cara.

—¿Mirabas la plaza? —Yuda le buscaba la cara, pero Vicente permanecía con la mirada perdida, inasible—. Es la misma de anoche: el hombre que nos informó sobre el hotel estaba en aquel banco, la estatua es de Magallanes... —señaló Yuda, pero advertía que Vicente no la escuchaba—. ¿En eso pensabas?

—No, no... —murmuró Vicente.

—¿Se puede saber en qué entonces?

Vicente bajó la vista y habló atropelladamente:

—No quiero que me esperes en la plaza, ¿te das cuenta?... En eso estoy pensando. Pero al mismo tiempo, calculo que como vos, no... La invitación venía para mí solo y esta entrevista es muy importante...

—Yo te entiendo. —Yuda le oprimió el brazo largamente—. Te aseguro que te entiendo, Vicente. No me des más explicaciones.

—Pero, por otro lado —siguió él—, me doy cuenta de que no te podés quedar aquí, esperándome en la plaza mientras yo estoy ahí arriba.

—A mí no me molesta el viento. No te preocupes —aseguró Yuda con un tono estoico, cortante, algo que ella encontró ejemplar—. Estoy dura. Ahora estoy dura. El viaje me ha endurecido.

—No juegues —suplicó Vicente.

—¡En serio que no me molesta esperarte en la plaza!... Me siento en un banco, doy vueltas, miro las nubes y las cuento o me hago nudos con los dedos. —Vicente la miraba apenado—. Ya ves que tengo muchos recursos y seguramente me vas a encontrar hablando con algún atorrante...

—Sí. Todo eso está muy bien. Pero yo quiero que subas conmigo.

—Y también preferirías que me quedara en la plaza.

—Sí —Vicente marcó unos círculos en el aire—. También.

—Todo eso se te mezcla ahí, ¿hum... en la cabeza?

—Siempre se me mezclan las cosas en la cabeza —se lamentó Vicente—. No sé pensar en orden. Me cuesta pensar en orden.

—Tendrías que haber aprendido a jugar al ajedrez.

—Supongo que sí —murmuró Vicente.

Yuda lo escuchaba con un gesto suspicaz, de descubrimiento, pero cuando él la miró pidiéndole su aprobación o su disculpa, se apresuró a hacer una mueca de disimulo, como si le hubiera descubierto demasiado:

—¿Me subís o no me subís? —preguntó.

Vicente se oprimió las mejillas, después los labios y se los fue estirando:

—Sí —dijo por fin, resueltamente—. Vení conmigo.

—Bien. Me parece muy bien —obedeció Yuda como si se sometiera a algo que le era ajeno a la vez que resultaba inevitable—. ¿Por aquí?

—Sí, sí...

Entraron y Vicente se hizo anunciar; después un mucamo los condujo por una escalera.

—Qué buenas cosas tiene —iba comentando Vicente a medida que subían—. No se priva de nada —y se detenía un momento debajo de algún cuadro o señalaba unas encuadernaciones, un tapiz, mientras el mucamo esperaba comprensivamente. Yuda aprobaba en silencio.

Brun lo esperaba en el palier.

—¿Cómo le va, doctor? —se adelantó calurosamente y le tomó las dos manos—. No sabe cómo le agradezco que haya venido.

—La señorita Singer —presentó Vicente.

—¿De Gallegos, no? —Brun creía recordar—. Encantado... —después los guió a una salita—. Me tomé el atrevimiento de enviarle ese telegrama... —empezó a explicar.

—No, Brun, de ninguna manera.

—... porque las cosas han tomado un cariz dramático, doctor —Brun señaló para que se sentaran y repitió como si hiciera un esfuerzo por superar su aire fatigado de siempre—: Dramático. Y usted lo va a comprobar con que sólo le relate lo que ha pasado. Nada más. Porque no me parece que sea necesario agregar ningún comentario: en «El Campamento» y en cinco estancias más los obreros han tomado las instalaciones y se mantienen prácticamente en estado de guerra...

—¿Y el trabajo? —quiso saber Vicente con ansiedad.

—Paralizado. Va a hacer una semana que nadie trabaja en todo el Territorio.

—Pero ¿y Soto?... Hay hombres responsables entre esa gente.

—Sí. Hombres responsables hay en todas partes —Brun cabeceó, como si descontara algo—. Pero esto era previsible...

—Sin embargo ellos se habían comprometido a cumplir las cláusulas de un convenio que los favorecía.

—Ellos no entienden lo que los favorece o no favorece, doctor —Brun parecía rogar una comprensión de parte de Vicente, algo rápido, porque no podía entrar en su cabeza cómo ese hombre no advertía lo que estaba pasando en el Territorio y quién era quién—. Es muy sencillo: pidieron un poco, se lo dieron, usted los favoreció, todos estuvimos de acuerdo en favorecerlos... Pero a ellos no les interesa un arreglo así. No quieren que las cosas se detengan: siempre piden más y más... ¿Y quién aguanta? —preguntó y paseó su mirada por encima de Yuda que gruñó «—No sé», exactamente cuando Brun marcó un silencio como si realmente esperase que ella contestara, como si verdaderamente la creyese capaz de responder algo que no fuera un «sí» o un «no» sonrientes, de justificación por haberse atrevido a meterse en esa casa acompañando a Vicente, un «sí» o un «no» equivalentes y reversibles, de «comprenda usted, pero yo soy mujer» o de «qué interesante y verdadero e inobjetable es lo que usted dice y excúseme si no comprendo sus verdaderos alcances».

Brun continuó con una vaga inquietud:

—Ya le digo, doctor: todo el trabajo paralizado...

—¿Y la esquila? —lo interrumpió Vicente.

—Ah... la esquila. Eso, menos mal que se terminó. —Brun entornó los ojos con

esa calma insolente que Vicente ya le conocía y que en ese momento le pareció dominio de sí mismo—. Pero como en ciertos lugares han cometido desmanes...

—¿Contra la propiedad?

—¡Contra todo, doctor!... Y como ya es la segunda vez, se ha pedido el envío de tropas...

—¿Del ejército?

—Sí. Era lo único que se podía hacer.

—Pero, el ejército... —Vicente estaba contrariado.

—¿Le parece excesivo, doctor?

—No, no es que me parezca excesivo, sobre todo si usted me dice que se han desmandado... —y Vicente seguía lamentando algo con un pesado vaivén de cabeza.

—Pero ¿qué es lo que le preocupa?

—El ejército...

—Perdóneme, pero ¿usted todavía cree posible mantener una equidistancia?

—No. Ya, no. Aunque la violencia que... —era demasiado lento el ritmo de Vicente, y la pérdida de tiempo siempre lo había enardecido a Brun; había mucho que hacer, él tenía demasiadas cosas que hacer. Mejor dicho: siempre debía repetir una sola cosa que era lo único valioso, y vivía en un país donde nadie tenía urgencia por nada, donde había que empujar a la gente para que se moviera y donde nadie —o muy pocos— comprendían que la muerte significaba no moverse más. Y él no quería quedarse quieto. Quieto era morir. Y a él le gustaba vivir, moverse, dormir poco, aprovechar ansiosamente el tiempo. Y el desorden era despilfarro, sobre todo de tiempo. Entonces lo acosó a Vicente:

—Pero, ¿se necesita o no se necesita orden?

—Sí —admitió Vicente como si no le quedara otra alternativa—. Orden...

—¿De acuerdo? —Brun insistía en su acoso porque no estaba del todo conforme con las respuestas vagas de Vicente—. ¿O el orden se puede ir al demonio y nosotros podemos quedar como si tal cosa?

—No —dijo Vicente como si reaccionara ante el tono imperativo de Brun.

—Y si usted me admite que se necesita orden, ¿quién lo puede restablecer mejor que el ejército? ¿La policía del Territorio?

Vicente rechazó esa última posibilidad con un ademán despectivo.

—Entonces —concluyó Brun—, convenga conmigo que el ejército es lo mejor.

Por primera y única vez Vicente habló con una voz decidida:

—Pero el ejército es la semana de enero del 19 —recordó—. El ejército significa la Semana Trágica, sobre todo para los obreros.

—Según las órdenes que traigan.

—Sí... Según las órdenes que traigan y según *quien* las traiga —reflexionó Vicente.

—Lógicamente. —Brun hizo un ademán para que el mucamo empezara a servir —, pero no se olvide que aquello fue muy semejante a esto... Siempre pasa lo mismo: piden algo, se les concede, se los trata con consideración, se ve la mejor forma de llegar a un acuerdo, pero ellos siguen perturbando y exigiendo cosas...

—¿Y no pueden exigir cosas?

En ese momento, Brun recibía una copa de manos del mucamo, miró hacia el lado de Vicente y advirtió que no había sido él quien acababa de hablar, sino esa señorita de Gallegos, pero comprendió que ella se había dirigido a su novio o acompañante o lo que fuera, porque a él no le importaba ni se metía en la vida privada de nadie, pero como el doctor Vera no contestaba, él se creyó en la obligación de explicar:

—Como poder exigir, sí que pueden... Ahora bien —y de nuevo se dirigió a Vicente—, después de exigir cosas y de lograrlas, llegan a la violencia. Son ellos quienes la provocan. Y porque sí. Rompen todo lo que pueden, deshacen lo que ha llevado años construir... y sin sentido. Porque sí —repitió Brun—. ¿Qué se puede hacer, entonces?... Lo que se hizo en Buenos Aires: llamar al ejército para que el ejército defienda lo que naturalmente tiene que defender...

—¿Naturalmente? —De nuevo había hablado esa señorita de Gallegos mientras depositaba su copa a un costado, sobre la alfombra, indecisa pero bruscamente, advirtió Brun, como si no supiera dónde colocarla pero resolviéndose por lo más cómodo que era lo menos indicado—. ¿Qué significa naturalmente?

—Yo no sé si... —Brun lo miró a Vicente como solicitándole permiso para discutir con esa mujercita que lo acompañaba, que casi casi lo estaba provocando, a él, a un hombre maduro como él, que de ninguna manera podía tolerar que alguien creyese que no sabía reaccionar ante un caso así. Por eso adoptó el gesto de un viejo amigo de un recién casado, diestro, razonable, oportuno, mundano, que tiene que besar a la novia que le tiende los labios en lugar de la mejilla—. No tengo costumbre de discutir... —dijo.

—¿Con señoritas? —Yuda estaba pálida.

—Sí, por cierto. Y especialmente de estas cosas...

—Olvídese de mi sexo —propuso Yuda.

—Me va a resultar difícil...

—Le creo. Pero haga un esfuerzo. —Yuda era un pájaro tieso, rígidamente encaramado en el borde de ese sillón. Y no tenía sexo.

—Bien... —aceptó Brun con una resignada tolerancia—. Usted me preguntaba qué quería decir yo cuando afirmé... —había adoptado un tono lento, receloso y muy hábil y daba la impresión de retroceder, palparse para recordar cómo tenía el cuerpo y cuántos pasos hacia atrás podía dar sin trastabillar ni chocar con algo duro—, que el ejército defiende lo que naturalmente tiene que defender.

—Sí. Eso era lo que quería que me aclarara.

—Bien... —volvió a decir Brun—. Yo tengo un planteo personal sobre todo esto: creo que si el ejército es orden y es fuerza, naturalmente tiene que defender lo que supone orden y fuerza.

—¿Por qué?

—Bien... —Brun reculaba, pero ya se iba deteniendo—. Porque le conviene para su propia supervivencia, y porque, en última instancia se trata de salvar lo mejor, lo que produce más y lo que tiene más porvenir...

—¿Y usted cree que son ustedes los que tienen más porvenir?

—¿Ustedes?... ¿Quiénes son «ustedes»?

—Los estancieros.

—Usted se equivoca si plantea las cosas así, señorita. Discúlpeme. Pero aquí no se trata de estancieros contra obreros...

—¿Y de qué si no?

—De hombres de orden contra asaltantes —dijo Brun pausadamente, como si sintiera que había concluido.

Pero Yuda no estaba dispuesta a que ese señor le revoloteara majestuosamente ahí delante, mientras bebía con satisfacción y sin muchas ganas ese líquido verde.

—Pero... pero... —Vicente comprendió que la condescendencia de Brun la hacía tartamudear, la hacía perder—. ¿Quiénes son los asaltantes según usted? —pudo preguntar Yuda finalmente.

Brun depositó su vaso sobre una mesita, se pasó reposadamente la punta de la lengua sobre los labios, jugueteó con sus gemelos de amatista y después lo consulto a Vicente para ver qué le correspondía hacer:

—Yo quería informarle, doctor, de lo que ha pasado en el Territorio durante su ausencia... —se justificó—. Supuse que usted iba a llegar en menos tiempo a Punta Arenas que a Gallegos, y como me habían informado que usted estaba en Río Grande...

—Yo le agradezco, Brun, y...

—Pero todavía no me ha contestado quiénes son los «asaltantes» según usted —volvió a interrumpir Yuda y esta vez tenía los ojos cargados de lágrimas que no podía ni dejar que temblaran, porque hubieran empeñado a rodar con pesadez, visiblemente, en una forma lamentable y desventajosa.

—Los asaltantes son los obreros, señorita —le contestó Brun ligeramente fastidiado.

—¿Y por qué asaltan?

—Qué sé yo... Y, no me interesa. Pero roban lo que no es de ellos.

—¿Y no será porque tienen hambre?

—¡Eso es Tolstoy, señorita!... Ésos asaltan y rompen porque le tienen rabia a las cosas... Y eso se llama venganza.

—Venganza. Se lo acepto —pero así como Yuda no estaba dispuesta a exhibir esas lágrimas que mantenía en suspensión sobre sus ojos como dos lentes de una sustancia coloidal y temblorosa, tampoco estaba dispuesta a dejar que Brun siempre saltara un paso hacia la izquierda o hacia la derecha, defendiendo una acusación con otra acusación, porque todas las acusaciones necesitaban ser explicadas—: Pero ¿usted no cree que tienen derecho a ejercer la venganza?

—Tampoco me interesa. —Brun abrió los brazos como si mostrara todo su juego—. Pero si ellos tienen derecho a ejercer su venganza, los hombres que están en la vereda de enfrente, también deben gozar de ese derecho.

—¿Qué derecho? ¿Ganado?

—Ahora no importa si ganado, señorita, pero sí recíproco.

—Ah... —se asombró Yuda rencorosamente.

—¿O usted no le reconoce algún derecho a esos señores?

—En absoluto.

—Es peligroso eso que usted acaba de decir. Muy peligroso... Pero yo no tengo por costumbre discutir para defender mis derechos, porque cuando me los atacan de esta manera, comprendo que ése no es el sistema más adecuado. Los derechos no se discuten con gente así. Prefiero andar armado, señorita, no discutir ni ganar discusiones... Y mucho menos en la Patagonia. Y mucho menos frente a gente que mezcla la política con lo que creen sus derechos...

—Que mezcla la política, ¿dice usted? —una nueva brecha se le abría a Yuda en esa discusión que se iba resolviendo en una serie de gambetas—. ¿Quiénes mezclan la política?

—Toda esa gente rara que se ha infiltrado entre los obreros.

—¿Rara?

—Sí, señorita: rara. Y si no me cree, pregúntele al doctor... —y Brun requería la presencia, el testimonio y la autoridad de Vicente para concluir con esa charla estéril, fuera de lugar—. ¿O no es cierto acaso que se han infiltrado elementos extranjeros en los últimos movimientos, con ideas raras?

—En Buenos Aires, por lo menos... —comenzó a decir Vicente.

—¡Y aquí también, doctor, aquí también! Y con esos extranjeros...

—¿Usted es judío? —Yuda se había puesto de pie, contrariada, y buscaba nerviosamente su manguito de piel.

Brun no quiso vacilar:

—Sí —cabeceó—. Soy judío... ¿Por qué?

—Por nada —dijo Yuda—. Yo también.

Durante todo el viaje de regreso, Vicente estuvo pensando en eso: Yuda hablaba demasiado. «Siempre tiene que decir la última palabra», se repetía; y eso Yuda lo

hacía con encarnizamiento, como si quisiera dejar una marca antes de irse. Lo mismo podría haber escupido sobre la alfombra o ensuciado con grasa en las paredes. Y Vicente se sentía irritado, como engañado, porque al comienzo, cuando la había conocido, era eso precisamente lo que le atraía. «Me alegra», pensaba entonces, aunque ella hablara desordenadamente, aunque ella lo acosara con su charla. Hasta cuando lo desconcertaba con sus opiniones. Pero ahora lo comprometía, no sabía ser prudente y parecía no entender el papel que Vicente estaba jugando en el Territorio. Y si lo entendía, se empeñaba en desbaratar todo lo que él había armado cuidadosamente. Vicente había descubierto eso, y eso era como un defecto, y un defecto siempre envejece a las mujeres. Estuvo dudando bastante antes de decírselo, porque no pudo menos de pensar que los defectos se agravaban con los años, y la idea de vivir con una especie de quiste le resultaba intolerable. Pero también estaba todo ese tiempo que habían pasado juntos: las cabalgatas, lo que habían hablado, y como no pudo aguantar más, se lo dijo, pero Yuda le replicó:

—No hay ningún problema conmigo —ella hablaba sin emoción—. Las vacaciones se terminaron... y a otra cosa.

Vicente se sintió desolado: primero, ese asunto de miércoles que creía haber arreglado y que ahora se le venía a complicar; después, la Patagonia, su viaje a la Patagonia y, ahora, Yuda, para quien cualquier objeción era como un tanto en contra, como una derrota.

—Pero para mí no fueron unas vacaciones —aseguró.

—¿Qué fueron?

Vicente tenía los ojos nublados:

—Todo —dijo con dificultad.

Yuda se quedó pensativa, después lo señaló:

—Sos muy llorón —dijo.

—Sí —admitió Vicente sin ningún pudor—. Por eso quiero que te quedes conmigo.

—¿Tal cual soy?

—Sí...

—No. Un «sí» de esa manera no me convence, necesito algo más firme.

Vicente se rió como pudo:

—¿Me estás coaccionando...? ¿Querés que nos...?

—¡Yo no quiero nada! Yo no coacciono a nadie.

Vicente se volvió a reír, esta vez con mejor suerte:

—¿Crees en la libertad de los otros, no?

Cuando llegaron a Gallegos, las tropas estaban desembarcando. Habían llegado en un viejo transporte, casi de noche, y los soldados iban formando en medio de la playa desierta; esperaban mansamente, con la mochila entre los pies, y cuando tenían

que avanzar unos pasos, no la levantaban, sino que la iban pateando con suavidad mientras se alineaban. Parecían fatigados y se apoyaban en el fusil: el fusil era un mostrador y ellos no pedían nada para beber, solamente contemplaban las botellas vacías, las contaban o se miraban en un espejo descascarado. Estaban cansados y nada les importaba mucho. Pero, de pronto, alguien dio una orden, un clarín rasgó la pesadez que se había desplomado encima de esos hombres, el mostrador y las botellas desaparecieron, los suboficiales corrieron sin entusiasmo al costado de sus pelotones y el grupo de oficiales avanzó conversando hasta colocarse en la punta de la columna y la marcha comenzó.

Vicente y Yuda los contemplaban desde la cresta de la loma: él había revisado su correspondencia, las instrucciones de Buenos Aires, y tenía urgencia por ponerse en contacto con el Comandante.

—¿Vienen de Bahía Blanca? —quiso saber Yuda.

—No. Directamente de Buenos Aires.

—Poca gente los viene a recibir...

Vicente miró hacia la playa, después recorrió con la vista la loma en la que estaban parados y la calle que entraba al pueblo: únicamente había algunos chicos silenciosos, de ojos muy grandes, y tres o cuatro perros.

—Nadie... —corroboró—. Casi nadie.

—¿Qué? —Yuda se colgaba de su brazo—. ¿Les tienen miedo?

Ahí delante desfilaban esos soldados con sus uniformes descoloridos; habían comenzado a marchar marcialmente, pero en medio de esa soledad no tenía sentido, y uno de los oficiales largó su orden: —¡Sin compás! —y entonces se empezó a oír el roce de las botas sobre el pasto—. ¡En descanso! —resonó otra orden, y la columna avanzó lentamente, desinflada; los soldados se miraban entre sí, escrutaban el cielo y apenas hablaban, el ruido de los jarros que se entrechocaban con las cantimploras tapaba todos los murmullos. Parecían muchos cencerros que sonaban desordenadamente y esa tropa se había convertido en un rebaño lento y oscuro que marchaba en dirección al pueblo.

Yuda y Vicente se quedaron solos, el viento había empezado a levantar unos rizos de polvo que crecían bruscamente, giraban dando unas vueltas y después se deshacían sobre los espinillos.

—¿Qué esperamos?

—Yo esperaba al Comandante —Vicente miraba en dirección al transporte—, pero parece que no ha desembarcado.

—¿Lo conocés? —Yuda estaba impaciente.

—Es un viejo radical. Estuvo en la revolución del cinco.

—Pero, ¿realmente lo conocés?

—Bastante... Lo suficiente como para no estar preocupado.

—¿Y qué tal es?

—Radical. Y con eso basta. —Vicente estaba risueño y se sacudía el polvo que le cubría los hombros—. Todos los radicales somos gente de primera...

Esperaron un rato más, infructuosamente; cuando regresaron al pueblo, ya era de noche y Vicente iba repitiendo como si se justificara: «—Me hubiera gustado saludarlo... hubiera querido ser el primero en ponerme en contacto con él...».

Esa misma noche lo despachó a Míguez con la orden de invitar al Comandante para el día siguiente: «—¡Que lo esperamos a almorzar!»— le recordó ya cuando Míguez iba corriendo hacia el puerto. Al rato, el chico regresó jadeando. Vicente lo esperaba en la vereda:

—¿Qué dijo?

—Que antes de la presentación de la tarde, viene...

—¿A almorzar?

—Sí...

Míguez se retiraba a la cocina, cuando Vicente lo volvió a llamar:

—Decime, ¿había alguien en el puerto?

El chico pareció recapacitar:

—No —dijo por fin—. Ni un alma, perros nomás...

—¡Ah...! Ya comprendo por qué llegaste sin aliento.

Al día siguiente, a las once en punto, apareció el Comandante Baralt. Era un hombre ancho, gastado y le gustaba exhibir su sólida dentadura. Cuando Vicente lo presentó a Yuda, se excusó por su aspecto, por el polvo de sus botas y después elogió sinceramente cada uno de los platos que le sirvieron. Yuda ni agradeció, daba por supuesto que los había preparado ella y Vicente sospechó que hasta era capaz de mostrarse aliada de ese hombre. Pero, con todo, prefería que estuviese así.

—Usted tocaba muy bien la guitarra —recordó Vicente recostándose en su silla.

Baralt optó por no darle importancia a ese mérito:

—Hace mucho de eso... —se volvió hacia Yuda—. Imagínese, señora, que yo andaba de novio entonces.

—Pero lo hacía muy bien —insistió Vicente.

—Pero ahora no corro más... Tengo los dedos duros.

Vicente se esforzaba en recordar mirando al vacío y entornando los ojos:

—Debe haber sido por el año diez... No —se corrigió en su afán de precisión—. Antes. Por el seis o el siete cuando yo lo escuché.

—¿En una caballeriza de Palermo? —Baralt se había dispuesto a colaborar—. ¿Cerca del Hipódromo?

—Sí... En el Bajo.

—Entonces, tiene que haber sido exactamente en el verano del siete.

—Sí, señor —aprobo Vicente—. Fue ese verano.

—Me acuerdo —explicó Baralt con satisfacción— porque para esa fecha yo estaba en Granaderos... Pero ¿cómo lo dejaban entrar? Usted tiene que haber sido muy pollo entonces.

—Yo tenía mis privilegios —dijo Vicente como si se tratara de algo insignificante.

Baralt estaba intrigado:

—¿Así que privilegios...? ¿Qué privilegios?

—Imagínese... —Vicente paladeó su respuesta—. Yo entraba con Gabino Ezeiza.

—¿En serio? —Baralt sabía ser respetuoso.

—Sí. Le llevaba la guitarra.

Y los dos estuvieron de acuerdo y sintieron un gran fervor por ese verano del siete. Después hablaron de caballos, se detuvieron bastante a discutir los méritos de un petizo del polo que ellos habían conocido cierta vez, se emocionaron recordando cosas del Viejo, fueron ecuanímenes con los méritos de cada uno y, por fin, desembocaron en lo de la Patagonia. Yuda los escuchaba sin decir nada.

—Yo creo que esto es muy simple —afirmó Baralt—. El levantamiento de los obreros del Territorio responde a la falta de fuerza de las autoridades locales. Y es lógico que así sea —se inclinó levemente hacia Yuda y después hacia Vicente—. Pero yo tengo la impresión de que con el ejército no va a pasar una cosa semejante. Toda esa gente respeta al ejército, casi todos ellos han pasado por las filas, allí se los ha tratado duramente, puede ser, pero con justicia... A todos iguales. Y eso lo tienen que haber visto y lo tienen que haber comprendido. Estoy seguro de eso. Yo me he encontrado después de muchos años con antiguos soldados míos, aun con los más chúcaros, y siempre me han saludado con cariño. Ellos saben qué significa nuestra institución, la conocen desde hace muchos años y son los que más vinculados han estado a ella —Baralt bebió el último sorbo de vino de su copa y la detuvo a Yuda con un ademán cuando le quiso venir nuevamente. «Tengo formación», explicó brevemente. «No me tiente, señora», después siguió—: Por eso creo... Estoy seguro de que cuando se enteren que venimos con las tropas, todos se van a allanar...

—¿Ése es el tono que le piensa dar a su misión? —preguntó Vicente.

—El tono, no, doctor. Mi consigna.

—¿Las órdenes, quiere decir?

—Sí.

—Me alegro...

Baralt había empezado a golpear su vaso con una cucharita, pero se detuvo:

—¿Por qué se alegra?

—Porque me tranquiliza. Anoche ya me...

—Ahora bien —lo interrumpió Baralt haciendo sonar su vaso y dándose tiempo para escuchar el tintineo—. Nosotros venimos con esa consigna... Ya le dije que

estamos seguros de que no tendremos dificultades y queremos que todo se arregle bien y rápido, porque sabemos el prestigio de que goza el ejército... Pero por ese mismo prestigio, estamos dispuestos a ser muy severos con quienes no quieran actuar con espíritu de colaboración. Y yo traigo ese espíritu. Se lo aseguro. Y mis oficiales, también...

—Pero ¿y si se producen malos entendidos?

Baralt detuvo su cucharita en el aire:

—¿Malos entendidos? —él no comprendía—. ¿Qué son los malos entendidos?

—Una desgracia aislada... algún incidente puramente personal.

—Pero es que nosotros no venimos a defender asuntos personales, doctor. Venimos como institución a cumplir con un deber —Baralt hizo sonar su copa—. Y nada más.

—Pero las instituciones están formadas por hombres...

—Sí, sí. Ya sé. Eso lo he escuchado muchas veces. Cuando se habla de la Iglesia, cuando se habla del Ejército... Es curioso: pero cuando alguien quiere desprestigiar a una de esas instituciones, recuerda que están formadas por hombres. Y los que se ocupan de desprestigiarlos, generalmente —siempre— se dicen defensores de los hombres, idealistas que creen en el hombre... —Baralt exhibió su fuerte dentadura—. Yo, en cambio, soy un idealista que cree en las instituciones.

—Yo también —se adelantó a asegurar Vicente.

—¡Pero, doctor! —Baralt se despojó de todo resto de severidad—. Da la impresión de que yo le estuviera haciendo un cargo... ¿No le parece, señora?

Yuda dijo que sí.

En ese momento llamaron a la puerta de calle.

—Debe ser para mí... —Baralt miró hacia la entrada del comedor y se secó enérgicamente los labios.

—Su ayudante... —anunció Míguez desde la sala.

—Es que es mi hora —Baralt consultaba su reloj—. Ustedes me van a perdonar, pero como le mandé avisar, doctor, ahora tengo formación de la tarde.

Se puso de pie, hizo sonar sus tacos delante de Yuda, le tendió apresuradamente la mano a Vicente y le aseguró que ya iban a hablar con más tiempo, y después fue saliendo precedido de su ayudante:

—¡Pueden mirar desde aquí! —ofreció—. ¡Desde el ventanal...! ¡Me encargué de ofrecerles un buen espectáculo! —y salió ajustándose el sable.

Yuda y Vicente miraron a través del ventanal: en la vereda de enfrente estaba formada la tropa. Eran dos largas hileras segmentadas en pelotones y esperaban la orden del oficial de servicio. Baralt se había detenido en medio de la calzada, frente a sus hombres y se apretaba el sable contra el flanco. El oficial que dirigía la formación se paseó por delante de las filas de soldados toqueteando alguna barbilla, hundiendo

el dedo en dos, cuatro barrigas. «Tiene cara de nutria», pensó Yuda detrás del ventanal. Pero no estaba segura de haber visto una nutria en su vida, en cambio, en el colegio había manejado muchas láminas con roedores, y ese oficial tenía unos labios de roedor. «De liebre», recordó Yuda y apretó la cara contra el vidrio.

—¡Al señor Comandante del Regimiento...! —anunciaba ese oficial de cara de liebre—. Vista deré... ¡chá!

Ciento ochenta, doscientas cabezas giraron. «—Apuntando con la nariz... con la nariz», iba exigiendo el oficial con un enérgico susurro y caminando de espaldas a medida que se acercaba a Baralt que se puso rígido y esperó a que se volviera girando sobre sus talones para comunicarle las novedades. Baralt había comido bien, había bebido bien, el doctor Vera parecía un buen radical aunque lo encontraba demasiado joven para la función que le habían confiado. En cuanto a la barba que usaba... hubiese sido mejor que se la cortase. El oficial giraba sobre sus talones. «Hoy día es ridícula una barba así», se dijo Baralt y después, confusamente, recordó que la mujer de Vera era muy simpática, hablaba poco, y tenía unas copas bastante baratas.

El oficial se cuadró delante de Baralt:

—Con permiso, mi Comandante.

—Lo escucho, Varrón —ésa no era la fórmula que correspondía, pero a Baralt le encantaban esas pequeñas licencias—. Usted dirá...

—El Regimiento formado —informó impecablemente Varrón—. Sin novedad.

—¿Qué tal el alojamiento?

—Bueno, mi Comandante.

—¿De primera?

—Tanto como eso, no, mi Comandante.

—¿Y la comida?

—Polenta, carne de capón y queso y dulce.

—¿En abundancia?

—Sí, mi Comandante.

—¿Alguna otra novedad?

Varrón hablaba sin pestañear:

—Estamos consiguiendo los medios de locomoción...

—¿Cuántos autos pudo conseguir?

—Hasta el momento, cuatro, mi Comandante.

—¿Y camiones?

—Siete.

—Bien —dijo Baralt satisfecho—. Con eso nos vamos a arreglar perfectamente... Tenemos que terminar cuanto antes con todo esto.

Varrón parpadeó:

—¿Los vamos a salir a buscar?

Yuda apretó el dedo sobre el vidrio:

—¡Mirá quiénes vienen allá!

Vicente miró hacia donde señalaba Yuda:

—¿Quiénes?... No veo nada.

—Es que tenés que mirar desde aquí —Yuda lo atrajo hacia su costado y Vicente obedeció; Yuda le seguía apuntando—: Allá, al fondo, detrás de esos chicos que están mirando...

—Sigo sin ver —confesó Vicente.

—¡Allá, hombre! —lo empujó Yuda.

Por el fondo de la calle avanzaba una columna de obreros: iban en silencio, con los brazos al costado del cuerpo. Muy pocos se habían tomado de los brazos como si quisieran reforzar las filas o sus propios cuerpos. Tenían unas caras hoscas y el polvo les había oscurecido la piel. Yuda sintió que tenían odio, un odio magnífico, que no iba a terminar así nomás y que no se acabaría como ella había creído siempre. «El odio se acaba. Las ganas de comer se acaban». No. Ese odio era hermoso, un cuerpo duro y vivo. Y si esos hombres tenían la cara envejecida y avanzaban sin titubear, apoyando los pies sobre el suelo con firmeza, golpeando el suelo, era porque en ese momento todo les era enemigo. El mundo también era duro, enemigo. Y si se negaban a trabajar, era porque querían tener las manos desocupadas, cerca, a los costados de su cuerpo. Y avanzaban en dirección a esa tropa formada.

—Llevan un cajón —murmuró Yuda.

—Sí. Es un entierro.

Baralt había avanzado unos pasos y consultaba algo con ese oficial que estiraba su cara de liebre hacia adelante como si olfateara el aire o una osamenta, o como si se estuviera alistado para largarse a correr.

—¡Por aquí no pueden pasar! —gritó Baralt. Se había adelantado solo y se dirigía a los obreros sosteniendo el sable en la mano—. ¡Por aquí no se puede pasar! —volvió a gritar.

Los obreros siguieron avanzando en silencio, ninguno contestó ni dijo nada, solamente los de la primera fila se tomaron de los brazos, firmes, duros, hacia adelante, sin alzar las manos ni hacer alarde de nada. Se callaban porque habían matado a uno, pero esta vez no se la iban a tragar. No. La mascaban, la amasaban en la boca y les daba asco, pero se sentían seguros con ese asco, estaban llenos de algo. El odio era una saliva espesa y ellos lo rumiaban. Habían matado, podían matar a cualquiera de ellos, había que ver si los mataban. Stocker había dicho: «*Dejan de pagar cuando no nos necesitan más. Pasaron bien durante la esquila, después todo eso se acabó*» y Stocker había hablado subido a una parva, alguien lo había visto y lo había contado: «—*No quieren que trabajemos, solamente quieren que les arreglemos sus asuntos. Eso era lo único que les interesaba*». Y había discutido con Soto y le

había ganado o, por lo menos, Soto lo había dejado hacer lo que le pareciera mejor. Los habían usado, les habían dicho una cosa por otra: «Conejo», *conejo*. Y no era «conejo». Ellos eran unos imbéciles y por eso les podían hacer esas cosas; ellos no tenían nada más que unas buenas manos para cortar la lana de las ovejas, agarrando las tijeras y moviéndolas sin lastimar la carne. Manos y nada de cabeza. Unos imbéciles, en suma. Después habían aparecido los de la guardia blanca, Corral los mandaba. Y ahí estaba ese muerto. El primero. ¿Cómo se llamaba? Masif o Llano o, a lo mejor, Alfaro. Quizá, también, Cecchi o Ñancul. No importaba, daba lo mismo. Al fin de cuentas ¿qué querían todos ellos? Trabajar sin que les gritaran: «¡Venga, cuidado, ahí, haga esto!...». Que los mandaran, sí, vaya y pase, pero que no los estuvieran cargoseando. «—¡Por aquí no se puede pasar!», vociferaba ese hombre. Que se hiciera a un lado. Porque casi todos ellos hacía mucho que andaban por ahí y con ovejas y ya podían darse el lujo de creer que sabían lo que hacían. ¿Acaso había alguno que no supiera qué era voltear una oveja y dejarla pelada? Y, además, querían comer: a la mañana, al mediodía y a la noche. Y no mucho. Una cosa caliente y con eso bastaba. Una cama más o menos blanda, y con eso bastaba. Nada de «camarotes» ni de porquerías por el estilo.

Y de vez en cuando, bajar a Gallegos y correrse hasta esa casa amarilla y pasearse entre esas filas de mujeres sonrientes y aburridas, sentadas en sillas de paja, que leían el diario —un diario atrasado generalmente— o tejían o se arreglaban las uñas o chistaban empecinadamente y sin esperanza, para elegir a Victoria, o dejarse convencer por Casilda o para tumbarse en la cama de dos plazas de Silvia que era bizca y recitaba, o meterse en la piecita de La Paraguaya que era la única que tenía fonógrafo aunque no andaba. Echarse arriba de cualquiera de ellas que, en el fondo, se parecían bastante aunque se vistieran con distintos colores y usaran, una, Alicia, «Violetas de París» y varias, casi todas, «Plaisirs de la nuit». Y tocarlas un poco, tres o cuatro minutos, jugueteando con los pezones o hundiéndoles las manos entre los muslos. Tres o cuatro minutos, nada más. La Paraguaya no tenía pezones, eso sí, pero no se quejaba ni nadie se lo notaba ni se lo echaba en cara. Y dejar que una cosa dulce y tranquilizadora les corriera por la nuca, por la espina dorsal hasta las nalgas. Algo que se abría, un cielo muy blanco o un hilo infinito que les calmaba el cuerpo. Tres o cuatro minutos y, después, las ovejas de nuevo. No era gran cosa lo que pedían, además de un botiquín con las instrucciones en castellano. Vivir, vivir tres o cuatro minutos cada dos o tres meses. O cada seis. Y ahora ese tipo de uniforme que se había parado en medio de la calle les gritaba que se detuvieran. Nada. Ellos seguirían su marcha. ¿Matar? Que mataran. La muerte se repartía, se repartiría. Los soldados estaban a la izquierda, sobre la vereda, ese oficial flaco sin saber qué hacer y ese otro gritando en medio de la calle:

—¡Les ordené que no siguieran! —Baralt se había parado en puntas de pie.

—Siguen... siguen... —murmuraba Yuda como si rezara y su frente se enfriaba con el vidrio del ventanal—. Siguen... Sigan, no se paren...

Y los obreros siguieron avanzando por el centro de la calle apretándose unos contra otros, apelmazados y alertas a lo que podía hacer cualquiera de esos dos oficiales o alguno de los soldados. Pero nadie se movió.

—¡Ya van a ver! —los amenazó Baralt, pero se tuvo que hacer a un costado para que la columna de obreros pasara. Y pasó la primera fila, y los que venían más atrás y los que llevaban el cajón. Pero Baralt siguió gritándoles en la cara o en las orejas de los que marchaban en las puntas de las filas—: ¡Ya van a ver!... ¡Ya que no quieren entender! ¡Esto se va a acabar! —la columna de obreros pasó en silencio, y hasta alguno se lo sacudió si Baralt se animó a agarrarlo de un brazo—. ¡Si no quieren por las buenas!... —y Baralt se quedó solo en medio de la calle—. ¡Somos el Ejército!... —gimió—. ¡Ya van a ver! —y se aferraba a su sable.

Después hubo un largo silencio en que todos los soldados esperaron que pasara algo: que alguno diera una orden, Baralt o cualquiera, para correr o para empezar a fusilar a esa columna de hombres que se alejaba hacia el fondo de la calle o para espantar a todos esos chiquilines que los habían estado mirando, cuchicheando entre ellos y discutiendo sobre si los fusiles que llevaban eran franceses o alemanes.

—¿Mi Comandante?... —Varrón esperaba cuadrado a espaldas de Baralt.

Baralt no se dio vuelta:

—¿Qué quiere?

—¿Hago poner en descanso?

—¡Qué descanso ni qué niño muerto!... Hay que moverse en seguida. Esta misma tarde.

Yuda los miraba: Baralt y ese oficial con cara de liebre dialogaban en medio de la calle.

—Ahora se estarán echando las culpas de lo que pasó —calculó.

—¿Eso te divierte? —Vicente tenía un aire sombrío.

—Bastante.

—¿Y qué es lo que no te divierte si se puede saber?

Yuda se volvió para hablar con un tono apacible:

—Lo que es realmente serio, Vicente. Y no estas imbecilidades de Instituciones intocables.

—Se trata del Ejército.

—¡Y a mí qué me importa el ejército! —a Yuda se le había aflautado la voz—. Porque no se trata de que este o aquel miembro de la institución sea así o asá, sino que todos hablan de la misma manera, como si siempre estuvieran comiendo... Y todo lo hacen como si comieran con muchas ganas y saludan con la misma dureza creyendo deslumbrar o vaya a saber qué... Y todos tienen las mismas cosas metidas

en la cabeza: ideas enérgicas, inobjetables, invulnerables... ¡ah! y también inapelables. Como habló ese señor —dijo Yuda por Baralt— hablan todos... Todos los de la Institución... Y hablan a las mujeres en una forma idéntica y tienen una idéntica capacidad para ser idiotas —Yuda tenía un gesto desapacible—. Y una idéntica ambición por ser idiotas.

—¡Yuda!

—Sí... ¡Yuda!... Sexto grado —enunció ella cortajeando las palabras—, mucho batido de Patria, tres años de gimnasia y treinta esperando a ver con qué revolucioncita pueden arreglar el país.

—Yo respeto al Ejército —dijo Vicente con tiesura.

—Ya lo vi. No necesito que me lo recuerdes.

—En este país han hecho grandes cosas...

—¡Por supuesto que sí! La Campaña de los Andes y no sé qué otra chuchería por el estilo. Pero éstos. Ésos —señaló Yuda a través del ventanal—, los únicos tiros que han tirado en su vida, han sido en el polígono.

—Son respetables, de cualquier manera. Lo que no quiere decir que haya que adorarlos... Ya viste lo que aseguró Baralt y las ideas que trae.

—¡Vaya si las vi!... Tan respetables como los cuadros o los tapices del señor Brun... Y una ¿qué tiene que hacer? ¿Caer de rodillas y adorarlos? —Yuda dio un manotazo en el aire—. ¿Por quién me tomaste? ¿Por una papanata?... Quiero que te des cuenta de una buena vez que...

—¿Y yo lo soy porque te digo estas cosas? —la interrumpió Vicente.

Yuda habló como si lo lamentara:

—Me temo que sí, Vicente: un honesto papanata, un papanata idealista, pero un papanata en fin...

—¡Y vos sos una disolvente!

Yuda largó la carcajada:

—¿Porque no quiero que me tomen por lo que no soy?

—No. Por eso, no. Sino porque parece que estuvieras deseando que todos se agarrasen a las patadas...

—Yo no quiero eso. De ninguna manera.

—¿Y qué querés?

—Yo no quiero que pase eso que decís. Yo no quiero que se maten. En absoluto —aseguró Yuda esforzándose por calmarse—. Solamente hago fuerza para que no se dejen engañar. Para que no se duerman.

—Pero si hasta sospecho que estás rogando...

—¿Qué?

—... Que se despanzurren entre ellos.

Yuda le palmeó el hombro con un ademán viril, intolerable:

—No hay nada que hacerle, Vicentito... Pertenecés a un partido de señoritos que por un lado se derriten por los verdaderos señoritos y que harían cualquier cosa por imitarlos y ser igual a ellos. Y, que por otro lado, se enternecen con los que están abajo. Para un lado y para el otro. Demasiada ternura —se lamentó—, demasiado amor. Y eso no puede ser.

—¿Así me ves? —a Vicente le temblaba la cara.

—Sos así.

—¿Y qué tengo que hacer para ser perfecto, según vos?

—Para ser perfecto... no tengo la menor idea. Pero para poder actuar con algún sentido, hay que elegir, Vicente: o una cosa o la otra.

Vicente se vio reflejado en el vidrio del ventanal y eso le molestó:

—Yo —dijo tratando de ver qué ocurría en la calle—, a pesar de todo lo que está pasando, creo en la equidistancia.

Yuda bostezó:

—Ya me doy cuenta... ya me doy cuenta...

Eso era demasiado y Vicente salió pegando un portazo.

En la calle, Baralt se había apoyado contra un paredón, con los brazos cruzados y lo contemplaba distraídamente a Varrón que se disponía a ordenar.

—¡Atención!... —un sacudimiento recorrió las filas de soldados, todos se irguieron—. ¡Firmés! —volvió a ordenar Varrón. Los que se habían aflojado un poco, alzaron el pecho—. Sobre el hombro... —Varrón tenía la boca abierta, prevenía a la tropa...— ¡ar! —ciento ochenta, doscientos fusiles se alzaron y brillaron con el sol de la tarde. Varrón los recorrió con la vista y se quedó conforme—. Derecha... —Varrón se balanceaba hacia adelante, tieso— ...¡deré! —uno y otro movimiento y toda la tropa quedó enfrentada hacia el puerto, dando la espalda a la columna de obreros que ya se perdía al final de la calle en dirección al cementerio—. De frente... —Varrón demoraba su orden, tenía los puños cerrados...— ¡march! Un, dos, un, dos —y la tropa se puso en movimiento haciendo crujir el pedregullo de la calle principal.

—¡Viva la Patria! —gritó uno de los chicos que había estado mirando; Vicente lo observó: usaba unas medias grises, largas. La calle había quedado en silencio. Nadie contestó.

Soto lo había dejado al frente de esa estancia. Que Stocker fuera el jefe, él no quería hacer cuestión: se era jefe, la gente lo pedía, pero no era algo que se alcanzara discutiendo. Y si había dos, que se quedara el que tenía más ganas. Porque había que tener muchas ganas para ser jefe y, además, creer en lo que se estaba haciendo, aunque resultara una mentira. A la inversa, no: a la gente no se la podía entusiasmar sin ganas, aunque fuera con una verdad. Por esas razones no podía pasarse las horas discutiendo cuando el paro ya era un hecho y la gente de Corral aparecería de un

momento a otro por el camino que llevaba a Gallegos.

«—Yo creo que todo esto es una provocación» —le había dicho a Stocker.

«—Pero si desde el comienzo fue una provocación, y sin embargo salimos a la huelga» —replicó Stocker.

«—Salimos, no» —lo corrigió Soto calmadamente—. «Los acontecimientos nos sacaron. Y usted lo sabe mejor que nadie».

«—Pero se pudo hacer ¿no es así?».

«—Sí que se pudo hacer, pero entonces era un tanteo, la primera vez, y había que ver si la gente respondía» —dijo Soto.

«—Y respondió... Ya ve que la ganamos».

«—¿La ganamos?» —Soto había estado arreglando la palanca del molino y restregaba las manos en el pasto para limpiarse la grasa—. «¿O fue el doctor Vera quien arregló todo?».

«—Él no hizo nada más que... canalizar lo que ya estaba listo».

«—Pero lo canalizó, ¿no es cierto?, y él fue ¿no es cierto?».

Stocker se quedaba en silencio, pero no porque reconociera que Soto tuviera razón, sino para hacer olvidar delante de los que los escuchaban el impacto de esos argumentos y para darse tiempo a armarse más o menos los suyos.

«—Pero usted sabe, Soto» —Stocker recomenzaba la discusión sobándose el pelo rubio, casi blanco, como si buscara algún apoyo para su leve tartamudez y para no resultar violento, en un contraste que lo hubiera desprestigiado delante de la irritante, estúpida calma de Soto—, «que justamente nos han dejado de pagar después de la esquila. Justo. Ni un día antes ni un día después. Y usted ve» —decía con una voz casi plañidera—, «no querían que trabajáramos. Solamente querían que les arregláramos sus negocios y nada más. Son unos ladrones y nos roban. Nos hicieron entrar en su juego y lo hicieron entrar al doctor...».

«—¡No, entrar, no!» —Soto era exacto, ceremonioso—. «Diga mejor que se abusaron de su buena fe».

«—¿A usted le consta?».

«—¿De qué?».

«—De su buena fe».

Soto había dejado de frotarse las manos engrasadas:

«—¿Me quiere insinuar algo?».

«—No. Le aseguro que no».

«—Bueno... Sí. Me consta de su buena fe» —hacía rato que las manos de Soto estaban limpias—. «Yo estuve hablando con él: me dio garantías cuando nadie me las había ofrecido y las cumplió. Me aseguró que nadie me iba a molestar y nadie me molestó. Y eso no pasa todos los días en la Patagonia...».

«—Ni en ningún lado» —ratificaba Stocker, porque él prefería mostrar que se

ponía de parte de Soto cuando Soto decía algo indiscutible.

Soto seguía al cabo de un rato:

«—Vamos a salir, nos vamos a largar a la huelga, pero nos van a meter bala...».

«—¿Usted cree que han dejado de pagar para eso?».

«—Para que nosotros mordamos como unos pescados».

«—¿Y con qué finalidad?» —quería saber Stocker.

«—No estoy muy seguro, pero se me ocurre que para hacer sonar todo lo que sea nuestra organización... Para no tener más inconvenientes, pero por un buen tiempo».

«—¿Solamente eso?».

«—Y a nosotros, viejo, liquidarnos a los que jodemos más».

Stocker se rió orgulloso, con nerviosidad:

«—¿A usted y a mí?».

«—A usted y a mí y a los Solana... a los Micho y a todos los que tienen marcados».

Stocker, a pesar de su orgullo, parecía lamentar algo:

«—Pero... ¿y vamos a dejar pasar esta oportunidad?».

«—¿Qué oportunidad?».

«—Ésta, Soto» —Stocker se esforzaba por tener mucha paciencia, para no alterarse, porque mientras estuviera Soto, él no sería jefe jamás—. «La gente no cobra, se da cuenta que ha sido engañada, y lo único que espera es que le metamos».

«—¿A usted se lo pidieron?».

«—No. Pero a mí me consta que están calientes».

«—Eh... Calientes... calientes...» —Soto tenía un desdeñoso aire de veterano—. «Muchas veces uno está caliente y sin embargo no se encama. Se aguanta».

Pero como Stocker siguió insistiendo y siempre con los mismos argumentos, y él no estaba dispuesto a repetir los suyos, que también iban a ser los mismos, se fue.

«—La gente está caliente y yo no» —concluyó medio adormilado—. «Y para mandar hay que sentir lo mismo que sienten los demás. Yo prefiero esperar a que venga el doctor. Primero le voy a hablar porque quiero ver lo que dice» —y abandonó esa estancia sin que ninguno, ni a sus espaldas, se animara a pensar y mucho menos a decir que se iba porque tenía miedo. Ensilló su ruano muy de madrugada y montó con demasiada calma delante de los que estaban apostados y que lo contemplaron en silencio. Pero no en un silencio hostil, sino más bien perplejo o de admiración, de contrariedad, por todo lo que sabían de él y por su destreza, hasta por la forma en que voleaba la pierna al montar, y porque los abandonaba. Era una garantía Soto: mandaba matar, y uno mataba, porque él transmitía rabia y justificaba una muerte. Y salió en dirección a Gallegos. Tenía que verlo al doctor Vera y pronto, con urgencia, porque las cosas iban a andar muy rápido. No era cuestión de que hicieran tiras a la gente porque estaba caliente: matar a un tipo caliente, era matar con ventaja, era

asesinarlo. Y fue marchando a campo traviesa muy lejos de los caminos. Empezaba a clarear cuando se cruzó con los hombres de Corral, desde lejos, por supuesto, y calculó lo que pasaba: Corral iba en dirección a esa estancia porque en la Sociedad Rural se había resuelto así antes de que llegaran los militares: que todo ese asunto ya hubiera dejado de ser una huelga para convertirse en una venganza. «Allí está la madre del borrego», se dijo. Corral marchaba con un grupo de policías y gente vinculada a la sociedad, de ésos que llamaban guardia blanca y que se hacían los loquitos por el pueblo. Y Soto pensó en volver para atrás, avisarle a Stocker y pedirle por favor que no tiraran, que se dejaran insultar. Pero tenía que verlo al doctor y antes habría que dar muchas vueltas.

Y Corral llegó a la estancia, se cambiaron algunos tiros desde lejos, pero con muchas ganas de acertar, empenándose en acertar y en lograr que alguno de los de enfrente abriera mucho la boca y se largara a gritar de dolor y de miedo. Pero ninguno gritó ni se insultaron porque se conocían de siempre. Solamente a ese peón que no había sido mal domador lo voltearon. Se llamaba Alfaro y había vivido en Punta Bandera, sobre el Argentino, y subió al techo de la casa porque Stocker le dijo que convenía que hubiera alguien mirando para que avisara. «—Vos, que tenés buena vista» —le había dicho al designarlo. Y Alfaro avisó al divisar a la gente de Corral. Pero no tenía ninguna consigna para después que hubiera pegado el grito. Miró y remiró para ver si Stocker le decía: «—Bien, bajá y metete entre los espinillos y dale sin asco cuando ésos estén cerca». Pero no lo pudo encontrar a Stocker a pesar de que lo anduvo buscando por los cuatro costados de la casa; se echaba sobre los aleros y trataba de verlos y si alguno de sus compañeros le preguntaba qué andaba haciendo ahí arriba le respondía: «—Lo busco a Stocker. Quiero saber qué hago, si me quedo aquí en el techo, o tengo que bajar con los demás». Pero Stocker se había adelantado hasta esa línea de álamos recién plantados y no lo podía ver y mucho menos escucharlo y ordenarle que bajara. Así es que Alfaro se quedó dando vueltas por el techo después de haber avisado «—¡Allá viene Corral... por el lado del camino!». Cuando sonaron los primeros disparos que se repetían hasta tres y cuatro veces en las distintas laderas de ese ancho cañadón, más aminorados, más opacos, pero siempre alarmantes, se apoyó en la chimenea que estaba tibia y tiznada. Eso de estar apoyado contra ese tubo tan alto le gustó, porque el viento soplaba duro allí arriba y uno se sentía muy solo. Y desde el techo vio cómo los hombres de Corral se abrían en abanico y se iban echando atrás del bebedero, junto a esos fardos, entre las ruedas de ese carro, pero cuando estaba observando a dos que se escondían y se consultaban entre unas viejas gomas de auto, sintió que lo golpeaban con un fierro o, mejor, con un pedazo de hielo muy duro, aun cuando no supo muy bien si en el cuello o en el pecho, pero el cielo se le tiñó de rosa y todo se le ablandó, los corvas y el techo de esa casa por donde fue rodando, el alero en declive, la canaleta de desagüe de donde

se quiso agarrar y, por fin, la tierra donde cayó y rebotó tres o cuatro veces.

No insistieron los de Corral. Se habrían demorado una hora rodeando la estancia, porque después de ese tiroteo hubo una larga pausa en la que los hombres de Stocker se miraron desde sus puestos, primero en silencio y oliendo la pólvora, y después cuchicheando sus pronósticos sobre si los de Corral se iban o se quedaban hasta la noche. Pero la señal de que se iban, fue el grito de Corral.

—¡Los va a venir a buscar el Ejército! —les anunció. Se había puesto las manos de bocina sobre la boca—. ¡Y se les va a acabar el juguete! —volvió a anunciar, y cuando Stocker lo apuntó con su carabina, justo al medio del pecho, el tiro resonó, pero Corral no se espantó ni se movió un paso, sino que se agarró la bragueta y chilló —: ¡Para ustedes! —otro tiro de Stocker y nada, y de nuevo chilló Corral como si tal cosa—: ¡Para ustedes!

Después se fueron y los hombres de Stocker comenzaron a reunirse en uno de los galpones: un solo muerto y era de ellos, pero ya se habían largado, y de ahí en adelante todo sería más fácil. Ahora había que empardarles, que ganarles. «Listos», pero sin prepararse, y hasta bromeando. Ya estaban calientes y se habían probado, hasta sabían con certeza cómo les funcionaba el arma: sobar el Winchester, manoseándole el gatillo, la recámara, recontar las balas, sobándolas también, dejando que el sudor se enfriara sobre el metal y que el metal se entibiara. El odio reciente era el único que contaba, el de a ver quién volteaba a quién y no el de los pesos que habían dejado de pagar después de la esquila ni las colchonetas roñosas que jamás les habían cambiado. Ya no eran los patrones unos hijos de tal por cual, sino enemigos.

Stocker ordenó que uno de los domadores, amigo de Alfaro, lo pusiera a horcajadas sobre un caballo y lo llevase rápidamente a Gallegos, al local de la federación. «—Que lo entierren hoy mismo y que lo vea mucha gente» —le recomendó—. «A ver si se largan en serio». «—¿Me presta el suyo, Stocker?» —pidió ese hombre. Stocker dudó mucho antes de contestar, pero como el que le preguntaba era amigo de Alfaro y uno de los que lo habían oído repetir desde el techo: «—*Lo busco a Stocker, quiero saber qué hago, si me quedo aquí o tengo que bajar con los demás*», se resolvió a decir: «—Sí, se lo presto» —mientras se alisaba aplicadamente su jopo rubio—. «Pero llevélo a rienda corta».

Y después que el amigo de Alfaro, domador como Alfaro aunque no tan bueno, hubo salido en dirección a Gallegos llevando ese cuerpo que se zangoloteaba contra los flancos del caballo de Stocker, todos los hombres se metieron en las habitaciones de la casa y empezaron a revolver y a elegir y tirar cosas a un costado y a quedarse con otras: al billar lo usaron un rato porque se cansaron en seguida. Además, en una de éstas, un tal Bermúdez hundió el taco en el paño y ahí lo dejó clavado cuando comprendió que si tironeaba para sacarlo, iba a hacer un agujero mucho más grande. De las tres bolas, la única que quedó sobre la mesa fue la colorada, según parece

porque Pierini afirmó y hasta llegó a jurar haciendo una cruz con los dedos, que «— Esa colorada era de pasta, de una imitación que hacían los alemanes y que no valía ni medio, porque en la Anónima se la podía conseguir por unas monedas». Del dormitorio, llegó Traverso embutido en un pijama y ofreciendo un camisón de mujer que nadie aceptó, mientras él se acariciaba el monograma del pecho. Alguna estantería del depósito se vino abajo y las latas de aceite y las pilas de jabones rodaron por el suelo. Mossian se empeñó en contar su infancia en Entre Ríos y quiso describir el palacio del general Urquiza. «—Un verdadero militar, un noble militar que fundó escuelas», repetía. Pero no lo dejaron seguir. En la cocina abrieron a cuchillo las latas de conserva, y más de uno se cortó un dedo y puteó exagerando su dolor pero divirtiéndose, así es que sólo quedaba pegarse una chupada en ese dedo tosco y ensangrentado y seguir mojando el pan en las arvejas o bebiendo el jugo de los duraznos en almíbar, buscando la mirada de los demás para demostrar placer y esperando aprobación o una ruidosa complicidad. Stocker los dejaba hacer, él apenas si se eligió un cigarro y lo estuvo fumando sin ganas pero escrupulosamente. Después descubrió unos prismáticos que lo entusiasmaron y se pasó un buen rato mirando por una punta y por la otra. Eso sí que era algo de jefe, y se los colgó del cuello. Al fin de cuentas, todas esas cosas no importaban: pertenecían a los que los habían engañado, a los que no les pagaban, así es que ellos eran justicieros. Pero de cualquier manera hizo confeccionar unas listas con lo que habían usado y con todo lo que habían comido, porque a las bebidas no permitió que las tocaran. Gritó un poco, pero no tuvo necesidad de insistir, porque todos esos hombres lo entendieron y hasta no faltó quien lo consultara en voz baja si debía poner en su sitio ese almanaque con una Vieja de las Ocas, barnizada como de azúcar, que se había llevado de la cocina.

Después se quedaron en ese galpón: no se discutió porque Stocker era quien decidía por todos. Solamente algunos susurraron algo sobre si realmente vendrían las tropas o si los gritos de Corral habían sido para asustarlos. «—Soto también puede volver con noticias» —se arriesgó a calcular Frías—. «—Sí...» —dijo el otro—. «— Pueden llegar órdenes de la federación y más gente» —siguió Frías más animado—. «—Puede ser...» —murmuró el otro recostándose entre unas bolsas—. «—Eso es lo que espera Stocker». «—Puede ser... todo puede ser» —el otro que hablaba era Almeida y Almeida no se comprometía. «—*Yo no me caso con nadie*», solía decir para definirse. Los demás escuchaban y de paso, opinaban sobre Corral. «—Hace años le metieron un tiro en una pata y se la tocaba y se reía» —recordó Pierini—. «— Si hasta se la golpeaba para que no le doliera» —dijo Traverso. Él lo respetaba. Corral no le tenía miedo a esas cosas. No le asustaba que lo mataran y por eso los podía despreciar. Varios estuvieron de acuerdo en que era medio loco.

—Un loco lindo —sentenció Bermúdez mientras se tanteaba un bulto que tenía en el bolsillo.

—¡Un loco macho! —comentó Pierini con admiración.

—¿Por qué lo dice? —intervino el yugoslavo Davonich.

—Porque se quedó quietito cuando Stocker lo baleó.

—¿Quietito? —Bermúdez cerraba sus dedos sobre una bola blanca.

—¡Sí, señor! —aseguró Pierini.

—Se quedaba quietito porque estaba seguro de que no lo alcanzaban —Bermúdez seguía acariciando esa bola blanca.

—¡Qué va a estar seguro! —escupió Pierini.

Bermúdez se incorporó a medias:

—¿No va a saber Corral hasta dónde llega un Winchester?

Davonich pensó preguntarle a Stocker si realmente había tirado con un Winchester o con qué, pero Stocker se había tumbado sobre unas arpilleras cubriéndose a medias con el cojinillo y dormía con la boca abierta, negra, y con la cara muy blanca y desamparada. Agotaba ser jefe. «Igualito que un muerto», se dijo Davonich. Pero con ese joyo sobre la frente, Stocker parecía un chico muerto.

A medianoche apareció un grupo encabezado por Mossian, Vilate, Frías y Hernández que traía como una jarra de vidrio entre las manos y jugueteaba con una goma larga que arrastraba entre las piernas. Vilate era el que más se divertía bamboleando la cabeza. Enderezaron hacia Stocker para avisarle que ya habían hecho el relevo y, ya que estaban, para amagar con pasarle esa goma por la cara. Pero como Stocker dormía con las manos entre las piernas, ni le avisaron lo de los relevos ni le pasaron esa goma larga por la cara. Y no lo hubieran hecho de cualquier manera. Mucho menos si estaba despierto. Aunque Hernández le tenía ganas desde hacía mucho, pero ganas de vencerlo en algo, no de hacerlo desaparecer, porque a él le gustaba tener adversarios que valiesen la pena. Y antes de correrse a la otra esquina del galpón, afirmó que por lo menos se la hubiera hecho oler.

—¡Es para el upite! —repetía incansablemente, enardecido por los aplausos de Frías—. ¡Para el upite!

Pierini lo detuvo con su natural erudición:

—¿Para el upite?... ¡Qué va a ser para el upite! Eso es para hacer gárgaras...

Hernández se tambaleaba de alegría:

—¡Ah!... ¿Sí? ¿Y cómo se hace?

—Ese frasco se llena de agua —señaló Pierini—, y para eso tiene ese medidor al costado: se puede llenar por la mitad o tres cuartos... Según. Si son dos o tres los que tienen que hacer gárgaras o toda la familia entera.

—¿Y la goma? —Hernández se la pasaba por delante de la cara al imperturbable Pierini.

—Para soplar, así se levantan esas burbujas que son buenas para las gárgaras —replicó Pierini con dignidad.

—¿A ver? —Hernández le puso la goma delante de la boca—. ¡Encajá los labios! Pero Pierini, parsimoniosamente, lo apartó de un manotazo.

—¿Y? —preguntaba Hernández entre las risas de Vilate—. ¿Por qué no ponés los labios?

—A mí no me gusta poner la boca donde la ponen otros —dijo Pierini—. Por eso ni mate tomo...

Y era cierto. Y Hernández se pasó un largo rato cargoseando a los demás para ver si conseguía que alguno pusiera la boca: «—Si es para gárgaras» —repetía infatigablemente—. «Para gárgaras... si lo dice Pierini». Y uno se lo espantó como a una mosca y Almeida le dio un empujón y Vilate ni le contestó porque se fue durmiendo al compás de los sacudones de su enorme cabeza. Entonces Hernández se sentó y empezó a jugar con su goma: primero la hizo culebrear sobre el piso de tierra, después se la enroscó en la muñeca, después la estuvo estirando para ver hasta dónde aguantaba y, cuando se le rompió, hizo la prueba con los pedazos sanos hasta que, por último, la fue cortando con su cuchillo en pedacitos minúsculos. Todavía estaba despierto y ya había advertido que eran varios los que se deslizaban hacia los caballos cuidando de que nadie los oyera, cuando vio que uno de los que habían quedado apostados venía corriendo desde el filo del cañadón, tropezaba con unas botellas vacías, se levantaba y encogido y frotándose vivamente se acercaba gritando:

—¡Vienen las tropas!

Stocker se levantó de un salto. Parecía que hubiera estado esperando ese momento.

—¡Arriba... todo el mundo arriba! —ordenó.

Los que dormían se fueron levantando perezosamente, con torpeza, como aturdidos.

Davonich se le acercó con su carabina:

—¿Distribuyó a la gente? —un tic le estremecía un ojo.

—Sí —Stocker jamás se lo había notado—. Todos al frente bien abiertos, pero cerca uno del otro.

—¿Y atrás? —era indudable que Davonich se esforzaba porque ese tic se le fuera borrando.

—Con dos, suficiente.

—Muy bien.

—¡Y que esperen mis órdenes! —le recomendó Stocker desde lejos cuando el yugoslavo había enderezado hacia los galpones, controlando su arma y con el tic apaciguado.

Un suboficial avanzó por el costado del campo, lentamente, con cautela, se agachó para cruzar el alambrado y se fue acercando mientras agitaba en el aire su gorra de fajina cubierta con un trapo blanco.

—¿Le tiro? —Davonich se había acercado arrastrándose sobre los codos.

—No... no... —Stocker le bajó suavemente el cañón de la carabina—. Que no son los de Corral.

—¿Va a hablar con él?

Stocker estaba malhumorado: el sueño que le habían interrumpido, los que se habían escapado esa noche disminuyendo sus fuerzas, el frío que sentía en los huesos y lo rápido que se había cumplido el anuncio de Corral. «Demasiado rápido», se lamentaba. Demasiado rápido habían llegado las tropas.

—No vino nadie de Gallegos —refunfuñó—. Ni uno vino a ayudarnos —allí delante ese suboficial se había detenido junto al bebedero y miraba hacia todos los costados—. Y ése espera que salga alguien...

—¿Va usted? —Davonich acariciaba su carabina.

—Y, tiene que ir alguno —admitió Stocker con pesadumbre—. Total: se nos ha ido más de la mitad de la gente y no llega nadie de Gallegos...

—No. Nadie —corroboró Davonich.

Stocker miró a través de sus prismáticos:

—¡Fu! —resopló—. Son como cincuenta.

—O más.

—Sí... —Stocker seguía mirando por los prismáticos: era un montón de insectos verdes y lentos los que se habían detenido en la entrada del cañadón. Y no tenían ojos ni boca. ¿Mandíbulas? Sí. A todos se las veía: eran de metal y brillaban bajo el sol—. Unos setenta —se rectificó.

Davonich volcó la cabeza sobre su arma:

—No tenemos nada que hacer —dijo resignado.

—Nada —Stocker, sin embargo, no se quería someter—. Salvo que nos dejemos romper el alma... —sugirió.

—¿No hay nadie?! —preguntó en ese momento el suboficial y se quedó tieso, indignado por esa casa, esos árboles y esos carros silenciosos.

—¡Ahora va! —le contestó Stocker—. «Que espere, que se aguante» —y nuevamente se volvió hacia Davonich—: ¿A usted qué le parece?

Davonich se aplastó aún más contra la tierra sin dejar de apuntar hacia ese suboficial.

—¿Qué...? ¿Si la gente va a aguantar?

—Sí.

—Ganas tienen. Muchas ganas, y usted sabe que se han quedado recalientes con lo de Alfaro, pero...

—No hay balas —suspiró Stocker.

—Ni balas ni hombres.

—Y, yo esperaba refuerzos. Para eso mandé el cuerpo de Alfaro... También tenía

que llegar gente de otras estancias. Pero éstos se han venido a todo lo que daban. Y con camiones —se justificó Stocker—. ¿Cuántos quedamos?

—Diez, en total.

Entonces Stocker se resolvió a ponerse de pie:

—Cuidemé, yugoslavo, no sea que me volteen como a un chingolo...

—Esté tranquilo —prometió Davonich más con el ademán que hizo con la carabina que con sus propias palabras. Después vio cómo Stocker avanzaba en dirección a ese suboficial que tenía un pelo tan rubio, casi tan blanco como él, y que esperaba sentado en el bebedero abanicándose inútilmente con su gorra de fajina. A medida que avanzaba, Stocker escupía muy seguido: sentiría un gusto ácido en la boca o las encías le soltarían un poco de sangre. Cuando llegó frente al otro, se detuvo.

—Sargento Gordon —se presentó el suboficial sin despegar las nalgas del bebedero.

—Buenas... —saludó Stocker y le tendió la mano después de frotársela contra el pantalón, advirtiéndole que ese hombre era bajo, mucho más bajo que él y calculando que estaría acostumbrado a hablar alzándose en puntas de pie.

—Buenas —dijo Gordon, pero lo dejó con la mano tendida—. Vengo de parte del teniente coronel Baralt con la exigencia de que se entreguen incondicionalmente...

—¿Incondicionalmente?

—Sí.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no se les puede dar tratamiento de prisioneros de guerra...

—¿Cómo dice? —Stocker lo miraba con un gesto insolente; por el gusto ácido que verdaderamente sentía en la boca, porque no le había tendido la mano y porque parecía no darse cuenta de que en cualquier momento, con que él hiciera chasquear los dedos o se le fuera encima, el yugoslavo Davonich lo bajaba de un tiro—. ¿Nos quieren fusilar a todos? —ironizó.

—Nosotros no queremos fusilar a nadie...

—No. Que no quieran, no. Que no pueden —Stocker señaló vagamente hacia los costados—. Hay mucha gente en posición y les podemos dar un dolor de cabeza.

—¿Mucha gente? —el sargento Gordon era escéptico—. Tenemos buenos informes...

—¿Corral? Bah... Ése qué sabe.

—Corral o cualquiera —dijo el sargento Gordon—. Ustedes no pasan de veinte... y con diez o doce Winchester...

—Pero, de cualquier manera, les podemos dar un dolor de cabeza, ¿no le parece, sargento?

El sargento Gordon le señaló los prismáticos:

—Usted vio las tropas, ¿no?

—Sí.

—¿Vio cuántos somos?

—Sí...

—¿Y todavía cree en eso que dice?

—Claro. Por lo mismo que miré... por lo mismo que somos menos que ustedes...

—¿Se van a hacer asesinar? —el tono de Gordon no llegaba a ser respetuoso.

—Total... —Stocker sacudió los hombros—. Los responsables van a ser ustedes. Y a mi gente le da lo mismo. A esta altura de los acontecimientos...

—¿Seguro?

—Seguro —Stocker escupió toda la saliva ácida que se le había amontonado en la boca: diez hombres en total con ocho carabinas y un par de revólveres. Ni medio. Y allí nomás, alrededor de setenta soldados. Y ese sargento que le miraba el pelo, lo comparaba con el suyo y parecía no tener ningún apuro. A él, le convenía que se sintiera así: todavía podían llegar refuerzos de Gallegos; la federación, los amigos que él tenía, la indignación que iba a provocar el asunto de Alfaro. Ni medio, nada—. Están lo suficientemente calientes como para largarse a cualquier cosa —dijo deseando que fuera verdad.

El sargento Gordon era un hombre comprensivo:

—Y si no les damos tratamiento de prisioneros de guerra ¿qué pretenden?

—Que nos dejen ir.

—Que los dejemos ir... —repitió Gordon reflexivamente.

—Les dejamos la estancia intacta ¿qué más quieren?

—¿Y lo que robaron?

—¡Nosotros no robamos nada...! Por eso nos podemos quedar a esperarlos a ustedes —Stocker hizo un ademán violento y los prismáticos le bailaron delante del pecho—. ¡Y les vamos a dar una lista con todo lo que usamos, para pagarlo!

Gordon se sonrió compasivamente:

—¿Y eso? —inquirió señalando los prismáticos.

Stocker no se inmutó:

—Yo los uso y yo los devuelvo.

—¿Cuántas botellas? —preguntó Gordon campechanamente como para que Stocker se le franqueara.

—¿De qué?

—De vino... ¿de qué si no?

Stocker no quiso tomarse el trabajo de contestar, se acercó al bebedero, hundió las manos en el agua helada, se remojó los brazos y la cara y después hizo unos buches ruidosos:

—¿Ha resuelto algo? —preguntó volviéndose hacia el sargento.

—Tendría que consultar...

—Mi propuesta es muy clara —resumió Stocker soltando un escupitajo enérgico con el resto de agua y de saliva ácida que le quedaba en la boca—. Nosotros nos vamos... Nos dejan ir —concedió—, y ustedes se quedan con la estancia y con los totales de gastos... ¿Qué más quieren?

—Nada, nada más —se burló Gordon.

—Y si no, avancen... —propuso Stocker—, y vamos a ver qué pasa: ustedes traen conscriptos que saben de todo esto como yo de capar monos. Serán cien o qué sé yo cuántos... Avancen —compadreo Stocker con la seguridad que le habían dado sus últimos argumentos y la mirada turbia del sargento—. Avancen... y vamos a ver qué les pasa a sus soldaditos...

—Nosotros no queremos violencia —dijo el sargento Gordon y se dio vuelta—. Voy a consultar... —agregó mientras trotaba hacia el frente.

—Vaya, m'hijo, vaya... —le tocaba burlarse a Stocker, y él se aprovechó todo lo que pudo: ya no tenía ninguna acidez en la boca y, en cambio, sentía las mejillas frescas, había estado hábil cuando no tenía ninguna alternativa, y, pese a todo, no la había sacado tan mal. Además, ese sargento se había visto en la obligación de bajarse del bebedero y evidenciar su poca altura. Entonces se sentó despaciosamente en el suelo.

—¿Y, qué tal? —el yugoslavo Davonich se le había acercado arrastrándose.

—Bien... Bastante bien —dijo Stocker y apuntó con sus prismáticos hacia las tropas: miraba por un solo lente, con desenvoltura—. Vamos sacando alguna ventajita...

—¿Me presta? —Davonich señalaba los prismáticos.

—Sí, hombre, sí —Stocker dejó que el otro se los sacara del cuello—. Y la gente —preguntó mientras Davonich miraba hacia allá adelante—, ¿qué opina?

—Lo que usted diga.

—¿Tranquila?

—Como agua de tanque.

Davonich se entretuvo en mirar a través de los prismáticos: ese suboficial regresó por donde había venido con sólo dos variantes, pasó por el guardaganado en lugar de aguzar por el alambrado, y esta vez llevaba la gorra de fajina en la cabeza. Y allí arriba el trapo blanco se le agitaba con el viento.

—¿Qué hacen? —quiso saber Stocker.

—Están deliberando... —iba describiendo Davonich—. El jefe es un tipo gordote y parece que tira la bronca... Hay dos oficiales más...

Hubo un silencio, un pájaro graznó.

—¿Y ahora?

—Están mirando unos papeles...

—¿No será un mapa?

—Sí. Es un mapa. Un mapa grande... lo han extendido en el suelo y el jefe está arrodillado... Y ahora manda alguien para acá...

—¿Despliegan a la tropa?

—No sé... no sé...

—A ver... Déme —Stocker le quitó los prismáticos a Davonich y miró—: Viene solo —anunció.

—¿El mismo de hoy?

—Sí.

De nuevo se acercaba el sargento Gordon, esta vez casi al trote:

—¡Acepta! —anunció desde lejos.

—¿Nos podemos ir? —Stocker también avanzó, a sus espaldas quedó Davonich con la carabina en las manos, alerta.

—Sí —dijo Gordon cuando estuvo cerca, jadeaba al hablar—. Pero con la condición de que entreguen las armas...

Eso era algo nuevo. Pero si Stocker aceptaba como si tal cosa, como si no lo hubiera sorprendido en tanto era algo implícito en lo que había arreglado con Gordon, demostraba su juego limpio. «Juego limpio»; Stocker pensó en algo blanco o dorado, suave y muy duro y rápidamente se volvió hacia donde sabía estaba apostada su gente:

—¡Nos dejan ir si entregamos las armas! —gritó: él los consultaba, había que moverse y actuar sin dar muchas vueltas, era una oportunidad de salvar la ropa. Toma y daca. Desde los carros tenía que contestar Pierini, Hernández desde el corral, Vilate iba a tener que gritar fuerte porque era el que estaba más lejos.

—Y después que entreguemos las armas ¿qué pasa? —era Hernández el que preguntaba desde su puesto.

—¡Nos balean! —chilló Mossian que estaba echado entre unas matas.

—¡Pero si nos quedamos, no aguantamos ni un día! —opinó Almeida desde la casa.

Stocker le pidió su parecer a Davonich con una mirada.

—Lo que usted mande —dijo el yugoslavo.

Stocker miró una vez más los lugares donde estaban apostados sus hombres —donde tenían que estar—: esa ventana, el altillo, la línea de álamos, los carros. Quedaban diez contándolo a él: muy pocos. Y de Gallegos no llegaba ni un alma ni tenía noticias de Soto. Pero si en verdad nunca había esperado noticias de nadie ni refuerzos de ninguna especie. Se había largado y allí estaban. Él se había largado. «—La gente no cobra, se da cuenta que ha sido engañada, está caliente y lo único que pide es que le metamos», le había dicho a Soto. Allí estaban, le habían metido. Y por él. Pero ¿qué habían hecho? Romper unos cuantos vidrios y un poco de ropa. Ni

habían hecho nada grave ni los podían acusar de grandes cosas. Eso lo tranquilizaba, aunque era lamentable sentirse tranquilo precisamente por no haber hecho nada cuando se había tenido una oportunidad. Como no tirarse a una mujer cuando ella lo pedía. Él tenía «la conciencia tranquila», pero la gente se reía de los que tenían «la conciencia tranquila». Y también se reiría de él porque no se había animado a hacer nada. Cuando se podía, había que dar el manotazo... Pero a él nadie lo podría acusar de nada. Aunque muchos de sus hombres se habían escapado de noche. ¿Qué se habrían llevado? Algunas chucherías —pensó—. Lo de Corral había sido muy fácil, sí, un pasatiempo, sí, un verdadero tiro al blanco. Pero eso no era una huelga. ¿O él se la había imaginado así? ¿Sacarse la rabia? Por supuesto, y de muchas cosas: de su mujer, de haber tenido que dejar Bahía Blanca, del frigorífico... y mandar alguna vez en la vida demostrando que podía ser obedecido. ¿Quedarse ahí para matar conscriptos?... No. Se calentarían ellos y sería peor. ¿Dejarse matar en compañía de esos nueve hombres? Se calentarían los de la federación, gritarían sus nombres por la calle, los escribirían en las paredes... Sí, muy lindo. Que todo estallara y que todo se fuera al demonio: ni mejores sueldos ni mejor comida ni mejores cuartos ni mejor de nada. ¿Hacerse romper el alma y que ganara el que aguantara más? ¿Que si entregaban las armas no sabían qué iba a pasar? Los militares eran idiotas —en Bahía Blanca lo decía todo el mundo—, y los militares cumplían su palabra. Eran muy brutos y cuando se ponían en algo no se movían para nada. Pero él era el jefe, el único responsable. Entonces le comunicó al sargento Gordon:

—Entregamos las armas.

—Bien —aceptó el otro—, es lo mejor que puede hacer.

—Así no hay tiros...

—Así no hay tiros —le confirmó el sargento.

—¿Y nuestros caballos?

—Los apartan más tarde.

Stocker fue a buscar su carabina y la tiró a los pies de Gordon, después depositó cuidadosamente los prismáticos.

—Confiamos en ustedes —le recordó al sargento echándole el aliento en la cara.

—Hacen bien —aprobó el otro.

Los nueve hombres se fueron acercando en silencio y depositaron sus armas en el suelo; el único que rezongó fue Hernández: «—En el ejército jamás vieron una Parabelum como ésta» —dijo y con furia tiró su pistola en ese montón para ver si se rompía, o por lo menos se descalibraba.

Las armas habían quedado en el suelo, parecían leña apilada y podían encender una gran fogata; los hombres las contemplaban soñadoramente, como hipnotizados.

—¡Está listo! —comunicó Gordon agitando su gorra en dirección a las tropas.

Y en ese instante a Stocker se le ocurrió pensar que tenían las manos vacías y que

estaban librados a lo que se le ocurriera a ese Jefe que venía de pie en el primero de los camiones. Había perdido. Eso. *Per-di-do*. ¿Qué otra posibilidad verdadera le hubiera quedado? ¿Aguantarse con sus hombres hasta que no les quedara ni un cartucho? Al final, hubiera sido lo mismo pero después de irritar a los del ejército. ¿Escaparse? ¿Por dónde? ¿De a caballo? Si los otros iban en camiones. No tenía sentido. Había fracasado, pero le costaba admitir que Soto había sido prudente y certero. Pero, por lo menos, había salvado la ropa. «Salvado la ropa», se dijo con una triste satisfacción mientras el ronquido de los caminos le llenaba la cabeza de unas ondas que lo estremecían. Pero Soto hubiera encontrado otra salida. Stocker se franqueó consigo mismo: ojalá hubiera estado Soto, qué lástima que Soto no estaba, era imprescindible su presencia. Y se indignó consigo mismo: ojalá le hubiera pedido a Soto que se quedara. Y, por último, se acusó: por favor, que llegara... «No sirvo» —concluyó— «para nada».

—¿Quién es el responsable aquí? —preguntó Baralt sin descender del camión. Permanecía parado y apoyaba las manos sobre el parabrisa. Era un gran ídolo inescrutable y exigente.

—¡Todos! —respondió Davonich sin adelantarse.

—¿Y ustedes saben lo que han hecho? —gritó Baralt con un tono descompuesto.

—Sí... —terció Mossian ajustándose la faja.

—¡Qué van a saber! —Baralt se quitó los guantes y los sacudió contra el parabrisa—: ¡Ustedes se han puesto al margen de la ley, como verdaderos asaltantes! ... Arman escándalo en la calle, salen en manifestación sin permiso, asaltan estancias —esa enumeración resultaba agravante—. ¿Qué se han creído? ¿Que esto va a seguir como si tal cosa?

—¡Estábamos en huelga! —le recordó Davonich.

—¿Huelga?

—¡Sí, señor!

—¡Aquí no hay derecho de huelga!... Ustedes son responsables de todo lo que ha pasado en el Territorio y deberán atenerse a las...

—Pero ustedes se comprometieron a dejarnos ir —dijo Stocker, estaba indignado porque advertía que ese hombre era de los que se enfurecían a medida que hablaban, y que si al principio tenía una idea más o menos clara de lo que estaba diciendo y de lo que quería, terminaría vociferando y soltando las palabras como espumarajos de saliva—. Eso fue lo que nos aseguró el sargento —y lo señaló a Gordon que permanecía en silencio a un costado del camión de su jefe.

Baralt se volvió hacia Gordon:

—¿Es cierto eso?

—Sí...

—Aquí ha habido un malentendido —aseguró Baralt irguiéndose en su tribuna,

ahora parecía tranquilizado: a sus espaldas esperaba la tropa, lo estaría escuchando y él estaba arriba de ese camión; esos peones, en cambio, se habían entregado y lo contemplaban desde allí abajo, con los brazos caídos. Sería por eso. Ellos eran setenta, los más, habían ganado, eran el Ejército, la Patria, la Ley. Dios estaba con ellos—. Seguro que los dejaremos ir... —prometió con un tono campechano—. Pero con nosotros se tiene que quedar uno...

—¿Qué es esto? —Stocker enrojeció—. ¿Una tomadura de pelo?

—No —Baralt estaba definitivamente tranquilizado y volvía a ser un ídolo impasible erguido en su altar—. Si nosotros no les imponemos nada. Elijan ustedes... el que ustedes voten.

—¿Votar? —saltó Davonich—. ¿Votar por qué?

—Y, ya que son tan democráticos...

Yuda se echó en la cama, respiró lentamente, varias veces, y se quitó los zapatos con los pies. Ya estaba. Al fin. El dormitorio había quedado a oscuras pero las uñas de sus pies brillaban con la luz que se filtraba desde el comedor; eran diez diminutas placas relucientes que se ponían en movimiento o se entreabrían sólo con que ella se lo propusiera. Y ella alzó los pies, contempló la sombra que marcaban contra la pared, hizo aletear los dedos y se quedó conforme con la curva de su empeine. Generalmente no le entusiasmaba su cuerpo, pero sus pies casi podría decirse que la enternecían. Eran lo menos humano que tenía la gente; ella, en cambio, tenía pies demasiado humanos. «—*Idénticos a las manos*», le había dicho Vicente una vez. Y de eso ya hacía tiempo, cuando ella se había sentido tranquila y Vicente se esforzaba en descansar: «En modificarse», había pensado Yuda. En cambio, todo ese día había estado inquieta: el movimiento que había en el pueblo, los camiones que pasaban aturdiendo con sus motores y que salían para el campo, las órdenes que se gritaban en medio de la calle.

Y la incompreensión de Vicente y esa desagradable discusión. Desde el día anterior lo evitaba y entraba cautelosamente en cada pieza para no toparse con él. No quería explicarse, porque seguramente lo haría sin orden y sin éxito y terminaría con una sensación insípida en la boca. Y él creería que estaba jugando. «A la niñita caprichosa». Esa imagen le provocó un estremecimiento. Reírse de las cosas idiotas no era jugar. ¿Burlarse de lo que él pensaba? Vicente, en el fondo, estimaba demasiado sus propias estupideces y tenía una tolerancia desproporcionada para consigo mismo, sobre todo cuando se olvidaba de sus titubeos, de su soledad o de su cansancio. Fatigado era formidable. Y ella se lo había dicho: «—*Cuando te va bien, lo primero que creés es que te ratifican tus prejuicios*». Claro, por supuesto que ella lo provocaba, pero no podía tolerar que él se quedara complacido con lo que había pensado siempre. Y que todavía seguía pensando. Yuda murmuró contemplando el

techo de su dormitorio: «Vicente cree que sus prejuicios son lo más sólido que tiene... lo que lo puede salvar». Había murmurado apenas, pero pensó que le hubiera gustado decirlo en voz alta: «Vicente cree que sus...», repitió, pero no terminó la frase. Estaba agotada y a causa de eso se había recostado: por todo ese malestar que sentía y por no ver a la gente que había en el comedor conversando con Vicente. Y ahí estaba ella: mirándose los pies en medio de esa penumbra que se iba aclarando poco a poco, y sobándose los y arrancándose minuciosamente las pielcitas que se le endurecían en el talón. «—*Tenés unos pies de chiquilina*», le había dicho Vicente aquella vez. «—*No, no...*» —había negado ella «*De chiquilina no*». «—*Unos pies de muñeca, entonces*» —había propuesto él. «—*No. Eso es pornografía*». «—*Unos pies de muerta ¿quizás?*». «—*Tampoco*» —Yuda no se había querido dar por satisfecha—. «*Eso es macabro*». «—*¿De qué si se puede saber?*» Yuda había dicho con una expresión perversa: «—*Pies de monja*». «—*¡Eso no tiene sentido!*» —había negado Vicente y ella se sintió defraudada, como si hubiera contado un cuento adelantando que era excelente sin provocar el menor entusiasmo.

Bien: eso no había tenido sentido, pero como no tenía sentido que Vicente hablara en la habitación de al lado diciendo esas cosas. Y Yuda se sentía incómoda por tener que escucharlo, por estar obligada a escucharlo y a quedarse echada porque se sentía mal. Su cuerpo nunca le había gustado, pero desde esa mañana se había visto en la obligación de ocuparse de él: mirarlo, palparlo, atenderlo. Era feo, torpe y suyo. Vicente hacía más de una hora que estaba hablando, orgulloso de lo que decía, con más certeza a medida que avanzaba y recuperando lo peor de su seguridad porque nadie lo interrumpía.

—Yo tengo la impresión —afirmaba con un tono campanudo que Yuda muy pocas veces le había escuchado o si se lo había escuchado tendría que haber sido al principio, en aquel baile, pero que se le había ido atenuando como si le avergonzara: una especie de ropa grotesca o demasiado compadre y llamativa que ya no podía usar jamás. Pero Vicente era «*Una mezcla de chulo y señorito*», recordó Yuda— ...que el Ejército va a actuar con cautela —seguía Vicente—. Eso es lo que espero... Más: ya estoy seguro. Lo que me ha dicho Baralt me ha tranquilizado. Es un hombre sereno y tiene autoridad; es decir, piensa y puede mandar cuando lo cree necesario... Aun cuando yo tengo que confesar —el tono de Vicente se suavizó— que cuando me enteré de la noticia de que venían al Sur, me alarmé. No hay que olvidar que en Buenos Aires la semana de enero fue tremenda... brutal —correspondía agregar «innecesaria», pero Yuda estaba segura de que Vicente no lo iba a decir. Como tampoco pasaría de la descripción de los hechos si es que se resolvía a hacerlo. Y eso lo haría con la cautela de un jugador que se va descartando: soltando un naipe y espiando las reacciones de los otros y calculando el juego de cada uno. Un naipe, otro naipe—. Es que en las calles ya no se podía andar —continuaba Vicente sinceramente

afectado, y era indudable que no pasaría de decir «ocurrió esto» o bien «ocurrió lo de más allá», pero en ningún momento trataría de explicar nada; de arriesgar un «bien» o un «mal»—. Ni en tranvía ni en subte ni en nada... —enumeró Vicente—. Las calles estaban desiertas y en muchas lo único que se veía eran las ventanas cerradas con las persianas bajas... Y el Ejército tuvo que actuar para poner en movimiento todo eso. Fue... ¿cómo les diría?... —la voz de Vicente se amplificaba: estaría apuntando con la cara hacia el techo y buscando la palabra exacta—. Una medida de economía. De estricta economía —había encontrado la palabra—. Y no otra cosa —aseguró—. Porque no era posible que toda una ciudad se parara... que una ciudad como *Buenos Aires* permaneciese muerta porque a unos cuantos se les había dado la gana... —Yuda comprendía que Vicente estaba contando lo del 19 porque buscaba un paralelo con lo que estaba ocurriendo en el Territorio; las razones de allá le servirían para aquí, lo que hubiera que justificar allá, también. No podía ser que una gran ciudad como Buenos Aires se quedara inactiva. De ninguna manera. Vicente justificaba el Ejército, el Ejército a Hipólito Yrigoyen, Hipólito Yrigoyen a Vicente. Todos eran razonables, aliados, cautelosos y tranquilizadores. En otro momento, probablemente, él no hubiera hablado así, pensaba Yuda, pero ahora sentía rencor contra los obreros porque gritaban en la calle y no lo habían ido a consultar cuando era él quien había resuelto todo la primera vez. Y rencor contra ella. Porque sabía que lo estaba escuchando y necesitaba justificarse de alguna manera—. El Ejército actuó con eficacia y ecuanimidad en un asunto en el que otras instituciones no pudieron hacer nada. Absolutamente nada —continuaba Vicente, y Yuda calculó que se estaría mirando las uñas, bajándose alguna cutícula demasiado crecida o contemplándose con cierta devoción sus medialunas y poniendo los pulgares uno al lado del otro para comprobar si había simetría en sus manos. A Vicente sí que le gustaba su cuerpo. No lo entretenía como a ella, sino que él lo amaba: sus manos, su barba, su nariz, el lóbulo de sus orejas. Estaba conforme con su cuerpo, seguro de él y lo quería. Y Vicente seguía con una seguridad insufrible—: Aquí, el Ejército también va a proceder con cautela, aunque no sea nada más que por diferenciarse de la policía. Van a ser ecuanímes, se van a poner en el justo medio, que es lo que necesita este asunto y lo que necesita el país. En todo —Vicente se iba pasando paulatinamente al campo del ejército, sin advertirlo, al empeñarse en demostrar que el ejército era el que estaba encuadrado dentro de sus planteos—. Es que... —vaciló Vicente por primera vez—, el Ejército es una institución que *naturalmente* tiene que buscar el equilibrio... una equidistancia entre cualquier tipo de conflicto que se produzca en el país. Hasta por su misma composición, porque en el Ejército hay de todo: desde el descendiente de algún prócer hasta el sargento de frontera que se fue haciendo allí dentro... ¿Quién no sabe eso? —un rumor aprobó lo que decía Vicente, él siguió—: ¡No hay nada que hacerle!, es la institución clásica por excelencia —el humo de los cigarrillos llegaba

hasta la cama de Yuda. Ese comedor estaba demasiado cerrado y Vicente carraspeó—. Es la institución síntesis —dijo—, que por lógica interna siempre se va a poner en el punto de equilibrio —Vicente alzó la voz como si presintiera que estaba llegado al final de una frase, y Yuda, ahí echada en su cama, calculó que se habría alzado las guías del bigote mientras se tragaba ese vientre redondo que ya lo estaba caracterizando. Sólo le faltaba agregar que «Donde se encontraba el Ejército, en cualquier caso; allí tenía que estar el punto de equilibrio». Es decir: la Verdad—. Hay que pensar, además —prosiguió Vicente, con entusiasmo, retomando el hilo de su discurso y Yuda alzó apenas la cabeza alcanzando a ver su mano apoyada en la esquina de la mesa cubierta por una carpeta verde—, que el Ejército es previo a la formación de la nacionalidad —la blanca mano de Vicente se iba cerrando y las borlas de esa carpeta se estremecían—. Es anterior y esencial. Así es que está en su mayor interés proteger todo aquello que haga a la nacionalidad. No puede atentar contra sus habitantes. De ninguna, pero de ninguna manera... ¿No les parece? —hubo un silencio en que nadie contestó—. A mí sí me parece —se ratificó Vicente—. Y por varias razones: por sus características propias, por su equilibrio, por su formación y por su origen es una estructura social que no puede ponerse en contra de ciertas cosas porque sencillamente sería suicida. Y suicidas se encuentran entre los cansados, entre los aburridos; pero no entre gente llena de vigor —Vicente se rió moderadamente y los que estaban con él lo imitaron; después se marcó otro silencio; todos esperaban que él continuara, les gustaba oírlo, los fascinaba—. Piensen ustedes —y Vicente se sonrió armando un clima favorable a lo que iba a contar, pero sin adelantar nada, sin encarecer los méritos de lo que iba a contar—, que esta mañana tiré un poco de esgrima con el teniente Ulloa... Ulloa es un hombre muy joven, más joven que yo —Vicente soltó otra risita breve—, es dueño de un brazo firme y de una buena vista, pero no tiene piernas —Yuda oyó que se palmeaba los muslos—, y las que tiene son cortonas y le fallan cuando se tira a fondo. Yo lo invité por una razón de cortesía y, de paso —Vicente volvió a sonreír—, porque quería demostrarle que los civilacos del Territorio sabemos un poco qué es una pedana —la sonrisa de Vicente se contagió a todos los que lo escuchaban—, y qué cosa es practicar un deporte así, tan macho... Invité a algunos amigos, se sirvió un poco de café, unas copas, cigarros, porque me interesaba aceitar un poco todo este clima que se ha ido creando en los últimos días... —hubo una pausa y Yuda imaginó las caras de los que estaban en ese comedor pendientes de Vicente: los ojos brillantes, vidriosos, y el cuello estirado, con muchas ganas de sonreírse y haciendo un esfuerzo para no soltarse y quebrar esa tensión que Vicente había ido armando cuidadosa y diestramente, y atentos a sus manos, que él se habría frotado hasta dejarlas pálidas, y a su barba puntiaguda—. Ulloa es un señor esgrimista —aseguró Vicente—. Él hizo tres toques y tres yo. Estábamos a la par con el Ejército. En equilibrio. La gente que asistió tuvo unos

aplausos generosos. Personalmente, creo que fue un buen espectáculo. Un espectáculo de calidad que por aquí no se ve con frecuencia. Y mucha cordialidad —resumió Vicente—, sentido deportivo, viril, camaradería, «air play», en fin: una gran cosa... ¿Y a que no saben qué le dio por poner a Carrero en su diario? —otro silencio expectante se abrió en el comedor y hasta la misma Yuda se arrodilló en la cama y adelantó la cabeza para saber qué había escrito Carrero—. Compro el diario —concluía Vicente—. A mí me lo mandan, pero yo prefiero comprar otro ejemplar en la calle... Así me siento un poco en Buenos Aires, ¿entienden...? Lo abro, y en la segunda página, a grandes titulares, leo... «Por primera vez se lo ha visto al doctor Vera hacer un asalto en público...» —una risotada rotunda, exagerada, estalló en el comedor. Yuda se tapó la boca. Una puntada en el vientre la obligó a echarse en la cama.

Eran diez hombres en total y allí estaban. Tenían que elegir a uno. Baralt les había permitido que se reunieran para deliberar. Davonich propuso: «—Vamos donde están las gomas», y todos lo siguieron con un aire soñoliento, pateando alguna cáscara o mirando como al descuido a ese pelotón de soldados que habían formado en línea junto al bebedero: eran jóvenes, demasiado jóvenes esos muchachitos vestidos de verde; uno solo tenía barba cerrada, a los demás apenas si se le insinuaban unos manchones sobre las mejillas. «—¿Qué esperan, putitos?», les preguntó Hernández de pasada, sin esperar respuesta. Vilate se rió y se rascó su cabeza pelada, y esos soldados adoptaron una mirada perdida. No daban para más y tenían que apretar los dedos sobre sus fusiles. El único que se sentía cómodo era Gordon, que se paseaba por delante de esa fila con una insolencia burlona, impersonal, no dedicada a nadie, no de triunfo, pero insoportable. Los diez sintieron eso mismo. «—Vamos, pronto», los acució Davonich.

—Sí —aceptó Almeida y los miró a los demás como si fuera a proponer algo muy especial, bastante vergonzoso pero conveniente—. Tenemos que apurarnos... Tenemos que apurarnos.

—¡Tranquilo! —bufó Hernández—. Si cuanto más tardemos, mejor ...

—¡No sea idiota! —chilló Almeida—. ¿O se cree que todavía está jugando con la goma? Ésos —presagió señalando hacia la línea de soldados que permanecían en descanso a unos metros—, no lo van a esperar a usted.

—Ni a nadie —acotó Bermúdez.

—Almeida tiene razón —dictaminó Pierini con su parsimonia de siempre, y con la misma dignidad se sentó encima de uno de esos neumáticos viejos y esperó a que los demás lo imitaran—. No podemos perder tiempo.

—Claro que no podemos perder tiempo —aceptó Traverso que todavía lucía el piyama de la noche anterior, con un agujero sobre el pecho, donde había estado el

monograma.

—Quieren que elijamos a uno —recordó Pierini.

—Sí, a uno —Traverso se encogía de frío.

—¿Y para qué? —quiso saber Bermúdez.

—¿Cómo para qué? —volvió a chillar Almeida—. ¿No ve a esos? —y cuando señaló hacia la fila, los soldados se revolvieron con incomodidad—. Pero aquí no se trata de discutir para qué ni de qué manera...

Davonich, que se había limitado a escuchar, alzó la cabeza:

—¿De qué se trata, entonces?

—De saber quién va —dijo Almeida.

—¿Y quién va según usted? —inquirió Davonich.

—El que *deba* ir. El que salga...

—¿Y quién *debe* ir?

—¿Y a mí me lo pregunta? —Almeida hizo un ademán que, si no hubiera estado en el suelo, le hubiera servido para retroceder—. Si todos estamos de acuerdo sobre quién tiene que ir.

—¡Aquí no estamos de acuerdo en nada! —gruñó Mossian.

—¡En nada! —ratificó Hernández.

Davonich habló lentamente:

—No podemos estar de acuerdo en nada —y se dirigía a Almeida—, porque no hemos discutido ni una palabra.

—¿Y usted cree que es necesario que discutamos?

—Necesario, no, Almeida. Imprescindible.

—Pero si aquí el único...

—¡Cállese, che! —ordenó Hernández con los músculos del cuello hinchados. Vilate lo contemplaba con unción.

Davonich esperaba que Stocker respondiera de alguna forma a lo que acababa de decir, pero como Stocker no lo miraba, le preguntó:

—¿Usted qué dice?

Stocker retiró el cuerpo de una niebla que le abotagaba la cara:

—¿Yo? —se señaló sobresaltado.

—Sí. Usted.

—Yo prefiero no hablar...

—Pero usted sigue siendo el jefe, Stocker.

—Sí, sí —dijeron varios. Vilate sacudió su enorme cabeza: él también aprobaba.

—Prefiero no hablar —repitió Stocker sin soltarse la muñeca izquierda que tenía como atrapada con la otra mano—. Digan ustedes...

—Tenemos que apurarnos —los urgió Almeida con la voz insegura.

—Basta, viejo, no llene... —le pidió Hernández.

—No llene —repitió Vilate.

Entonces Davonich trató de ordenar lo que había que hacer:

—Yo creo que tenemos que ponernos de acuerdo sobre tres cosas...

—¿Nada más? —inquirió Pierini; él era el más viejo y había supuesto que le correspondía dirigir la discusión, sucederlo a Stocker, pero todos ya estaban atentos a lo que decía Davonich.

—Nada más que tres cosas —seguía el yugoslavo—. La primera, si corresponde que alguien se presente...

—¿Cómo es eso? —Mossian no entendía.

Davonich no se perdía a pesar de las interrupciones; solamente de vez en cuando alzaba los ojos hasta Stocker para ver si lo aprobaban y Stocker bajaba los párpados con lentitud como si se estuviera durmiendo, pero ésa era su aprobación.

—... Que alguien se presente. Porque podemos resolver que no se presente nadie, así nadie se tiene que quedar ni como rehén ni para ser... —titubeó Davonich—, ni para nada...

—¿Que no se presente nadie? —preguntó Frías.

—Sí.

—Pero eso no se lo van a aceptar de ninguna manera.

—¡Y qué importa que no lo acepten! —Hernández ya estaba de parte de Davonich—. Le decimos que no elegimos a nadie y que queremos quedarnos los diez.

—¡Pero eso es una pendejada! —le gritó Bermúdez.

—¿Cómo «pendejada»? —Hernández lo encaró secamente a Bermúdez porque sabía que aún llevaba una de las bolas de billar en el bolsillo—. Entonces ¿todo fue una pendejada?... ¿Quedarse en la estancia y empezar la huelga y que a Alfaro lo bajaran de un tiro?

—¡Y claro que fue una pendejada! —insistió Bermúdez.

—Y por qué no se fue con los que se escaparon anoche ¿eh? —a Hernández le sudaba la frente.

—Yo no me fui porque le había dicho a Stocker que me quedaba y que contara conmigo.

—Ah... ¡qué buena persona es usted, una excelente persona! —Hernández estaba conmovido—. Pero ¿por qué no dice que se quedó para hacerse algunas raterías?

Bermúdez se incorporó a medias:

—¿Cómo decís?

Hernández ni se movió, su cuerpo se estremeció con una risita que imitó Vilate y que se prolongó hasta que Pierini intervino conciliador:

—Vamos, vamos, compañeros... que tiene que hablar Davonich.

Davonich retomó la palabra:

—Eso es lo primero que hay que discutir... Y ya se ve que nos va a llevar tiempo.

—¡Demasiado tiempo! —protestó Almeida y Frías estuvo de acuerdo con él.

—... En segundo lugar —prosiguió Davonich—, hay que ver quién se presenta.

—¡Eso, sí! —aprobó Traverso que había entrado en ese clima de excitación que les enrojecía las mejillas a Almeida y a Bermúdez.

—Y en tercer lugar —concluyó Davonich—, hay que ver la forma en que vamos a elegir.

—¡Votando! —Pierini parecía admirado—. ¿De qué otra manera si no?

—Si hasta ése lo dijo —señaló Bermúdez en dirección a los camiones, a Baralt.

—Sí... —se sonrió Hernández apenado—. Hasta ése...

—¿De acuerdo? —consultó Davonich mirando a los nueve hombres que lo rodeaban: y Almeida dejó caer un sí silencioso pero decidido, agitando la barbilla, y Mossian alzó un dedo y lo bajó, y Stocker permaneció en silencio, sin mirar a nadie, aprobando todo, lo que se les ocurriera, hasta a esa fila de soldados que esperaban ahí nomás, de pie, sin comprender nada, pero impacientes, y Traverso dijo que sí con un estremecimiento, y Pierini con un gangoseo, y Frías espiando antes hacia el lado de Pierini que era el que menos había dudado en todo eso y que merecía dirigir la discusión, y Bermúdez con ganas de soltar subrepticamente esa bola que ya lo molestaba, le daba calor y le restaba autoridad, y Hernández con el mismo entusiasmo con que había sacudido la goma del irrigador la noche anterior, y Vilate, como siempre, imitándolo—. Yo también estoy de acuerdo —dijo Davonich cerrando el círculo.

Pero Almeida volvió al ataque:

—¡Yo no creo que haya que votar lo primero!

—¡Ni yo tampoco! —dijo Frías—. ¡Hay que meterle!

—Que se vote en seguida —propuso Bermúdez que sentía que con eso se vengaba de lo que le había hecho Hernández, porque Hernández puso una cara de desconsuelo cuando Almeida sostuvo que no había que votar el primer punto.

—¿Cuántos no quieren que se vote lo primero? —Davonich hablaba arrodillado, para poder moverse en medio de ese círculo.

—¿Lo de que no se presente uno solo y nos quedemos todos? —interrogó Mossian, que pretendía entender bien las cosas antes de responderlas.

—Sí —dijo Davonich.

—Pero ¿no se dan cuenta que si nos quedamos todos en lugar de ir uno solo, no pueden fusilar a nadie porque seríamos demasiados? —preguntó Hernández y se quedó contemplándolos, pero todos permanecieron impasibles—. ¿No me dicen nada? —los increpó.

—Tranquilo... —le rogó Davonich—. Tranquilo, usted también.

—¡No, tranquilo, no! Si parece que nadie se da cuenta de lo que usted propuso:

¡ésa es la única salida para que no maten a uno solo!... —Hernández hablaba con la cara amoratada—. En cambio, si va uno solo, a ése lo suenan seguro... —la cara se le iluminó súbitamente. Era de rabia y de comprensión: había vuelto a mirar a todos y había comprendido que había varios que querían que un solo tipo reventara para poderse escabullir cada uno por su lado—. ¡Ustedes son unos roñas! —estalló—. ¡Tan roñas como ése! —y apuntó hacia donde estaba Baralt—. ¡O como ése! —y el sargento Gordon se quitó la gorra de fajina— se alisó el pelo y se la volvió a encasquetar cuando advirtió que en esa rueda de peones hablaban de él—. Roñas, roñas... —gimió Hernández varias veces: ésos querían que fuera Stocker aunque no se animaran a decirlo de una vez—. ¡Roñas! —y Stocker era mucho mejor que cualquiera de ellos. «Un tipo lindo», pensaba Hernández, sano, con hambre, vivo.

Todos se quedaron en silencio, incómodos porque Hernández no terminaba de gemir, de mirarlos y de insultarlos.

—Que se siga votando —exigió Frías, que empezó a preferir que fuera uno solo y que ese solo se las arreglara, porque es mucho mejor que muera uno solo a que nueve familias se queden sin comer.

—¡Hay que votar de una vez y basta! —se animó a exigir Almeida.

—Usted dice eso porque se muere de miedo —Hernández se había calmado y le hablaba junto a la cara.

—¿Y vos no tenés miedo? —Bermúdez le preguntaba a sus espaldas y Hernández se tuvo que volver:

—Sí que tengo miedo —dijo—. Me muero de miedo. Pero me lo aguanto.

—¡Hay que votar, basta de discusiones! —reclamó Pierini; había comprendido que encabezaba un grupo al que podía mandar.

—¡Que se vote! —exigió Traverso.

—¡De una vez, y basta! —Frías lo acosó a Davonich, entonces el yugoslavo se resolvió a decir:

—Los que están porque se presente uno solo, que levanten la mano.

Una, dos, tres, cuatro... cinco manos se levantaron: Almeida, que ya era seguro, Bermúdez que lo apoyaba, Pierini que trató de no parpadear cuando Stocker alzó la cabeza especialmente para mirarlo —porque se puede envidiar a un hombre, tenerlo siempre metido en la cabeza y ser su enemigo, pensar demasiado en él, en una forma enfermiza o insoportable, pero de ahí a decir «a» sabiendo que por esa «a» lo liquidan, hay una diferencia, y es la que va entre un hombre y un hijo de puta— y Frías también había levantado la mano, porque tenía mujer y tres hijos o cien hijos, y Traverso que no aguantaba más el frío con ese saco de pijama.

—Cinco —contó Davonich—. Cinco contra cuatro —y se volvió suavemente hacia Stocker como hacia una mujer o como si se tratara de un enfermo—: ¿Y usted?

—Yo no voto —dijo Stocker con la voz estrangulada.

—¿Ni en esto?

—Ni en nada.

Vilate le tironeó de la ropa a Hernández:

—¿Qué tiene Stocker? —preguntó.

—No sé... no sé...

—¡Ahora hay que votar lo otro! —recordó Pierini.

—¿Lo otro? —se burló Almeida—. ¡Eso ni se vota!

Davonich se volvió violentamente hacia ese hombre arrugado, hacia ese viejo que quería que los otros se mataran de una vez y que exigía que Stocker fuera al matadero. Davonich se volvía contra todos los viejos, contra todos los que se estaban por morir y ansiaban que los demás envejecieran y se murieran al mismo tiempo que ellos. O antes. Davonich lo defendía a Stocker porque él, él mismo, no quería morir:

—¿Cómo que no se vota?... Si ustedes exigían que todo se votara.

—¡Que no se vote! —repitió Almeida con seguridad—. ¿Qué es lo que vamos a votar? —miró en derredor sin pestañear—. ¿A quién vamos a elegir?... Si aquí hay uno solo que es responsable de todo y que desde el principio tendría que haber salido.

—¡Que salga! —Bermúdez parecía un perro—. ¡Que salga! —volvió a torear.

—¡Vamos a votar de cualquier manera! —aseguró Davonich y lo sacudió a Almeida de un brazo.

—Pero si les ganamos —ronroneó Pierini.

—Si somos cinco contra cuatro —dijo Bermúdez—. Y ustedes no tienen nada que hacer.

—¡Hay que ver si somos cinco contra cuatro! —Davonich se sentía cercado.

—Cinco contra cuatro —ronroneó Pierini de nuevo—. Si Stocker no va a querer votar... Y eso que les regalamos el voto de Vilate...

—¿Qué tiene Vilate? —Davonich sabía qué tenía Vilate.

—Eso no se pregunta... —Pierini medio se reía y medio parecía repugnado por tener que ser tan explícito—: si es idiota.

Davonich se volvió con ansiedad hacia Traverso:

—¿Y vos, por quién vas a votar?

Traverso se toqueteó el saco de pijama: probablemente buscaba su atado de cigarrillos o el agujero del monograma y no dijo ni una palabra.

—¿Y vos? —Davonich lo encaró a Frías duramente—. ¿También vas a votar con Almeida?

—Frías tiene cinco hijos —le recordó Pierini.

—¿Y vos? —ahora era Bermúdez el interrogado.

—¿Yo? —Bermúdez hizo un gesto desdeñoso para Davonich y para sí mismo, para el que iban a fusilar y para esos soldados disfrazados de verde oliva que esperaban pacientemente a que ellos se resolvieran y para ese Jefe que se estaba

paseando como si los rondara dispuesto a abalanzarse sobre sus huesos o sobre sus bolsillos—. Yo soy un chorrito —se rió desflecadamente—. ¿No oyó lo que me dijo Hernández?

—¡Pero tenés que!... —lo empezó a gritar Davonich, pero sintió que una mano se le apoyaba sobre el hombro. Se dio vuelta. Era Stocker:

—No se preocupe Davonich —lo calmó, ya estaba de pie y miraba con desabrimiento hacia esa fila de soldados: un resplandor rojizo lo enceguecía—. Voy yo...

—Pero hay que votar —quiso convencerlo Davonich—. Esto tiene que ser democrático...

—¡Ma qué democrático! —y Stocker pasó por el medio de ese círculo de nueve hombres que lo miraron en silencio, aliviados, avergonzados, vivos, indignados, irresolutos, envilecidos. Después marchó en dirección al pelotón. Él no serviría para jefe, pero por lo menos...

Yuda prefirió salir a la calle. Se sentía descompuesta: Vicente continuaba hablando en ese tono que ella no podía aguantar y el humo de los cigarrillos y la penumbra de su cuarto la sofocaba. Se envilece, se dijo mientras saltaba de la cama y buscaba a tientas la llave de la puerta trasera. Hablar así era lo más fácil, lo que siempre había hecho en Buenos Aires y lo que le resultaba más cómodo. Pero él no tenía derecho a hacer cosas fáciles ni a vivir con facilidad. Y menos allí y en ese momento. Él creía entender todo y no se daba cuenta de nada. «—*Yo también he madurado*», le había dicho con ese tono de disculpa, de intensa justificación y de reconocimiento de todo lo que desconocía, pero probablemente lo había dicho para salir del paso o porque se sentía solo y desconcertado ante todo lo que estaba ocurriendo en el Territorio. Y a Yuda le resultaba agravante el tono con que había seguido hablando en ese comedor atestado de olor a cigarrillos mientras esa nube azulada se desplazaba con cualquier ademán o con cualquier movimiento hacia su dormitorio. Y lo grave es que a ella le resultaba indudable la inseguridad de Vicente. No entiende, no entiende nada —pensaba—. Hace como que entiende. Era pueril todo eso. Y peligroso. Y Vicente había llegado a un estado en que le encantaba que lo escuchasen y en que reunía gente para hablar de sus opiniones, exhibiéndolas como si fueran medallas. Porque en ese comedor lleno de hombres no había ninguno que le discutiera nada, todo estaba aceptado de antemano. Vicente los había elegido entre los que le pudieran dar la razón, o entre los que él despreciaba. Carrero era el único que había faltado. Entonces Yuda fue a buscarlo. Alguien tenía que comprender lo que estaba pasando y lo que iba a ocurrir. Y había que gritar, que pedir auxilio. «Cualquier cosa», se repetía Yuda mientras iba caminando por la calle, presintiendo que se hundía. Pasó junto a la vidriera iluminada de un café, desde un camión le

gritaron algo que se perdió en la calle desierta, dos chicos se apresuraron a recoger las figuritas con las que jugaban a arrimar a la pared. Y al fondo, doblando esa esquina, estaba la imprenta de Carrero.

Carrero los había llevado en su Packard; Carrero una vez se había complicado con ellos: «—... *Mi profesión es periodista, usted lo sabe*». No era servil ese hombre, sabía ser cómplice de algo desventajoso; él la podía entender o, por lo menos, escucharla.

Pero cuando llegó al frente de la imprenta se quedó atónita: la ventana que daba a la calle estaba destrozada, en la pared brillaban unos manchones de alquitrán y una de las hojas de la puerta estaba arrancada a medias y se balanceaba con un chirrido.

Yuda entró corriendo:

—¡Carrero! —llamó, el eco de su voz se ahogó en ese local de techo muy bajo. Todas las cajas estaban volcadas y los tipos cubrían el piso de madera. Las resmas de papel se habían desmoronado entre unos manchones de tinta reluciente y temblorosa.

—¡Carrero! —volvió a llamar—. ¡Carrero!

Lo buscó detrás de la minerva, entre unos rollos de cartón y por fin lo encontró sentado en el suelo, sosteniéndose la cabeza entre las manos: sus ojos de alucinado estaban como vacíos.

—Ya ve... —dijo con un ademán de resignación—. Me han hecho pedazos el negocio...

Yuda lo sacudió de las manos:

—¿Tiene algo?

—No... Y podría haber sido más grave.

Ella lo volvió a sacudir porque lo sentía aletargado, como desinteresado de todo:

—Pero... ¿quiénes fueron?

—Llegué tarde —Carrero sacudía los hombros—. No sé...

—¿No vio nada?

—No ...

—¿Y no había nadie en la imprenta?

—Nadie —cabeceó Carrero con los ojos secos.

Yuda se quedó en silencio dejando que Carrero le palmeara suavemente la mano: «—No es grave» —repetía flojamente—. «Tuve suerte... Podría haber sido más grave...».

—¿No se puede hacer nada? —preguntó Yuda.

—Nada... No se va a saber nada, nadie va a saber nada, nadie va a poder hacer un carajo —por primera vez Carrero usaba una palabra así delante de Yuda y ella sintió que eso los acercaba. Entonces se sentó a su lado:

—¿Y Vicente? ¿No puede hacer algo?

—Tampoco podrá hacer nada...

—¿Usted cree? —Yuda estaba alarmada.

—Estoy seguro. Sobre todo si se queda aquí... Y si sigue haciendo esgrima con ésos —Carrero señaló con su mano huesosa hacia la calle, hacia los que podían ser los culpables de todo ese desastre.

Yuda lo volvió a sacudir: necesitaba que se despertara, que no hablara tan despacio:

—¿Y usted no le puede decir nada?

—¿Yo? —Carrero había apoyado la cabeza contra la rueda de la minerva—. Nada —dijo; parecía calcular cómo había que ordenar todo eso: el papel, la tinta, los tipos desparramados. Era mucho trabajo y no estaba seguro de que valiera la pena. Pero a su lado se había sentado esa mujercita que lo oprimía con unas manos ansiosas. Entonces se sonrió con un esfuerzo—: ¿Y usted? —preguntó.

—¿Qué...? ¿Si le puedo decir algo?

—Sí.

—Nada. En absoluto —confesó Yuda con impotencia, avergonzada—. Yo creía que se lo podía convencer, que se le podían decir las cosas para que las viese...

—A lo mejor, usted no usaba el modo más conveniente.

Yuda lo miró con atención:

—¿Usted cree? —y ya estaba dispuesta a sentirse culpable por todo eso.

—Estoy seguro —dijo Carrero y estiró las piernas; toda una caja de tipos se fue desmoronando sobre sus zapatos como un caldo y él los dejó caer con indiferencia—. Vicente necesitaba una mujer segura y usted parecía una mujer así —explicó—. Él creyó que usted era eso. Y es cierto: usted es segura. Una mujer segura, Yuda, pero se ríe. Y Vicente no entiende que la gente segura se ría; él cree que usted se ríe porque está nerviosa o porque no sabe qué decir. Está acostumbrado a pensar que una mujer segura, sólida, como la que él necesitaba, no se puede reír porque así muestra fisuras... No hay más que verlo; la risa le parece flojedad, le inquieta que alguien se burle... Una mujer segura, y seria, para él, no se puede reír porque tiene que encontrar todo el mundo bien, a su medida. Y usted con su risa, cuando se burla, le muestra todo lo que es falso o endeble y que debe desaparecer. Y lo que está en esas condiciones es mucho, Yuda. Muchísimo... Usted es rusa, yo soy asturiano, pero poca gente de aquí entiende la risa. Les da miedo la risa... Todavía les preocupa ser los mejores del mundo en algo, en cualquier cosa... Son nuevos y creen que todo lo que han hecho no admite discusión —Carrero estaba fatigado de hablar y se sentía incómodo por haber dicho todo eso. Su voz cavernosa retumbaba en el local. Había hablado con exceso y todo seguía ahí tirado, roto y sucio. Las palabras no servían para nada. Ni dichas ni escritas. Entonces largó un suspiro—: Ya ve lo que me pasó a mí —murmuró y volvió a señalar todo el local con un ademán desolado—. Yo me reí un poco y mire el resultado... La risa los ofende porque viven inseguros, y creen que

vivir inseguros es indigno... Y nunca saben cuáles son las razones de la risa de los demás... No entienden la risa, no la entienden. No hay nada que hacerle —se sonrió desdichadamente—. Y usted se ríe demasiado, Yuda.

Se quedaron en silencio sentados al pie de la minerva. Ya era de noche y ese chato local había quedado a oscuras. Yuda preguntó qué tenía que hacer y Carrero le dijo que francamente no sabía.

—No —le aclaró Yuda—. *Ahora.*

—¿Qué tiene que hacer?

—Sí.

—Prender la luz.

Yuda se puso de pie, buscó la llave infructuosamente, tropezando con unos paquetes.

—Junto a la puerta —le señaló Carrero. Por fin la descubrió y encendió.

—¿Y con Vicente? —preguntó.

Carrero seguía en el suelo, parpadeó varias veces como encandilado por la luz. Después se echó aliento en las manos y desde allí le explicó que lo mejor era esperar a que el mismo Vicente fuera viendo lo que iba a pasar.

—Esto se resuelve en menos de una semana —presagió. Se puso de pie y empezó a ordenar sin entusiasmo, sin ningún apuro, los burros, las resmas de papel y a tirar las que estaban manchadas.

—Yo creo que todo esto responde a un plan muy particular... A un plan para desprestigiar el gobierno de don Hipólito —iba diciendo mientras daba vueltas por el local agachándose y frotando algunas manchas con un trapo—. No es porque sí... ¿Me escucha?

—Sí —dijo Yuda sentándose sobre unos rollos de cartón—. Atentamente.

Y Carrero continuó con creciente entusiasmo:

—Se dejó de pagar a la gente justo cuando la esquila terminaba ¿no? —iba preguntando sin esperar a que Yuda respondiera—. Cuando estaban seguros que los obreros iban a reaccionar porque los traicionaban en lo que les habían prometido ¿no? ... El doctor Vera estaba ausente justamente cuando el señor Corral y sus amigos empezaron a meterse con los peones ¿no? ¡Exactamente!, cuando algunos diarios de Buenos Aires empiezan a agitar la necesidad de que el ejército ponga orden. Diarios que publican los grandes avisos de empresas de aquí... ¿qué le parece?

—¿De empresas de aquí? —Yuda recordaba algo—. Pero usted se alegró cuando en uno de esos diarios hablaron bien de Vicente.

Carrero parpadeó confundido:

—Sí. Es cierto eso que usted dice... Es que todos nos dejamos atrapar cuando nos miman... Entramos en su juego —se quedó pensativo calculando que él también era culpable, avergonzándose y diciéndose que era un imbécil, sintiéndose corrompido, y

por nada, por una palmadita en el hombro. Y entregado, que era lo que más lamentaba porque le quitaba prestigio y agresividad. Después siguió sin tanto brío:

—Y el doctor Vera es representante de un gobierno que quiere estar en paz con los obreros. Y, aparentemente, la había logrado. A su vez, ese gobierno se está enfrentando o, por lo menos, siempre intentó enfrentarse con los intereses de ciertos grupos, ¿no? Grupos que ahora se han visto, si no perjudicados por el doctor Vera, por lo menos constreñidos a obedecer. A cumplir con un pacto... ¿No sería lógico que uno, usted o yo mismo o cualquiera que pretenda ver con sus propios ojos, pensara que todo esto tiene una finalidad premeditada, donde hasta el ejército es utilizado...? En otras palabras —dijo Carrero entusiasmándose con sus deducciones y acercándose hasta donde Yuda estaba sentada—. Yo creo que todo esto tiene como finalidad desprestigiar a un gobierno poniéndolo en una alternativa: si no manda al ejército, lo acusan de maximalista o de cualquier cosa por el estilo, y si el ejército mete bala, pierde los votos de los obreros y su apoyo. O una cosa o la otra. Y las dos nefastas.

Yuda se había quedado escuchándolo mientras ordenaba mecánicamente unos frascos de tinta:

—¿Usted cree eso que dice?

—Es una idea... —se excusó Carrero recorriendo con la mirada el local de la imprenta—. Pero como soy flaco —se rió de sí mismo—, la voy a escribir. Es lo único que puedo hacer: escribir un libro...

Pero no lo fusilaron en medio del campo, ni delante de las tropas ni de sus compañeros, sino que Baralt ordenó que el pelotón lo condujera hasta uno de esos galpones. «—¡Me lo llevan allá!» —señaló alzando el brazo. El pelotón se puso en marcha y Stocker tuvo tiempo de ver cómo Hernández y Davonich y algunos más se ponían de pie y lo miraban como si se fuera de viaje y no se animaran a despedirlo. Se quedaron rígidos girando la cabeza a medida que el pelotón tomaba esa curva del camino; después, bruscamente y al mismo tiempo, se soltaron a hacer grandes ademanes de indignación mientras discutían con los otros que se habían quedado impávidamente entre esos neumáticos viejos. También oyó los comentarios que susurraban los soldados de los camiones a medida que pasaba como si temieran que Baralt los escuchase o como si dijeran alguna cosa desagradable de él, algo vergonzoso y verdadero y que pudiera ofenderlo. Stocker avanzaba entre las dos filas del pelotón, incómodo, sin orgullo; los soldados, en cambio, marchaban con el fusil sobre el hombro, marcialmente jóvenes, tiesos y obedientes, clavando duramente los tacos en la tierra; ellos no dudaban de nada, encima de ellos estaba el cabo y luego el sargento y más arriba el oficial, y revoloteando como un águila el comandante y, más arriba, una niebla lúcida, todopoderosa, responsable y eterna. Ellos habían llegado de Buenos Aires, que era la capital del país, y en la Patagonia había unos cuantos

atorrantes que robaban ovejas; todos los días lo decían el sargento Gordon y Freyre, que tenía una novia maestra, y dos veces el comandante: al salir de Buenos Aires y antes de desembarcar en Río Gallegos. La mayoría de ellos era del barrio de Flores o de Villa Ortúzar y nunca andaban de bombachas, y más de uno estaba por ingresar al Banco de la Provincia y había hecho sus buenos añitos en la Pitman. «—¡Bien marcado ese paso!» —iba exigiendo el sargento Gordon—. «¡Con energía...!».

Y Stocker marchaba por uno de los huellones del camino. El soldado que iba a su izquierda tosía y se esforzaba por no encoger el cuerpo. «—¿Cómo te llamás?», susurró de pronto. Stocker lo miró; tenía una cara como todos, las cejas más tupidas que el resto. Nada más. ¿Había hablado? ¡Qué iba a hablar! Y ese sargento casi enano no dejaba de gritar: «—¡Bien marcado ese paso!... ¡A ver esa energía!».

El pelotón siguió avanzando por el camino y Stocker aspiró ese olor de carne asada y calculó que estarían preparando unos corderos. Ellos iban a comer, era bueno comer. Las brasas rojas, la carne dorada y chorreando. El viento soplaba desde la boca del cañadón y se sintió muy solo, con los ojos irritados. Pero sobre todo le molestó su nariz floja, cargada de agua.

—¡Altó! —el sargento Gordon mandaba el pelotón y los doce hombres se detuvieron rápidamente. Gordon se adelantó por un costado, bastante lejos de los soldados, como si cuidadosamente evitara que lo compararan y lo midieran, dio media vuelta y desde el frente, previno con su voz chirriante—: ¡Descansen...! —tenía una piel muy blanca, lechosa, la boca rosada y estiraba la ese como si chistara— ...¡ar! —y los doce fusiles bajaron de golpe. Y, después, a Stocker lo metieron en ese galpón.

Pero no lo fusilaron, no. Afuera había quedado el viento y el olor de cordero asado y esos camiones negros y los soldados que lo miraban con curiosidad, con respeto y un poco asqueados: él era el culpable, era algo diferente a todos, y para que las cosas anduvieran bien, todos se tenían que parecer a todos. Seguramente pensarían: ese rubio había sacado la cara nada más que para compadrear, quería ser Jefe, quería ser distinto. Que se la aguantara, entonces. Si uno anda tratando de ser diferente, lo hace para ser Jefe, para mandar a los demás, para estar sobre los demás. Y eso se puede tolerar mientras gana, pero un Jefe, un Diferente que fracasa, tiene que desaparecer. Y mientras desaparece tiene que entender de una buena vez que todos los que se la aguantan, en el fondo quieren ser Jefes, pero no se animan. Un Jefe-Fracasado debe pagar por lo suyo, por su osadía, y por la cobardía de todos los demás. Y un Jefe Distinto y Fracasado debe ser un chivo emisario. Porque, además, siempre resulta edificante ver la liquidación de uno de esos tipos. Y entretiene. Y uno se siente bastante más infame pero comprende que no corre riesgos y se felicita por ello. Seguramente los soldados pensaban eso mientras Baralt y el sargento Gordon

cuchicheaban. Stocker esperaba de pie, al lado de unos fardos de lana y los doce soldados del pelotón se habían quedado en la otra punta del galpón, en la penumbra. Lo pondrían delante de esa pila de fardos, le atarían las muñecas, a lo mejor le preguntaban si quería que le vendaran los ojos y él diría que no, después formarían a esos doce soldados en dos filas de a seis cada una, muy abiertas, Baralt se pondría a un costado, del otro, Gordon; uno de ellos daría una señal aguda, un chillido, un ¡ha! rotundo o una especie de estruendo y un gran estampido llenaría ese galpón, las caras de los soldados y su propio pecho. Un gran estampido y ¡listo! Que le metieran, vamos, pero Baralt y Gordon seguían cuchicheando en la otra punta del galpón. «Vengan, vengan de una vez, no sean pijoteros», llegó a murmurar Stocker. Pero Baralt hacía señas de que los soldados del pelotón se retiraran en descanso. Y esos doce hombres, medio envarados, medio respirando con alivio o con decepción, salieron por el ancho rectángulo iluminado de la puerta.

—¿Y, qué hacen? —les preguntó Stocker como si los insultara, para ver si ordenaban algo y lo hacían sonar o lo volteaban al suelo. Pero, después de eso lo castigaron. ¿Cinco horas? ¿Dos horas? Algo muy espeso se fue desmoronando sobre Stocker. Le ataron los pies y las manos con algo que creyó era un cinturón y después resultó una bufanda. Baralt se fue, hubo un chirrido de ruedas y ese gran rectángulo de luz fue desapareciendo.

Y el olor a carne asada fue reemplazado por un penetrante perfume de pasto seco, de lana prensada y de humedad. Gordon encendió una lámpara de querosén y Stocker pensó que eso no se hacía porque era una barbaridad con tanto pasto seco y bolsas y madera. Pero Gordon avanzó como si tal cosa, balanceando esa lámpara con un ademán idéntico al de un guardatrenes.

Después lo empezó a golpear. «—Tenés que decirnos todo lo de la huelga», anunció, y le pegó sin esperar a que Stocker contestara o por lo menos reflexionara un minuto. De ninguna manera. De entrada, le dio con los puños, porque Gordon tenía la certeza de que así, tan parado como estaba Stocker, no iba a largar nada. Lo golpeó para que hablara de sentado, desde más abajo. «—Tenés que decirnos... Largá», repetía, tiraba una trompada y se quedaba con los puños delante del pecho, en guardia. No esperaba y decía «¡Tomá!». No. Tampoco lo insultaba, sino que pegaba con cierto ritmo con una cautela muy especial, como si temiese que Stocker lo escupiera o agachara la frente para darle un cabezazo. En esa pose el diminuto Gordon tenía algo de un peso mosca. Es que realmente era un insecto descarnado y veloz. Y Stocker tuvo una especie de agradecimiento mientras sentía esos golpes breves, duros, certeros, y alguien que lo hubiese visto, hubiera pensado lo mismo, porque con cada puñetazo de Gordon, Stocker se doblaba agachándose en una reverencia: había proyectado algo, no le había salido, había sido un imbécil desde el momento en que le tiró a Corral y le erró dos veces delante de todos sus hombres

hasta el instante en que se había hecho la ilusión de que a los del ejército se los tragaba porque alguna vez, hacía muchos años, allá en Bahía Blanca, había oído decir que eran muy brutos y que uno les podía hacer creer cualquier cosa. Y eso era tan falso —comprendió con una dolorosa y veloz claridad— como decir que todos los marinos eran cornudos o que los médicos mataban a sus enfermos o que en los colegios de curas les hacían cosas a los chicos o que ningún gringo sabía andar a caballo.

«—Tenés que decirnos... Largá» —seguía Gordon. Y Stocker aguantó mientras tuvo cosas que pensar. Él buscaba de oponerle esas cosas para que se las fueran destruyendo, para que lo aniquilaran. Él ansiaba eso. Eran fogonazos y él iba preparando cada recuerdo cuando preveía el golpe de Gordon que, para ser más eficaz, depositaba la lengua entre los labios como un chico aplicado que se empeña en hacer buena letra. Y cada uno de los recuerdos de Stocker le servía para aguantarse, porque él quería que lo liquidaran, pero sin abrir la boca. Es que los recuerdos sirven para eso mientras a uno lo golpean: cuando había ido por primera vez al Sindicato en Bahía y le preguntaron si sabía leer y él dijo que sí, y si sabía escribir y él contestó que sí también, y si sabía manejar auto y él pronunció un sí orgulloso de hombre joven que puede y no es cualquier cosa, y también se sintió satisfecho cuando dijo, mientras le llenaban la ficha de afiliado, que su madre había nacido en Silesia y su padre era berlinés, pero, en cambio, se sintió muy incómodo cuando ese empleado del Sindicato que usaba unos anteojos con cadenita le preguntó si sabía algo de alemán y él tuvo que reconocer que más allá del «ja» y «nein» y tres o cuatro cosas más, no conocía nada.

«—Tenés que decirnos... Largá» —repetía Gordon. Él era eficiente para pegar; estaba parado a medio metro de Stocker, con las piernas abiertas y si había empezado dando unas series de cinco puñetazos bien firmes y que retumbaron en ese galpón vacío, después continuó con una especie de uno-dos, de izquierda y derecha, mientras repetía en cada pausa, con el mismo tono que podría haber usado para llenarle la ficha en el Sindicato de la Carne. «—Tenés que decirnos todo... Largá», y con cada sílaba iba un golpe, un aislado cross a la mandíbula, y Stocker, para no aflojar, apuntaba con la cabeza hacia el filo: de luz que dejaba escurrir la enorme puerta del galpón. Porque si al comienzo había mirado hacia la lámpara de querosén, al cabo de un rato comprendió que no aguantaría ese brillo azulado. Pero él no se iba a quejar, que lo golpearan todo lo que se les diera la gana. Él quedaría con todo el cuerpo ablandado, con todos los músculos flojos, menos la boca. Que le dieran un golpe por haberse creído un jefe, otro por haber calculado que era mejor que Soto y que lo podía reemplazar y otro porque se había hecho la ilusión de que tenía buena puntería y que los iba a deslumbrar a sus hombres y que lo había engañado a ese sargento medio enano. ¡Que le dieran! Claro que mucho mejor hubiera sido acabar de una vez

y después tumbarse en una especie de charco negro y quedarse ahí para siempre.

Pero el sargento Gordon se había quitado la chaquetilla, se había arremangado y lo seguía golpeando después de palparse las dos grandes manchas de sudor que le humedecían las axilas.

«—¡Tenés que decirnos!» —y golpeaba—. «¡Todo lo que piensan hacer!» —y seguía golpeando contra la cabeza de Stocker que se balanceaba como si estuviera relleno de trapo—. «¿Así que incondicionalmente, eh?» —preguntaba, y su puño se estrellaba contra la mejilla de Stocker—. «¿Así que tratamiento de prisionero...?» —y Stocker sentía que los nudillos de Gordon resbalaban sobre su piel sudada—. «¿Así que nos ibas a dar un dolor de cabeza?... ¿Así que eran mucha gente?» —y otro puñetazo y esta vez en el cuello, y Stocker se quedaba con la boca abierta para no lanzar un gemido y pedir por favor que acabara y le encajara tres tiros en la cabeza y lo dejaran tirarse en el suelo—. «¿Así que no habían robado nada?» —y el otro golpe llegaba antes de que hubiera cerrado la boca y Stocker largaba un grito cargado de saliva y de algo que le chorreaba por la nariz—. «¡Largá lo que van a hacer!...» —que se abriera pedía ése, que hablara. No «¡Largá!...». No. Que lo liquidara—. «¡Largá te digo!»... —seguía golpeando y exigiendo Gordon—. «¡Largá!» —pero si ya estaba liquidado, si ya no hablaría jamás—. «¡Largá!» —la mano de Gordon sangraba y él se tomaba un descanso. Afuera de ese galpón brillaría el sol y sus hombres seguirían sentados en esos neumáticos y Davonich seguramente se habría arrinconado para comentarle algo a Hernández, que era un grandote medio palangana, pero que cuando había que ponerse lo hacía como dios mandaba—. «¡Largá todo...!» —esta vez fue de sorpresa, aunque Stocker suponía que Gordon se cansaría antes que él, que se sentiría asqueado y que vendría a reemplazarlo otro—. «¿Así que podíamos avanzar?...» —ese sargento con cara de enano, de enano francés, mezclaba sus preguntas incansables con eso que era una venganza: por haberle ganado la discusión, por haberle hecho levantar las nalgas del bebedero evidenciando que era un enano, por haberlo obligado a consultar con su jefe y por haberle dicho que confiaban en ellos y por haberle creído que después les iban a dejar apartar sus caballos—. «¡Largá!»... —ya que no lo habían hecho sonar con cuatro tiros, era mejor que lo dejaran deshecho, golpeándolo hasta que no pudiera más.

«—¿Vas a decir lo que piensan hacer o no?» —Gordon se detenía nada más que para remangarse la camisa, porque si sudaba en los brazos o en la frente, no, ni se secaba. Y después de preguntar eso, con fatiga, olvidado de todo lo que había allí dentro, desde los fardos hasta esa lámpara azulada, avanzaba con la lengua entre los labios y le seguía dando—: «¡Vas a decir..., te digo que vas a decir!...» —y ahora afirmaba seguro de abrirlo con esos golpes cortos al pecho, mientras Stocker se doblaba hasta tocar las rodillas con la frente como si fuera a causa de una arcada o por una intolerable risotada—. «¡Vas a decir..., te digo que vas a decir!...» —y el

puño y el aliento y el resuello de Gordon se mezclaban.

Lo podía odiar a ese sargento, pero ya su olor le gustaba y deseaba hasta pedirle por favor que lo siguiera golpeando, que no le dejara ningún lugar sin un puñetazo, que lo demoliera del todo, que lo violara de una buena vez, que no le permitiera ningún lugar para esconderse, nada firme donde agazaparse. Pero, la boca, no. Y Stocker apretaba los dientes.

«—¡Largá!» —repetía Gordon como si fuera un quejido—. «¡Largá te digo!» —como si fuera él al que lo estaban golpeando y eso le doliera obligándolo a cerrar los ojos cuando Stocker los entreabría—. «¡Largá te digo!».

Y a Stocker ya no le quedaba mucho que recordar como no fueran cosas muy dispersas: aquella vez que estaba con su mujer en una plaza desierta y alguien se les acercó y les dijo que los iba a denunciar y él le dio todo su sueldo aunque después ella le gritó que había sido un idiota en hacer eso, porque seguramente ese tipo no era policía ni nada y: «—¡Largá!» —seguía gimiendo Gordon, y Stocker ya no tenía nada para pensar ni ofrecer para que deshicieran ni para morder porque la boca se le había abierto y dentro de muy poco todo le saldría como aquella vez en el colegio de Bahía Blanca cuando Britos chilló «—¡Aquí hay mal olor!», y Stocker se dio cuenta que era él y tuvo que pasar entre todos y susurrarle al maestro «—Permiso, señor», para que lo dejara salir corriendo. «¡Largá que va a ser mejor!» —ofrecía ahora Gordon—. Stocker dejó que todo eso le corriera por el pantalón y se le escurriera sobre el muslo y escupió ese líquido un buen rato mientras Gordon se frotaba los nudillos dándose otro descanso. Y aquella vez, cuando él salió a todo lo que daba de su clase, no había nadie en el patio ni en los baños y se metió allí y se limpió con ese pedazo de diario donde se leía algo sobre Quintana, que había sido un individuo al que todos insultaban después, con los años, en el local del Sindicato de Carne de Bahía Blanca que sólo ostentaba un enorme retrato de un príncipe ruso y barbudo. Después se quedó en blanco mientras Gordon terminaba de descansar apoyado en unos fardos de lana, porque a pesar del esfuerzo que hizo, como si se oprimiera para quedar vacío, le resultó muy difícil rehacer esa escena donde hablaba con su mujer que estaba echada en la cama y se burlaba de él, y esa otra donde después de correr se metía en un zaguán mientras arrollaba el letrero donde se leía ¡Viva el movimiento libertario! y pedía por favor que lo dejaran entrar porque la policía lo seguía y una mujer con cara de abuelita le decía que no, que se quedara en la vereda, que se lo había buscado y que ésa era una casa de gente cristiana.

—¿Vas a decir lo que te pido o no? —Gordon estaba de pie y el farol le iluminaba las botas y una parte de los briches.

Entonces Stocker largó todo lo que hubiera tenido que callarse: no servía para jefe, ni se tomaban el trabajo de fusilarlo y toda su vida había sido un pobre tipo. En lugar de matarlo lo habían ablandado, y mientras él ansiaba que le deshicieran todos

los músculos, únicamente había abierto los de la boca. Y ahora escupía sangre, algo de bilis y cantaba todo lo que ese sargento quería saber.

Y Gordon lo llamó a Baralt mientras Stocker les iba relatando, con una elocuente minuciosidad que jamás había tenido, dónde se iban a hacer las próximas reuniones de los obreros, tanto en el campo como en los pueblos; después recordó cuáles eran los nombres de los principales responsables y señaló sobre un mapa todos esos lugares con exactitud mientras Baralt cabeceaba y repetía: «—Bien, gracias, esto que usted hace nos viene muy bien... Realmente muy bien... Esto es positivo, así terminamos de una buena vez. Es muy útil lo que hacés...» —mezclado el «vos» con el «usted» como si dudara si era bueno y patriótico lo que hacía Stocker o una porquería que no tenía nombre. Y tanto quería Stocker largar lo que tenía adentro, que después de las verdaderas informaciones empezó a inventar como si pretendiera que lo excusaran y pensarán que no era tan mala persona y que, bien mirado, se le podía dar una carta de recomendación. Eso hasta que Baralt o Gordon —seguramente Gordon— se dio cuenta que estaba inventando. Pero no lo insultaron por eso, sino que lo encontraron natural: si podían pensar que lo hacía para ver si los irritaba y le metían un tiro en la cabeza. Pero, no. «—Listo» —dijo Baralt—, «con esto ya es suficiente» —y le dio unas palmaditas apremiantes y paternales como las que se le dan a un boxeador entre cada round y Gordon le soltó esa bufanda con la que le habían atado los pies y las manos.

Después salieron los dos y Stocker se quedó a solas, sumergido en un silencio parecido a una niebla. Antes retumbaban los golpes de Gordon y otro ruido más que no había podido saber de dónde venía. Ahora, eso era igual a una campana neumática. Silencio, y nada más. Podía gritar y no se oiría nada. Tampoco había aire. El mundo estaba muerto. Los oídos le empezaron a silbar y una rata pasó correteando sobre unos fardos. Stocker dudó un momento, cabeceó otro poco, respiró muy hondo y se palpó la cara y las muñecas, después se oprimió el estómago y sintió una puntada que se le incrustaba como un cuerno y se dobló largamente soltando un hilo de saliva que le quedó colgando de los labios.

Pero ese portón rectangular había quedado abierto y vio que las tropas se ponían en movimiento: lo iban a abandonar, lo dejarían con su gente, lo iban a enfrentar a la cara de Davonich, a la de Hernández, a la de Mossian. Hasta Pierini se le reiría en la nariz: ni jefe ni buena puntería ni mártir ni nada. Alcahuete. Y volvió a escupir.

Después corrió hacia adelante, cayendo y revolcándose. Pero se volvió a levantar y enderezó hacia el camión donde iba Baralt. Tuvo que corretear un trecho hasta ponerse a la par:

—¡Lléveme! —suplicó y se agarró al codo de ese Jefe. Pero se había equivocado, no era Baralt, sino un oficial muy joven que fumaba y que sólo alzó los hombros y comentó algo con el que iba a su lado. Stocker tuvo que correr todavía más y pasarse

al otro costado del camión. Allí iba Baralt—. ¡Lléveme! —le gritó—. ¡No me deje aquí!... ¡Por favor, lléveme! —pero Baralt lo contempló con un aire de prescindencia y de sueño, que se debería a que ya estaba oscureciendo. Stocker volvió a gritar—: ¡Lléveme! —y puso un pie en un estribo mientras se aferraba a la portezuela, pero Baralt o uno de sus asistentes la abrió y Stocker rodó a un costado del camino. El camión ronqueó un poco más y arrancó a mayor velocidad.

Stocker. Allí se quedó un largo rato. La noche arriba, las estrellas suaves, el olor a tierra y el cuerpo que no aguantaba. Todo su cuerpo estaba anegado por ese dolor inubicable del reumatismo. Y todo el dolor era una especie de gota de mercurio insoportable que se le iba corriendo con cualquiera de sus movimientos como si buscara un nivel: la boca, los huesos de la cara al cuello, sobre los hombros. Ya no daba más.

El ruido de los camiones se iba perdiendo al fondo del cañadón, ya era sólo un rumor, un moscardoneo. El pasto estaba húmedo y Stocker se frotó las mejillas y la frente y después apoyó la boca abierta. Necesitaba algo fresco en la lengua, pero exhalaba un aliento cálido, enfermizo y el pasto se calentaba en seguida. Allá atrás, en la casa de la estancia, estarían sus hombres; los habrían dejado con una guardia pero, de cualquier manera, lo rodearían para tocarlo y reconocerlo, preguntándole todo lo que le habían hecho. Y, por último, llegarían a saber que él había hablado, porque él se lo tendría que decir. O ya lo sabrían. Y entre todos le preguntarían: «—¿Qué más les dijo?... ¿Que también en el Lago iba a celebrarse esa reunión?... ¿A dónde había ido Soto y cuántos caballos tenían?...». ¿Qué era lo que había inventado? ¿O en realidad no había inventado nada y se había esmerado para acordarse hasta de los detalles más insignificantes? Todo. Él les había dicho todo para no sentir nada dentro del cuerpo, para no tener cuerpo, para matarse de alguna forma.

Entonces se puso de pie y se sintió rodeado por el fresco que se levantaba de la tierra. Avanzó, arrastrando los pies y caminó un poco para cualquier lado. Lo mismo daba. Se oyeron algunos disparos en medio del silencio y calculó que desde los camiones les estarían tirando a las liebres. Y avanzó tropezando hasta que pudo apoyarse en los tablones de uno de los corrales; del otro lado flotaba algo cálido, como si muchos cuerpos soltaran su aliento. Y se oía un murmullo, algo que se frotaba y respiraba. Eran las ovejas. Estaban tranquilas, tibias, adormiladas mientras a él lo habían golpeado. Estaban enteras, y él se sentía abierto. Violado. Abrió la tranquera y se metió entre los animales que apenas si se sobresaltaron; por un momento les acarició el lomo: eran suaves, muy suaves.

—¡Guachas! —gritó de pronto—. ¡Guachas! —las ovejas se empezaron a mover intranquilas, algunas balaron estúpidamente—. ¡Guachas! —volvió a gritar Stocker y empezó a golpearlas. Las asía del cogote y las sacudía hasta voltearlas. A un cordero lo levantó de una patada—. ¡Guachas!... —las ovejas buscaban una salida para

escapar—. ¡Guachas! —espantadas, con los ojos muy abiertos, aterrorizadas frente a esa sombra gigantesca que las golpeaba y vociferaba—. ¡Guachas! —y los golpes de Stocker iban a la cabeza de esos animales, sobre el lomo que sonaba a hueco, a las costillas, a las patas, a donde las agarrara—. ¡Guachas! —y las ovejas giraban y se amontonaban sobre la tranquera—. ¡Guachas! —gemía Stocker mientras las ovejas corrían hacia el campo abierto—. ¡Guachas! ¡Guachas! —y los golpes fueron al aire, a la oscuridad, contra sí mismo, contra los que lo habían vejado, contra todo lo que no había hecho y había deseado hacer, contra Soto, contra Pierini, contra Corral, al que no había podido voltear, contra Gordon, que lo había golpeado hasta abrirlo como a una víscera blanda—. ¡Guachas! —seguía gritando y pateando—. ¡Guachas! —contra su mujer, contra la huelga, contra los que no pagaban y los engañaban—. ¡Guachas! —contra la Patagonia, contra los que lo habían mandado, contra todos los que mandaban, contra los que golpeaban, contra los que lastimaban a los que se tenían que aguantar—. ¡Guachas! —y rodó por el suelo y allí se quedó tendido bajo ese cielo negro, impasible y muy alto, y las ovejas le fueron pasando por encima.

Lo primero que lo desconcertó a Vicente fue esa página de un diario de Buenos Aires. Venía adentro de un sobre que levantó con cautela; había quedado junto al felpudo de la entrada y tenía algo fuera de lo común: no supo si por la torpeza demasiado evidente de la letra o por la estampilla invertida. Algo alarmante tenía ese sobre. Y adentro estaba esa hoja de diario envuelta en una esquela; los bordes de la página, cuidadosamente doblada, sobresalían por los costados de ese papel blanco. Dudó antes de abrirlo: si era algo desagradable toda la euforia de esos últimos días se le iba a desinflar. Era falso ese entusiasmo; él lo presentía así, pero lo había estado manteniendo como un malabarista que sostiene un par de clavav en el aire, sin parar, moviendo frenéticamente las manos, agarrando y soltando las clavav, porque si se detiene, se le caen sobre la cabeza o se le vienen al suelo con un estrépito imposible de ocultar, y todo el público se ríe o no se ríe por caridad y eso resulta más humillante. Y él sabía que a esa euforia sólo la mantenía con un movimiento constante, sin pausa, que lo agotaba pero que lo iba salvando. Porque ya había comenzado a advertir que todos se apresuraban a cortarle cualquier conversación o a abreviarla: él les resultaba incómodo. Sobre todo cuando afirmaba esperando que lo ratificaran: «—El ejército está actuando con habilidad». «—Sí...», le admitían los demás con una reticencia enfermante pero inobjetable, y él no les podía gritar: «—¿Por qué usan ese tono?», o: «—¿Qué me quieren decir?», «—¡No anden con vueltas!», o «—¡Digan algo!», porque todos lo miraban fijo, con deferencia, sin esquivarle la vista, ni clavando estúpidamente los ojos en el suelo o en la gente que pasaba. Pero todo ese esfuerzo le iba resultando doloroso. «—Sí...», le admitían. «—Sí, doctor...». Y si él agregaba: «—Dentro de poco todo va a terminar», una niebla

les cubría la cara. Y cuando se resolvía a preguntar: «—¿Y, qué me cuentan de la actuación del ejército?», llegaban a darse vuelta como si tuvieran que estornudar repentinamente, sin tiempo para excusarse. El primero en hacer eso había sido Míguez: hacía tiempo que no le decía nada ni le hacía ninguna objeción, limitándose a servirlo con un fervor mecánico, insolente: «—¿Desea algo más, doctor?», le preguntaba ceremoniosamente después de traerle cualquier cosa, los fósforos o el diario. «—¿Alguna otra cosa, doctor?». «—¿Necesita algo más, doctor?». ... A él le pagaban y por eso cumplía, él era el hijo de la cocinera. «—¿Alguna otra cosa, doctor?». Y Vicente sentía que lo traicionaban, que lo decente hubiera sido decirle que «no» a lo que opinara o a lo que ordenara, aunque no le explicaran nada. «—No»; «—No, doctor». Pero ninguno se había atrevido. «—¡Digan algo!». Y esa cosa escurridiza que sentía cuando se encontraba con alguien y hablaban o aludían a lo que pasaba en el Territorio, proseguía. «—¡Digan algo!». Y allí tenía entre las manos ese recorte envuelto en una esquila blanca.

También pensó en todo lo que pudiera haber hecho de vergonzoso y oculto. En la Patagonia y antes de llegar a la Patagonia. Porque a uno le crece la memoria cuando tiene miedo, es humilde cuando tiene miedo, y él se sintió débil y culpable. ¿No había redactado con habilidad el arreglo entre obreros y estancieros? ¿Dónde habría estado el error? Él lo sabía, era un detalle, pero eso quedaba por debajo de lo que estaba dispuesto a confesarse en ese instante. Había secretos que estaba dispuesto a reconocer, pero otros no —reflexionaba—. Siempre uno se quedaba con una carta en la manga aun cuando asegurara que había que ser sincero y poner todos los naipes sobre la mesa. Siempre se hacía trampa mientras se estaba vivo. Volvió a mirar esa carta. ¿Lo insultaban porque vivía con Yuda? Eso por un lado lo halagaba —todavía lo halagaba— y por otro lo fastidiaba. Habían cuchicheado. La madre de Míguez había cuchicheado y Yuda había sacudido los hombros. Era una pequeñita roñería de pueblo y nada más. ¿Le recordaban algo de lo que había hecho en Buenos Aires? Él había sido un putaño, pero nunca lo había ocultado. «He sido un putaño de miércoles», se dijo Vicente casi en voz alta: si los prostíbulos eran lo más —o lo único— divertido de Buenos Aires y las putas lo más entretenido que se podía conseguir un estudiante de derecho en esa podrida ciudad. Y los que no eran estudiantes. Porque él muchas veces se había topado con profesores, con algún juez y con varios otros más que lo llamaban a un rincón para murmurarle: «—Espero que sea discreto, Vicentito», y él les palmeaba la espalda con una cálida complicidad de machos. Es que en ese terreno, en Buenos Aires, todos eran cómplices. Y ser putaño era una diversión y un alarde. ¿Que alguna putita le había hecho un regalo? Eso siempre se justificaba, y máxime en un país como el nuestro, pensó, donde todos los hombres alguna vez habían ambicionado ser rufianes más o menos elegantes. Y Vicente se descubrió, como muchas otras veces, demasiado tolerante con sus propios

pecados, buscando afanosamente aliados y atenuantes de sus culpas. También podría ser algún amigo el autor del anónimo, porque ya había entreabierto la esquila y advertía que no tenía firma. Y los amigos resultaban insoportables cuando enviaban anónimos, porque no era para insultar, sino para dar un consejo o para hacer conocer lo que realmente piensa la gente de uno. Y tanta nobleza le repugnaba a Vicente. «Empalaga», se dijo. Y era feo un anónimo, como si a uno le dijeran algo intranquilizador, en una especie de sacudón, sobre todo lo que había pensado, especialmente de sí mismo: si uno se creía muy macho, por ejemplo, escribirle que se sabía por tal y cual cosa que uno no lo era tanto como aparentaba, agregándole el nombre de alguien como garantía de seriedad, de buena información, generalmente el de una mujer a la que uno le hubiera hecho alguna confidencia mitad en broma. Pero a quien la otra mitad le había entrado en la cabeza como una verdad total e inapelable. Y la letra de esa esquila también era burda, deliberadamente elemental. Vicente ya iba leyendo la primera línea: *Doctor*. La «de» mayúscula era increíble, porque nadie, normalmente, hacía una letra así. *Doctor*. No era un enemigo porque alguien que lo hubiera odiado se hubiera permitido el solitario placer de omitirlo hasta el título: en cambio, el que había escrito ese *Doctor* tenía algo de los que hacían reverencias al hablar por teléfono con algún personaje. Era alguien que lo respetaba, que lamentaba algo. Más abajo decía: *Para que se entere*. Y nada más. O, mejor dicho, había dibujado un rulo que cerraba la esquila. El autor de ese anónimo quería precaverse de que alguien, vaya a saber quién, no agregase nada a la esquila. Después Vicente leyó la página del diario. Era de Buenos Aires. Del mismo que le había hecho leer Carrero cuando la firma del convenio en el teatro. En aquel artículo lo aplaudían, en éste el título era decisivo: *Fracaso de una gestión*. Vicente sintió ganas de vomitar. El artículo también ocupaba un cuarto de página. Con todo, eran ecuanímes en ese diario. Aplaudían y mataban de la misma manera, con la misma pulcritud. Ésos sí que eran equidistantes. La vida y la muerte les daba lo mismo, ellos estaban tan alejados de una cosa como de la otra. Eso era estar más allá del bien y del mal y de la vida y de la muerte o ser una especie de solución coloidal: en ese diario no eran ni líquidos ni sólidos. No había adjetivos, ellos narraban: no tenían opiniones, solamente vista. Ni vísceras ni sexo, ojos. Y Vicente llegó a pensar mientras se sentaba en un sillón que Yuda hubiera dicho: «—Ni se ríen ni lloran. Son serios». Eran justos, por eso. Eran la Opinión Pública. *Fracaso de una gestión*. Las letras del título eran enormes, el artículo estaba en página impar y lo habría leído todo el mundo. Vicente lo comparaba con otros artículos, quería calcular si podía haber pasado inadvertido para cualquiera que leyera ese diario, pero esas letras tenían por lo menos un centímetro y relucían destacándose. En el resto de la página había otras noticias: telegramas de provincias, lo que ocurría en el interior del país: lluvias, exposiciones rurales, la muerte de alguna centenaria, unos juegos florales, pero la

suya era la más destacada. Era un gran cartel que brillaba en medio de las páginas grises de ese diario. *Fracaso de una gestión*. Y ese diario venía de Buenos Aires y en Buenos Aires lo habría leído todo el mundo. La ciudad leyendo esa noticia y codeándose y comentándola. La «gente» de Yuda. Los «señoritos» de Yuda. Y los amigos de esos señoritos, los padres de los señoritos, sus tías, y las vecinas de esas señoras, sus viejos profesores, y los actuales alumnos de esos ancianos profesores cuando fueran al mingitorio, y la casera mientras barría la vereda y las queridas de sus amigos mientras llenaban la bolsa de agua caliente. Todos. Y en el «Tortoni» y en el «Sportman» y en los Tribunales y en el baño turco mientras esperaban en la cola a que les dieran la toalla y en algún prostíbulo de la calle Andes mientras jugaban a la lotería o se aburrían. «—¿Leíste lo de Vicente?». Todos. ¡Qué risa! «—¿Viste lo de Vicentito?». «—¿Dónde?». «—En el Sur...». Y el otro se acercaría para leer. O serían varios los que se amontonarían para curiosear en el único ejemplar, o en la calle o en cualquier esquina. «¿Viste lo de Vicente?». Todos, todos. Y ese diario tiraba cientos de miles de ejemplares y cientos de miles de personas lo habrían leído. «—¿Viste lo de Vicente?... ¿Viste lo de ese abogado en el Sur...?». En cada familia, cuatro, por lo menos. Y el Viejo Yrigoyen también. ¿Qué pensaría de todo eso? Él, que lo había mandado llamar para que resolviera ese asunto. «—*Necesito tu ayuda... En el Sur hay graves instancias*», le había dicho después de elegirlo. «Especialmente a mí», pensó Vicente con malestar. Y todo había ocurrido por no resolverse a confesarle que no servía para eso. «Yo no sirvo para esto». Él no servía y hubiera preferido ir a París o a Hamburgo, jamás a la Patagonia. Pero ya estaba allí y todo eso, a lo largo de un verano, había adquirido una velocidad que le daba vértigo. Y pensar en lo que le hubiera gustado hacer le resultaba tan pueril como recordar que una vez, hacía muchos años, le había exigido a su madre que le comprara una victrola: él se había aferrado de la vidriera mientras su madre repetía: «—*Me están esperando en la sacristía... Hace media hora que nos esperan, ya tendríamos que estar allá... Entendé, no seas terco: no pueden hacer nada sin nosotros...*». Y pensar en eso resultaba fantasmal, estéril, idiota. Pero en ese artículo se sostenía que el ejército debía actuar porque él no había procedido con eficacia. Y él realmente creía en la equidistancia, en el orden que podía restablecer el ejército y en lo que Baralt le había prometido. Pero no que debieran reemplazarlo sin poder colaborar, prescindiendo de lo que ordenaban las instrucciones que había recibido: la autoridad civil apoyada por la autoridad militar, pero las dos de la misma jerarquía, sin omitir a la otra y mucho menos reemplazándola y anulándola. Por todo eso era necesario que mandara un telegrama a Buenos Aires. Y pronto. Había que preguntar qué pasaba, qué correspondía hacer y cómo era posible que se publicaran esas noticias. Pero ahí estaba ese artículo y sólo quería decir una cosa: *fracaso*. El título decía *Fracaso*. Y todos los lectores de ese diario se responderían lo mismo: FRACASO. Y más abajo para

que no hubiera dudas sobre quien se estaba hablando: *Doctor Vicente Vera*. Por lo tanto, el doctor Vicente Vera había fracasado. El doctor Vicente Vera estaba liquidado. Y todos lo señalarían ahora y se darían vuelta para mirarlo, pero sin titubear, con el mismo descaro con que se mira a un individuo famoso o a una diva, que deben permanecer impasibles cuando los contemplan. O a un condenado. O a un objeto cualquiera: un bibelot, un toro de exposición o una piedra. Alguien que tiene que ser nada más que piel, una cosa. Y *fracasado* quería decir no tener manos ni nada con qué poder tocar y modificar las cosas, aunque sólo fuera para cambiarlas de lugar. *Fracasado* era ser desdeñado por todos y con razón; era la gente mirándolo para despreciarlo, y él, impotente, padeciendo esas miradas sin poder escapar ni justificarse ni hacer otra cosa que de alguna forma lo salvara. Porque hasta sería torpe para hablar. Sería mudo. Una piedra, ya lo había pensado. *Fracasado* era ser un impotente en medio de la plaza.

Y Vicente salió a la calle, hizo un bollo con ese papel, pero no lo tiró porque alguien lo podía recoger y él tenía que releerlo con más calma. Y esos camiones que iban y venían por las calles alzando columnas de tierra, le empezaron a resultar intolerables; por el ruido y porque no se podía pensar. Es que ese ruido se incrustaba en los sesos. Y hasta sintió furia por su barba: lo reconocerían en seguida con eso. Y tuvo ganas de arrancársela, de cortársela.

Era de noche y con las manos en los bolsillos estrujaba ese papel y amasaba una pila de monedas que le había quedado de Buenos Aires y que allí no le servía para nada: no había tranvías, no había subterráneos. No había nada. Y caminó hasta el final de la calle. Alguien pasó a su lado y le susurró «—Buenas noches, doctor», y él gangoseó cualquier cosa, total, el otro se quedaría conforme si esperaba una respuesta y, si no, que se fuera al demonio. Tenía ganas de hablar con alguien, pero para que lo comprendiera rápidamente, sin tener necesidad de contar todos los antecedentes, desde el momento en que había sido llamado por el Viejo Yrigoyen pasando por la reunión del teatro hasta el instante de recoger esa carta que había quedado junto al felpudo. Algo inmediato, aunque no fuera muy ordenado en su narración y aunque omitiera muchas cosas reemplazándolas con visajes de la cara o con movimientos de las manos. Alguien que lo escuchara conociéndolo, así lo entendería, dándole la razón, tranquilizándolo y repitiéndole que todo lo que pensaba no era tan importante ni a ese diario lo leía tanta gente ni Buenos Aires tenía tantos habitantes ni las letras de ese título eran tan grandes ni tan visibles. Y hasta que la muerte de esa centenaria de La Rioja que había tratado al general Peñaloza sería más comentada, porque, al fin de cuentas, no se moría todos los días una centenaria así en la Argentina. En realidad, Vicente quería hablar con Yuda, pero temió que ella se sintiese ganadora de algo, ganadora de él, y le hiciese pesar su triunfo. Y por cierto, que él recordaba la importancia que ella le acordaba a sus triunfos. Entonces siguió caminando hasta el

fondo del pueblo: allí estaba el prostíbulo y en ese lugar se podría echar junto a una mujer y contarle todo lo que le había pasado, sin mucho orden y omitiendo muchas cosas, con la certeza de que lo iba a escuchar, aunque más no fuera porque esa mujer —cualquiera— sabría quién era él. Y después de atenderlo, afectando interés y hasta entusiasmo, por lo menos le daría la razón. Y le daría la razón para que la pasara bien. «—¿Quedó conforme, doctor?», le podría preguntar al final, con el tono profesional de un peluquero, ofreciéndole un espejo para que se mirara y controlara cómo le había dejado. «—¿No es cierto que está conforme, doctor?», mientras lo despedía en la puerta de su cuarto ante el asombro y la envidia de las otras. Y, a lo mejor, hasta lo tomaba de un brazo con el pretexto de acompañarlo hasta la puerta de calle, pero con la intención de demorarlo, de exhibirlo un poco más. También podría ocurrir que después de escucharlo y de darle la razón, lo perdonase. Igual que en un confesionario. Y Vicente se resolvió, al fin de cuentas, él era un viejo putaño. Un joven funcionario y viejo putaño. Por lo menos tendría eso: hablar, estar con alguien que lo escuchase y que no le exigiera ni mucha coherencia ni mayores detalles. Y llegó hasta la puerta del prostíbulo, pero no entró.

Esa estancia quedaba cerca de Paso Ibáñez. Y allí llegó Soto esa tarde. Había comprobado que era imposible entrar a Gallegos para hablar con el doctor Vera. Varios días estuvo rondando el pueblo: por el lado de la playa vigilaban los de la guardia blanca, y a la noche, desde muy lejos, se veían brillar las fogatas que encendían junto al mar; y por el lado del campo esos pelotones de soldados daban vueltas y vueltas; cada cien metros, en cada bocacalle, había uno apostado, adormilado o distraído o lo que se quiera, pero cuando escuchaba el menor ruido, sobre todo si era de noche, tiraba al bulto, a voltear. Soto había llegado a estar muy cerca de uno de esos soldados. Estaba comiendo pausadamente, con ganas, y Soto tuvo la sensación de que fingía, de que realmente lo había visto, pero no podía admitir que hubiera una persona junto a su puesto. Hasta le había oído el ruido que hacía al mascar una corteza de pan. Pero todos esos soldados se ponían el fusil entre las piernas cuando se sentaban y no les importaba gastar dos o veinte balas; ellos tiraban con cualquier motivo, por si acaso; y así habían matado varias ovejas, cinco o seis gatos y un viejo medio loco que siempre andaba rondando por el lado del alto seguido de perros. Era de miedo, sin duda, pero al final, resultaban eficaces, y no había forma de esquivarlos. A Soto le constaba: él había estado espiando toda una tarde a ese soldado, desde que le llevaban el mate cocido al puesto hasta el momento en que miró a todos lados antes de resolverse a agacharse entre unas matas. Y aun así, Soto había podido comprobar que no soltaba el fusil. Es decir: ni lo dejaba en el suelo ni lo apoyaba contra una de esas matas de calafate que podían aguantar el peso. ¡Cualquier día! —pensaba—. Y eso de estar acechando durante tanto tiempo para

tratar de meterse en el pueblo era demasiado peligroso, porque las patrullas lo podían sorprender por la espalda. Y un sujeto con cualquier cara podría sostener que no estaba haciendo nada aunque lo descubrieran con la mano metida en el bolsillo del vecino, pero un tipo con su jeta, no. Con esa cara nadie se podía hacer el idiota. Ni afirmarlo, y mucho menos aportar testigos. Ninguno se lo creería aunque dejara caer el maxilar nublando los ojos y sacudiendo la cabeza como si le hubiera agarrado el baile de San Vito. Porque aun con esas taras, hubieran pensado que era un enfermo, pobre, que habría heredado alguna de esas enfermedades de las que los peones alardeaban y se cuidaban minuciosamente, pero jamás que no entendía lo que decía o lo que le preguntaban. Él no hubiera podido hacerse el imbécil para justificarse si lo encontraba una de esas patrullas que vigilaban las entradas del pueblo. No, señor. De la misma manera que había gente, tipos —peones o no, en la Patagonia o en cualquier lado— que por mucho que se empeñaran en parecer inteligentes, nadie se lo creía. Así es que no pudo quedarse más tiempo dando vueltas y vueltas en torno al pueblo. Aunque llegó a imaginarse que bien podía parecer un agrimensor que andaba por ahí tomando medidas o que creyeran que se le había caído algo y lo andaba buscando con su caballo del diestro. Pero no había que engañarse: nadie se lo tragaría. Entonces se fue a esa estancia de Paso Ibáñez.

Allí mandaba ese antiguo peón que había llegado de San Julián. Se llamaba Garrido, y se había puesto al frente de la peonada. Las horas muertas, que eran muchas, casi todo el día, se las pasaba contemplando cómo el patrón de esa estancia barría los corredores, la cocina, las piezas de los peones y después cambiaba el papel del excusado. Se lo habían ordenado el primer día y ya nadie lo obligaba, él mismo lo hacía aplicadamente, como si fuera su deber.

Hacía varios días que estaban allí y esperaban noticias; habían llegado hombres de otros lados y se habían quedado o se habían ido hacia Lago Argentino o hacia Cañadón León. Pero órdenes, órdenes concretas, no llegaban. Y lo único que quedaba por hacer era eso: estarse allí tumbados, contemplando a ese patrón, al que ni conocían ni sabían qué tal era, pero que era el único que se movía sacudiendo constantemente esa escoba a lo largo de los corredores.

Ni a Soto ni al chileno Muñoz, que hacía un tiempo que andaba por allí, les pareció bien, pero por razones distintas: a Soto porque era un abuso y a Muñoz porque se trataba de un compatriota.

—¿No le parece demasiado? —le preguntó Soto a Garrido cuando verificó que, al atardecer, el patrón tenía que hacer el mismo trabajo empezando por los corredores y terminando con esas pilas de diarios viejos.

—No, demasiado, no —repuso Garrido.

—Pero mire que puede traer consecuencias...

—¿Qué consecuencias?

—No sé —Soto usaba un tono prudente—, pero van a ser grandes.

Garrido no se alarmó:

—¿Usted cree?

—No es que lo crea —dijo Soto—, pero ese hombre se las va a querer cobrar.

—¿Cobrar? ¿Y cuándo se las va a cobrar?

Soto se daba cuenta que Garrido parecía suponer que la huelga no iba a tener fin. Entonces le previno con un tono de opinión dicha al acaso:

—Mire que esto cualquier día se acaba y, a lo sumo, la empardamos...

—No, empardarla, no. La ganamos, se lo digo yo —aseguró Garrido abrochándose el chaleco y contemplando esa fila de nueve botones—. Pongalé la firma.

—¿Tan seguro está?

—¡Segurísimo!

—Pero, ¿porque sí, o por...?

—Porque esto lo tenemos que ganar, Soto..., porque tiene que ser así... —y las explicaciones de Garrido que no servían para nada ni demostraban nada y a las que Soto ya estaba acostumbrado por habérselas escuchado a muchos que las repetían con una voz agresiva y unos ojos inseguros, se prolongaron hasta que los dos se miraron como si súbitamente se hubieran olvidado de qué trataban. «—¿De qué estábamos hablando?» —hubiera podido preguntar Garrido al voleo—. «—De nada... de nada importante. Ya ni me acuerdo» —hubiera podido contestar Soto. Porque Soto había descubierto sin proponérselo que todos los compañeros ansiaban tener alguna certeza por lo que estaban haciendo en esa huelga y todos se ratificaban entre sí. Nadie quería parecer inseguro, eso hubiera sonado a traición o, si se descuidaban, a miedo. Es que pensar era tener miedo. Los cobardes reflexionaban, no había nada que hacerle. Y si alguien usaba la cabeza era un derrotista. Claro que a él, a Soto, no se le animaban a decírselo, pero maliciaban que si seguía pensando tanto iba a terminar echando culo. Porque convenía que nadie se quedara mucho tiempo en silencio delante de otro: podría parecer que reflexionaba. Nadie andaba de a dos. Tampoco. Eso los hubiera obligado, al cabo de un rato, a franquearse, porque nadie se queda de a dos para mentirse; había necesidad de abrirse ante el otro, y se empezaba contando el trabajo de cada uno, si uno era resero o esquilador, se seguía con lo que se ganaba, con la mujer, se contaban cosas de la mujer y se terminaba hablando de uno. Y si uno habla de uno mismo termina por ser sincero, y en ese momento aparecía la inseguridad, lo que haría o no haría el ejército, lo que le había ocurrido a Stocker, o los que habían baleado en Santa Cruz, lo que se había oído decir por ahí o exagerar, y las ganas de escapar y de entregarse.

Muchas veces Soto había oído eso mismo: «La huelga se tiene que hacer porque se tiene que hacer». «—¿Y por qué se tiene que hacer?» —preguntaba él sin irritarse

y con la previa seguridad de que todo eso iba a terminar con unos manoteos en el aire o en un puñetazo afirmativo sobre una mesa o una rodilla. «—Se tiene que hacer porque la tenemos que ganar». «—¿Por qué la vamos a ganar?» —seguía Soto tratando de pescar algo con sentido. «—Y... la vamos a ganar porque somos más». «—¿Y usted cree que siendo más es suficiente?» —insistía Soto con una verdadera ansiedad por dar con alguna razón que lo conformara. Pero, nada, porque; siempre su interlocutor, cualquiera que fuese, concluía: «—Y, es suficiente, porque por eso salimos a la huelga».

Y todo eso resultaba, al fin de cuenta, como uno de esos perros que se tiraban tarascones a la cola cuando sentían algún escozor intolerable, dando vueltas y vueltas para nada.

Y allí estaban: él, Garrido y el chileno Muñoz sentados al borde de ese corredor mientras el patrón barría el piso ante la mirada silenciosa de los demás peones. Porque, eso sí, ninguno lo gritaba ni lo insultaba y mucho menos le ensuciaba adrede para que volviera a limpiar lo que ya había barrido. Con que hiciera ese trabajo unas ocho veces por día, inútilmente, todos se daban por satisfechos y vengados.

Pero al atardecer apareció ese muchacho montado en un caballo que daba pena. Mientras hablaba con Garrido explicándole de dónde había venido y en qué podía servir, a Soto le impresionaron sus anchos ojos titubeantes. Apenas si miraba al final de cada una de sus frases, como si quisiera comprobar el efecto que causaban. Dicho más claro: si le creían o no le creían lo que estaba diciendo. Llevaba unas bombachas cortonas y sus tobillos tan finos le daban un aspecto de muchachita. Y, lógicamente, Garrido no encontró nada más cómodo que empezar a llamarlo «Señorita». Y «Señorita» de acá y «Señorita» de allá fueron los únicos gritos que se oyeron hasta que anocheció. Y a cada rato, cuando se podía creer que ya se había olvidado de su gracia. «—¡Señorita!» —Garrido hacía chasquear los dedos y ese muchacho tenía que correr a lo que le mandaran. «—¡Señorita!».

—¡Ya voy!

—¡Señorita!

—¡Un momentito! —y esas carreras no terminaban nunca.

—Sos el petiso de los mandados —le repetía Garrido satisfecho con su descubrimiento.

Y ese muchacho ni protestó ni lo miró con fastidio. Se dejaba humillar como agradecido de todo: de que lo hicieran correr, de que pudiera cumplir lo que le mandaban y de que lo dejaran vivir. Tampoco, por supuesto, ni se le ocurrió quedarse donde estaba parado para contestarle a Garrido: «—¡Si tiene mucho apuro, hágalo usted nomás!». No. Eso lo hubiera hecho Soto, que lo contemplaba repetir esas carreritas torpes, interminables, entusiastas, estériles, como si estuvieran prescindiendo de su presencia. Porque cuando él estaba en un lugar, esas cosas no se

podían hacer. Y todos los peones lo sabían: si alguien tenía derecho era él. Él solo. Pero Soto jamás hacía uso de un derecho que le acordaran los demás; él era una estatua que aceptaba ofrendas pero las dejaba reposar a sus pies. Como también sabían de siempre que cuando Soto estaba, no era cuestión de que ninguno alardeara contando cuántas mujeres se había tirado. Tampoco, y de ninguna manera, hacerse el guapo cuando él andaba por ahí, porque cuando un tipo empieza a darse corte de que en tal lado insultó a un gringo que no le dijo ni medio, y que en tal otra estancia se la pasó al cuarto a la hermana de perengano, inevitablemente, fatalmente, termina por toparse con alguien que no le cree, o le cree pero está harto de oírlo decir compadradas o con alguien que le molesta que otro mienta. O con alguien que no tolera que se digan verdades a los gritos, aturdiendo a los demás. O con alguien que no aguanta que sea otro quien llame la atención. O, en fin, con alguien que realmente es guapo y se voltea a la hermana de cualquiera y verdaderamente ha matado a un rufián en Punta Arenas y se ha peleado con un carabinero en la frontera no teniendo más que un diario arrollado como un palo. Y ése, era Soto. Así es que cuando se hartó de que Garrido le gritara «—¡Señorita!» a ese muchacho, le preguntó con suavidad, como si le pidiera un favor.

—¿Por qué no lo deja?

Garrido estaba muy satisfecho con su broma que encontraba excelente y parecía convencido de que los demás se lo festejaban:

—¿A «Señorita»? —dijo con incredulidad.

—Sí.

—¿Y cómo quiere que lo llame?

—De ninguna manera, Garrido...

—Pero si es una «señorita».

—Ya sé... Pero dejélo. Se va a cansar ese muchacho.

—Pero si no me dice nada y parece que le gusta —Garrido miró a los demás para ver si alguno se sonreía y desbarataba la seriedad de Soto, pero todos permanecieron impasibles.

—No le gusta, Garrido —insistió Soto—. Creamé.

—¿Y por qué no me lo dice él?

—No se animará...

—Pero si es una broma.

—No es una broma. Dejeló...

—¿Usted me lo pide?

—Yo no se lo pido; Garrido, pero dejélo ¿O no tiene bastante con el patrón?

Garrido no lo llamó más a ese muchacho. Y a la noche cuando Soto se estaba untando las botas con un pedazo de grasa, sintió que alguien se le acercaba: era el «Señorita». Y realmente tenía cara de señorita y hasta la piel del pecho parecía muy

blanca, hinchada.

—Muchas gracias, señor —murmuró ese muchacho. Después, con naturalidad, le dijo que se llamaba Pons y que en Buenos Aires le había dado una puñalada a su padre.

—¿Por qué? —quiso saber Soto.

Pons le explicó largamente, emocionado porque ese hombre tan serio lo atendía, que su padre se había casado con otra mujer, una que tenía casa de planchado. «—Por segunda vez», aclaró.

—¿A vos te gustaba? —le preguntó Soto.

—No, no me gustaba.

—¿Y entonces, por qué fue todo eso?

Pons tuvo que volver a explicar, escrutándolo a Soto al final de cada frase para verificar el efecto de lo que iba diciendo, que esa mujer tenía una hija.

—No era mi hermana, ¿usted se da cuenta, no? —preguntó con avidez.

—Me doy cuenta —lo tranquilizó Soto.

Pons continuó: él había matado a su padre porque se metía con la hija de esa mujer. «—De su mujer, ¿me entiende?», se interrumpía ese muchacho. Él lo había meditado mucho antes de hacerlo, y hasta había llegado a pensar que era ella quien lo provocaba a su padre.

—Eso era lo que él me contaba —dijo.

—Sería para tranquilizarte.

—No. Era para que lo ayudara.

—¿En qué?

—En agarrarla...

—¿Y vos lo ayudaste?

—Sí. Él me dijo que los espíara y que ya iba a ver cómo ella lo andaba provocando.

—¿Cómo? —Soto se asombró.

—Y, él decía que cuando ella le servía la comida, se le echaba encima.

—¿Cómo, cómo? —Soto no comprendía muy bien.

—Así... —Pons hizo un ademán en medio de esa fresca penumbra.

—Ah... —Soto entendió y pareció tranquilizarse.

—Pero, después me di cuenta de que ella no le hacía nada, sino que era él el que le tiraba los manotazos.

—¿Y ella no se lo contaba a la madre?

—No. Porque la madre estaba de acuerdo con mi viejo.

Y así siguió Pons contando todo: lo de la muerte de su padre y lo que le había gritado su hermanastra.

—¿Qué te gritó?

—Que yo había hecho eso con el viejo porque yo andaba caliente con ella.

Y lo de la noche en que lo llevaron preso y le robaron unos pesos que se había guardado en la bocamanga del pantalón, y en el olor que tenía en la ropa a la mañana siguiente, y en el viaje que había hecho en barco después que lo condenaron, con un guardián de civil que siempre le leía una cosa que empezaba más o menos así «Los espíritus dominarán en el mundo» y cantaba mal pero en voz baja. Y después recordó las fotos que le sacaron en los diarios.

—Me decían que me despeinara —confesó.

—¿Que te despeinaras?... ¿Quiénes?

—Los que sacaban las fotos.

Se quedaron en silencio escuchando el ronquido de alguien que respiraba con dificultad.

—Es por el cigarrillo —dictaminó Pons señalando hacia la oscuridad.

—Sí —aceptó Soto y al rato volvió a preguntar—: ¿Y en el Sur?

Entonces Pons prosiguió contando la vida que había llevado en el penal durante casi tres meses, desde lo que le daban de comer hasta los ruidos que se oían a la noche a lo largo de esos pasillos pintados de blanco.

—Y había parejas —confesó inesperadamente.

—¿Qué?

—Sí. De hombres y hombres. Y había uno, un tal Mendizábal, que se hacía pagar por cada uno de los tipos que se cafishiaba...

—¿Les sacaba plata?

—No. Los otros se la daban.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué?... Como las mujeres: para que los defendiera.

Hubo otro silencio y ese solitario ronquido brotó en la oscuridad como un surtidor atrancado. Pero Pons continuó:

—Y hasta una noche, Mendizábal se tuvo que pelear con otros dos que le querían quitar a uno de éstos.

—¿Y? —Soto estaba interesado y lo urgía.

—El que trabajaba de cafishio les rompió el alma a los otros dos.

—Pero... ¿y no intervino nadie?

—Sí. Al final vinieron los guardianes y golpearon a los dos que...

—¿Y al cafishio?

—Ni medio. Los tenía arreglados a los guardianes.

—¿Y no lo delataban?

—¡Qué iban a delatar!... ¿A quién? Si a los de arriba también los tenía arreglados.

De nuevo se detuvo; evidentemente Pons no se animaba a contar algo más,

porque varias veces entreabrió la boca como si fuera a empezar y sólo hizo un ruido gutural.

—Pensaba en algo más —confesó como intimidado.

—A ver...

Pons se animó:

—Que los guardianes me vinieron a decir si yo quería algo... —los ojos de Pons brillaban en la oscuridad.

—¿Algo?

—Si me dejaba...

—¿Y vos quisiste?

—No. Pero ellos me decían que me iban a tener mejor, como a un rey.

Soto no quiso preguntar más. Todo eso lo había escuchado ahí, en medio de esa penumbra y porque ese muchachito se le había acercado a contárselo. Seguramente querría demostrarle algún agradecimiento. Y como él no tenía nada de sueño, lo había dejado correr. Pero ahora prefirió permanecer callado, incluso amagar como si ya fuera demasiado tarde, le doliera el lomo y quisiera echarse. Pero Pons continuó:

—A otro también le dijeron eso... Lo mismo que a mí, pero ese era un muchacho que estaba allí metido por anarquista, y la gente más decente lo respetaba. Tenía un apellido medio raro... Y hacía rato que desde afuera le andaban trabajando una escapa. Amigos de él, gente que lo conocía de antes... Y ésa es gente que se ayuda mucho entre ella. Y un mediodía, cuando salíamos a cortar madera, me dijo si quería escaparme con él porque él tenía todo listo. Y yo me largué...

—¿Y él?

—También se escapó, pero después supe que lo habían agarrado al cruzar la frontera.

—¿Se quiso hacer el loco?

—Estaba demasiado seguro... y se había pasado la vida gritándoles a todos los guardianes.

—¿Los insultaba?

—Sí.

—¿Y los guardianes?

—¿Si le hacían algo? —Pons bostezó abriendo mucho la boca, pero rápidamente se cubrió como si se disculpara—. Nada... No se le animaban. Y eso que era chiquito.

Después de eso no hablaron más. Probablemente Pons no tenía nada más que contar porque lo único que hizo fue echarse a un costado de Soto y allí se quedó dormido, aliviado. Soto también pensó en dormir después de echar un vistazo a los cuerpos de esos otros hombres que descansaban en el galpón. Uno solo roncaba, como si fingiera que roncaba, como si le hubieran ordenado levantarse temprano y

temiese que en cualquier momento lo empezaran a sacudir.

—¿Soto? —susurraron a su izquierda.

Soto se volvió:

—¿Sí?...

Era el chileno Muñoz que se había acucillado a sus pies:

—Yo me voy —anunció.

—¿Por?

—Porque aquí no tengo nada que hacer. Esto es cosa de ustedes...

Soto trató de descubrirle la cara:

—¿No te gusta lo que hace Garrido con el patrón?

—No —mintió Muñoz—. Y no es porque sea chileno. Pero todo esto es cuestión de ustedes...

Soto se quedó pensativo: allí se iba a pelear con Garrido, era indudable que ése también quería mandar. Eran muchos los que querían mandar. Resultaba bravo, pero a la gente le gustaba. Y no sabían mandar y tenían que ponerse a imitar a los que siempre lo habían hecho.

Y eso no se imitaba, como nadie imita a otro cuando se encama... Pero a él le correspondía tratar de hablar con el doctor Vera. Trataría de nuevo.

—Voy con vos —dijo, poniéndose de pie.

—¿Me acompaña? —el chileno se alegró.

—Salimos juntos, total, tenemos varios días de marcha. Pero vos te vas para Chile..., ¿o no?

—Sí.

—... Y yo me voy para Gallegos.

Y cuando abandonaban esa estancia silenciosa, Soto comentó:

—Ni centinelas ha puesto este Garrido...

Vicente regresó a su casa; allí estaba Yuda, leyendo, echada en su cama; había encendido un velador y su cabeza flotaba dentro de ese cono de luz amarillenta. Tenía una carne sin poros, verde y compacta, y apenas alzó la vista cuando Vicente se derrumbó en un sillón y estiró las piernas haciendo crujir las maderas del piso. Él se quedó un rato contemplándola; su nariz de pájaro parecía más atenuada, había engordado. Todo el mundo engordaba en la Patagonia. A causa del viento, sí; de la soledad, también. Y ella se dejaba reposar en su cama; se había puesto unas medias de hombre y de tanto en tanto se frotaba las rodillas voluptuosamente, como si a su piel la encontrara muy suave y desconocida. Un camión pasó por la calle haciendo trepidar el piso y los caireles de la lámpara tintinearón.

—Un camión... —consignó Vicente.

—Sí... —admitió Yuda sin entusiasmo.

—Son los soldados...

Pero ella estaba muy interesada con su libro. Vicente le iba siguiendo el ir y venir de los ojos y esperaba el momento en que levantase la mano para mover la página; Yuda tenía una mano violeta que se iba deslizando por el borde del libro, se detenía en la mitad de la página, se encogía y se agazapaba un poco, después subía hasta el ángulo, el dedo índice escarbaba silenciosamente sobre las puntas de las hojas hasta que se quedaba con una sola y, por fin, toda la mano, descolorida, se cruzaba hasta el lado izquierdo y pausadamente volvía a la derecha. Eso, cinco, seis veces. Volvió a pasar un camión, Vicente calculó que sería uno que penetraba en el pueblo desde el campo y nuevamente los caireles tintinearón. Yuda alzó la vista: parecía alarmada, como si hubiera oído el zumbido de un insecto y tratara de localizarlo en medio de la penumbra para golpearlo con las manos velozmente, con estrépito. Y así estuvo en tensión, mirando al vacío, hasta que ese temblor se fue diluyendo en el silencio del cuarto, alrededor de la lámpara, sobre la cama y encima de esa alfombra.

—Todo el día así —rezongó.

Vicente intentó sonreírse:

—¿Los contaste?

—No; pero deben haber sido como cuarenta... o cincuenta...

—¿Tantos?

—Sí.

—No hay tantos camiones en Gallegos, deben ser los mismos.

—Yo no sé si serán los mismos que dan la vuelta a la manzana. Pero estoy aturdida —aseguró apretándose las palmas sobre los oídos—, y ya no oigo nada más que un zumbido... un zúzú que no se termina nunca.

—Yo también —se señaló Vicente.

Yuda cruzó las manos sobre su libro:

—¿Cómo? ¿Ahora te aturden? —dijo con un tono de extrañeza—. Pero si son ecuanímes.

—No te burles —rogó él.

—No, Vicente, si no me burlo... Pero a vos esos camiones no te pueden molestar. Que me sequen a mí, está bien. Yo tengo derecho. Pero vos creés que están actuando equilibradamente, así es que te la tenías que aguantar: es parte de su faena.

—No te burles —volvió a decir Vicente.

La dureza de Yuda se fue aflojando:

—¿Supiste algo? —preguntó con reticencia.

—¿De qué? —Vicente echó el cuerpo hacia adelante—. No te entiendo.

—¿Si por fin te empezaron a llegar noticias?

—No —Vicente prefería no comentar lo del anónimo—. Pero la gente me mira como si yo estuviese complicado en algo...

—Es que estás complicado, Vicente.

—¿Yo?

—Sí, sí. Vos.

—Pero, ¿en qué estoy complicado?

—¿Cómo? —Yuda se sentó en la cama—. ¿Todavía no sabes lo que están haciendo en el campo?

—¿El ejército?

—¡Sí: el ejército! —gritó Yuda comprendiendo que Vicente no estaba enterado de nada—. Y no Corral ni la policía ni los otros señores... —lo único que le quedaba a Yuda de agresividad en su cara era esa nariz puntiaguda—. O además de los otros señores —aclaró—, porque todos están haciendo lo mismo.

—Pero, concretamente, ¿qué es lo que hacen?

Yuda habló con lentitud, como si le enseñara a deletrear a un chico:

—Están fusilando gente, ¿te das cuenta? Fusilando gente. Y no poniendo orden ni actuando con equilibrio ni con equidistancia ni con nada.

Vicente no supo qué hacer con las manos:

—¿Es... es cierto eso o son chismes que te trajo la madre de Míguez?

—¡Qué chismes ni chismes! Todos lo saben, todo el mundo lo comenta y lo dicen en voz baja o se meten en sus casas para comentarlo —de pronto, Yuda lo miró como si lo compadeciera—: Decime, ¿ni lo de Carrero supiste?

—No —confesó Vicente con una sinceridad indudable, desconsoladora—. ¿Qué le pasó?

—Le empastelaron la imprenta.

—¿Quiénes fueron?

—Yo qué sé —dijo Yuda sin dejarse conmovir por el aspecto aturdido de Vicente—. Nadie lo sabe. Ni Carrero.

—¿Y qué más le hicieron?

—¿Más...? ¿No te parece suficiente? ¿O hay que esperar a que lo maten para reaccionar?

—¿Y la policía?

—¡Qué policía!

—Pero a mí... —empezó a justificarse Vicente.

—¿Qué? ¿No te lo dijeron?

—No.

—¿Y cómo te lo iban a decir si vos tirabas esgrima con ellos y parabas a la gente en la calle para preguntarles qué les parecía el comportamiento del ejército... y hasta les guiñabas un ojo o los palmoteabas para que te respondieran que todo estaba muy bien y que todo andaba a las mil maravillas? —Yuda hablaba sin ninguna compasión—. O los invitabas a tu casa especialmente para descubrirles que es «la institución

clásica por excelencia»...

—Pero yo tengo amigos... yo he sido...

—¡Pero ahora sos un enemigo para todos ellos! Enterate. Prefieren no hablar con vos y supongo que van teniendo miedo hasta de que los denuncies...

—¡No! —se defendió Vicente—. ¡Eso, no!

Yuda lo miró intensamente:

—¿No...? Espero que no.

Entonces Vicente se resolvió a mostrarle la carta que le habían enviado.

—¿Cuándo te la mandaron? —Yuda estaba vivamente interesada.

—Hoy a la tarde. Y venía sin firma —explicó Vicente mientras ella manoseaba ese papel.

—Será de alguien que te quiere y espera que así te enteres de algo.

—Pero esto —dijo Vicente señalando el artículo— lo tienen que haber publicado por un telegrama mandado desde aquí...

—¡Y claro! —Yuda se sentó al borde de la cama y sus pies quedaron colgando—. Vení, vení —lo llamó a Vicente, que obedeció; después ella le fue señalando—: ¿Ves? —y le mostraba un aviso que había al pie de la página—: Es muy simple —dijo recordando lo que le había explicado Carrero—. Éste es un aviso pagado por una sociedad de estancieros de aquí... de exportadores; ellos pagan este aviso, ¿sabías? —Vicente dijo que sí y ella siguió—: Y lo pagan muy bien. Así es que ellos son los que realmente mantienen al diario, ¿comprendés? Y, por lo tanto, tienen derecho a mandar las noticias como a ellos les conviene... —se detuvo un momento para comprobar si Vicente la seguía—. Y ahora les conviene que te quedes de lado sin poder hacer nada para que el Ejército, que ellos utilizan, prácticamente se ponga a servir sus intereses...

—¿Sus intereses? —Vicente no parecía convencido—. ¿Cuáles son sus intereses?

—¿En este momento? —ella lo oprimía del brazo—. ¡Fusilar obreros!

—¿Y para qué...? Si pueden poner orden sin necesidad de eso.

—Para que haya violencia en el Territorio.

—¿Y para qué, pregunto yo?

—Para que la violencia la desaten hombres... instituciones que dependen directamente del gobierno.

—¿Y por qué? —Vicente parecía interrogarse a sí mismo—. ¿Por qué complicar a una institución así?

Yuda le respondió con calma, nuevamente le deletreaba algo a un chico que tardaba en comprender:

—Porque así desprestigian a un gobierno que a ellos no les resulta... Como ves, es simple, muy simple.

Vicente no quiso escuchar más; estaba aturdido y se oprimió las sienes:

—¿Y qué se puede hacer? —preguntó flojamente.

—¡Ah, hijo! —suspiró Yuda volviendo a su libro—. Eso es cosa tuya.

De nuevo se quedaron en silencio; ella hundió la cabeza en ese cono de luz amarillenta y Vicente se volvió a sentar en su sillón, arrinconándose para espiarla: Yuda no habría insistido a favor de sus argumentos ni se habría demostrado satisfecha con el triunfo de todo lo que había presagiado, pero de cualquier manera, permanecía dura, aferrada a su libro y lo dejaba solo, para que se las arreglara como pudiera. Además, ya lo había enfrentado con todo lo que él sospechaba y lo había hecho sin dar muchas vueltas. «—¡Digan algo!», había pedido él. Ahí tenía lo que había deseado y de una forma «—*Simple, muy simple*»: la gente lo esquivaba y se le escurría porque lo creía culpable o responsable de lo que estaba pasando. Y no le decían nada, porque él había vivido en las nubes. Y lo que estaba pasando era uno más dos: el ejército lo había dejado de lado, Baralt prescindía de él, de sus planteos, de su equidistancia y de lo que había prometido. «—*El tono, no, doctor. Mi consigna*». Y andaba por el campo persiguiendo obreros de la misma manera que Corral con sus policías o la guardia blanca. Y le habían empastelado la imprenta a Carrero... Ésos eran los hechos, tan palpables como esa página de diario que le habían dejado por debajo de la puerta. Uno más dos. Yuda tenía razón: «—*Simple, muy simple*». Los hechos, por supuesto, lo que pasaba y de lo que él no tenía la menor noticia. «En las nubes», se repitió con una triste satisfacción. Por lo menos era capaz de reconocer que había sido un imbécil. Y así no se era tan imbécil. Pero esa explicación que le había dado Yuda ya no era ni tan simple ni muy simple. Porque lo confundía; había que poner orden en todo eso y le llevaría unos días. Él era lento para esas cosas y siempre se lo había dicho, pero también sentía un diminuto brillo de satisfacción por ser capaz de reconocer esas cosas. Lo de Yuda lo reflexionaría y se lo haría repetir, si era necesario, porque para él la política no eran esas confabulaciones que le sonaban a masonería o cosa de socialoides. La política se hacía con hombres, con amigos, no con sociedades anónimas; éste, aquél y el de más allá, que daban esto, vivían en la calle Brasil o en la de Artes y hablaban estirando los labios o por el costado de la boca y tenían viruelas o cargaban revólver o mantenían caballos en Palermo. Y uno los apoyaba por ser hijo de fulano o porque el caudillo conservador de Cañuelas era canfinflero o médico y no abogado o porque de chico uno había jugado con el hijo del jefe de la estación que era radical. Y ellos hacían favores; desde una cama en un hospital hasta un consulado general en Hamburgo. Y eran silenciosos o gritones y uno les conocía los sobrenombres o los hijos naturales. Pero cualquiera de esas cosas se podía tomar entre los dedos para palparlas porque no se escurrían. Y uno los atacaba cuando los odiaba o se hablaba mal de ellos en los cafés o en las esquinas, o se los calumniaba. Pero cualquiera sabía que aquél estaba allí y el otro, del otro lado, sin misterios ni complicaciones. Aun de los que «pegaban el

salto» cuando su propio partido dejaba de ser oficialista. Y hasta se los podía insultar en la Cámara pero saludarlos en la calle o en el club. Eso, antes y con don Hipólito. Y en eso consistía la política: amistades, muchos amigos, conversar, conseguir votos, hacerse querer por la gente, conocer de memoria sus nombres y parientes, llegar a ser diputado, saludar a otra gente por la calle, sonreírse y batirse si alguien jorobaba, tener más amigos, reconocerse entre ellos, distintos a los demás y parecidos entre sí, para hablar con melancolía de las revoluciones en las que uno había estado o recordar los colegios o ciertas enfermedades comunes o los profesores comunes, y tocar la guitarra quien supiera. Y resultar un poco raros, no mucho, porque si eran «amateurs» en algo y cultivaban una afición por muchas cosas, no podían tolerarse ni caprichos ni especializaciones: un poco de florete, otro poco de D'Annunzio, inocuamente perversos, algo que ver con la aviación, otro poco de polo. Un poco de todo. Y morir con la certeza de haberse ganado una columna en *La Nación* o en *La Prensa*. *Ser un gran tipo*. Es decir: cojones. El resto, todo eso que le había contado Yuda, podría ser, habría que ver. De cualquier manera, él se sentía muy desorientado, mandaría un telegrama a Buenos Aires y esperaría instrucciones. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Salir a la calle a gritar como un loco? No valdría la pena y era ridículo. Ridículo. ¿Qué era ridículo? ¿Presentar a una reá conocida como «mi novia»? ¿O resbalar bailando un tango? *Ridículo*. ¿Ir a buscarlo a Corral y a los que podían ser los responsables de lo que estaba pasando? ¿Dónde los encontraría? ¿Qué, entonces? ¿Exigirles explicaciones a Brun y sus amigos? Se reirían de él porque no tenía nada concreto para discutir. ¿Increparlo a Baralt? Si había salido al campo. Y todo seguía como cuando había desembarcado en el puerto. Sin solucionar nada. O mucho peor. Porque ahora las tropas se sumaban a la violencia y los obreros contestarían con violencia y la violencia seguiría y todo se iría al demonio. Estaba desolado.

—Tengo que mandar un telegrama —anunció con una voz hueca.

Yuda volvió a bajar su libro:

—¿Qué? ¿Te sentís solo?

Vicente cabeceó un «sí» avergonzado, implorante.

—Yo también —dijo ella y le hizo señas para que se acercara a su cama.

Cuando Varrón llegó con su compañía a esa estancia de Paso Ibáñez, no tuvo ninguna dificultad. El primero —y el único— que lo vio llegar fue el patrón que había tenido que barrer cuatro o diez veces los mismos lugares sin necesidad, porque sí o para que los peones se entretuvieran señalando la baldosa donde tenía que frotar la escoba con más energía:

—¡Aquí! —empezó a llamar desde la cocina, donde lo tenían encerrado, golpeando el alambre tejido de la puerta—. ¡Aquí! —chilló hasta que Varrón bajó de uno de los camiones y lo sacó de allí dentro.

—¿Quiénes lo metieron? —preguntó Varrón sacudiendo nerviosamente sus botas rojas mientras sus tropas enderezaban hacia los galpones y hacia los depósitos.

—Los peones...

—¿Son de su estancia?

—No, los de la estancia hace rato que se fueron.

—¿Se fueron? —Varrón estaba apurado—. ¿Por qué se fueron?

—Y, como los conocía a todos, tenían miedo de que los acusara.

Varrón apuntó hacia los galpones:

—Y, los que están ahí, ¿de dónde vinieron?

—De todos lados.

—De todos lados... de todos lados... pero, ¿de dónde?

—No sé —el patrón parecía el culpable.

—¿Estaba Soto? —las botas de Varrón eran de caña muy fina.

—¿Soto?

—Sí. Uno que debe haber venido desde Gallegos —y mientras Varrón continuaba con su interrogatorio, los soldados fueron sacando a los peones del galpón donde habían dormido. Apenas si Garrido había tenido tiempo de avisar «—¡Las tropas!», cuando ya todos estaban copados mientras se desperezaban y seguían preguntando con pesadez qué ocurría o qué había que hacer. No hubo ninguna violencia. Y el sargento Millán le ordenó al mismo Garrido que fuera recogiendo las armas de la peonada. Y todos se la fueron entregando con desgano, como si se desprendieran de algo inútil y que les molestaba. Si los hubieran dejado dormir un poco más, si no los hubieran agarrado de repente, a lo mejor hubieran estado más descansados y con más bríos. Ahí estaba la carabina, cuchillo tenían algunos, que se los devolvieran para el almuerzo, que no fueran así, total, no habían llegado noticias, ellos habían estado esperando y los otros, los del Lago, por ejemplo, estaban mucho mejor preparados para la huelga. Después los tendrían varios días ahí metidos, durmiendo y comiendo en ese mismo galpón, dándoles un cigarrillo cuando les faltara o permiso para hacer una escapadita hasta los yuyos, al principio acompañados de algún soldado y después, con el andar de los días, vigilados con tolerancia desde lejos. Porque a nadie, ni a un soldado, le gusta estar mirando cuando un hombre se baja los pantalones. Y porque a nadie, ni a un soldado, le gusta que lo miren cuando hace eso mismo.

—¿Así que no sabe? —seguía Varrón.

—No, no... y lo lamento tanto.

—Pero yo tengo noticias de que Soto tiene que estar aquí, entre la gente de esta estancia.

—Ya le digo... es toda gente nueva para mí.

Las botas rojas de Varrón se juntaron:

—Bien —quería pasar a otra cosa—. ¿Y a usted cómo lo trataron?

—Me hicieron barrer...

—¿Las letrinas?

—Sí...

—¿Algo más?

El patrón tuvo que pensar antes de contestar; podía vengarse sólo con agregar algo, le bastaba hacer un esfuerzo para ver si entre los que estaban en ese galpón alguno le había hecho algo especial: escupir el piso para que lo volviera a barrer o bien ordenarle algo a los gritos cuando los demás estaban en silencio. Porque para vejar a alguien conviene que los que lo rodean estén en silencio. «—¿Algo más?». Allí delante estaba ese oficial, mandaba, iba a proceder y sus botas temblaban de impaciencia, de energía y de disciplina, pero en cualquier momento podían volver los otros, los peones. Con ese Soto o sin él. Lo habían hecho barrer —reflexionó—, por supuesto, pero no era tan grave. Al fin de cuentas, había barrido su propia casa.

—No. Nada más —dijo con decisión.

—¿Usted tiene mujer? —Varrón no llevaba libretita, pero parecía tomar notas.

—No.

—¿Hijas?

—Tampoco.

—¿Y cosas de valor?

—En el banco, en Gallegos... El Banco de Londres y América del...

—Pero, ¿sabe o no sabe si le robaron algo o rompieron cosas?

—No. No sé nada... —el patrón se oprimió los grandes agujeros de su nariz—. Ahora, eso sí; me dejaron vales, tengo una pila de vales... ¿Los quiere ver?... Supongo que me los pagarán —el patrón esperaba que le ratificaran algo—. Ustedes, ¿no? —preguntó—. Los del gobierno. Como yo soy chileno y...

—¿Se emborracharon? —lo interrumpió Varrón.

—Tampoco sé.

Las botas de Varrón volvieron a temblar:

—Ya veo que no sabe nada —dijo, después llamó—: ¡Millán!

—¡Ordene!

—¿Ya los tiene listos a esos?

—Sí, mi capitán.

—¿Alguno se resistió?

—No, mi capitán —el sargento tenía una papada muy floja.

—¿Las armas?

—Veintidós carabinas.

—¿Munición?

—Como para tres días, mi capitán.

—Como para tres días... —repitió Varrón calculando algo, y en seguida ordenó —: Haga poner a esos hombres en una fila.

—¿Pelotón al frente?

—No. Hoy no hay pelotón.

El sargento Millán acató esa orden inesperada con un taconazo y su papada se tambaleó:

—¿Algo más, mi capitán?

—No. Nada más. Y cuando tenga la fila formada, me avisa.

—Muy bien, mi capitán: cuando tenga la fila formada, le aviso —y el sargento Millán se llevó la mano a la sien, dio media vuelta y ordenó a los peones detenidos—: ¡En fila! —pero esos hombres lo miraron perplejos, permaneciendo amontonados y sin saber qué hacer.

El cabo conscripto Ratti se le acercó a Millán:

—¿A éstos les ordena, mi sargento?

—Sí... —a Millán no lo entusiasmaba que Ratti lo sacara del paso y que eso fuera tan evidente, pero como había que andar ligero, prefirió que su subalterno ordenara.

—Son medio duros, no van a entender —le explicaba Ratti.

—Proceda usted, entonces.

Y fue el cabo conscripto Ratti quien se encargó de ir poniendo a los peones en fila; los tomaba de un brazo o les señalaba, individualmente: «—Ahí... no, ahí». Eran veintidós hombres esos peones, y a medida que los iba apurando para que se dispusieran como le habían ordenado, oía que alguno le preguntaba susurrando: «—¿No hay pelotón, no es verdad que no hay pelotón?». Era un gigante sonriente, indeciso, el que le preguntaba eso. Otro peón, el de su derecha, sacudía los hombros y aseguraba con convencimiento: «—¿No oíste, acaso? ¿No viste lo que dijo el oficial?» —y después le preguntaba a Ratti—: «¿No es cierto que tengo razón, cabo?». Y así siguieron esos veintitantos hombres mientras Ratti les iba repitiendo que se pusieran de frente, con un paso entre uno y otro, de cara al oficial. «—¿Nos va a hablar?» —preguntó Garrido desdeñosamente pasándose la mano por la barba crecida, como si calculara la cantidad de días que había estado en esa estancia sin hacer nada y sin afeitarse, contemplando cómo barría los corredores ese patrón chileno que ahora los miraba desde la puerta de la cocina, con los brazos cruzados, pero sin ningún aire justiciero, sino tan intrigado como cualquiera de ellos.

—¡Ya está listo, mi sargento! —avisó Ratti.

Y el sargento Millán se cuadró delante de Varrón:

—Con permiso, mi capitán.

—Sí...

—Cumplida la orden.

—Bien. Gracias —Varrón avanzó hasta la punta de la fila y se detuvo; sus botas

rojas, firmes, estaban bien asentadas sobre la tierra—. ¡Quiero saber quién es Soto! —preguntó.

Un movimiento recorrió la fila de peones que se miraron entre ellos, con esperanza, alguno alzó los hombros, otro escupió con desprecio y con mala suerte porque la saliva le cayó sobre la ropa, pero nadie contestó.

—¡Quiero que Soto dé un paso adelante... —gritó Varrón—, porque sé perfectamente que Soto está entre ustedes!

Ninguno se movió en la fila. Y nadie se miró, porque cualquiera podría creer que esa mirada era para decidirlo a Soto a que diera un paso adelante, algo así como: «—Vamos, vos que sos Soto, da un paso y avanzá y dejate de pavadas, así esta mojiganga termina de una vez y ése se deja de gritar».

—¡Quiero saber quién es Soto! —volvió a gritar Varrón, las venas del cuello se le hincharon.

La fila permaneció en silencio. Apenas si alguno raspó el suelo con la alpargata irritado por esos gritos.

—¿Quién es Soto? —Varrón se empinaba sobre sus botas de caña muy fina recorriendo con la mirada esa hilera de hombres grises, iguales, como si quisiera penetrarlos—. ¡He preguntado quién es Soto! —silencio en la fila y una absoluta quietud en el campo—. ¡Les doy hasta cinco para que salga...: o para que cualquiera lo señale!...

Los obreros ya ni pestañeaban, estaban rígidos, varios habían hundido las manos en los bolsillos y hacían fuerza hacia abajo, hasta romper las costuras.

—Uno —iba contando Varrón—, dos... —a sus espaldas esperaba, respetuoso, el sargento Millán— tres... —también Ratti, inquieto, deseando que alguien saliera, inspeccionaba la fila—, cuatro... —nada— ¡cinco! —la fila no había cambiado en lo más mínimo. Más color a tierra, pudiera ser, pero esos hombres permanecían iguales, idénticos, impasibles, mudos. Entonces Varrón desenfundó su pistola y avanzó hacia el primero de la fila. Era un tal Pierri, de Puerto Deseado.

—¿Quién es Soto? —le gritó Varrón en la cara.

—Yo no...

Varrón alzó su pistola, un estampido restalló duramente y la cara de Pierri se cubrió de negro y rojo y él cayó al suelo dando unas volteretas como un payaso de goma.

—¿Quién es Soto? —Varrón estaba delante del segundo, un tal Junqueiro, gallego.

—Señur, io... —empezó a decir.

La pistola escupió de nuevo y ese hombre cayó a plomo, duro.

—¿Quién es Soto? —Varrón estaba delante del tercero.

Nada. Silencio. Y por tercera vez esa pistola soltó un estampido azulado.

—¿Quién es Soto? —el cuello de Varrón se cubría de venas hinchadas como várices.

Otro silencio y otro estampido de la pistola. Y esa fila de peones se estremecía a medida que Varrón daba un paso hacia la izquierda. Parecían tener frío. O vergüenza. Y Varrón siguió con un cuarto, que medio se arrodilló y medio lo quiso agarrar del correa y el pistoletazo fue un crujido y un manotón para sacárselo de encima.

«¿Quién es Soto?». Y después un quinto hombre mientras el sargento Millán hacía una mueca con la boca como si lo ayudara a su jefe o como si sintiera un agudo dolor en los oídos. «¿Quién es Soto?». Y ya eran seis los cuerpos que estaban tendidos, algunos inmóviles, tiesos, grotescos, con la boca abierta, negra, y otros sacudiéndose como ovejas degolladas.

—¿Quién es Soto? —seguía Varrón con su pistola en la mano, firme y caliente.

—No ...

Un estampido y un séptimo hombre rodó por tierra.

Varrón continuaba y ya estaba delante del octavo, y después iba a seguir con otro y otro:

—¿Quién es Soto?

—¡Yo soy Soto! —se oyó al final de la fila. Todas las cabezas giraron. Varrón se dio vuelta: un peón se había adelantado y se señalaba golpeándose el pecho.

Varrón se le acercó a dos pasos, a un paso, y sobre la cara le disparó su pistola. Y el eco retumbó en los galpones, en el alambre tejido de la cocina y en el agua quieta y verde de los bebederos. Allí, a los pies de Varrón había quedado ese hombre muerto. Y era Pons, el parricida.

Yuda le cuchicheó: «—Voy a tener un hijo», y Vicente le dijo que se tenían que casar, como si se tratara de un hecho ineludible. «—Y si no fuera a tener un hijo, ¿qué hubieras hecho?». «—¿Qué hubiera hecho?» —Vicente trataba de pensar. «—Sí...». «—Nunca sé qué podría hacer en casos así...». «—¿Hipotéticos?» —propuso Yuda divertida—, «—Sí. No tengo imaginación para calcular en el aire» —Vicente hablaba con un tono reposado—. «Pero esto, hay que hacerlo» —agregó con más firmeza. «—¿Para qué?» —por primera vez Yuda sintió que él realmente había madurado, murmuró para sí: «Madurado» y se imaginó un durazno reluciente—. «¿Para ser más respetables?» —dijo—. «¿O para convertirme en la mujer de un funcionario?» —seguía pensando en un durazno reluciente hasta que ese durazno se convirtió en un animal brillante—. «No me interesa ser una vaca sagrada» —afirmó. Pero Vicente insistió a pesar de que ella repetía que eso había que dejarlo para más adelante, cuando todo estuviera en calma. «—Pero, ahora, no. No en medio de este asunto...».

—Pero si es muy rápido —aseguró Vicente—. Nada más que ir a una oficina y

firmar.

—¿Solamente eso?

Vicente la apuntó con el dedo:

—Ponés una cara como si te fuera a engañar.

—Ah, ah... —dijo ella—. Una nunca sabe...

Y una mañana de mucho viento fueron a esa oficina adornada con una reproducción del Cabildo Abierto, y delante de un escribano de anteojos ahumados y de una empleada que a cada rato bostezaba, se casaron.

Era muy fácil. «—Y ahora somos más decentes» —repetía Yuda—. «Hemos formalizado». Y se reía con un poco de esfuerzo, mirando a los que pasaban por la calle como si esperase que la saludaran de una manera distinta, hasta que Vicente le rogó que también dejara de reírse.

—Hasta que todo esto pase, Yuda.

—¿Y si no pasa?

—Ya no vas a tener ganas de reírte.

De regreso en la casa, cuando él todavía estaba quitándose el sobretodo, Yuda empezó a asediario a preguntas:

—¿Y el telegrama?

—Hace días que salió...

—¿Y la respuesta? Ya tendría que haber llegado.

—Pero todavía no llegó. Ya ves...

—¿Y para cuando va a llegar?

—No sé, pero no puede tardar.

La calma de Vicente, que a ella le parecía mansedumbre, la irritaba:

—Y hasta que llegue, ¿qué pensás hacer? ¿Morderte las uñas, o dar vueltas aquí metido?

—No tengo otro remedio, Yuda. Te aseguro que no —le dijo él con un acento afligido, como suplicándole que no insistiese.

Pero Yuda seguía:

—¿Y no vas a ver a nadie?

—Ya fui...

—¿Fuiste? —ella parecía dudar—. ¿A quién fuiste a ver?

—A Corral.

—¿Y?

Vicente se sentó, suspirando con desaliento:

—No lo encontré... no estaba. Ni siquiera Larguía...

—¿Larguía?

—Sí. Un oficial. Yo creía que me estimaba.

—¡Qué te iba a estimar! —era Yuda quien daba vueltas por la habitación:

toqueteaba el sobretodo que había quedado colgado de la percha, alzaba apenas una cortina y miraba hacia la calle y de paso se escrutaba la cara en el vidrio, cambiaba de lugar ese dichoso poncho que habían traído de Chile y que no sabía dónde dejarlo y proseguía con su acoso en torno al sillón de Vicente:

—Ése se niega, siempre se va a negar; te van a decir que salió, que no está. Cualquier cosa, porque te tiene miedo...

—¿Miedo a mí? —Vicente se rió sin ganas.

—Tiene miedo de que tengas testigos de lo que está haciendo... y de lo que seguramente hizo con la imprenta de Carrero.

—Pero es que no tengo testigos de nada, Yuda —imploró Vicente.

—Hacéselo creer.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Por lo menos vas a impedir que ése ande suelto por los campos haciendo lo que se le da la gana.

—Yo no puedo impedir que haga eso, no tengo los medios... Y para colmo le ha llegado la designación de gobernador interino.

—¡Nada menos! —Yuda estaba indignada—. ¡Nada menos! —repetía oprimiéndose las manos y mirando al techo.

—Y... tiene amigos en Buenos Aires.

—¿Y vos, no tenés amigos?

—Sí, Yuda. Pero no me contestan.

Yuda se detuvo delante del sillón de Vicente:

—¿Y hasta cuándo y va a seguir esto así? ¿Cuando ya no quede gente en el Territorio? ¿O cuando ya estén todos liquidados?

—No puedo hacer nada, Yuda —dijo Vicente con un tono de resignación—. Nada —repitió—. Absolutamente nada.

—¿Qué? —ella tenía un aire de sublevada—. ¿Ya estamos condenados?

Vicente reaccionó:

—¡No, qué vamos a estar condenados! Pero...

—Pero ¿qué? —le interrumpió ella con ansiedad.

—Tengo que esperar instrucciones. Todavía soy un funcionario, no me han relevado. Así es que... —apretó el piso con el pie como si apagara un cigarrillo—, hay que esperar. Y esperar aquí. Sobre todo que esas instrucciones también se las tienen que mandar a Baralt.

—¡Ja...! Baralt —exclamó Yuda con desdén—. Estamos arreglados si lo esperamos a él... «Nosotros no venimos a defender asuntos personales» —cloqueó imitándolo a Baralt—. «Soy un idealista que cree en las instituciones...». «¡Pueden mirar desde aquí!» —Yuda se cuadró delante del ventanal y se llevó la mano a la sien—. Pueden pasarse la vida mirando desde el ventanal y no les va a pasar nada...

estarán seguros, calentitos, tibiecitos, casaditos... podriditos...

—Pero si yo tengo instrucciones —dijo Vicente manteniendo su seriedad—, le puedo exigir alguna explicación: Que me responda de lo que está haciendo o, por lo menos, de lo que piensa hacer.

—Por lo menos... —repitió Yuda—. ¿Y él te las va a dar?

—Yo sabría exigirselas —dijo Vicente con una mueca que Yuda pocas veces le había visto: en el teatro y una noche en Punta Arenas—, aunque le hayan calentado la cabeza.

Yuda se sentó en la otra punta de la habitación:

—¿Y quién crees que se la calienta?

—No sé, pero me imagino que sus mismos hombres: le dirán que no hay que tener mano blanda, que no hay que andar con vueltas, que hay que enseñarles a esos asaltantes de caminos...

—¿Sus propios oficiales querés decir?

—De ellos estoy hablando.

—Y Brun y sus amigos, ¿no influyen para nada sobre él?

—No me consta.

—Pero yo te digo que son ellos.

Vicente arqueó las cejas:

—¿A vos te consta?

—A mí no me consta nada, pero es lógico que sean ellos los interesados en la violencia.

—¿De nuevo me vas a dar esa explicación que me diste el otro día?

—¡Por supuesto que sí!

—No sé, Yuda, francamente no sé... —Vicente meneaba la cabeza como si le perdonara algo—. Pero me parece demasiado armada, demasiado clara. Demasiado intelectualoide...

Yuda se encrespó:

—¿Qué significa eso de «intelectualoide»? ¿Algo feo? ¿O con mal olor?

—No sé —vaciló Vicente—. No te lo sabría explicar, pero yo me entiendo.

—Vos te entendés... Sí, sí. Es la fuerza de la tierra la que te habla, ¿no es eso? —Yuda se burlaba con una voz arrastrada—. ¿Apoyás la oreja sobre la tierra? ¿O las voces le tienen que llegar de Buenos Aires?

Vicente no contestó y ella se tiró sobre la cama mientras manoseaba nerviosamente un libro:

—Y... —volvió a preguntar al cabo de un rato— ¿cuál es la explicación que te parece verdadera?

—Te digo que estoy perdido, Yuda... ¿Qué más querés que te diga? —Vicente se quedó a la expectativa—. ¿Que soy un imbécil que no entiende nada...? Tengo que

esperar la contestación a mi telegrama. Eso es lo único que puedo hacer. En todo lo demás me siento así, ¿te das cuenta? —y Vicente se cruzó de brazos tomándose con fuerza de los hombros—. Así me siento: a-ta-do.

Entonces Yuda le tendió el libro que había estado hojeando:

—Leé —le pidió—. Esto es especial para vos.

—¿Qué es?

—France —dijo Yuda—. *Crainqueville*.

—Es de los pocos que he leído —recordó Vicente sin orgullo, mientras tomaba el libro.

—Me alegro. Leé.

Vicente miró la página que ella le marcaba y leyó en silencio, moviendo los labios.

—En voz alta —exigió Yuda, quería oírlo y, además, no toleraba ese movimiento de rezo o de secreto refunfuño.

Vicente leyó:

—... «Pues si yo juzgara contra la fuerza, mis sentencias no serían ejecutadas» — Vicente iba aprobando a medida que avanzaba mientras Yuda lo atendía sosteniéndose la cabeza entre las manos—. «Observad —siguió— que los jueces sólo son obedecidos mientras la fuerza reside en ellos. Sin los gendarmes, el juez sería sólo un iluso».

—¿Y? —Yuda tenía los ojos brillantes—. ¿Qué tal?

—Bien —aprobó Vicente, y no pudo menos de pensar que había estado acertado cuando lo defendió a France de los ataques del Comisario. Aquella vez había tenido razón. «Fue un gran gesto» —se dijo con satisfacción.

Los argentinos charlaban demasiado por cualquier cosa —pensaba Muñoz— y les gustaba dar vueltas mirando un asunto desde todos los lados antes de agarrarlo de una vez. Hablaban que si para tal día era mejor empezar la huelga en lugar de tal otro día, y de si contaban con tantos hombres armados, y si eran carabinas o pistolas lo que iban a tener. Y, al fin de cuentas, todo se hacía un día cualquiera y sin preocuparse para nada por cómo estaban armados ni cuántos hombres eran. «Les gusta comentar a éstos», se dijo señalando vagamente con la cabeza hacia donde se había separado de Soto. «Lo van a hacer lo mismo, pero les gusta comentar». Y comentar, para Muñoz, era algo así como mascar y chupetear mucho un pedazo de asado antes de tragarlo. Pero, compañero, si se tragaba de cualquier manera, pues tragúeselo de una vez, se iba diciendo mientras se dejaba hamacar por su tobiano.

Allá atrás se había separado de Soto porque Soto era un hombre serio pero demasiado mandón y suponía que todo el mundo tenía que aceptarle lo que ordenara de entrada nomás. Habían marchado juntos varios días, y él estaba dispuesto a

obedecerlo, pero que se lo dejaran pensar, que no lo aturdieran con palabras, pues si uno responde una palabra tan cortita como es «sí» es natural que las preguntas sean cortitas.

«—¿Te volvés a Chile nomás?» —le había preguntado Soto una noche que churrasqueaban junto a una aguada.

«—Así es».

«—¿Y ya tenés trabajo allá?».

«—Así es, sí».

«—¿Y pagan bien o también te roban como aquí?».

«—Sí».

«—Sí ¿qué?» —Soto era un hombre al que le gustaban las cosas claras—. «¿Que pagan bien o que te roban como aquí?».

Muñoz no había querido contestar. No se le daba la gana. Había preferido otra cosa, pero estaba resuelto a no hablar de eso ni de lo que pensaba hacer. Porque uno nunca pensaba hacer nada —se dijo—, sino que si por ahí se encontraba con un viejo conocido que le ofrecía algo, «—Y, bueno», aceptaba él, pero lo mismo hubiera sido que algún turco de Entre Vientos le pidiera que se quedara a arreglarle un techo. «—Y, bueno». Lo mismo daba. Pero, ¿qué iba a estar hablando de él? Y mientras marchaban juntos con Soto habían recordado a algunos conocidos como el indio Caliqueo y ése de apellido alemán que había llegado de los frigoríficos.

«—Yo estuve con él hará unas semanas» —había dicho Soto—. «Pero no he vuelto a saber nada».

«—¿Stocker se llamaba?» —se quiso cerciorar Muñoz.

«—Sí. Stocker».

«—Hombre decente» —dijo Muñoz.

«—Sí. Un hombre decente» —lo ratificó Soto con solemnidad.

«—¿Y del indio?».

«—Ése se perdió... Lo anduvieron persiguiendo» —Soto hizo un gesto de imparcialidad—. «Pero después, no se supo más».

«—¿Lo agarraron?».

«—¡Qué lo van a agarrar!».

«—Se habrá ido a Chile...».

«—No sé si se habrá animado».

«—Pero...» —parecía que Muñoz iba a agregar algo.

«—¿Sí?» —Soto se interesó.

«—No...» —no valía la pena seguir hablando, pensó Muñoz—. «Nada» —dijo—. «Nada».

Habían pasado muchas cosas, la gente andaba revuelta, todos los días se veían caras nuevas y uno no se podía acordar de tantas jetas como se ven a lo largo de una

vida. De pronto el tobiano de Muñoz empezó a renquear como si se hubiera mancado. Él lo soliviantó apenas, suavemente, andaría con ganas de mear, pero no había sido nada. Un pocito, de seguro.

Y de nuevo se dijo que él no tenía nada que hacer con lo que estaba pasando. «No es asunto mío», murmuró. No habían hablado de otra cosa con Soto. No tenían nada que decirse.

Y después, al llegar al cruce del camino, se habían despedido en silencio. Soto para Gallegos, y él para la frontera: tranquilo, con el poncho atado a la cintura y la guitarra a la espalda. Y tranquilo y sin apuro, llegaría al deslinde, lo dejarían pasar sin mucho barullo y a otra cosa. Lo de la huelga era cuestión de esos argentinos charlatanes. Y él no estaba para escucharlos hablar tanto ni para complicarse con sus cosas. Pero, compañero —se decía— si con unos pesos más no se hace nada. Nadita. Si todo va a aumentar al otro día y la cosa va a seguir como siempre. Pero, ¿para qué se iban a romper las guampas si lo mismo tenían que seguir trabajando? Que uno se rompa las guampas está bien, pero para tumbarse en cualquier lado y no tener que seguir trabajando. Pero para seguir trabajando...

Y ese ancho cielo estaba allí arriba y se prolongaba hasta juntarse con la tierra, todo tranquilo, todo igual. Su tobiano marchaba sin sobresaltos, él llevaba lo que necesitaba, ya llegaría. Y se echó la guitarra hacia adelante y la sobó un poco pero había una astillita levantada entre unos trastes. Entonces se mojó un dedo con saliva y la oprimió hacia abajo. Inspeccionó la astilla y se quedó conforme: estaba que ni se veía. Después toqueteó las cuerdas que soltaron un sonido dulzón, y alargado. Podía cantar algo, como si silbara. Todo era cuestión de abrir la boca. Y la abrió:

¡Ahora, ahora, ahora,
mi vida, y hasta la hora!

Pero se sentía insípido en medio de ese desierto amarillento y cubierto de pajas crujientes. Tenía la boca seca, los dedos duros y eso no salía. De nuevo cantó:

¡Ahora, ahora, ahora...

Pero su voz se fue apagando, sin entusiasmo, a pesar de ese cielo tan sereno y de ese enorme camino solitario.

Y de que se iba. «No es asunto mío», se repitió. Y si hubiera tenido la boca abierta eso le hubiera salido con canto. Estaba solo y apenas se oía el crujido de los cascos de su caballo sobre las pajas. Iba marchando despacio, tenía mucho tiempo por delante, sin nada que lo parara. Ningún compromiso, señor. Su futuro era como esa llanura, lisito. Pero el canto no le salía y cuando no sale —pensó— no vale la pena

seguir insistiendo. Y sin querer hizo sonar las cuerdas, pero nada lo calentaba: los dedos seguían secos, no le sudaban como él quería y esperaba, y como era indispensable para largarse. Porque por mucho que se le llenara la boca de saliva, de intento, no servía. Cuando iba a cantar —y en serio— la boca se le humedecía sola, como si oliera comida recién hecha. Pero su tobiano había amagado un trotecito.

Bueno. Seguiría hacia la frontera y ya se vería. En Punta Arenas esperaría a ver qué pasaba y cómo pintaban las cosas. Y para el otro verano, puede ser que volviera al Territorio. Puede ser que las cosas se arreglaran, puede ser que los argentinos no charlaran tanto. Se iba yendo, se iba, pero ya volvería. Y, la verdad, que él no tenía nada que hacer con lo que estaba ocurriendo. Ni Soto se lo había reprochado cuando él se lo dijo. Así es que... se iba y ya volvería. Para el otro verano.

¡Ahora, ahora, ahora,
mi vida, y hasta la hora!

cantó. Y eso le había salido solo, de adentro, cálidamente, como un magnífico eructo. Y ya tenía los dedos sudados.

Vicente llegó con la noticia de que sus telegramas habían sido interceptados.

—¿Por quién? —saltó Yuda.

—No sé... —tuvo que reconocer Vicente con un gesto de fatalismo.

—No sé... no sé esto, no sé lo otro —Yuda se largó a hablar sin ningún control, como si de pronto todo lo que había estado tratando de contener en los últimos días le saltara a los borbotones—: No sabías lo de los fusilamientos ni lo de Carrero —recapituló—. Lo fuiste a encontrar a Corral y no lo encontraste y, además, te informaron que había sido designado gobernador interino... Todavía no sé si para anularte más o para tomarte el pelo... Querías hablarlo al señor Baralt para pedirle explicaciones de lo que estaba haciendo... O por lo menos, según dijiste, de lo que pensaba hacer. Te pasaste más de una semana esperando instrucciones porque te sentías atado y preferías actuar con cierto respaldo de Buenos Aires. Y nada. Nada. Nunca te enteraste de su violencia y hasta parecías sospechar que lo que yo te decía eran chismes que me habían llegado a través de la madre de Míguez, cuando la verdad es que medio pueblo me viene a ver a escondidas para contarme, todo lo que está pasando.

—¿Es cierto eso?

—¡Hacen cola! —dijo Yuda señalando la puerta del fondo—. Y no me admitías las explicaciones que te quería dar porque las encontrabas demasiado «intelectualoides», cuando vos todavía no sabías qué hacer con lo que tenés entre

manos. Y todo lo arreglabas atribuyéndoselo a las rabias o las calentadas de cabeza de algunos oficiales... A mí, ahora no me interesan las explicaciones. Te las dejo a vos... o para más adelante. Para cuando pueda. No me interesa saber si están bien o mal, si son ciertas o «intelectualoides», como decís vos.

—Yo también intentaba... —quiso interrumpirla Vicente, pero ella lo detuvo con un brusco movimiento de la mano y continuó con la misma rapidez, como si ésa fuera la última oportunidad que tenía de hacerle entender quién era ella, cómo pensaba y qué estaba ocurriendo en el Territorio:

—La violencia sigue como si tal cosa y nos hemos pasado una semana esperando ese dichoso telegrama de Buenos Aires. Y ahora resulta que no te lo habían despachado y hasta no sabes decirme quién es el responsable de eso...

—Y, el empleado se justifica diciendo...

—Sí, sí... Me imagino: diciendo que él no sabía, que él no había entendido, que a esa hora se le había amontonado el trabajo o algo por el estilo, ¿me explico? —Yuda hizo una pausa—. Pero con las explicaciones de ese señor no hacemos nada. Hemos perdido tiempo. Eso es todo. Y lo demás son cuentos, ¿sí o no?

—Sí —admitió Vicente de mala gana.

—Y ahora seguimos en cero, ¿sí o no?

—Sí ...

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé.

—¿Cómo que no sabés?!

Vicente preguntó con desesperación:

—¿Querés que salga a la calle a gritar como un loco? ¿Eso querés?

—Eso o cualquier otra cosa —aceptó Yuda—. Y nada de loco. A gritar bien seriamente, a denunciar que están matando gente y a decir que vos te pones junto a los que matan, frente a los asesinos...

—¿Y el Presidente?

—A tu Presidente le das explicaciones después, cuando hayas hecho las cosas. Y él te escuchará...

—Pero eso es embanderarse.

—Pero ¡claro que es embanderarse! Y es lo único que queda por hacer. ¿O vas a seguir tratando de ser ecuaníme cuando los de un lado, te han echado a un rincón y te hacen trampa...? ¿O irás a creer que han sido los obreros los que te han interceptado los telegramas?

—No. Eso, no.

—¿Y entonces? Evidentemente que tus enemigos están de un lado. Y hay que enterarse de una vez quiénes son tus enemigos y dónde están. Son los que te atacan, Vicente... Y te atacan por tu ecuanimidad, porque precisamente esa ecuanimidad,

para ellos, es estar de parte de los obreros, que al fin de cuentas, ¿qué hicieron...? Gritar, desobedecer, exigir alguna cosa... Pero vos, ¡ni te das cuenta!

—Te va a hacer mal —intentó calmarla Vicente.

—¿Gritar?

—Sí.

—¡Qué me va a hacer mal! —negó Yuda—. Vos querés permanecer en el medio, en el justo medio, en el medio equilibrado, en el medio clásico —Yuda se rió sin reparar en la cara de pesadumbre de Vicente—, cuando los de un lado te han tirado hacia el otro, y sin mayores miramientos. Y, al mismo tiempo, los obreros y los amigos de los obreros, te desconfían porque te creen del otro lado... ¡Seguí siendo ecuánime! —lo desafió con un tono agorero—. ¡Seguí...! Pero si ser ecuánime —agregó con un gesto de dulzura en la cara, esforzándose porque Vicente la entendiera—, es no estar con nadie. Es como estar suspendido en el aire... Esa equidistancia tuya es no vivir, Vicente.

—Pero ésa no fue mi intención. Todavía yo...

—¿Me vas a decir que todavía sos un funcionario...? ¡No! Eso se acabó: ¡basta de funcionarios!... Bastante equidistante fuiste. Ya cubriste la cuota de equidistancia. Eso nadie te lo va poder echar en cara. Fuiste muy honesto. Demasiado... Un inobjetable funcionario... ¿Por qué no te largás a la otra mitad ahora, a ser un compadrito?... Dale —dijo Yuda como si lo empujara—. Ahora sos un hombre al que han engañado. Nada de neutralidad ni de jueces equilibrados ni de estatuas con los ojos vendados... ¡Bien abiertos los ojos! ¡Se acabaron los neutrales...! Pero —Yuda pareció enternecerse de pronto—, ¿en serio que todavía crees en eso, en que te van a permitir el lujo de permanecer ecuánime...? ¡No, mi viejo! Eso se acabó, te digo. Ya no sos vos el que resuelve, son ellos los que te sacan de ese pedestal de cartón pintado. Enterate de una vez. Y los que te empujan en primer término son los que te desprecian más... o los que te desdeñan o los que han hecho como que te escuchaban...

—¿Y qué tengo que hacer?

—No me lo preguntes más —dijo Yuda con fastidio—. Largate a un lado. A donde te empujen. Dejá que te empujen y te vas a dar cuenta de qué tenés que hacer. La misma violencia de ellos te va a ir llevando casi sin que lo adviertas. Y vas a estar de parte de lo que lógicamente tenés que defender.

—¿Lógicamente?

—O no. Fue una manera de decir. Ya no interesa que sea lógicamente o a las patadas. Pero, tu puesto está en sacar la cara por esos tipos que alguna vez confiaron en vos.

—¿Los obreros?

—Sí, mi querido, sí... ¿O de quiénes crees que estoy hablando?

—Pero están en rebelión...

—Y vos también tenés que estar en rebelión —Yuda parecía calmada y desanimada ante la inercia de Vicente, ante su incompreensión—. Es lo único que te queda por hacer. Es lo único que corresponde hacer ahora, Vicente... ¿O no te das cuenta? ¿O te vas a quedar del lado de ese orden en el que tanto insististe, cuando es ese orden el que está metiendo bala? —Yuda volvió a alzar la voz—: El orden está con las víctimas, viejo, con los que están muertos... ¿O querés más orden que ése, más quedarse quieto que estar tirado en el suelo con una bala en la cabeza? —Yuda tosió, la voz se le iba cortando—. ¿Qué esperás? —preguntó con un tono fatigado; Vicente permanecía de pie sin hablar, y empezó a acariciarse la barba, pero bajó la mano como avergonzado. Yuda volvió a preguntar—: ¿Qué esperás...?

Las tropas de Varrón regresaban de Paso Ibáñez. Nada de marcialidad, nada de gritos; los camiones iban atestados de soldados: algunos se habían apelotonado en el piso y dormitaban apoyados en el fusil, con las rodillas recogidas, otros se recostaban sobre los costados con un brazo fuera del camión, o se habían sentado en la parte trasera y dejaban que las piernas colgaran sobre el camino y sobre esa polvareda que se iba levantando. Todos estaban flojos, como muertos cubiertos de polvo y se bamboleaban con los barquinazos; un sacudón, y otro, y la tierra se metía en la boca. Ni ganas de escupir daban, porque saldría un pegote como de barro. Venían molidos y la tarde se iba ennegreciendo: ahora era violeta, pero un rato antes parecía un inmenso manchón dorado.

Ratti, desde su puesto, lo veía a Varrón y al sargento Millán a través de la ventanilla. Esos dos iban sentados junto al conductor y seguramente vendrían comentando algo de lo que había pasado. Varrón fumaba, le había ofrecido a Millán y había extendido el atado hasta el conductor, pero ninguno de los dos aceptó. «—No, no. Gracias», habían movido los labios crispados y ceremoniosos. Ellos eran subalternos, estaban ahí metidos, apretujados, pero sabían mantener su distancia: ellos en su lugar, Varrón en el suyo.

—¿A qué hora llegaremos? —preguntó Silva, el trompa.

—¿Te interesa mucho? —el cuerpo de Ratti era un pedazo de carne que se zangoloteaba.

—Sí. Porque eso de andar por el medio del campo...

—No hay ladrones en el campo —hasta la voz de Ratti se zangoloteaba—. No hay perros, no hay mujeres. No hay nada. Ni medio.

—Ya sé —admitió Silva—, pero, ¿a qué hora llegamos?

—A la noche... a las diez... —calculó Ratti sin entusiasmo—. ¡Qué sé yo! —y nuevamente se dejó caer en ese traqueteo.

Claro que no había nada. Si en ese Territorio todo era liso: el campo, el cielo, la

cara de la gente, ese pueblo de miércoles. Hasta las mujeres del prostíbulo eran lisas: como los soldados entraban en pelotón, ni los dejaban hablar. «*Metete*» —los urgían. Y a Ratti le gustaba charlar un rato, hacerse conocer. «—*Un poquito de ternura*» —explicaba con sorna. Pero esas mujeres por poco sacudían los dedos para que concluyeran pronto. «—*Eso no es encamarse*» —protestaba Ratti como si lo estafaran—. «*Es como ir al excusado*» —y se quedaba disconforme, rumiando sus agravios. Pero la patrona le había dicho: «—*Si a vos te dejan, te tengo que dar pensión completa*». Es que él era del Abasto, de la calle Centro América y sabía lo que era gente amontonada, lo que era *mucha gente* y lo que hacía la gente cuando se juntaba y se largaba a gritar. Y en ese Territorio no gritaba nadie. «¿*Cómo no se pudre la gente viviendo aquí?*», pensaba. «*Se tiene que pudrir*». Si no tenían nada que hacer, ni dónde ir y todos estaban secos de ver las mismas caras. Él era del Abasto y sabía muy bien lo que eran muchas mujeres juntas en un baile o donde fuera: con su olor de hembraje amontonado, agrio y formidable, que busca algo y espera todo lo que hay que esperar para saber elegir. «—*Porque son ellas las que eligen, pibe, y no nosotros como creen los giles*». Era del 902 y justamente: «—*Este año de porquería me viene a tocar la colimba*». Con todo, se había consolado porque le tocó caballería. Porque eso de ir de a pie en los desfiles, no le hacía gracia a nadie. «—*¡Verde, no, hermanito!*». De a caballo, porque él sabía lo que era un caballo. Los porteños también saben qué es un caballo —reflexionaba— aunque los provincianos se sonrían: es un animal dominado por un hombre que le hace hacer lo que se le frunce. Y él se había lucido en el picadero mientras los demás andaban charqueando, él que nunca había hecho trote inglés, sin duda, pero que lo sacó sin esforzarse mucho. Y, después, con las vallas, como si tal cosa, como si lo hubiera hecho toda la vida.

Y el capitán Varrón lo puso en el centro del picadero para que los demás soldados lo imitaran. «—*¡Ahí lo tienen a Ratti, aprendan!*». Eso ya no le gustaba tanto, porque se puede ser monitor en la escuela a los siete o nueve años para que los demás lo tomen de ejemplo, pero no a los veinte. «—*¡Ahí lo tienen a Ratti, aprendan!*». En fin, lo de Varrón lo hinchaba de gusto y lo deprimía alternadamente, según lo que pensara de sus camaradas. Así es que a veces intentó hacerse perdonar por los otros y la cosa le fue bastante bien y todo andaba igual o mejor que en su casa. «—*Me paso la gran vida*» —aseguraba cuando salía franco—. «*La gran vida*». Había engordado y hasta le dieron esas jinetas. Bien. Pero después llegó esa orden de salir para el Territorio. Y por cierto que tenía sus ventajas eso de andar en barco y, después, por medio de esos campos: no había revista de pelo y él se había dejado crecer las patillas; hasta una sombra de bigote le había tolerado Millán. Claro que todo eso que pasaba allí era medio bravo. Pero «—*Yo*» —repetía Ratti justificándose— «*argentino... Donde manda capitán no manda marinero*». Que pensaran los de arriba, que mandaran ellos, él obedecía. Y... tranquilo. Y como siempre se había distinguido en el polígono,

también sobresalió volteando avestruces desde lejos. «—*Para mesturar un poco la comida*» —decía como si intentara hacerse disculpar cada uno de sus tiros certeros—. «*Para no pasarla tan mal... En algo hay que entretenerse*». Y la carne de avestruz no era repugnante como él había oído decir. «—*Si a uno no le avisan, ni se entera*». Cruda impresionaba, sí, por lo roja, pero después era como la de vaca o la de oveja o la de cualquier bicho. «—*Como la de la feria, pibe*». Y todo eso lo podría contar en ese café de la calle Centro América: desde lo de los avestruces, por supuesto, hasta lo de las canaletas que ordenaba cavar en un rincón de los cañadones, pasando por lo que habían hecho en el de la Yegua Quemada. «—*El cañadón de la Yegua Quemada... Se llama así, muchachos*» —contaría reposadamente, saboreando su prestigio y el asombro de los otros. Porque en ese café, de lo único que podían hablar, a lo sumo, era de alguna turrita más o menos novicia. Y las noches pasadas en las carpas, orinándole el equipo a Fuselli, que era uno (ése que estaba sentado a su izquierda, mirando agriamente hacia el campo) al que todos despreciaban con la misma intensidad, pero a la inversa, con que se admira a alguien.

O manteándolo al tartamudo Albarracín, que en el fondo, le gustaba y se quedaba agradecido de que lo chotearon. «—Porque a ese tartamudo infeliz es lo único que le ha pasado en la vida».

—¡Che, Ratti, mirá! —era Silva el que lo sacudía del brazo.

—¿Qué hay? —Ratti iba saliendo de su modorra.

—¡Mirá... mirá!

—¿Dónde?

—¡Allá, al fondo! —señalaba Silva.

Ratti miró: a lo lejos, siguiendo el filo del cañadón, marchaba un hombre de a caballo, con un bulto sobre la espalda.

—¿Qué lleva? —preguntó apuntándose los hombros.

—Una guitarra. ¿O no te habías dado cuenta?

—Se la debe haber robado —rezongó Fuselli desde su rincón.

—¿Y vos qué sabés? —lo encaró Silva.

—Pero si todos éstos son unos chorros... ¿O por qué te creés que les meten bala si no?

Los que lo escuchaban a Fuselli aceptaron ese razonamiento o, por lo menos, no tuvieron otro que oponerle. Y por un instante todos volvieron a dejarse zangolotear por el ruidoso traqueteo del camión: unos chorros, todos eran unos chorros, qué les importaban, ellos estaban en la colimba, la colimba era brava, estaban cansados, con las piernas lacias, con las manos muertas, había que dormir, unos chorros... Pero Fuselli seguía mirando con encarnizamiento hacia ese hombre que cabalgaba allá lejos.

—Yo lo cagaría de un tiro... —calculó.

—¿Vos? —Silva le largó la carcajada—. ¿Y con qué?

—Si yo pudiera —dijo Fuselli como si lo lamentara.

—¡Pero si sos un papero viejo!

—Por eso te digo... Si yo tuviera la puntería de Ratti —aclaró Fuselli con un servilismo burlón.

—¿La puntería de Ratti? —fue el tartamudo Albarracín el que intervino con su torpeza de siempre, como si se empecinara en meterse en lo más complicado—. ¿Quién dijo que tenía tanta puntería?

—Son cuentos del sargento que lo tiene mimadito —lo pinchó Fuselli sin dejar de mirar hacia el fondo del campo.

—¿Y vos te dejás mojar la oreja? —le preguntó Silva a Ratti.

—Yo los dejo hablar... que hablen —los desdeñó Ratti—. Total, hablan al pedo.

—¿Al pedo? —Fuselli se incorporó a medias—. ¿Quién habla al pedo?

—Vos —lo señaló Ratti con calma, rotundamente.

—Y si yo hablo al pedo... —parpadeó Fuselli—, ¿por qué no demostrás tu puntería, roñita?

—Salí, salí —intervino Silva apaciguadoramente.

—No, ¡qué salí ni salí! —Fuselli estaba enardecido o fingía estarlo, pero lo sacaba muy bien—. Si ése es pura parada, siempre pura parada: en el picadero... en orden abierto... en el polígono...

—Salí, salí —lo zamarreó Silva bonachonamente.

Pero Ratti ya había tomado su fusil: abrió el cerrojo, revisó la recámara, y lo volvió a cerrar secamente, con un gesto retador.

—¿Pero con cuántas balas vas a tirar? —lo chumbó Fuselli—. ¿Con todo el cargador?

—¡Qué todo el cargador! —chilló Ratti haciendo saltar las balas hasta dejar la recámara vacía—. ¿Ves? —preguntó exhibiendo una sola en la punta de los dedos—. Con una sola me basta... y para cualquier cosa...

—¡Qué te va a bastar! —Fuselli presentía que con ese tono lo dominaba a Ratti y Ratti largó un salivazo finito, apretando los labios, alzó el fusil y lo apoyó sobre el costado del camión.

—¡Eh!... —Lo detuvo Fuselli—. ¡Así no vale... sin apoyo es la cosa! —y los miró a los demás que aprobaron: claro que sin apoyo, poniendo el fusil ahí, cualquiera lo hacía y con un poco de suerte, hasta se podía voltear a una oveja.

Ratti se había puesto de pie pero demoraba en acomodarse por el movimiento del camión.

—¡Dale, dale! —lo jalearon los demás. Todos estaban atentos a lo que hacía. Ratti miró hacia la ventanilla: allí se veían las espaldas de Varrón y de Millán.

—¿Y el capo? —Ratti vacilaba—. ¿No dirá nada?

—¡No! ¿Qué va a decir? —lo tranquilizó Fuselli.

—Pero... por cualquier cosa —dijo Ratti cambiando el fusil de mano.

Entonces el mismo Fuselli se arrastró hasta el otro lado y sentó cubriendo la ventanilla con su cuerpo:

—Ya está... Dale —lo apuró—. Y si te preguntan algo, le decís que estabas volteando guanacos...

—¡O avestruces! —propuso Silva con los ojos brillantes.

Los otros lo festejaron con una risita nerviosa.

Ratti alzó el fusil y apuntó. Eso era un chiste, a él no lo cargaba nadie, él no estaba acomodado con nadie. Y si le habían dado las jinetas había sido por algo: porque sabía andar a caballo como la gente y porque no desperdiciaba balas en el polígono. «*Un verdadero soldado*», le había dicho Varrón. Y él era del Abasto y siempre iba a ese café de la calle Centro América. También les contaría esto: «—Me entraron a cargar» —les diría—. «Y yo...». Allí, a su derecha, estaba el tartamudo Albarracín que lo admiraba, y el Silva ese, que tenía cara de payaso, de payaso pobre, y ese otro, Fuselli, que siempre lo había cargado porque le tenía envidia. Y allá delante continuaba marchando ese hombre de a caballo, con una guitarra a la espalda. Una lejana figurita negra recortada sobre una loma cenicienta. El índice del fusil y el guión del fusil, índice-guión... Todos esos eran unos chorros y no porque recién lo hubiera dicho Fuselli, sino porque a él se lo había asegurado el sargento Millán, que sería muy bruto, pero que en esas cosas no mentía. Y el índice de su fusil ya estaba sobre la cabeza de esa figurita y a pesar del viento y del traqueteo del camión y de Fuselli que se había puesto a silbar para ponerlo nervioso y ¡staamm!, el fusil pegó un golpe seco y esa figurita del fondo del campo cayó a tierra pesadamente mientras el caballo se quedaba rígido y después se acercaba a olerla.

Por el ventanal que daba a la calle, Vicente vio que tres de esos tipos de la guardia blanca iban rodeando a un hombre en la puerta del café. Era el «*Northing*» y casi siempre estaba atestado de peones del campo. Allí nadie cantaba jamás ni nadie hablaba en voz alta, aunque el murmullo de esos hombres solía aturdir hasta a los que pasaban por la vereda, pero desde que las tropas habían desembarcado, permanecía casi siempre desierto, con un mozo que bostezaba y espiaba melancólicamente a los solitarios jugadores de dominó preguntando muchas veces y sin necesidad si querían tomar algo más. Era en el «*Northing*», quedaba en la esquina, y esos tres tipos pugnaban por acorralar a ese peón corpulento. Los de la guardia blanca habían salido del café, topándose en la vereda, y mientras el peón caminaba de espaldas, lentamente, como si buscara donde apoyarse, ellos lo iban cercando, rígidos, indecisos, sin atreverse a agarrarlo de los brazos. Y ese peón apenas si sacudía el rebenque delante de la cara. Pero algo murmuraba, o los insultaba en voz baja, porque los intimidaba, obligándolos a avanzar respetuosamente, como si estuvieran

repitiendo una ceremonia insegura: había que rodearlo, que ponerle las manos encima, que impedir que se moviera o que uno de esos lentos lonjazos que cruzaban el aire no fuera a dar en la cara de cualquiera de ellos. Y el peón que retrocedía era Soto y seguía reculando por esa vereda desapareja y en cualquier momento se podía caer de espaldas y todo eso acabaría.

Y eran tres contra uno y ninguno de éstos se le animaba. «Tres contra uno». Entonces Vicente buscó en la cómoda del dormitorio y sus dedos tropezaron con un montón de horquillas oxidadas y de aspirinas. Abrió varios cajones a los golpes y cada cajón parecía un bolillero de examen: las naftalinas rodaban y la cara se le impregnaba con ese olor penetrante y fresco. Por fin encontró la SmithWesson de caño corto. Era un arma pequeña y gorda que le llenaba la palma de la mano y se la calentaba. Era un pedazo de fierro tibio, manuable, caliente.

—¿Qué pasa? —preguntó Yuda desde la cocina.

Pero Vicente salió a la calle.

—¡Soto! —gritó corriendo hacia la puerta del «Nothing»— ¡Soto!

Soto no se volvió para mirarlo. Los otros tres, sí, y eran unos que Vicente ya había visto en el puerto el día de su llegada: uno era hijo de un sastre, el otro era escribiente en una sociedad de importación y se llamaba Becker y tenía cara de mujer y le decían «La Mujer», así, a secas, no «la Tota» o «Perlita». «La Mujer». Y el tercero era un hombre de Corral vestido de civil. Glasber se llamaba y se pasaba las horas bebiendo copitas de pepermint en el Hotel Argentino. Y fueron esos tres los únicos que se dieron vuelta para ver quién era el que lo llamaba a Soto. Y cuando advirtieron que era Vicente, que se acercaba corriendo por el medio de la calle, se miraron entre sí con algo de chicos descubiertos en algo vergonzoso, se dijeron dos o tres palabras que Vicente no llegó a oír y se metieron atropelladamente en el «Nothing». Se empujaban unos a otros y correrían hacia la puerta que daba a la calle del fondo.

Vicente llegó jadeando a donde estaba Soto:

—¿Le hicieron algo éstos...?

Soto se había quedado sobando la lonja de su rebenque:

—No, doctor. Gracias —dijo con calma, como avergonzado.

—¿Lo tuvieron medio apurado? —se sonrió Vicente, sintiendo que su voz no estaba de acuerdo con su cara.

—Medio, sí...

—Había que meterle.

—Sí, sí. Pero usted los espantó fácil, doctor.

—Fueron los gritos, por eso —Vicente le palmeó el costado con una familiaridad nerviosa—. ¿No lleva cuchillo?

—Encima no, doctor —se justificó Soto esquivando levemente ese palmoteo—.

Uso caronero... Por eso reculaba —y señaló hacia su caballo que estaba atado en uno de los palenques de la esquina.

Después se quedaron en silencio, Vicente incómodo presintiendo que se había excedido en su efusión, y Soto sobando su rebenque como si quisiera ablandar la lonja; después se miraron midiéndose maquinalmente y los dos advirtieron que tenían la misma altura. Soto dio un paso atrás y bajó de la vereda.

—Hace tiempo que quería verlo —dijo Vicente.

—Yo también, doctor.

—¿Y? —Vicente seguía con su revólver en la mano—. Yo lo esperaba, quería hablar con usted, saber qué pensaba de todo lo que está pasando...

—Yo también, doctor —repitió Soto—. Pero es muy difícil verlo a usted.

—¿Quién le impedía verme?

—Ésos —Soto cabeceó hacia el «Northing»—. Uno no se puede acercar al pueblo. Y hace rato que ando dando vueltas para ver de encontrarme con usted.

—Y si no podía verme, ¿por qué no me hizo llamar con alguien? Nos hubiéramos encontrado en medio del campo.

Soto habló con malestar, como si lo obligaran a hacerlo:

—No conseguía quién quisiera verlo, doctor...

—¿Qué? —Vicente se sonrió con amargura—. ¿Les daba asco venir a avisarme?

—No. Tanto como asco, no, doctor.

—¿Y qué, entonces? ¿No les merezco confianza?

—Más o menos... —Soto no salía de su vaguedad, presentía que cualquier precisión iba a resultar injuriosa—. Más o menos —repitió.

—¿Creían que estaba con los otros...? ¿O no les parecía suficiente garantía lo que hice con el convenio?

Soto permanecía en silencio, entonces Vicente insistió:

—¿No les bastaba las muestras que yo les había dado y el compromiso que había contraído con usted...? ¡Contésteme, Soto! —le exigió Vicente, pero ese hombre no se inmutó—. ¿Creían que yo los había traicionado? ¿O que les había mandado las tropas para que los balearan?... ¿O que me había vendido?

Soto no dejaba de manosear su rebenque:

—Sí —dijo por fin soltando toda su incomodidad.

—Sí ¿qué?

—Lo peor.

—¡Pero usted ve que no! —gritó Vicente esgrimiendo su revólver.

—Sí, doctor. Ya veo —una sonrisa se insinuó en la cara de Soto, pero no en los ojos, sino en las comisuras de los labios—. Y yo lo defendía... Por eso andaba tratando de hablar con usted...

—¿Y por eso se vino hasta aquí?

—Sí, doctor —murmuró Soto.

Vicente lo tomó del brazo y lo empujó suavemente hacia la esquina, hacia su caballo:

—¿Está muy brava la cosa, no? —preguntó confidencialmente.

—Muy brava —admitió Soto dejándose conducir.

—¿Se podrá hacer algo?

—Y, si usted no lo sabe...

—Yo no lo sé, Soto. Se lo aseguro.

—Pero han matado fiero, doctor... —Soto parecía recordar y acusar calurosamente pero sin esperanza de nada, reprochándole a Vicente por no actuar, por no hacer algo. Un reproche mesurado: «—Yo no quiero ofenderlo, doctor. Pero usted es el culpable», podría haber dicho.

Vicente lo miró a los ojos y después le recorrió esa cara de caballo:

—Sí, ¿no es cierto? —preguntó dolorosamente.

—Sí, doctor; han hecho herejías...

—Yo tardé en creer todo eso. Me resistía a creerlo —intentó justificarse Vicente presintiendo que era inútil.

—Créalo, doctor —cabeceó Soto—. Han hecho lo que se les ha dado la gana. En todo el Territorio.

Vicente abrió los brazos con un ademán de impotencia:

—Ya ve. Todo se me ha escapado de las manos, y si me quiero hacer obedecer... dijo sacudiendo su SmithWesson en el aire.

Habían llegado junto al caballo de Soto. Vicente le palmeó el lomo:

—Lindo el ruano.

—Lindo —admitió Soto con un orgullo tranquilo.

—Yo hubiera querido hacer las cosas de otra manera —le confesó Vicente después de escarbar con la punta de su zapato en los cascos del caballo.

—Ya lo sé, doctor.

—¿Usted sólo?

—No, doctor, a pesar de todo hay mucha gente que siempre creyó en usted.

—¿Aunque anduvieran diciendo por ahí que yo estaba del otro lado?

—No fueron tantos los que se lo creyeron, doctor.

Vicente le escrutó los ojos:

—¿Lo dice en serio o me quiere conformar?

Soto ni parpadeó:

—En serio, doctor.

—Me alegro, me alegro mucho... —Vicente volvió a palmea el caballo.

Hubo un silencio, Soto tosió y se ajustó la faja, después desató su caballo y montó:

—Es brava la Patagonia... —murmuró desde allá arriba.

—Sí... —aceptó Vicente.

—¿Va a hacer algo, doctor?

—No sé —dijo Vicente—. Todavía no sé... —y le dio una palmada a ese animal para que se pusiera en marcha; el ruano trastabilló un poco, reculando, y después enderezó hacia la boca del camino, hacia el campo.

Y Soto se fue dejando llevar mientras Vicente contemplaba cómo cruzaba la esquina, cómo pasaba delante del poste del telégrafo, frente a la cochería de Gianni, frente al galpón de Ancinas, cruzaba otra calle y ya se iba metiendo entre los primeros matorrales, pisoteando unas latas y penetrando en esa larga llanura hasta irse empequeñeciendo y desaparecer.

Cuando Vicente se volvió, Yuda lo estaba esperando.

—¿Viste? —le preguntó.

—Sí —dijo ella—. Todo.

Seguían fusilando a orillas del Lago. La noche era azul y los camiones apuntaban con sus faros a un mismo punto. Cuatro, seis, ocho chorros de luz blanca que se juntaban sobre un pelotón de obreros. Y el Lago reflejaba ese brillo: era el cráter de un volcán, una gigantesca brasa quemándose por dentro, en plena ebullición. Ya habían fusilado cinco tandas. De a cuatro cada una. «—¡Hay que meterle!» —reclamaba el teniente Schoeder moviendo la mano como si batiera algo—. «¡Hay que meterle!». Y había que apurar porque al día siguiente salían en recorrida hacia Gallegos. Los suboficiales se paseaban urgiendo a la gente; eran unas siluetas ágiles y brumosas que se recortaban sobre el resplandor del Lago.

—¡Los que quedan de «La Anita»! —ordenó uno.

Y cuatro sombras avanzaron custodiadas por dos hileras de hombres armados. Era la sexta tanda y caminaba como adormecida, con la manos atadas a la espalda. De pronto, la sombra de la punta se tiró rápidamente hacia la izquierda como si dejara caer, empujó al soldado que avanzaba a un costado, esquivó a un sargento que lo quiso detener y corrió hacia la oscuridad, por el borde del Lago.

—¡Se escapó el indio! —avisó el soldado desde el suelo.

—¡No lo dejen! —exigió el teniente Schoeder—. ¡Estoy diciendo que no lo dejen!

El sargento Speroni subió a uno de los camiones:

—¡Dos fusileros! —pidió, tenía una voz de ocarina—. ¡Dos fusileros, pronto! —y cuando esos dos soldados pegaron un salto sobre el estribo, el camión arrancó.

—Por el costado del Lago, mi sargento... —le iba señalando uno de los soldados.

—¿Vos lo viste, Fonseca?

—Sí, mi sargento —jadeó Fonseca aferrándose al parabrisa—. Yo iba en el

pelotón.

—¿Y vos? —el sargento Speroni apenas si se volvió a la derecha.

—¿Yo?

—¡Sí, vos! ¿Quién si no? —Speroni empuñaba con fuerza el volante y oteaba la oscuridad.

El otro soldado no podía contestar por los barquinazos del camión. Tenía que agarrarse, si no se caía.

—¿Vamos bien, Fonseca?

—Sí, mi sargento.

Los faros del camión blanqueaban el campo.

—¿Ves algo?

—No... nada... nada...

El camión seguía traqueteando, Speroni no apuraba la marcha; había que rastrear con calma, sin atolondrarse por descubrirlo a ese indio.

—¿Y por la derecha? —preguntó.

El otro soldado trataba de esmerarse:

—Creo que vi una sombra...

—¿Dónde? —lo urgió Speroni.

—Allá al fondo...

—¿Sobre ese montecito?

—No, mi sargento. Allá...

—Pero ¡señalá bien, hombre!

El camión trepó esa loma y los faros descubrieron unas enormes piedras que parecían haber rodado por el talud de la montaña. El indio Caliqueo. Por ahí no aparecía. Los faros enfocaban unas matas. Por ahí tampoco. Después iluminaron unas franjas del camino; fugazmente brillaron unas liebres y, más atrás, las pantorrillas de un hombre que corría.

—¡Allá va..., allá va! —gritó el sargento. Los dos soldados aprestaron sus fusiles y el camión avanzó torciéndose por el borde de la banquina.

—Apure, mi sargento —pidió Fonseca.

—Se me vuelca... No es tan fácil, che.

Y el indio Caliqueo corría. Se había agachado tres, cuatro, seis veces. Detrás de una de esas enormes piedras, de unas matas y después el campo. Había sentido los gritos y el ronquido del camión. Y siguió corriendo. «Por lo oscuro», se recomendaba mentalmente, en medio de la confusión de la carrera. «Por lo oscuro». A un costado quedaba el Lago, suave y luminoso. Pero por ahí no se podía pasar. Del otro lado, esa montaña áspera lo mutilaba. «Por lo oscuro», pasó una liebre y él pegó un respingo y después sintió ese chorro de luz como algo frío, implacable. Y se volcó a la derecha. «Por lo oscuro». Oyó las órdenes: «—¡Tirá, hombre, tirá...!». Y los disparos. Tres,

cuatro rebotes. «Por lo oscuro». Gambeteó entre unas matas, se agazapó un momento, pero advirtió que el camión no seguía corriendo. Lo esperaban, lo acechaban, estaban atentos a que saltara de nuevo. Y él no podía correr como hubiera querido por esas manos atadas.

Y a la espalda. Y la faja que se le iba aflojando. A unos pasos había una de esas piedras gigantescas y hasta allí se arrastró culebreando. Respiró. Algo de aire se le metió en el cuerpo. Y ese cielo cóncavo sobre su cabeza. Hasta podría sacarse eso que le agarrotaba las manos. Pero de nuevo el chorro de luz blanca le dio en la cara. «—¡Allí está!», oyó claramente que gritaban. Y tres disparos picaron a sus pies. «A lo oscuro», se ordenó y pegó un salto. Pero por segunda vez esa luz le golpeó el pecho. Era como agua helada y dolía. Lo paraba. Y por dos segundos quedó inmóvil, delante de ese camión que se le venía encima. Esa luz: el galpón donde estaba el manco Bond y él que le saltaba encima y lo golpeaba hasta sentir las manos húmedas: «¡Allí está! ... ¡Metalé!» —gritaba alguien desde el camión. «A lo oscuro». Y el indio pegó otro brinco hacia la derecha, en seguida a la izquierda, hacia la montaña; subir allí, trataría de subir y el camión no podría. Pero esas piedras también le impedían correr a él, a él mismo. Y la faja que se le iba soltando y sus manos atadas y las bombachas que se le escurrían hacia abajo. Y ese ruido del camión lo perseguía. Estaban ahí nomás. «—¡Ahí va, déle, Speroni!». Otro tiro y estalló un pájaro blanco y ardiente, velocísimo; y a su padre también lo habían cazado así, a los tiros, corriendo y gritando, y él se agazapaba como un animal, saltando y agachándose.

Y su padre había quedado con el cuerpo desnudo y la boca hacia arriba, allá, en Punta Loyola. «—¡Ahí está..., metele, Fonseca!». De nuevo esa luz lo blanqueó implacablemente: y Bond se había acercado a su padre que estaba tendido boca arriba y lo había mutilado. Él lo había visto acurrucándose entre unas matas: Bond le había dejado una mancha negruzca en el vientre. «—¡Metete, Fonseca!»... Y los fogonazos lo acosaban, pero él no dejó de correr entre esas piedras puntiagudas. Era difícil subir. La luz lo iba cercando. No se podía subir. El mismo camión roncaba. «—¡Ahí va!»... A él lo perseguían como a una liebre. Y nuevamente ese chorro enceguecedor le dio en la cara por tres, cuatro segundos y él titubeó como una liebre: Bond había gritado en aquel galpón y él le había tapado la boca. Que se la aguantara, manco de mierda, por todo lo que había hecho. Y después se cayó la lámpara y ese camión blanco estaba ahí delante. Y los pies, ya no aguantaban más los pies. «—¡Tirá, Fonseca!». Y los disparos silbaban rayando esa noche como sobre un vidrio. Y ya no le quedaba aliento y las bombachas se le caían irremediablemente. «—¡Ahí está!»... Y algo muy duro le pegó en la cadera. O en el muslo. El dolor era por ahí. Pero él siguió corriendo como si se vengara de algo. Total, hacía tiempo que venía corriendo y disparando. Había que zigzaguear y ladearse. A la izquierda y al otro lado. Una y otra vez. «A lo oscuro». Siempre a lo oscuro. Y había llegado hasta la frontera y había

comido liebre, pura liebre nomás. Y cómo corrían las liebres. Las liebres eran blancas, la luz era blanca, él, también, y las balas, la luna. Y él ya no daba más con ese dolor que se le incrustaba en la cadera. El sol era blanco. Y otra vez la luz. Ni jadear podía. Fuego en el pecho y en todo el costado. Todo el cuerpo se le quemaba. Pero sobre todo los pulmones estaban llenos de fuego. Y roncaba. «—¡Déle...!». Y la noche se llenaba de chirridos. Y hasta el ronquido del camión se le incrustaba en la cabeza, en el pecho, en cualquier parte. «—¡Ahí va!»... Y esos fogonazos llenaban de leche esa noche negra; eran burbujas de leche que estallaban y se iban apagando. «—¡Ahí va!»... y de nuevo esa luz helada en los ojos, hasta llenarle la cabeza y cuatro, cinco estampidos que lo atravesaron y se le quedaron adentro... Ya estaba abierto, respiraba, en calma, a oscuras. Y cuando el camión se detuvo, el sargento Speroni bajó cautelosamente:

—¿Dónde está?

—Allí, mi sargento, junto a esas piedras —señaló Fonseca echándose el fusil sobre el hombro.

Los tres se acercaron a tientas hasta cerca de ese cuerpo que estaba tendido boca abajo, con las manos hundidas en el barro.

El sargento aprobó en silencio, con moderación y se volvió hacia el otro soldado que se sonreía puerilmente orgulloso:

—Te portaste, pibe —sentenció—. No lo hubiera creído de vos.

Entonces Vicente se resolvió. Por intermedio de Míguez consiguió el Packard de Carrero y esa misma tarde enderezaron por la calle principal hasta la sociedad rural; quería hablar con Brun o con cualquiera de los estancieros, quería que le explicaran lo que estaba pasando, tenía ganas de verlos y comprobar qué cara conservaban después de lo que había ocurrido. Qué le dirían o cómo lo recibirían: ¿se apresurarían a componer una cara impenetrable o bien un gesto de excusa? En última instancia, eso resultaría estéril pero lo quería hacer. Oírlos mentir y darse cuenta que mentían haciéndoles creer que lo engañaban. «Sobrarlos» se dijo. Presintió que cuando uno es el más débil, es lo único que queda por hacer: obligar a los más fuertes a que justifiquen su fuerza, dejándoles mentir un buen rato hasta que, por fin, los pusiese en descubierto con cualquier pregunta inocente. Y cuando estuviesen desconcertados, gritarlos. O gritarlos de entrada para desconcertarlos bruscamente y que todo eso concluyera en una forma violenta. Y rápida. Sobre todo eso. Hasta tenía la pretensión de que le dijeran qué influencia habían tenido en lo que estaba haciendo el ejército. Era absurdo. Con todo, era preferible algo desagradable a esa bruma escurridiza en medio de la que había vivido últimamente.

Y en ese momento se creyó con las fuerzas necesarias para obligarlos. «La fuerza moral»: resultaba curioso y tenía ganas de soltar una risita secreta, pero los últimos en perderle el respeto eran los que prescindían de ella. Eran los hombres grandes asustados ante una laucha que les podía trepar por la piel, eran los hombres grandes pegando manotazos para despegársela de encima... En fin: el Packard se había detenido ante el edificio de la sociedad rural. Vicente descendió de un salto y se metió en la secretaría; esa habitación estaba vacía. Vicente golpeó las manos, después dio unas palmadas sobre la mesa, pero nadie respondió.

—¿No hay nadie aquí? —preguntó en voz alta y solamente el eco de su voz se fue repitiendo en todas las habitaciones, hasta en esa sala larga y desierta, ornada de banderines y retratos. Volvió al auto, pero antes de subir miró hacia el fondo de la calle: frente a la gobernación había gente.

—¿Corral estará en la gobernación? —preguntó.

—No creo —Míguez golpeteaba el volante con ansiedad—. Hace varios días que no se lo ve por el pueblo.

—Bueno... —Vicente no quiso demorarse más. Por intermedio de Yuda le habían informado dónde acampaba Baralt con parte de la tropa; era en una estancia cercana a Gallegos y allí le ordenó a Míguez que lo llevara.

—¿Le meto? —preguntó el chico, entusiasmado por la velocidad que podía desplegar y porque sentía que Vicente estaba resuelto a hacer una serie de cosas, las que no había hecho en las últimas semanas y que ya se demoraban demasiado.

—¡Sí, apurate!

Y el Packard empezó a correr por ese camino tortuoso, levantando una espesa columna de tierra. Hacía tiempo que no llovía y el polvo estaba acolchonado, seco, y las ruedas se hundían blandamente, alzando esa enorme ola amarillenta que flotaba con pesadez, demorándose en achatarse de nuevo y que a Vicente le grisaba la barba.

—¡Apurate! —lo enardecía a Míguez—. ¡Apurate!

El chico se doblaba sobre ese enorme volante, apoyando los antebrazos y oprimiendo los codos y echando la cabeza hacia adelante tratando de ver sin pestañear, para estar pendiente de cada una de esas vueltas, de la huella y de la banquina y de cada uno de los pasaganados.

—¡Apurate! —seguía animándolo Vicente—. ¡Apurate, te digo! —quería liquidar eso de una vez, como si temiese que su decisión se le desinflara.

Al cabo de un rato, sobre el fondo de una loma, descubrieron un techo rojo que fue creciendo a medida que se acercaban.

—¡Allí es! —señaló Míguez y oprimió más el acelerador; el Packard lanzó un ronquido y empezó a trepar la loma balanceándose bruscamente en cada recodo del camino.

—¿Paramos en la casa? —Míguez preguntaba a los gritos, sin volverse.

—¡Sí! —Vicente hablaba volcándose sobre el respaldo delantero—. Quiero ver si está allí dentro...

—Hay guardia.

—No importa. Por lo mismo.

El Packard frenó ruidosamente entre dos camiones. Un suboficial atentamente pelaba una manzana sentado en el estribo del camión más grande, tres o cuatro soldados daban vueltas por ahí, con el birrete echado sobre la nuca. Otro pasó soplando su jarro de mate cocido.

—¿Y el Comandante? —les preguntó Vicente.

El suboficial lo miró inexpresivamente, sin dejar de pelar su manzana, uno de los soldados alzó los hombros.

Entonces Vicente se dirigió a la casa, pasó entre los dos soldados que estaban apostados y que lo contemplaron sin mayor interés y entró en la galería; sobre un trinchante cubierto con un mantel, habían dispuesto una gran cantidad de copas.

—¡Baralt! —llamó Vicente—. ¡Baralt!

Hubo un silencio y al rato apareció un hombre que parecía el mayordomo. Vicente creyó reconocerlo:

—¿Usted es Bianchi, no?

El otro estaba frotando una copa:

—Sí —dijo sin dejar de mover las manos—. Y usted es el doctor Vera, ¿no es cierto?

—Sí, yo soy Vera —Vicente se sintió abrumado por el tono respetuoso de ese

hombre al que alguna vez había visto en compañía de Brun—. ¿No me puede decir si está por aquí el comandante Baralt?

—No... —titubeó Bianchi.

—No ¿qué?

—No está aquí...

—Pero tendría que estar.

—Sí... —volvió a titubear Bianchi.

—Bueno —lo urgió Vicente—. ¿Está o no está?

—Sí, sí, doctor... Está del otro lado de los galpones. Pero allí andan los soldados y los peones que...

Vicente se alarmó:

—¿Los que están por...?

Bianchi se había encogido para responder:

—Sí... —dijo.

Entonces Vicente lo increpó:

—¡Y a pesar de eso me hace perder tiempo! —y al volverse, volteó una de las copas, que rodó por el suelo. Bianchi se apresuró a recogerla para comprobar si se había roto:

—Doctor... —se lamentó desde el suelo—. Hay que tener más cuidado... son cosas finas...

—¡Déjeme de pavadas! —gritó Vicente y de un tirón, tomando la punta del mantel, volteó todas esas copas, que cayeron estrepitosamente haciéndose añicos.

—¡Doctor, doctor!... —gimió Bianchi recogiendo lentamente algunos pedazos de vidrio. Parecía anonadado y cuando Vicente salió todavía seguía murmurando:

—Son finas, doctor, usted no se da cuenta...

—¿Lo acompaño, doctor? —ofreció Míguez cuando Vicente pasó de nuevo por delante del Packard y de esos soldados que lo volvieron a mirar con desgano y de ese sargento que ahora estaba mordiendo escrupulosamente cada uno de los pedazos de su manzana.

—No. ¡Voy solo! —le contestó Vicente.

Caminó por entre otros enormes camiones y otros grupos de soldados. Tuvo que avanzar zigzagueando. Un soldado estaba echado al sol y jugueteaba con los pelos del pecho, otro lavaba unos trapitos y los iba escurriendo ayudado por un cabo que lo contemplaba en cuclillas, otros dos se frotaban con algo que olía a linimento de Sloan, y uno, muy calvo, canturreaba en voz baja haciendo como que rasgaba una guitarra. Después Vicente pasó por delante de las cocinas que soltaban un olor a carne asada y a sopa o a guiso de algo y, por último, flanqueó ese corral; allí dentro se amontonaban las ovejas que balaban mansamente, con un gesto estúpido, con treinta o cuarenta peones que estaban de pie, esperando, sin poder moverse por el

apretujamiento, y que lo miraron pasar con una cara terrosa, cargada de cansancio. Alrededor del corral había un piquete montando guardia y, más allá, del otro lado de los galpones, tal como le había dicho Bianchi, estaba Baralt rodeado de un grupo de oficiales a los que les impartía órdenes. Él era eficaz, estaba idéntico al primer día, mandaba, la gente lo obedecía. Y contra un cerco de calafate, había tres peones en fila, con las manos atadas a la espalda. También había un grupo de estancieros que discutían metódicamente, como en una feria o en una exposición rural, cuáles eran los peones que según ellos eran buena gente o tenían mucha familia o eran unos infelices que se habían dejado llevar y merecían ser sacados de ese corral y puestos en libertad. Y también había un montón de cuerpos apilados. Eran tantos que Vicente se descubrió contemplándolos con indiferencia. Eran cascotes descoloridos o piedras salpicadas por unos manchones de musgo. O cualquier cosa.

Cuando Baralt lo vio a Vicente, lo saludó con el brazo en alto y se le acercó sonriendo.

—¡Mi doctor!... ¿Cómo le va, mi doctor?

Vicente se quedó tieso, sin tenderle la mano.

—¿Qué pasa? —Baralt exhibía su sólida dentadura.

Vicente al principio habló sin atropellarse, tomándose las manos a la espalda en una posición idéntica a la de esos tres peones que esperaban para ser fusilados, aunque él se las oprimía para estar más controlado, conservando su tensión pero sin soltarse y largar desordenadamente todo lo que le quería decir a ese hombre.

—No vengo a saludarlo, Baralt —siseó.

—Entonces, vendrá a... —comenzó a decir Baralt con su campechanía de siempre.

—No vengo a saludarlo, Baralt —insistió Vicente como si estuviera repitiendo una lección de memoria y temiese ser interrumpido, porque con cada corte se vería obligado a retomar desde el principio—, y no vengo a saludarlo porque usted no ha cumplido con lo que al día siguiente de su llegada me dijo que tendría en cuenta en su trato con los obreros...

—No me acuerdo qué le dije —Baralt hizo un ademán que significaba que no había que otorgarle mayor importancia a sus propias declaraciones—. Fue una charla de sobremesa.

—Yo sí me acuerdo —aseguró Vicente con rigidez.

—Me alegro —Baralt no se desconcertaba; él era militar, Vicente civil, él era viejo y ese mozo muy joven, él no se acaloraba y ese civilaco se ponía como un tomate.

—Yo no me alegro —dijo Vicente pugnando por contenerse y no gritar—. Y no me alegro —repitió apoyándose en sus propias palabras—, porque usted afirmó que venían al Territorio con una misión muy concreta.

—¿Sí?... ¿Cuál?

—A poner orden.

—Y lo hemos puesto..., ¿o no?

—¡No, señor! —lo cortó Vicente—. Porque usted me dijo que venían a cumplir un deber, pero ese deber era allanar las cosas y no hacer lo que ustedes están haciendo... —y señaló a esos peones que esperaban impasiblemente con las manos atrás, mientras un pelotón de diez soldados evolucionaba por allí cerca, a las órdenes de un sargento.

Baralt se hizo cargo de lo que señalaba Vicente:

—¿Lo dice por éstos? —preguntó.

—¡Sí, señor! —chilló Vicente despreocupándose de que su voz sonara muy por encima de la de Baralt—. ¡Y por éstos! —agregó, apuntando ese montón de cadáveres.

—Pero esos sujetos se han alzado contra todo, y por eso estamos actuando con severidad... que también fue una de las cosas que le dije, doctor.

—Ahora parece recordar lo que me dijo de sobremesa —acotó Vicente.

—En efecto... —admitió Baralt desconcertándose.

Vicente largó una risa seca:

—¿Y a usted le parece severidad andar fusilando gente sin formación de ningún tipo de sumario?

—Ley marcial —informó Baralt escuetamente.

—¿Ley marcial? —de nuevo Vicente se rió como si le doliera algo—. No hay ningún decreto sobre eso, Baralt.

Y usted lo sabe.

—No hubo tiempo.

—¿Y por falta de tiempo se fusila a mansalva?... ¡Eso es inadmisibile!

—¡Eso es severidad! —gritó Baralt alzando la voz para ponerse a la altura de la de Vicente y para que sus oficiales lo escucharan—. Ésa es la severidad que usamos en el ejército.

—¡No, señor! —lo volvió a cortar Vicente gritándole en la cara—. ¡El ejército no está hecho para asesinos!... ¡El ejército tiene otras funciones!

—¿Y usted me las va a enseñar?

—No sé si se las voy a enseñar, pero sí sé que no es para asesinos.

Baralt se había encajado las manos en el correa:

—¿Quiénes son los asesinos aquí? —preguntó con la frente cubierta de arrugas.

Vicente miró hacia el grupo de oficiales que estaban pendientes de la discusión:

—No estoy dispuesto a contestarle —dijo lentamente tratando de volver a su calma—. Es otra de las cosas que usted sabe muy bien. Yo no he venido aquí a provocarlo para que también me fusile por insubordinación o por rebeldía o... porque

me he «alzado contra todo». O por lo que se le dé la real gana. No estoy dispuesto a eso. No —Vicente intentó una dulce ironía sin resultado, no le daba para tanto el dominio sobre sí mismo—. Yo sé que usted tiene la fuerza y que me va a ganar. Sobre todo ahora. Pero solamente le quiero advertir que todo lo que ha ocurrido en el Territorio será puesto en conocimiento del Presidente de la República...

—¿Usted qué va a hablar con el Presidente!

—Ya le he dicho que no he venido a provocarlo, Baralt, pero tampoco quiero que usted me provoque. No se lo voy a tolerar. Solamente le advierto que ya ha salido un correo personal mío hacia Buenos Aires —mintió—, porque mis telegramas no se despachan... y cualquier cosa que me pase, se dará por sobreentendido que usted es el responsable.

—Pero... —tartamudeó Baralt—. ¿A qué vino aquí? ¿A decirme todas esas pavadas?

—Solamente a verificar algunas cosas que me habían informado y que he comprobado *fehacientemente* —dijo Vicente dándole un énfasis legalista, profesional, mágico a esa palabra—. Ahora sólo me queda informar al señor Presidente...

—¿Usted me viene a amenazar? —Baralt estaba congestionado; sus oficiales lo escuchaban, comentarían todo eso y él estaba sudado y tartamudeaba.

—No. Le repito que no he venido a amenazarlo ni a nada por el estilo. Solamente a verificar algo y a señalarle su responsabilidad en todo esto.

—¿Qué responsabilidad?

—La suya. Y la de quienes lo hayan acompañado.

—Han sido mis oficiales...

—Perfecto. Y también la de quienes lo hayan persuadido a tomar estas medidas.

—¿A mí no me ha persuadido nadie!

—Entonces, será usted solo.

—Pero... —volvió a tartamudear Baralt mientras Vicente se daba vuelta y se volvía hacia el Packard—. ¡Usted está de parte de éstos! —gritó.

Vicente se detuvo:

—¿De quiénes?

—De éstos... —y Baralt apuntaba a los que estaban por ser fusilados y a los muertos.

—¿Cómo dice?

—¿Que usted se ha puesto de parte de los obreros! —volvió a gritar Baralt entre el rumor de los comentarios de sus oficiales.

Vicente le miró esa frente cubierta de arrugas, las dos rayas que le caían desde la nariz y ese pliegue que infantilmente, con algo inesperado en esa cara, le partía la barbilla. Más atrás estaban esos oficiales atentos a lo que ellos dos discutían, y esos tres peones seguían allí impávidos, delante de ese cerco de calafate, y al fondo se

alzaba ese cielo inmenso, sin una nube. Pero el aliento de Baralt, el mismo calor de su cuerpo, estaba allí nomás, al alcance de su mano:

—Sí —dijo pausadamente, calculando que Baralt lo podía acusar de muchas de las cosas con las que ya tenía los oídos llenos: de maximalista o de disolvente. Él mismo había usado esa palabra. O reírse de él que usaba barba: un doctor, fíjese usted, un tipo de Buenos Aires, joven, y que sabía lo que era guiñar un ojo. «—Pero, mi doctor...» —podría burlarse dándose vuelta a medias y buscando la complicidad de sus oficiales que también se guiñarían un ojo con un escepticismo blando, tolerante, nada agravante. Pero allí cerca estaban esos tres peones, de pie, agotados y altivos, y ese manchón de cadáveres, y ese pelotón de soldados se había detenido a unos metros y parecía esperar unas órdenes que ya se demoraban—. Sí —repitió Vicente—. Estoy de parte de los obreros —se dio vuelta, pasó por entre los soldados que todavía seguían calentándose bajo ese sol suave con la cara cubierta por un diario y comiendo una manzana y sacándole brillo antes de morderla o frotándose recíprocamente con linimento de Sloan, y llegó al Packard donde lo esperaba Míguez—. ¡Vamos! —le ordenó. Y el auto se puso en movimiento.

El Packard corría por el camino, con las ruedas bien encajadas en los dos huellones; a los costados iban pasando grupos de ovejas que trotaban con pesadez, apartándose desgadamente para que no las aplastaran, y esas lomas negras, algunos matorrales polvorientos, y, por abajo, el traqueteo de los guardaganados y unos amplios lamparones de pasto quemado que llegaban hasta el borde del camino. Iba anocheciendo. Algo había estallado sobre esa llanura y las partículas se mantenían en el aire. Toda esa extensión era un campo de batalla después de un cañoneo. No era silencio, era un gran hueco lo que se había abierto. Míguez iba atento a su volante y Vicente respiraba a sus anchas, dejándose llenar los pulmones de aire, todo el cuerpo de aire, el cerebro y las tripas. Todo estaba terminado y no se podía volver atrás porque eso había sido como un desgarramiento. ¿Zurcirlo? No se podían arreglar esas cosas ni pasarle la mano por encima para alisarlas. ¡A otra cosa!, a Buenos Aires, a verlo al Viejo. Ya no quedaba nada que agregar allí. Vicente pensó: «He quemado las naves», y sintió satisfacción, creyó que iba a sentir miedo, pero no. Y la polvareda del Packard era la gigantesca humareda que levantaban sus naves en medio del desierto. Baralt se habría quedado solo, atónito y humillado, habría tardado mucho en darse vuelta y mirar a sus oficiales, después les habría gritado muchas órdenes juntas tratando de ocultar velozmente lo que acababan de presenciar. También podría ser que los mismos oficiales se le hubieran acercado para insultarlo a Vicente. Y a coro, rápidamente, para ver quién era el que ganaba en una especie de cabalgata de meritorias, de vengativas injurias. Esos insultos ni los oiría jamás ni lo podrían alcanzar, eran inocuos, blandos. Y Vicente se tranquilizó calculando los que de ninguna manera le podrían decir: «sucio», él no era sucio; «traidor», él no era traidor

porque había seguido una línea recta; «cobarde», menos, porque las cosas se las había dicho en la cara. Y así pasó revista a una serie de culpas que nunca padecería. Iban a ser insultos de militar, de macho, porque a Baralt ni se le ocurriría asegurar que Vicente era un «ignorante» o un sujeto «sin finura». No. «Cabrón» o «miserable» o «hijo de tal por cual». Eso sí. Y Vicente sintió que los insultos de un militar no le podían inquietar. Era una ventaja con todo. Si hubiera sido una mujer o un marica o un intelectual, todavía. Y el Packard avanzaba a toda velocidad y la discusión la había presenciado mucha gente y cuando llegase a Gallegos se pondría a arreglar sus valijas. Hasta le daría unas palmadas en las nalgas a Yuda cuando ella se tuviese que agachar para atar algún paquete, y todo ese tiempo quedaría a sus espaldas como si abandonaran un viejo pueblo para siempre. Pero en ese momento el auto frenó violentamente y Vicente extendió las manos para no golpearse con el respaldo delantero.

—¿Qué pasó?

Míguez apretaba el acelerador con un gesto de furia:

—¡Esta porquería...! —y hundía el pie.

—¿Anda mal?

—¡Como la mismísima mona! —y de nuevo Míguez oprimió el acelerador, el motor lanzó un gemido, pareció que se iba a prolongar en un ronquido, pero se cortó.

—¿Y? —quiso saber Vicente.

—Hay que darle manija —Míguez había levantado el asiento y ruidosamente revolvía en el cajón de las herramientas. Después bajó haciendo girar en el aire la manivela de hierro.

—¿Usted sabe manejar, doctor? —preguntó desde allí delante.

—Más o menos... —dijo Vicente.

—¿Eso quiere decir que no sabe? —Míguez ostentaba un tono desenvuelto.

—Sí —tuvo que reconocer Vicente.

—No importa... Apriéteme el acelerador.

Vicente pasó al asiento delantero y hundió el pie en el acelerador mientras Míguez se agachaba delante del radiador y hacía crujir las entrañas del Packard con sus vueltas de manija.

—¿Va? —preguntaba Vicente volcándose sobre su pie—. ¿Va?

—¡No! —jadeaba Míguez allá abajo.

El Packard apenas si contestaba con un rateo agonizante. Eso, durante un rato. Después, ni eso. Entonces reapareció la cabeza de Míguez, despeinado y lloroso, y se alejó un paso del motor:

—¡Esta carrindanga! —rezongó y le pegó una patada. Después se secó el sudor, buscó una pinza en el cajón y volvió a desaparecer bajo el motor.

—¿Hay para rato? —preguntó Vicente.

—¡Sí! —chilló Míguez con la voz enronquecida—. ¡Es una biela!

Pero Vicente no se sentía irritado. En otro momento, sí. Pero ahora no tenía apuro por abandonar ese camino, ni esa llanura que se iba achatando con la luz que desaparecía. El viento era suave y se aflojó la corbata. Había querido decir «a más be» y había dicho «a más be» sin titubear, tal cual lo había proyectado. Eso tendría que haberlo hecho desde el primer momento. No tenía sentido esquivar la violencia cuando era necesario. La violencia seguía aunque uno la esquivara, y crecía y lo asediaba terminando por tragarlo. Pero a él le habían faltado pruebas y testigos, se justificó, y esa violencia no dejaba testigos, nada más que víctimas. Por eso su demora. Ahora todo estaba más claro: él ahí, en medio del desierto, solo, sentado en ese Packard, y ellos allá, en esa estancia con una casa pintada de rojo junto a un corral atestado de ovejas y de hombres. Ni hacer reverencias ni tocarse las manos para saludarse ni tratar de conciliar lo que uno pensaba con lo que pensaban ellos. Si era mucho mejor pelearse con los enemigos. Lo difícil era saber quiénes eran los enemigos. Pero después, que fueran enemigos, que realmente lo enfrentaran a uno. Que no se prolongara la ambigüedad con los enemigos, que fueran algo así como la muerte o un puñetazo. Y era bueno poder ver a los enemigos, si hasta era saludable poderlos odiar enteramente, como un ojo mira *redondamente* a un blanco. Es que ese odio así, que se lo sentía de esa forma total, resultaba placentero, no incomodaba, llenaba el cuerpo y lo sostenía a uno. Hasta adquirirían importancia y su verdadero valor los enemigos y uno se definía a partir de ellos: «No» a lo que comen, «no» a lo que leen, «no» a lo que tienen metido en la cabeza... —le había dicho Yuda.

—¿Falta mucho? —preguntó Vicente.

—¡Ya va! —vociferó Míguez exagerando su furia, pero nadie le podría decir que no era necesario gritar tanto, porque seguramente él se excusaría diciendo que temía que no lo oyeran, que como estaba tirado debajo del auto—. ¡Dos minutos más!

Vicente se recostó en su asiento y recorrió el campo con la vista: esas matas que se hamacaban con el viento, las sombras de las nubes que avanzaban sobre el suelo, ese cielo tan bajo y al fondo esa estrecha franja blanca.

—¿Quién viene? —preguntó Míguez de pronto.

—¡No veo! —le comunicó Vicente doblándose sobre el costado del auto.

—¡Pero si ya se oye el ruido, doctor!

Vicente miró hacia las dos puntas del camino: de Gallegos nada: del otro lado, nada... ¿O sí...? Sí. Un camión se acercaba marcando una gran vuelta del camino.

—¡Es un camión! —informó.

—¡Muy bien! —aplaudió Míguez.

—Pero me parece que es del ejército...

—¡No importa, no importa...! ¡Hay que pararlo! —Míguez había reaparecido con la cara engrasada—. Vamos, doctor. Hay que hacerle señas.

—Pero, yo no creo que...

—¡Si no, nos quedamos aquí hasta vaya a saber cuándo!

Los dos se pusieron a los costados del camino y empezaron a sacudir los brazos en el aire. A medida que el camión se acercaba, Míguez iba gritando: «—¡Paren...! ¡Paren que tengo mal el motor!... —pero ese camión seguía avanzando a toda velocidad—. «¡Paren!» —y los dos tuvieron que saltar a un costado para dejarlo pasar—. «¡Paren!» —volvió a gritar Míguez con una voz indignada—. «¡Paren, les digo, hijos de...!» —y los dos se quedaron contemplando cómo ese camión se perdía a lo lejos, después de haber encendido las luces.

Se miraron apenas, Míguez se restregó la cara, Vicente se sentó frente al volante y se quedaron un rato en silencio como si esperaran que ese camión volviese después que deliberaran los que iban arriba o que apareciera otro por el mismo lado o por el lado del pueblo. Pero, nada. Entonces Míguez se resolvió a meterse nuevamente bajo el Packard y allí estuvo haciendo chirriar unas tuercas, raspando unos caños y protestando. Por fin, después de un largo rato se levantó cuando ya todo el campo se iba cubriendo de una penumbra, le pidió a Vicente que se corriera, se sentó frente al volante y sin titubear, sin orgullo, puso el auto en marcha.

El resto del camino no se hablaron y el polvo que levantaban era invisible y Vicente podía respirar mejor que a la ida sintiendo la barba crujiente y cada vez más helada. Cuando entraron al pueblo, apenas si se veían las luces de algunas casas.

—¿Entramos por la principal?

—Sí —dijo Vicente como si aceptara un desafío.

Varias puertas se entreabrieron cuando el Packard pasó roncando pesadamente por la calle principal; algunos grupos de gente se asomaron y se quedaron comentando en las veredas.

—Llegaron noticias —murmuró Vicente con satisfacción.

Míguez cabeceó un «sí» hosco y los dos se dejaron pasear por ese auto como por un elefante, presintiendo que en las casas los miraban con devoción, aprobándolos. Todos los conocían, todos hablaban de ellos. Pasaron frente a la Gobernación, por delante del Hotel Argentino y por fin frenaron frente a la casa de Vicente. El Packard quedó detenido en medio de esa calle tan ancha. El radiador soltaba una columnita blanca. Vicente bajó y se despidió en silencio apretando el hombro de Míguez con calidez. El chico se quedó mirándolo, conmovido, feliz: «—Llevo el Packard a lo de Carrero y en seguida vuelvo, doctor» —murmuró. Eran veinte pasos los que tenía que caminar Vicente desde el auto a la puerta de su casa. No había luz en el ventanal, la casa estaba sumergida en un estanque de agua negra. Yuda habría salido o estaría durmiendo, ella se acostaba en un rincón de la cama, contra la pared, el empapelado ya tenía una mancha casi ovalada... De pronto, por la esquina, sintió que alguien corría.

—¡Cuidado! —le avisó Míguez.

Vicente se agachó; unas piedras golpearon contra la pared de zinc, que tembló. Cuatro, cinco pedradas. Desde la esquina, gritaron:

—¡Judío...! ¡Vendido!

Después oyó que de nuevo corrían. Eran varios. No los pudo ver. Ya estaba todo oscuro.

Y esa mañana fueron al puerto y allí se sentaron entre sus valijas, una canasta de cosas que les había dado la madre de Míguez para un pariente de Buenos Aires y un gigantesco baúl que se habían comprado. Muy poca gente los fue a despedir. Río Gallegos parecía una ciudad ocupada y las patrullas de la guardia blanca trotaban todo el día por las calles o hacían guardia en las esquinas, y apenas si Carrero y tres o cuatro personas más se habían animado. Se despidieron con muy pocas palabras, se habían mirado mucho a la cara y se abrazaron virilmente. Ahí no había nada más que decir. Era un día gris, desapacible, y todos se habían levantado los cuellos de los abrigos. La bufanda de Yuda se agitaba con el viento y ella se empeñaba en hundírsela entre las solapas. Los dos se habían sentado y esperaban con las manos sobre las rodillas. «—¿Tendremos para mucho?» —quería saber Yuda. «—No, no.» —respondía Vicente y se frotaba las manos. Después apareció el fotógrafo de Carrero, les pidió que miraran a la cámara, dijo algo del pajarito y del sol con muy poca convicción y se acuclilló entre las piedras de la playa.

Yuda le pidió:

—No se olvide de mandármela.

—No, señora, no —dijo ese hombre y agradeció quitándose el sombrero. Carrero se paseaba dando vueltas alrededor de todos esos bultos, controlando su reloj y ese barco que estaba allá abajo, en medio de la ría. Cabeceaba y parecía repetirse: «Tarda, cómo tarda...».

—¿A qué hora sale? —preguntó Yuda.

—A la que se les dé la gana —dijo Vicente con la mirada perdida y se hundió aún más dentro de su sobretodo.

Una mujer se acercaba caminando desde la prefectura con un braceo enérgico, se aproximó a los bultos que estaban amontonados sobre la playa y le indicó tres a un peón que la acompañaba. Parecía ofendida:

—... Yo me quedo, a mí me conviene quedarme —refunfuñaba—. Aquí se gana mucho más. Y ahora que está el ejército... —el resto no se pudo oír porque se había vuelto de espaldas.

Yuda le aproximó la cara a Vicente:

—¿De qué se queja? —y fruncía los párpados como si ese sol desteñido le lastimara los ojos.

Vicente le arregló la bufanda antes de hablar:

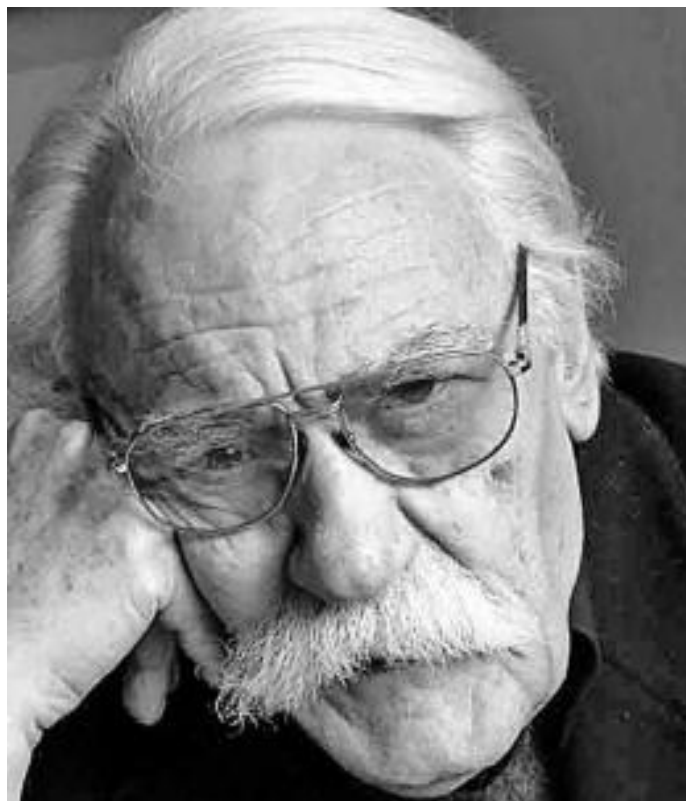
—Dice que se queda, que no tiene interés en irse porque aquí se gana mucho más.

—¿Eso era todo?

—Sí.

—¿Y por eso estaba de mal humor?

Vicente no respondió. Volvió a mirar a esa mujer esperando que se diera vuelta: él la había visto alguna vez, alguien se la había señalado la noche de su llegada al pueblo. Ya recordaba: era la mujer de uno con un apellido alemán. Sacudió los hombros y se cruzó de brazos pacientemente. A Yuda la bufanda se le había zafado de nuevo y le golpeteaba la cara. Vicente ni se molestó en apartarla, que lo sobara, total, tomarían el barco, estarían allí metidos cuatro o cinco días y por fin llegarían a Buenos Aires. Tendría que ir a su casa, instalarla a Yuda, indicarle que sacara la ropa de las valijas, las camisas, los cuellos, los pañuelos, vestirse para ir al centro, viajar hasta el centro, solicitar audiencia después de haber cruzado esa plaza blanca cubierta de palmeras descascaradas y sentarse en un sillón hasta que el Viejo lo recibiera. Entonces le contaría lo que había ocurrido y el Viejo lo escucharía en silencio, en una pieza en penumbra, clavándole sus brillantes ojos benévolos y haciendo de vez en cuando un ruido con la boca como si lamentara todo eso. A lo mejor le replicaba diciéndole que el Ejército, que era una de las bases más sólidas de la nacionalidad, que sus miembros no eran sino partes de una entidad indivisible, que la imposibilidad de juzgarlos. ¿Y si en lugar de hacer ese ruidito con la boca como si se chupeteara los dientes golpeaba con el puño sobre la mesa y se ponía de pie? ¿O se iría amodorrando con el ronroneo de su relato...? Él le contaría todo. Desde el principio. Pero en ese momento Carrero se había acercado y le señalaba algo a Yuda. Ella se había puesto de pie pisoteando las correas de una valija. Vicente la miró: estaba como inflada, pero esa bufanda le daba un aspecto juvenil en la cara: era una cabeza fresca encima de ese cuerpo que se empezaba a hinchar. Ella podía aplaudir y sus aplausos resultarían alegres, hasta naturales, pero desproporcionados. Después Vicente miró hacia adelante; desde el fondo de la ría avanzaba una chalana, el viento y el oleaje la hacían bambolear. Era la de ellos, la que los iba a transportar hasta el barco. Era chata, de borda muy baja, pintada con un amarillo vibrante y en la popa flameaba una bandera inglesa.



DAVID VIÑAS, nació en 1927, el último año del gobierno de Yrigoyen, en la esquina de Talcahuano y Corrientes, en Buenos Aires.

Novelista, dramaturgo, crítico literario y político, fue miembro fundador de la revista *Contorno*, que abrió un nuevo modo de hacer crítica literaria. Su ensayo *Literatura argentina y realidad política* marcó un antes y un después en los estudios sobre las letras argentinas.

Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1962, por *Dar la cara* y, en 1971, por *Jauría*. Su novela *Hombres de a caballo* (1967) fue distinguida con el premio Casa de las Américas, por un jurado compuesto por Leopoldo Marechal, José Lezama Lima, Julio Cortázar, Julián Marsé y Mario Monteforte.

Como dramaturgo, en 1972 recibió, por *Lisandro*, el Premio Nacional de Teatro, y un año después, por *Tupac-amaru* el Premio Nacional de la Crítica.

Durante la dictadura de 1976, (dos de cuyas víctimas fueron María Adelaida y Lorenzo Ismael, hijos de David Viñas) debió exiliarse en distintos países de América y Europa.

En 1984 regresó a la Argentina, para hacerse cargo de la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Posteriormente, dirigió allí mismo el Instituto de Literatura Argentina.

En 1991, rechazó la Beca Guggenheim, como un «homenaje a sus hijos».

Falleció a los 83 años, el 10 de marzo de 2011. Su última novela publicada fue *Tartabul* (2006).